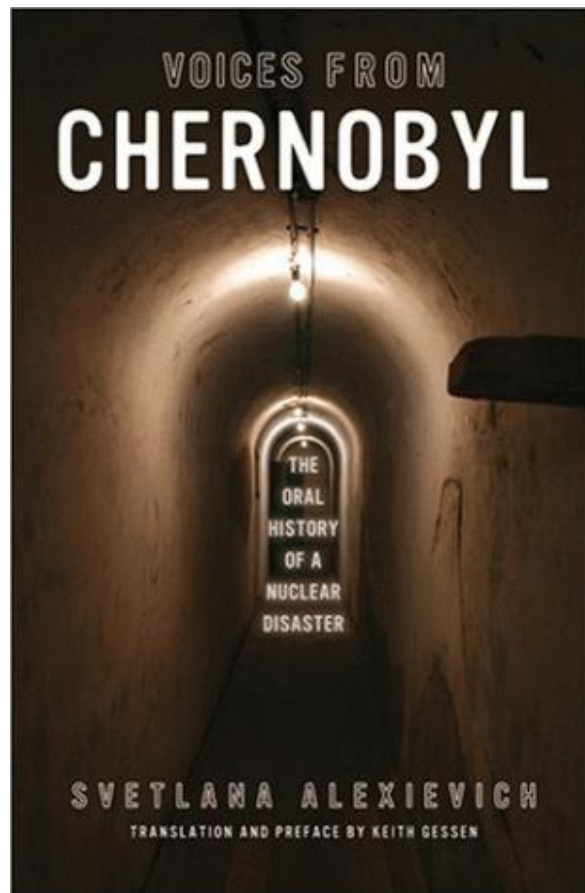


Svetlana Aleksievich



VOCES DE CHERNOBYL

Traducción de Ricardo San Vicente
Barcelona, mayo de 2001

Somos aire, no tierra...
Merab Mamardashvili

Nota histórica

“...Ante todo debemos rasgar el velo del desconocimiento que rodea a Belarús¹. Para el mundo somos una *terra incognita* -- tierra ignorada, aún por descubrir. Todos conocen Chernóbyl, pero en lo que atañe a Ucrania y Rusia.

La “Rusia Blanca”, así suena más o menos el nombre de nuestro país en inglés.”

Naródnaya gazeta, 27 de abril de 1996

¹Denominación oficial. En el texto se respetan las diferentes formas empleadas en ruso: Belarús y Bielorrusia. Nota del traductor; como lo serán el resto de las notas, siempre que no se indique otra cosa.

“En el territorio de Belarús no hay ni una central atómica. De entre las centrales eléctricas atómicas (CEA) en funcionamiento en el territorio de la antigua URSS, las geográficamente más cercanas a las fronteras bielorrusas son las CEA con reactores del tipo RBMK²: por el Norte, la central de Ignalinsk; por el Este, la de Smolensk, y por el Sur, la de Chernóbyl.

El 26 de abril de 1986, a la 1 h 23' 58", una serie de explosiones destruyó el reactor y el edificio del 4º bloque energético de la CEA de Chernóbyl. La catástrofe de Chernóbyl se convirtió en el desastre tecnológico más grave del siglo XX.

Para la pequeña Belarús (con una población de 10 millones de habitantes) representó un cataclismo nacional. Durante los años de la Gran Guerra Patria los nazis alemanes destruyeron en tierras bielorrusas 619 aldeas con sus pobladores. Después de Chernóbyl el país perdió 485 aldeas y pueblos: 70 de ellos están enterrados para siempre bajo tierra. Durante la guerra murió uno de cada cuatro bielorrusos; hoy uno de cada cinco vive en un territorio contaminado. Se trata de 2,1 millones de personas, de las que 700.000 son niños. De entre los factores del descenso demográfico, la radiación ocupa el primer lugar. En las regiones de Gómel y de Moguilióv (las más afectadas por la catástrofe de Chernóbyl), la mortalidad ha superado a la natalidad en un 20%.

Como consecuencia de la catástrofe, se han arrojado a la atmósfera 50×10^6 Cu de radionúclidos, de ellos el 70 % ha caído sobre Belarús; el 23% de su territorio está contaminado con radionúclidos de una densidad superior a 1 Cu/km² de Cesio-137. A modo de comparación: en Ucrania se ha contaminado el 4,8% del territorio, en Rusia, el 0,5%. La superficie de las tierras cultivables con una concentración radiactiva de 1 a más Ku/km² representa 1,8 millones de hectáreas; de Estroncio-90, con una concentración del 0,3 y más Ku/km², cerca de medio millón de hectáreas. Se han eliminado del uso agrícola 264 mil hectáreas de tierra. Belarús es tierra de bosques. Pero el 26% de ellos y más de la mitad de sus prados en los cauces de los ríos Prípiat, Dnepr y Sozh se encuentran en las zonas de contaminación radiactiva...

Debido a la acción constante de pequeñas dosis de radiación, en el país cada año crece el número de enfermos de cáncer, así como de personas con deficiencias mentales, disfunciones neuro-psicológicas y mutaciones genéticas...”

Chernóbyl, ed. “Belarússkaya entsiklopedia” (Enciclopedia de Belarús”), 1996, pp. 7, 24, 49, 101, 149.

“Según diversas observaciones, el 26 de abril de 1986 se registraron niveles elevados de radiación en Polonia, Alemania, Austria, Rumania; el 30 de abril, en Suiza y Norte de Italia; el 1-2 de mayo, en Francia, Bélgica, Países Bajos, Gran Bretaña, Norte de Grecia; el 3 de mayo, en Israel, Kuwait, Turquía...

Lanzadas a gran altura, las sustancias gaseosas y volátiles se dispersaron por todo el globo terráqueo: el 2 de mayo se registró su presencia en Japón, el 4 de mayo, en China, el 5, en la India, el 5 y 6 de mayo en Estados Unidos y Canadá.

Bastó menos de una semana para que Chernóbyl se convirtiera en un problema para todo el mundo...”

Consecuencias de la avería de Chernóbyl en Belarús, Minsk. Escuela Superior Internacional de Radioecología Sájarov , 1992, p. 82.

²Los RBMK, que significa "Reactor de gran potencia", emplean como combustible el uranio; como moderador, el grafito, y se refrigeran con agua en ebullición. Los RBMK no sólo producen energía eléctrica; también se emplean para generar plutonio, componente de las bombas atómicas, subproducto de la reacción nuclear que se extrae periódicamente del reactor.

“El cuarto reactor, la instalación denominada “Refugio”, sigue, como antes, guardando en sus entrañas de plomo y hormigón armado cerca de 20 toneladas de combustible nuclear. Nadie sabe qué ocurre hoy con este combustible.

El sarcófago se construyó de manera precipitada; se trata de una construcción única en su género; quizá los ingenieros petersburgueses que la diseñaron puedan sentirse orgullosos de ella. Sin embargo, los técnicos montaron la instalación “a distancia”. Las planchas se unían con la ayuda de robots y de helicópteros; de ahí que haya grietas. En la actualidad, según algunas fuentes, la superficie total de las zonas defectuosas y agrietadas supera los 200 metros cuadrados, por los que siguen desprendiéndose aerosoles radiactivos...

¿Puede el sarcófago destruirse? Tampoco nadie sabe dar respuesta a este interrogante; hasta hoy es imposible aproximarse a muchos de los nudos y construcciones para establecer su grado de seguridad. En cambio, todo el mundo comprende lo siguiente: la destrucción del “Refugio” daría lugar a unas consecuencias aún más terribles que las que se produjeron en 1986...”

Revista *Ogoniok*, N° 17, abril de 1996.



UNA SOLITARIA VOZ HUMANA

“No sé de qué hablar... ¿De la muerte o del amor? O es lo mismo... ¿De qué?...”

...Nos habíamos casado no hacía mucho. Aún íbamos por la calle agarrados de la mano, hasta cuando íbamos de compras... Yo le decía: “Te quiero”. Pero aún no sabía cómo le quería... No me lo imaginaba... Vivíamos en la residencia de la unidad de bomberos, donde él trabajaba. En el piso de arriba. Y otras tres familias jóvenes, con una sola cocina para todos. Y abajo, en el primero, estaban los coches. Unos camiones rojos de bomberos. Éste era su trabajo. Yo siempre estaba al corriente: dónde se encontraba, qué le pasaba.

En medio de la noche oí un ruido. Miré por la ventana. Él me vio: “Cierra las ventanillas y acuéstate. Hay un incendio en la central. Vendré pronto”.

No vi la explosión. Sólo las llamas. Todo parecía iluminado... El cielo entero... Unas llamas altas. Y hollín. Una calor horrorosa. Y él seguía sin regresar. El hollín era porque ardía el alquitrán; el techo de la central estaba cubierto de asfalto. Sobre el que la gente andaba, como él después recordaba, igual que sobre resina. Sofocaban las llamas. Tiraban el grafito ardiendo con los pies... Se fueron sin los trajes de lona; se fueron para allá tal como iban, en camisa. Nadie les avisó; los llamaron a un incendio normal...

Las cuatro... Las cinco... Las seis... A las seis nos disponíamos a ir a ver a sus padres. A plantar patatas. De la ciudad de Prípiat hasta la aldea Sperizhie, donde vivían sus padres, hay cuarenta kilómetros. A sembrar, arar... Era su trabajo favorito... Su madre recordaba a menudo cómo ni ella ni su padre querían dejarlo marchar a la ciudad; le construyeron incluso una casa nueva. Pero se lo llevaron al ejército. Sirvió en Moscú, en las tropas de bomberos, y cuando regresó sólo quería ser bombero. No quería ser otra cosa. (*Calla.*)

A veces me parece oír su voz... Oírle vivo... Ni siquiera las fotografías me producen tanto efecto como la voz. Pero no me llama nunca... Y en sueños... Soy yo quien lo llamo...

Las siete... A las siete me comunicaron que estaba en el hospital. Corrí allí, pero el hospital ya estaba acordonado por la milicia; no dejaban pasar a nadie. Sólo entraban las ambulancias. Los milicianos gritaban: los coches están irradiados, no os acerquéis. No sólo yo, todas las mujeres vinieron, todas cuyos maridos estuvieron aquella noche en la central.

Corrí en busca de una conocida que trabajaba de médico en aquel hospital. La agarré de la bata cuando salía de un coche: “¡Hazme pasar!” -- “¡No puedo! Está mal. Todos están mal”. Yo la tenía agarrada: “Sólo verlo”. -- “Bueno --me dice-- corre. Quince - veinte minutos”.

Lo vi... Estaba hinchado, inflado todo... Casi no tenía ojos... “¡Leche!.. ¡Mucha leche! --me dijo mi conocida--. Que beba tres litros al menos”. -- “Él no toma leche”. -- “Pues ahora la beberá”.

Muchos médicos, enfermeras y especialmente las auxiliares de este hospital, al cabo de un tiempo, se pondrían enfermas... Morirían... Pero entonces nadie lo sabía...

A las diez de la mañana murió el técnico Shishenok... Fue el primero... El primer día... Luego supimos que bajo los escombros se quedó otro -- Valera Jodemchuk. No lograron sacarlo. Lo emparedaron con el hormigón. Entonces aún no sabíamos que todos ellos serían los primeros...

Le pregunto: “Vasia³, ¿qué hacer?” -- “¡Vete de aquí! ¡Vete! Esperas un niño”. Estoy embarazada, es cierto. Pero ¿cómo lo voy a dejar? Me pide: “¡Vete! ¡Salva al crío!” -- “Primero te he de traer leche, y luego veremos”.

Llega mi amiga Tania Kibenok... Su marido está en la misma sala... Ha venido con su padre, que tiene coche. Nos subimos al coche y vamos a la primera aldea a por leche. A unos tres kilómetros de la ciudad... Compramos muchas garrafas de tres litros de leche... Seis, para que hubiera para todos... Pero la leche les provocaba unos vómitos terribles... Perdían el sentido sin parar, les pusieron el gota a gota. Los médicos aseguraban, no sé por qué, que se habían envenenado con los gases, nadie hablaba de la radiación.

Entre tanto la ciudad se llenó de coches militares, se cerraron todas las carreteras... Dejaron de

³Diminutivo de Vasili.

circular los trenes de cercanías, los expresos... Lavaban las calles con un polvo blanco... Me sentí alarmada: ¿cómo iba a llegar al día siguiente al pueblo para comprarle leche fresca? Nadie hablaba de la radiación... Sólo los militares iban con caretas. La gente de la ciudad llevaba su pan de las tiendas, las bolsas abiertas con los bollos... En los estantes había pasteles...

Por la noche no me dejaron entrar en el hospital... Un mar de gente alrededor... Yo me encontraba frente a su ventana; él se acercó a ella y me gritó algo. ¡Se le veía tan desesperado! Entre la muchedumbre alguien entendió lo que decía: aquella noche se los llevaban a Moscú. Las esposas se arremolinaron todas en un corro. Decidimos: vamos con ellos. ¡Dejadnos estar con nuestros maridos! ¡No tenéis derecho! Quisimos pasar a golpes, a arañazos. Los soldados, ya estaban los soldados, nos impedían pasar a empujones. Entonces salió el médico y nos confirmó que se los llevaban aquella noche en avión a Moscú, que debíamos traerles ropa; la que llevaban en la central se había quemado. Los autobuses ya no iban, y fuimos a pie, corriendo a casa. Cuando volvimos con las bolsas, el avión ya se había marchado... Nos engañaron a propósito... Para que no gritáramos, ni lloráramos...

Llegó la noche... A un lado de la calle, autobuses, cientos de autobuses (ya estaban preparando la evacuación de la ciudad), y al otro, centenares de coches de bomberos. Los trajeron de todas partes. Toda la calle, cubierta de espuma blanca... Íbamos pisando aquella espuma... Gritando y jurando...

Por la radio dijeron que evacuarían la ciudad, para tres o, a lo mejor, cinco días. Llévase consigo ropa de invierno y de deporte, porque vais a vivir en el bosque. En tiendas de campaña. La gente hasta se alegró: ¡al campo! Allí celebraremos el primero de mayo. Algo inusual. La gente preparaba carne de asar para el camino. Se llevaban las guitarras, los magnetófonos... Sólo lloraban aquellas a cuyos maridos les había pasado algo.

No recuerdo el viaje. Cuando vi a su madre fue como si despertara: “¡Mamá, Vasia está en Moscú! ¡Se lo llevaron en un vuelo especial!” Acabamos de sembrar el huerto (¡y a la semana evacuarían la aldea!). ¿Quién lo iba a saber? Por la noche tuve un ataque de vómito. Era mi sexto mes de embarazo. Me sentía tan mal...

Por la noche sueño que me llama. Mientras estuvo vivo me llamaba en sueños: “¡Liusia, Liusia!”. Pero después de muerto, ni una vez. No me llamó ni una vez. (*Llora.*) Me levanto por la mañana y me digo: me voy a Moscú. Yo que... “Adónde vas a ir en tu estado?” -- me dice llorando su madre. También se vino conmigo el padre. Sacó todo el dinero. Sacó todo el dinero de la libreta, todo el que tenían. Todo...

No recuerdo el viaje. Todo el camino también se me borró de la cabeza... En Moscú preguntamos al primer miliciano a qué hospital habían llevado a los bomberos de Chernóbyl, y nos lo dijo; yo hasta me sorprendí, porque nos habían asustado: no os lo dirán, es un secreto de Estado, ultra-secreto...

--A la clínica número seis. A la “Schúkinskaya”.

En el hospital, era una clínica especial de radiología, no dejaban entrar sin pases. Le di dinero a la vigilante de guardia y ésta que me dice: “Largo” No sé a quién más le rogué, le imploré... Lo cierto es que ya estoy en el despacho de la jefa de la sección de radiología: Anguelina Vasílievna Guskova. Entonces aún no sabía como se llamaba, no se me quedaba nada en la cabeza. Lo único que sabía era que debía verlo...

Ella me preguntó en seguida:

--¿Tiene usted hijos?

¿¡Cómo iba a decirle la verdad!/? Está claro que tengo que esconderle mi embarazo. ¡No me lo dejaría ver! Menos mal que soy delgadita y no se me nota nada.

--Sí --le contesto.

--¿Cuántos?

Pienso: “He de decirle que dos. Si es sólo uno, tampoco me dejará pasar.”

-- Un niño y una niña.

--Bueno, si son dos, no creo que vayas a tener más. Ahora escucha: su sistema nervioso central está dañado por completo; la médula está completamente dañada...

“Bueno, pensé, se volverá algo más nervioso”.

--Y óyeme bien: si te pones a llorar, te echo al instante. No os podéis abrazar, ni besar. No te acerques mucho. Te doy media hora.

Pero yo ya sabía que no me iría de allí. Si me iba sería con él. ¡Me lo había jurado!

Entro... Los veo sentados sobre las camas, jugando a cartas, se ríen.

--¡Vasia! -- lo llaman.

Se da la vuelta.

--¡Vaya! ¡Hasta aquí me ha encontrado! ¡Estoy perdido!

Daba risa verlo, con su pijama del cuarenta y ocho, él, que usa un cincuenta y dos. Las mangas cortas, los pantalones... Pero ya se le había ido la hinchazón de la cara... Les inyectaban no sé qué solución...

--¿Tú, perdido? --le pregunto.

Y él que ya quiere abrazarme.

--Sentadito --la médico no lo deja acercarse a mí--. Nada de abrazos aquí.

No sé cómo pero hicimos de eso una broma. Y al momento todos se acercaron a nosotros; hasta de las otras salas. Todos eran de los nuestros. De Prípiat. Porque fueron veintiocho los que trajeron en avión. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué pasa en la ciudad? Yo les cuento que han empezado a evacuar a la gente, que se llevan afuera toda la ciudad por unos tres o cinco días. Los muchachos callan; pero había allí también dos mujeres, una de ellas estaba de guardia en la entrada el día del accidente, y la mujer rompió a llorar:

--¡Dios mío! Allí están mis hijos. ¿Qué será de ellos?

Yo tenía ganas de estar a solas con él, bueno, aunque fuera un solo minuto. Los muchachos se dieron cuenta de la situación y cada uno se inventó un pretexto para salir al pasillo. Entonces lo abracé y lo besé. Él se apartó.

--No te sientes cerca. Toma una silla.

--Todo eso son bobadas -- le dije quitándole importancia--. ¿Tú viste dónde se produjo la explosión? ¿Qué ha sido eso? Porque vosotros fuisteis los primeros en llegar...

--Lo más seguro es que sea un sabotaje. Alguien lo ha hecho a propósito. Todos los muchachos piensan lo mismo.

Entonces decían eso. Y lo pensaban.

Al día siguiente, cuando llegué, ya los habían separado; cada uno en una sala aparte. Les habían prohibido categóricamente salir al pasillo. Hablarse. Se comunicaban golpeando la pared. Punto-guión, punto-guión... Los médicos lo explicaron diciendo que cada organismo reacciona de manera diferente a las dosis de radiación, de manera que lo que aguanta uno puede que no lo resista otro. Allí donde estaban ellos hasta las paredes reaccionaban al geyger. A la derecha, a la izquierda y en el piso de abajo. Sacaron de allí a todo el mundo, no dejaron a ni un solo paciente... Debajo y encima, nadie...

Viví tres días en casa de unos conocidos en Moscú. Mis conocidos me decían: toma la cazuela, toma la olla, todo lo que necesites. Y yo hacía una sopa de pavo para seis personas. Para seis de nuestros muchachos... Los bomberos... El mismo turno... Todos estaban de guardia aquella noche: Vaschuk, Kibenok, Titenok, Právik, Tischura.

En la tienda les compré a todos pasta de dientes, cepillos, jabón. No había nada de esto en el hospital. Les compré toallas pequeñas... Ahora me admiro de mis conocidos; ellos tenían miedo, por supuesto, no podían no tenerlo, ya corrían todo tipo de rumores, pero, de todos modos, se prestaban a ayudarme: toma todo lo que necesites. ¡Tomalo! ¿Cómo está él? ¿Cómo se encuentran todos? ¿Saldrán con vida? Con vida... (*Calla*).

Entonces me encontré con mucha gente buena, no los recuerdo a todos. El mundo se redujo a un solo punto... Se achicó... Era él... Sólo él... Recuerdo a una auxiliar ya mayor, que me preparaba: "Algunas enfermedades no se curan. Debes sentarte junto a él y acariciarle la mano".

Por la mañana temprano voy al mercado, de ahí a casa de mis conocidos, preparo el caldo. Hay que rayarlo todo, desmenuzarlo. Uno me pidió: "Trae una manzana". Con seis botes de medio litro... ¡Siempre para seis! Y al hospital... Me quedo allí hasta la noche. Y luego, de nuevo a la otra punta de la ciudad. ¿Cuánto hubiera podido resistir? Pero a los tres días me ofrecieron quedarme en el hotel destinado al personal sanitario, en el territorio del mismo hospital. ¡¡Dios mío, que dicha!!

--Pero allí no hay cocina. ¿Cómo voy a prepararles la comida?

--Ya no tiene que cocinar. Sus estómagos han dejado de asimilar alimentos.

Empezó a cambiar. Cada día me encontraba con una persona diferente... Las quemaduras salían afuera... Aparecían en la boca, en la lengua, en las mejillas... Primero eran pequeñas llagas, pero luego fueron creciendo... Las mucosas se caían a capas... Unas películas blancas... El color de la cara, el color del cuerpo... Azul... Rojo... De un gris pardo... Y, sin embargo, todo él era tan mío,

¡tan querido! ¡Esto no se puede contar! ¡Esto no se puede escribir! ¡Ni siquiera soportar!...

Te salvaba el hecho de que todo sucedía de manera instantánea, de manera que no tenías que pensar, no tenías tiempo ni de llorar.

¡Lo quería! ¡Aún no sabía cómo lo quería! Justo nos habíamos casado... Vamos por la calle. Él me levanta en brazos y se pone a dar vueltas. Y me besa, me besa. Y la gente que pasa, ríe...

El curso clínico de una dolencia radiactiva aguda dura catorce días... A los catorce días el enfermo muere...

Ya al primer día en el hotel, los dosimetristas me medían. La ropa, la bolsa, el monedero, los zapatos, todo "ardía". Me lo quitaron todo. Hasta la ropa interior. Sólo no tocaron el dinero. A cambio me entregaron una bata de hospital de la talla cincuenta y seis y unas zapatillas del cuarenta y tres. La ropa, me dijeron, puede que se la devolvamos, o puede que no, porque será difícil que se pueda "limpiar".

Y así, con este aspecto, me presenté ante él. Él se asustó: "¡Madre mía! ¿Qué te ha pasado?". Aunque yo, a pesar de todo, me las arreglaba para hacerle un caldo. Colocaba el hervidor dentro del bote de vidrio. Y echaba allí los pedazos de pollo... Muy pequeños... Luego alguien me prestó su cazuela, creo que la mujer de la limpieza o la vigilante de hotel. Otra persona, una tabla en la que cortaba perejil fresco. Con aquella bata no podía ir al mercado; alguien me traía la verdura. Pero todo era inútil: no podía beber siquiera... Tragar un huevo crudo... ¡Y yo que quería conseguirle algo sabroso! Como si eso pudiera ayudar.

Un día me llegué hasta correos: "Chicas --les pedí-- tengo que llamar urgentemente a mis padres en Ivano-Frankovsk. Se me está muriendo aquí el marido". Por alguna razón, enseguida adivinaron de dónde y quién era mi marido, y me dieron línea en seguida. Mi padre, mi hermana y mi hermano aquel mismo día tomaron el avión para Moscú. Me trajeron mis cosas. Dinero.

El nueve de mayo... Él siempre me decía: ¡No te imaginas lo bonita que es Moscú! Sobre todo el Día de la Victoria, cuando hay fuegos artificiales. Quiero que lo veas algún día."

Estoy a su lado en la sala; él abre los ojos:

--¿Es de día o de noche?

--Las nueve de la noche.

--¡Abre la ventana! ¡Van a empezar los fuegos artificiales!

Abrí la ventana. Era un séptimo piso; toda la ciudad ante nosotros. Y un ramo de luces se alzó en el cielo.

--Esto sí que...

--Te prometí que te enseñaría Moscú. Como te prometí que cada día de fiesta siempre te regalaría flores...

Miro y él saca de debajo de la almohada tres claveles. Le había dado dinero a la enfermera, y ella compró las flores.

Me acerqué a él y lo besé.

--Amor mío. Cómo te quiero.

Y él que se me pone protestón y dice:

--¿Qué te han mandado los médicos? ¡No se me puede abrazar! ¡No se me puede besar!

No me dejaban abrazarlo... Pero yo... Yo lo levantaba, lo sentaba... Le cambiaba las sábanas... Le ponía el termómetro, le sacaba... Le traía y le sacaba el bacín.. Me pasaba la noche a su lado... En cuanto a esto, nadie me decía nada...

Menos mal que fue en el pasillo y no en la sala... Pero la cabeza me empezó a dar vueltas y me agarré de la repisa de la ventana... En aquel momento pasó un médico, que me tomó de la mano. Y de pronto:

--¿Está usted embarazada?

--¡No-no! -- me asusté tanto. Tenía miedo de que alguien nos oyera.

--No me engañe --me dijo con un suspiro.

Me sentí tan perdida que ni se me ocurrió decirle nada.

Al día siguiente me llaman a ver a la médico jefe.

--¿Por qué me ha engañado? --me pregunta.

--No tenía otra salida. Si le hubiera dicho la verdad, ustedes me habrían mandado a casa. ¡Es una mentira piadosa!

--¿¡Es que no ve lo que ha hecho!?

--Pero estoy a su lado...

Toda mi vida le estaré agradecida a Anguelina Vasílievna Guskova. ¡Toda mi vida!

También vinieron otras esposas. Pero no las dejaron entrar. Estuvieron conmigo sus madres. La madre de Volodia Právik no paraba de pedirle a Dios: “Llévame mejor a mí”.

El profesor norteamericano, el doctor Gale... --fue él quien hizo la operación de trasplante de médula--... me consolaba: hay esperanzas, pocas, pero las hay. ¡Un organismo tan poderoso, un muchacho tan fuerte! Llamaron a todos sus parientes. Dos hermanas vinieron de Belarús, un hermano de Leningrado, donde servía. La hermana pequeña, Natasha, tenía catorce años, lloraba mucho y tenía miedo. Pero su médula resultó ser la mejor... (*Se queda callada*) Ahora puedo contarlo... Antes no podía... He callado diez años... Diez años (*Calla*).

Cuando Vasia se enteró de que le sacaban la médula espinal a su hermana menor, se negó en redondo: “Prefiero morir. No la toquéis, es pequeña”.

La mayor, Liuda, tenía veintiocho y además era enfermera, sabía a lo que iba: “Lo que haga falta para que viva” -- decía. Yo vi la operación. Estaban echados el uno junto al otro en dos mesas... En el quirófano había una gran ventana... La operación duró dos horas.

Cuando acabaron, quién se sentía peor era Liuda, más que mi marido; tenía en el pecho dieciocho inyecciones, y le costó mucho salir de la anestesia. Aún sigue enferma, le han dado la invalidez... Había sido una muchacha guapa, fuerte... No se ha casado...

Entonces yo iba corriendo de una sala a la otra, de verlo a él a visitarla a ella. Él no se encontraba en una sala corriente, sino en una cámara hiperbárica especial, tras una cortina transparente, donde estaba prohibido entrar. Había allí unos instrumentos especiales para que, sin atravesar la cortina, darle las inyecciones, ponerle los catéter... Y todo con unas ventosas, con unas tenazas, que yo aprendí a manejar... A extraer de allí... Y acceder a él... Junto a su cama había una silla pequeña...

Entonces se empezó a encontrar tan mal que ya no podía separarme de él ni por un momento. Me llamaba constantemente: “Liusia, ¿dónde estás?. ¡Liusia!”. No paraba de llamarme.

Las otras cámaras hiperbáricas donde se encontraban nuestros muchachos, las cuidaban unos soldados, porque los sanitarios civiles se negaron a ello, pedían unos trajes aislantes. Los soldados sacaban las bacinillas. Limpiaban el suelo, cambiaban las sábanas... Lo hacían todo... ¿De dónde salieron aquellos soldados? No lo pregunté... Sólo estaba él. Él... Y cada día oía: ha muerto, ha muerto... Ha muerto Tischura. Ha muerto Titenok. Ha muerto... Como martillazos en la sien.

Veinticinco, treinta deposiciones, al día... Con sangre y mucosidades... La piel empezó a resquebrajarse en las manos, los pies... Todo se cubrió de forúnculos... Cuando meneaba la cabeza sobre la almohada se le quedaban mechones de pelo... Yo intentaba bromear: “Hasta es más cómodo. No te hará falta el peine.” Al poco les cortaron el pelo a todos. A él lo afeitó yo misma. Quería hacerlo todo yo.

Si lo hubiera podido resistir físicamente, me hubiera quedado las veinticuatro horas a su lado. Me daba pena perder cada minuto... Un minuto, y así y todo me dolía perderlo... (*Calla largo rato*).

Vino mi hermano y se asustó: “No te dejaré volver allí”. Y mi padre que le dice: “¿A ésta no lo vas a dejar? ¡Si es capaz de entrar por la ventana! ¡Por la escalera de incendios!”

Un día me voy... Regreso y sobre la mesa tiene una naranja... Grande, no amarilla, sino rosada. Él sonríe: “Me la han regalado. Quédatela.” Pero la enfermera me hace señas a través de la cortina que la naranja no se puede comer. En cuanto algo se queda junto él un tiempo, no es que no se lo pueda comer, sino que hasta tocarlo da miedo. “Va, cómetela --me pide--. Si a ti te gustan las naranjas”. Tomo la naranja en una mano. Y él entretanto cierra los ojos y se queda dormido.

Todo el rato le ponían inyecciones para que durmiera. Narcóticos. La enfermera que me mira horrorizada, como diciendo... ¿Qué será de mí? Yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que él no pensara en la muerte... Ni sobre que su enfermedad es horrible, ni que yo le tengo miedo...

Un fragmento de una conversación... Lo guardo en la memoria... Alguien intenta convencerme: “No debe usted olvidar que lo que tiene delante ya no es su marido, un ser querido, sino un elemento radiactivo con un gran poder de contaminación. No sea usted suicida. Recobre la sensatez.”

Pero yo estoy como loca: “¡Lo quiero! ¡Lo quiero!”. Él dormía y yo le susurraba: “¡Te amo!” Iba por el patio del hospital: “¡Te amo!”. Llevaba el orinal: “¡Te amo!”. Recordaba cómo vivíamos antes... En nuestra residencia... Él se dormía por la noche sólo después de tomarme de la mano. Tenía esa costumbre: mientras dormía cogirme de la mano... toda la noche...

También en el hospital yo lo tomaba de la mano y no la soltaba...

Es de noche. Silencio. Estamos solos. Me mira atentamente, fijo, muy fijo, y de pronto me dice:

--Qué ganas tengo de ver a nuestro hijo. Cómo es.

--¿Cómo lo llamaremos?

--Bueno, eso ya lo decidirás tú.

--¿Por qué yo sola, o es que no somos dos?

--Entonces, si es niño, que sea Vasia, y si es niña, Natasha.

--¿Cómo que Vasia? Yo ya tengo un Vasia. ¡Tú! Y no quiero otro.

¡Aún no sabía cómo lo quería! No había más que él... Sólo él... ¡Como una ciega! Ni siquiera notaba los golpecitos debajo del corazón... Aunque ya estaba en el sexto mes... Creía que mi pequeño estaba dentro de mí, que allí estaba protegido...

Ningún médico sabía que yo duermo con él en la cámara hiperbárica... No se les ocurría... Me dejaban pasar las enfermeras. Al principio también me querían convencer: "Eres joven. ¿Cómo se te ocurre? ¡Si esto ya no es un hombre, es un reactor! Os quemaréis los dos". Y yo corría tras ellas como un perrito ... Me quedaba horas enteras ante la puerta. Les rogaba, les imploraba... Y entonces ellas: "¡Que te parta un rayo! ¡Estás loca perdida!". Por la mañana, antes de las ocho, cuando empezaban las visitas médicas, me hacían señas de detrás de la cortina: "¡Corre!". Y yo me iba por una hora al hotel. Pues desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche tenía pase. Las piernas se me pusieron azules hasta las rodillas, se me hincharon, de tan cansada que me encontraba...

Mientras estaba con él... No lo hacían... Pero cuando me iba, lo fotografiaban... Sin ninguna ropa. Desnudo. Sólo con una ligera sábana encima. Yo esa sábana cada día la cambiaba, aunque al llegar la noche estaba llena de sangre. Lo levantaba, y en las manos se me quedaban pedacitos de su piel; se me pegaban. Yo le suplicaba: "¡Cariño! ¡Ayúdame! ¡Apóyate en el brazo, sobre el codo, todo lo que puedas, para que alise la cama, para que te quite las costuras, los pliegues". Cualquier costurita era una herida en su piel. Me corté las uñas hasta hacerme sangre, para no herirlo.

Ninguna de las enfermeras se podía acercar a él, ni tocarlo; si hacía falta algo, me llamaban. Pero lo fotografiaban... Decían que era para la ciencia. ¡Los hubiera echado a golpes a todos de allí! Les hubiera gritado! Pegado! ¿¿Cómo se atrevían!? Era todo mío. Lo que más quería... Si hubiera podido impedirles entrar!... ¡Si hubiera podido!...

Salgo de la sala al pasillo... Y me doy con la pared, con el diván, porque no los veo. Le digo a la enfermera de guardia: "Se está muriendo" -- Y ella me dice: "¿Y tú qué esperabas? Ha recibido mil seiscientos roentgen, cuando la dosis mortal es cuatrocientos. Estás junto a un reactor". Todo mío... Lo que más quería.

Cuando murieron todos, repararon el hospital. Quitaron el yeso de las paredes, arrancaron el parqué y lo tiraron... La madera...

Sigo... Lo último... Lo recuerdo a fognazos... A fragmen...

Una noche estoy sentada a su lado en una silla... A las ocho de la mañana: "Vasia, salgo un rato. Voy a descansar un poco". Él abre y cierra los ojos: me deja ir. En cuanto llego al hotel, a mi habitación y me acuesto en el suelo --no podía echarme en la cama, de tanto que me dolía todo--, que llega una auxiliar: "¡Ve! ¡Corre a verlo! ¡Te llama sin parar!". Pero aquella mañana Tania Kibenok me lo había pedido tanto, me había rogado: "Vamos juntas al cementerio. Sin ti no puedo". Aquella mañana enterraban a Vitia Kibenok y a Volodia Právik...

Con Vitia eran amigos... Dos familias amigas... Un día antes de la explosión nos habíamos fotografiado juntos en la residencia. ¡Qué guapos se veían allí nuestros maridos! Alegres. El último día de nuestra vida pasada... ¡Qué felices éramos!

Vuelvo del cementerio, llamo a toda prisa a la enfermera: "¿Cómo está?"-- "Ha muerto hará unos quince minutos". ¿Cómo? Toda la noche a su lado. ¡Si sólo me he ausentado tres horas! Estaba junto a la ventana y gritaba: "¿Por qué? ¿Por qué?". Miraba al cielo y gritaba... Todo el hotel me oía... Tenían miedo de acercarse a mí... Pero me recobré y me dije: ¡lo veré por última vez! ¡Lo iré a ver! Bajé rodando las escaleras. Él seguía en la cámara, no se lo habían llevado...

Sus últimas palabras fueron: "¡Liusia! ¡Liusia!" -- "Se acaba de ir. Ahora mismo vuelve" -- lo intentó calmar la enfermera. Él suspiró y se quedó callado...

Ya no me separé de él... Fui con él hasta la tumba... Aunque lo que recuerdo no es el ataúd, sino una bolsa de polietileno... Esta bolsa... En la morgue me preguntaron: "¿Quiere que le enseñemos cómo lo vamos a vestir?". "¡Sí, quiero!" Le pusieron el traje de gala, y le colocaron la

visera sobre el pecho. No le pusieron calzado. No encontraron unos zapatos adecuados, porque se le habían hinchado los pies... También cortaron el uniforme de gala, no se lo pudieron poner...

Tenía el cuerpo entero deshecho... Todo era una llaga... En el hospital los últimos dos días... Le levantaba la mano y el hueso se le movía, el hueso le bailaba, se le había separado la carne... Pedacitos de pulmón, de hígado le salían por la boca... Se ahogaba con sus propias vísceras. Me envolvía la mano con una gasa y la introducía en su boca para sacarle todo aquello de dentro... ¡Esto no se puede contar! ¡Esto no se puede escribir! ¡Ni siquiera soportar!... Todo esto tan querido... Tan mío... No le cabía ninguna talla de zapatos... Lo colocaron en el ataúd descalzo.

Ante mis ojos. Vestido de gala, lo metieron en una bolsa de plástico y la ataron. Y, ya en esta bolsa, lo colocaron en el ataúd... También el ataúd, envuelto en otra bolsa... Un celofán transparente, pero grueso, como un mantel... Y ya todo esto lo introdujeron en un féretro de zinc... Lo metieron allí... sólo quedó el gorro encima...

Vinieron todos. Sus padres, los míos... Compramos en Moscú pañuelos negros... Nos recibió la comisión extraordinaria. A todos les decían lo mismo: que no podemos entregaros los cuerpos de vuestros maridos, no podemos daros a vuestros hijos, son muy radiactivos y serán enterrados en un cementerio de Moscú de una manera especial. En unos féretros de zinc soldados, bajo unas planchas de hormigón. Deben ustedes firmarnos estos documentos... Y si alguien, indignado, quería llevarse el ataúd a casa, lo convencían de que se trataban de unos héroes, decían, y ya no pertenecen a su familia. Son personas oficiales... Y pertenecen al Estado.

Subimos al autobús... Los parientes y unos militares. Un coronel con una radio... Por la radio oía: “¡Esperen órdenes! ¡Esperen!” Estuvimos dando vueltas por Moscú unas dos o tres horas, por la carretera de circunvalación. Luego regresamos de nuevo a Moscú... Y por la radio: “No se puede entrar en el cementerio. Lo han rodeado los corresponsales extranjeros. Aguarden otro poco.” Los parientes callan... Mamá lleva el pañuelo negro... yo noto que pierdo el conocimiento.

Me da un ataque de histeria: “¿Por qué hay que esconder a mi marido? ¿Quién es? ¿Un asesino? ¿Un criminal? ¿Un preso común? ¿A quién enterramos?”. Mamá me dice: “Calma, calma, hija mía”. Y me acaricia la cabeza... El coronel informa por la radio: “Solicito permiso para dirigirme al cementerio. A la esposa le ha dado un ataque de histeria”.

En el cementerio nos rodearon los soldados... Marchábamos bajo escolta... Hasta el ataúd lo llevaban... No dejaron pasar a nadie... Sólo estábamos nosotros... Lo cubrieron de tierra en un instante. “¡Rápido, más de prisa!” --ordenaba un oficial. Ni siquiera nos dejaron abrazar el ataúd... Y corriendo a los autobuses... Todo a escondidas...

Compraron en un abrir y cerrar de ojos los billetes de vuelta y nos los trajeron... Al día siguiente. En todo momento estuvo con nosotros un hombre de civil, pero con modales de militar; no me dejó siquiera salir del hotel y comprar comida para el viaje. No fuera a ocurrir que habláramos con alguien, sobre todo yo. Como si entonces hubiera podido hablar, ni llorar podía.

La responsable del hotel, cuando nos íbamos, contó todas las toallas, todas las sábanas... Y allí mismo las fue metiendo en una bolsa de polietileno. Seguramente lo quemaron todo... Pagamos el hotel nosotros. Por los catorce días...

El proceso clínico de las enfermedades radiactivas dura catorce días... A los catorce días el enfermo muere...

Al llegar a casa me dormí. Entré en casa y me derrumbé en la cama. Estuve durmiendo tres días enteros... Vino una ambulancia. “No --dijo el médico--, no ha fallecido. Despertará. Es una especie de sueño terrible”.

Tenía veintitrés años...

Recuerdo un sueño... Viene a verme mi difunta abuela, con la misma ropa con la que la enterramos. Y adorna un abeto. “Abuela, cómo es que tenemos un abeto? ¿No estamos en verano?” -- “Así debe ser. Pronto tu Vasia vendrá a verme. Y cómo ha crecido en el bosque...”.

Recuerdo otro sueño: llega Vasia vestido de blanco y llama a Natasha. A nuestra hija, la niña que aún no había dado a luz. Ya es mayor. Ha crecido. Él la lanza al aire y los dos ríen... Y yo los miro y pienso: que sencillo es ser feliz. Otro sueño... Andamos los dos por el agua. Andamos mucho, mucho rato... Seguramente me pedía que no llorara... Me mandaba señales. De ahí... De arriba... (*Se queda callada largo rato.*)

Al cabo de dos meses regresé a Moscú. De la estación al cementerio. ¡A verle! Y allí, en el cementerio, me empezaron las contracciones... En cuanto me puse a hablar con él. Llamaron una ambulancia... Di a luz con la misma doctora, con Anguelina Vasílievna Guskova. Ya entonces me

había dicho: “Ven a dar a luz aquí.” Parí con dos semanas de adelanto...

Me la enseñaron... Una niña... “Natasha --la llamé--. Tu papá te llamó Natasha”. Por su aspecto, parecía un bebé sano. Con sus bracitos, sus piernas... Pero tenía cirrosis de hígado... En su hígado había veintiocho roentgen... Y una lesión congénita del corazón... A las cuatro horas me dijeron que la niña había muerto... ¡Y otra vez, que no se la vamos a dar! ¡¿Cómo que no me la vais a dar?! Soy yo que no os la doy a vosotros! La queréis para vuestra ciencia, pues yo la odio vuestra ciencia! ¡La odio! Vuestra ciencia se me lo ha llevado a él y ahora aún quiere... ¡No os la daré! La enterraré yo misma... Junto a su padre... (*Calla.*)

No hay manera que me salga lo quiero decir... No con estas palabras... Después del ataque al corazón no puedo gritar. Tampoco me dejan llorar. Por eso no me salen las palabras... Pero le diré... Aún no lo sabe nadie... Cuando no les di mi hija... Nuestra hija... Entonces me trajeron una cajita de madera: “Allí está”. Lo comprobé... La envolvieron en pañales... Toda ella envuelta... Y entonces me puse a llorar y les dije: “Colóquela a los pies de mi marido. Y díganle que es nuestra Natasha”.

Allí en la tumba no está escrito: Natasha Ignatenko... Sólo está el nombre de él. Ella no tuvo ni nombre, no tuvo nada... Sólo el alma. Y allí es donde enterré el alma...

Siempre vengo a verlos con dos ramos: uno es para él, y el segundo lo pongo en un rinconcito para ella. Me arrastro de rodillas por la tumba... Siempre de rodillas...

(*De manera inconexa.*) Yo la he matado... Por mi culpa... Ella, en cambio... Ella me ha salvado.... Mi niña me salvó. Recibió todo el impacto radioactivo, se convirtió como si dijéramos en el receptor de todo el impacto... Tan pequeñita... Una bolita... (*Perdiendo el aliento.*) Ella me salvó... Pero yo los quería a los dos... ¿Cómo es posible?... ¿Cómo se puede matar con el amor? ¡Con un amor como este! ¿Por qué están tan juntos? El amor y la muerte... Tan juntos... ¿Quién me lo podrá explicar? Me arrastro de rodillas por la tumba... (*Calla largo rato.*)

...En Kíev me dieron un piso. En una casa grande, donde ahora viven todos los que tienen que ver con la central atómica. Es un piso grande, de dos habitaciones, con el que Vasia y yo siempre habíamos soñado. ¡Pero yo allí me volvía loca! En cada rincón, mirara donde mirara, allí estaba él... Me puse a arreglar la casa, a hacer lo que fuera para no parar quieta, lo que fuera para no pensar. Así pasé dos años...

Un día tuve un sueño: vamos los dos juntos, pero él va descalzo... “¿Por qué siempre vas descalzo?” -- “Pues porque no tengo nada”. Fui a la iglesia. Y el padre me aconsejó: “Hay que comprar unas zapatillas de talla grande y colocarlas en el féretro de algún difunto. Y escribir una nota de que son para él.” Así lo hice. Llegué a Moscú y me dirigí de inmediato a una iglesia. En Moscú estoy más cerca de él... Allí descansa, en el cementerio Mitinski... Le expliqué a un clérigo lo que me pasaba, que había de hacerle llegar unas zapatillas a mi marido. Y él que me pregunta: “¿Y tú sabes, hija mía, cómo conviene hacerlo?”. Me lo explica... Justo entonces traen a un viejo anciano para rezarle un responso. Y yo que me acerco al ataúd, levanto el velo y coloco allí las zapatillas. “¿Y la nota la has escrito?” -- “Sí, la he escrito, pero no digo nada de en qué cementerio está enterrado”. -- “Allí todos están juntos. Ya lo encontrarán”.

No tenía ningunas ganas de vivir. Por la noche me quedaba junto a la ventana y miraba al cielo: “Vasia, ¿qué he de hacer? No quiero vivir sin ti”. Durante el día, paso junto a un jardín infantil y me quedo ahí parada... Me pasaría la vida mirando a los niños... ¡Me estaba volviendo loca! Y por las noches le pedía: “Vasia, pariré un niño. Me da miedo estar sola. No lo aguantaré. ¡Vasia!”. Y al día siguiente se lo volvía a pedir: “Vasia, no necesito un hombre. No hay nadie mejor que tú. Quiero un niño”.

Tenía veinticinco años...

Encontré un hombre. Se lo conté todo. Toda la verdad. Que tuve un amor, un amor para toda la vida. Se lo confesé todo... Nos veíamos, pero nunca lo invitaba a mi casa. En casa no podía. Allí estaba Vasia.

Trabajé en una pastelería. Hacía una tarta y las lágrimas me caían a mares. No lloraba, pero las lágrimas me seguían cayendo. Sólo les pedí a las chicas una cosa: “No me tengáis lástima. En cuanto me empecéis a consolar, me marcho.” Quería ser como todos los demás...

Me trajeron la medalla de Vasia. Una de color rojo... No podía mirarla largo rato... Me saltaban las lágrimas...

He tenido un niño. Andréi... Andréi se llama. Las amigas me querían hacer cambiar de idea: “Tu no puedes tener hijos”; y los médicos me asustaban: “Su organismo no lo soportará”. Luego... Luego me dijeron que le faltaría una mano... Se veía por el aparato... “¿Y qué? --me dije--. Le

enseñaré a escribir con la mano izquierda”. Y nació normal... Un niño guapo... Ya va a la escuela, y saca todo excelentes.

Ahora tengo a alguien. A alguien por quien respiro y vivo. Él lo comprende todo a la perfección: “Mamá, si voy a ver a la abuela un par de días, podrás respirar?” ¡No podré! Me da miedo separarme de él un solo día.

Un día íbamos por la calle... Y noto que caigo... Entonces fue cuando me dio el ataque... Allí, en la misma calle... “Mamá, quieres un poco de agua?” -- “No. Quédate a mi lado. No te vayas a ninguna parte”. Y lo agarré de la mano. Luego ya no recuerdo... Abrí los ojos en el hospital.. Lo había sujetado de tal modo que los médicos se las vieron moradas para abrirme los dedos. El niño tuvo la mano azul durante varios días.

Y ahora cuando salimos de casa me pide: “Mamá, por favor no me agarres de la mano. No me iré a ninguna parte”. Él también está enfermo: va dos semanas a la escuela y dos las pasa en casa, con el médico. Así vivimos. Tememos el uno por el otro...

Y en cada rincón está Vasia. Sus fotos... Y por las noches no paro de hablar con él...A veces me pide en sueños: “Enséñame a nuestro niño.” Y Andréi y yo vamos a verle. Él trae de la mano a nuestra hija... Siempre está con ella... Sólo juega con ella...

Así es como vivo... Vivo a la vez en un mundo real y en otro irreal... Y no sé dónde estoy mejor...

Tengo de vecinos a todos los de la central; ocupamos aquí toda una calle. Así la llaman: la calle de Chernóbyl. Esta gente ha trabajado toda la vida en la central. Y hasta hoy van allí a hacer guardia. Allí ahora no vive nadie; en la central sólo se hacen turnos de guardia.

Muchos sufren terribles enfermedades, son inválidos, pero no dejan la central. Tienen miedo hasta de pensar que cerrarán la central. ¿A quién le harían falta como están en otro trabajo?

Muchos se mueren. De repente. Sobre la marcha. Va uno por la calle y de pronto cae muerto. Se acuesta y ya no despierta. Le lleva unas flores a una enfermera y de pronto se le para el corazón.

Esta gente se está muriendo, pero nadie les ha preguntado de verdad sobre lo sucedido. Sobre lo que hemos padecido... Lo que hemos visto... La gente no quiere oír hablar de la muerte. De los horrores...

Pero yo le he hablado del amor... De cómo he querido”.

*Liudmila Ignatenko,
esposa del bombero fallecido Vasili Ignatenko.*

ENTREVISTA DE LA AUTORA CONSIGO MISMA SOBRE LA HISTORIA OMITIDA

--Han pasado diez años... Chernóbyl ya se ha convertido en metáfora, en símbolo. En historia incluso. Se han escrito decenas de libros, se han filmado miles de metros de cintas de video. Nos parece que de Chernóbyl lo sabemos todo: los hechos, las cifras. ¿Que se podría añadir a esto? Por lo además, es tan natural que la gente quiera olvidar Chernóbyl, convenciéndose de que todo ha quedado atrás...

¿Sobre qué trata este libro? ¿Por qué lo he escrito?

--Este libro no trata sobre Chernóbyl, sino sobre el mundo de Chernóbyl. Justamente sobre lo que sabemos tan poco. Casi nada. Es una historia omitida: así la llamaría yo. A mí me interesaba no tanto el propio suceso --qué pasó aquella noche en la central y quién tiene la culpa, qué decisiones se tomaron, cuantas toneladas de arena y de cemento hicieron falta para construir el sarcófago sobre aquel agujero diabólico--, sino las sensaciones, los sentimientos de las personas que estuvieron en contacto con lo desconocido. Con el misterio. Chernóbyl es un enigma que aún no hemos desentrañado. Tal vez sea un tarea para el siglo XXI. Un reto para el futuro. ¿Qué es lo que el hombre ha conocido, qué ha adivinado, descubierto de si mismo? ¿En su relación con el mundo? La reconstrucción de los sentimientos y no de los hechos.

Si antes, cuando escribía mis libros, me detenía en los sufrimientos de otras personas, ahora soy tan testigo como todos los demás. Mi vida es parte del suceso, vivo aquí. En la tierra de Chernóbyl. En la pequeña Belarús, país sobre el que antes el mundo casi no había oído hablar. En el país del que ahora dicen que ya no es una tierra sino el laboratorio de Chernóbyl. Los bielorrusos

son el pueblo de Chernóbyl. Chernóbyl se ha convertido en nuestra casa, en nuestro destino nacional. Se ha convertido incluso en nuestra visión del mundo. Yo no podía no escribir este libro...

--¿Qué es, en definitiva, Chernóbyl? ¿Cierta señal? ¿O, de todos modos, es una catástrofe tecnológica gigantesca, no comparable con ningún otro suceso anterior?

--Es más que una catástrofe... Pues lo que impide entender Chernóbyl es justamente la pretensión de colocar Chernóbyl entre las catástrofes más conocidas. Se diría que constantemente nos movemos en la dirección equivocada. Aquí, por lo visto, no basta con la experiencia del pasado. Después de Chernóbyl vivimos en otro mundo, el mundo anterior no existe. Pero el hombre no quiere pensar en ello, porque nunca se ha parado a reflexionar sobre esto. Ha sido cogido por sorpresa.

Más de una vez he oído a mis contertulios la misma confesión: “No encuentro las palabras para transmitir lo que he visto, lo que he experimentado”, “no he leído sobre algo parecido en libro alguno, ni lo he visto en el cine”, “nadie antes me ha contado nada semejante”. Estas confesiones se repetían, y no he eliminado a propósito estas repeticiones. La verdad es que encontrarán muchas repeticiones. Las he dejado, no las he tachado, no sólo para dar mayor veracidad, con la intención de mantener una “verdad carente de artificiosidad”; sino porque me parecía que reflejaban además lo insólito de lo sucedido. Todo se señala, se pronuncia en voz alta por primera vez. Ha sucedido algo para lo que aún no tenemos un sistema de representaciones, ni casos análogos, ni experiencia, para lo que no está adaptada nuestra vista, nuestro oído; ni siquiera nuestro diccionario nos sirve. Disponemos de todo nuestro instrumental interior, que está preparado para ver, oír y tocar. Pero nada de esto es posible. El hombre, para comprender algo de todo esto, debe salir fuera de sus propios límites.

Ha comenzado una nueva historia de los sentidos...

--¿Pero, un hombre y un suceso no siempre son equivalentes? Es más frecuente que no lo sean...

--He buscado a personas conmocionadas. Seres que se hayan sentido a solas, frente a frente, con esto. Que se hayan parado a reflexionar. Que expresaran un texto nuevo... Un texto que hasta ahora nadie hubiera oído...

Tres años me he pasado viajando, preguntando: a trabajadores de la central, científicos, ex funcionarios del partido, médicos, soldados, personas evacuadas y las que se han quedado... Personas de diferentes profesiones, experiencias, generaciones y temperamentos. Creyentes y ateos. Campesinos e intelectuales. Chernóbyl es el contenido central de su vida. Todo les ha sido envenenado por dentro y a su alrededor, y no sólo la tierra y el agua. Todo su tiempo.

Un suceso contado por una persona es su vida, pero contado por muchos, es ya historia. Esto es lo más difícil: compaginar dos verdades: la personal y la colectiva. Más aún cuando el hombre actual se haya en medio de una fractura de épocas...

Se han sumado dos catástrofes: la social --ante nuestros propios ojos el enorme continente socialista se sumerge bajo las aguas--, y otra cósmica: Chernóbyl. Dos explosiones globales. Pero la primera es más próxima, más fácil de comprender. La gente está preocupada por el día a día, por sobrevivir: ¿con qué dinero comprar, adónde ir? ¿En qué creer? Bajo qué bandera marchar de nuevo? Esto es lo que experimentan todos y cada uno. En cambio, Chernóbyl, todos querían olvidarlo. Al principio confiaban en vencerlo, pero, al comprender lo estéril de sus esfuerzos, han callado. La realidad escapa a la comprensión. Es difícil defendernos de lo que no conocemos. De aquello que la humanidad no sabe. Chernóbyl nos ha transportado de un tiempo a otro.

Ante nosotros asoma una realidad nueva para todos...

Pero hable de lo que hable el hombre, siempre sobre la marcha se desnuda también a sí mismo. De nuevo se ha planteado el problema del sentido de su vida. ¿Qué somos?

Nuestra historia es una historia de sufrimiento. El sufrimiento es nuestro refugio. Nuestro culto. Estamos hipnotizados por él. Pero a mí me gustaría preguntar otra cosa: sobre el sentido de la vida humana, de nuestra existencia en la tierra.

He viajado, hablado, tomado nota. Esta gente ha sido la primera... que ha visto aquello que nosotros sólo sospechamos. Aquello que para todos aún es un enigma. Pero ellos mismos lo contarán...

En más de una ocasión me ha parecido que estaba anotando el futuro...

CAPÍTULO PRIMERO

LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Monólogo sobre para qué la gente recuerda

“¿Y se ha propuesto escribir sobre esto? ¡Sobre esto! Yo no quería que esto se supiera de mí... Que he vivido allí...”

Por un lado, tengo el deseo de abrirme, de soltarlo todo, pero por otro, noto como me desnudo, y esto es algo que no quisiera que...

¿Recuerda usted en Tolstói?... Después de la guerra Pier Bezújov está tan conmocionado que le parece que él y el mundo han cambiado para siempre. Pero pasa cierto tiempo y Bezújov se dice a sí mismo: “Todo continuará igual, seguiré como antes riñendo al cochero, como siempre me pondré a refunfunar”. Entonces, ¿para qué recuerda la gente? ¿Para restablecer la verdad? ¿La justicia? ¿Para liberarse y olvidar? ¿Porque comprenden que han participado en un acontecimiento grandioso? ¿O porque buscan alguna protección en el pasado? Y todo eso, a sabiendas de que los recuerdos son algo frágil, efímero; no se trata de conocimientos precisos sino conjeturas sobre uno mismo. No son aún conocimientos, son sólo sentimientos. Lo que siento...

Me he torturado, he rebuscado en mi memoria y al fin recordé...

Lo más horroroso que me ha sucedido me pasó en la infancia. Era la guerra...

Recuerdo como siendo unos chavales jugábamos “a papás y mamás”, desnudábamos a los críos y los colocábamos el uno sobre el otro... Eran los primeros niños nacidos después de la guerra. Toda la aldea sabía qué palabras decían ya, cómo empezaban a andar, porque durante la guerra se olvidaron de los niños. Esperábamos la aparición de la vida... “A papás y mamás” -- así se llamaba el juego. Queríamos ver la aparición de la vida... Y eso que no teníamos más de ocho, diez años...

He visto cómo una mujer trataba de quitarse la vida. Entre los arbustos, junto al río. Tomaba un ladrillo y se golpeaba con él en la cabeza. Estaba embarazada de un policía⁴, de un hombre al que toda la aldea odiaba.

Siendo aún un niño, yo había visto como nacían los gatitos. He ayudado a mi madre a tirar de un ternero cuando salía de una vaca, y he llevado a aparearse a nuestra cerda...

Recuerdo... Recuerdo como trajeron a mi padre muerto; llevaba un jersey, se lo había tejido mi madre. Al parecer lo habían fusilado con una ametralladora o con un fusil automático. Algo sanguinolento salía a pedazos de aquel jersey. Allí estaba, sobre nuestra única cama, no había otro lugar dónde acostarlo. Luego lo enterraron junto a la casa. Y aquella tierra era lo contrario del descanso eterno, era barro pesado, de la huerta de remolachas. Por todas partes seguían los combates... La calle sembrada de caballos caídos y hombres muertos.

Para mí son recuerdos hasta tal punto vedados que no hablo de ellos en voz alta...

Por entonces yo percibía la muerte igual que un nacimiento... Tenía más o menos el mismo sentimiento cuando aparecía el ternero de una vaca... Cuando salían los gatitos... Y cuando la mujer se intentaba quitar la vida entre los arbustos... Por alguna razón, todo eso me parecía la misma cosa, lo mismo... El nacimiento y la muerte.

Recuerdo desde la infancia cómo huele la casa cuando se sacrifica un cerdo... Y en cuanto usted me toque empiezo a caer, a hundirme allí... A la pesadilla... Al horror... Vuelo allí...

También recuerdo como siendo niños las mujeres nos llevaban consigo a los baños. Y a todas las mujeres, también a mi madre, se les caía la matriz (eso ya lo comprendíamos); se la sujetaban con trapos. Esto lo he visto yo... La matriz se salía debido al trabajo duro. No había hombres, los habían matado a todos en el frente, en la guerrilla; tampoco había caballos, las mujeres tiraban de los arados con sus propias fuerzas. Labraban sus huertos y los campos del koljós⁵.

Cuando, al hacerme mayor, tenía trato íntimo con una mujer, me venía todo esto a la memoria... Lo que había visto en los baños...

Quería olvidar... Olvidarlo todo... Lo olvidaba... Y pensaba que lo más horroroso ya me había

⁴ policía --a diferencia de “miliciano” que es como se llama en Bielorrusia a un agente del orden hasta hoy-- se denominaba a los guardias nombrados por los alemanes durante la guerra en la URSS.

⁵Granja colectiva, en la que trabajan todos los campesinos.

sucedido en el pasado... La guerra... Que estaba protegido, que ya estaba salvo...

Pero ahora he viajado a la zona de Chernóbyl ... Ya he estado muchas veces... Y allí comprendí que no estoy protegido. Que me estoy destruyendo... El pasado ya no me protege. Ya no hay respuestas en el pasado. Siempre las ha habido, pero hoy no las hay. A mí me destruye el futuro, no el pasado”

Piotr S., psicólogo.

Monólogo sobre de qué se puede conversar con un vivo, y con un muerto

“Por la noche un lobo entró en el patio. Miré por la ventana, y allí estaba con los ojos encendidos. Como faros...

Me he acostumbrado a todo. Hace siete años que vivo sola, siete años, desde que la gente se fue. Por la noche, a veces, me quedo sentada hasta que amanece, y pienso, pienso. Hoy incluso me he pasado la noche sentada, hecha un ovillo, en la cama, y luego he salido afuera a ver qué sol hacía.

¿Qué le voy a decir? Lo más justo en la vida es la muerte. Nadie la ha evitado. La tierra da cobijo a todos: a los buenos y a los malos, a los pecadores. Y no hay más justicia en este mundo. Me he pasado toda la vida trabajando duramente, como una persona honrada. He vivido con la conciencia en paz. Pero no me ha tocado lo que es justo. Se ve que a Dios, cuando repartía suerte, cuando me llegó el turno, ya no le quedaba nada para darme, al parecer.

Un joven puede morir, el viejo debe morirse...

Primero esperaba a la gente; pensaba que regresarían todos. Nadie se había ido para siempre; la gente se marchaba por un tiempo. Pero ahora sólo espero la muerte... Morirse no es difícil, sólo da miedo. No hay iglesia... El padre no viene por aquí... No tengo a nadie a quien confesar mis pecados...

La primera vez que nos dijeron que teníamos radiación, pensamos que era alguna enfermedad; que quien enferma se muere en seguida. Pero nos decían que no era eso, que era algo que estaba en la tierra, que se metía en la tierra y que no se podía ver. Los animales puede que lo vieran y lo oyeran, pero el hombre no. ¡Y no es verdad! Yo lo he visto... Este cesio estuvo tirado en mi huerto hasta que lo mojó la lluvia. Tiene un color así, como de tinta... Allí estaba brillando a pedazos... Llegué del campo del “koljós” y me fui a mi huerta... Y había un trozo azul... Y a unos doscientos metros más allá, otro... Del tamaño del pañuelo como el que llevo en la cabeza. Llamé a la vecina y a otras mujeres y recorrimos todo el lugar. Todos los huertos, el campo... Unas dos hectáreas... Encontramos puede que cuatro pedazos grandes... Uno era de color rojo...

Al día siguiente llovió. Desde por la mañana. Y para la hora de comer desaparecieron. Vino la milicia, pero ya no había nada que enseñar. Sólo se lo contamos. Unos trozos así... (*Muestra con las manos*). Como mi pañuelo. Azules y rojos...

Esta radiación no nos daba demasiado miedo. Mientras no la veíamos y no sabíamos qué era, puede que nos diera miedo, pero en cuanto la vimos, se nos pasó el temor. La milicia y los soldados pusieron unas tablillas. A algunos junto a la casa y también en la calle les escribieron: setenta curies, sesenta curies⁶...

Siempre hemos vivido de nuestras patatas, de nuestra cosecha, ¡y ahora nos dicen que no se puede! Para unos fue un duro golpe, aunque otros se lo tomaron a risa... Nos aconsejaban que trabajáramos en la huerta con máscaras de venda y con guantes de goma...

Entonces vino un sabio importante y pronunció un discurso en el club diciendo que teníamos que lavar la leña... ¡Ésta sí que es buena! ¡Que se me caigan las orejas! Nos mandaron lavar las mantas, las sábanas, las cortinas... ¡Pero si estaban dentro de la casa! En los armarios y en los baúles. ¿Qué radiación puede haber, dígame, en las casas? ¿Tras las ventanas? ¿Tras las puertas? Si al menos la buscaran en el bosque, en el campo...

Nos cerraron con candado los pozos y los envolvieron en plástico... Que el agua estaba “sucía”.

⁶Unidad de medida de la radioactividad

¿Pero qué sucia?, si estaba más limpia que!... Nos llenaron la cabeza con que si os vais a morir... Que si debíamos irnos de ahí... Evacuamos...

La gente se asustó... Se les llenó el cuerpo de miedo... Algunos empezaron a enterrar por la noche sus pertenencias. Hasta yo recogí toda mi ropa... Los diplomas por mi trabajo honrado y las cuatro monedas que tenía y que guardaba. ¡Y qué tristeza! ¡Una tristeza que me roía el corazón! ¡Que me muera si no le digo la verdad!

Y un día oigo que los soldados habían evacuado a toda una aldea, pero un viejo y su mujer se quedaron. El día antes de que sacaran a la gente y los subieran a los autobuses, ellos agarraron a la vaca y se metieron en el bosque. Y allí esperaron a que pasara todo. Como durante la guerra. Cuando las tropas de castigo quemaron la aldea...

¿De dónde tanta desgracia? (*Llora*). Qué frágil es nuestra vida... No lloraría si pudiera, pero las lágrimas me caen solas...

¡Oh! Mire por la ventana: ha venido una urraca... Yo no las espanto... Aunque a veces las urracas se me llevan los huevos del cobertizo. Así y todo no las espanto. ¡Yo no espanto a nadie! Ayer vino una liebre...

Si cada día viniera gente a casa. Aquí, no lejos, en la aldea vecina, también vive una mujer; yo le dije que se viniera aquí. Tanto si me ayuda, como si no, al menos tendré con quien hablar. Llamar...

Por la noche me duele todo. Se me doblan las piernas, noto como un hormigueo, son los nervios que corren por dentro. Entonces agarro lo que encuentro a mano. Un puñado de grano. Y jrúp, jrúp. Y los nervios se me calman.

¡Cuánto no habré trabajado y padecido en esta vida! Pero siempre me ha bastado con lo que tenía y no quiero nada más. Al menos si me muero, descansaré. Lo del alma no sé, pero el cuerpo se quedará tranquilo.

Tengo hijas e hijos... Todos están en la ciudad... ¡Pero yo no me voy de aquí! Dios no me ha librado de daños, pero me ha dado años. Yo sé qué carga es una persona vieja; los hijos te aguantan, te aguantan y al final acaban por herirte. Los hijos te dan alegrías mientras son chicos.

Nuestras mujeres, las que se han ido a la ciudad, todas se quejan. Unas veces es la nuera, otras la hija quien te ofende. Quieren regresar. Mi hombre está aquí... Aquí está enterrado... En el cementerio. Pero si no estuviera aquí, se habría ido a vivir a otra parte. Y yo con él. (*De pronto contenta*). ¿Aunque para qué irse? ¡Aquí se está bien! Todo crece, florece. De la fiera al mosquito, todo vive.

Ahora se lo recordaré todo...

Pasaban más y más aviones. Cada día. Iban bajos, sobre nuestras cabezas. Volaban al reactor. A la central. Uno tras otro. Y entre tanto estaban evacuando nuestro pueblo. Nos trasladaban. Tomaban al asalto las casas. La gente se había encerrado, se escondía. El ganado bramaba, los niños lloraban. ¡La guerra! Y el sol brillaba...

Yo me había metido en casa y no salía; la verdad es que no me encerré con llave. Llamaron unos soldados: “¿Qué abuela, está lista?”. Y yo les digo: “¿Qué, me vais a atar de pies y manos, vais a sacarme a la fuerza?”. Los chicos se quedaron callados y al rato se fueron. Eran tan jovencitos. ¡Unos niños!

Las mujeres se arrastraban de rodillas ante sus casas... Rezaban... Los soldados las agarraban de un brazo, del otro y al camión. Yo en cambio les amenacé de que si me tocaban, si me rozaban siquiera, les daría con la azada. Y juré. ¡Cómo juré! Pero no lloré... Aquel día no lloré.

De modo que me quedé en la casa. Afuera todo eran gritos. ¡Y qué gritos! Pero luego todo quedó en silencio. Sin un ruido. Y aquel día... El primer día no salí de casa...

Contaban que iba una columna de gente. Y otra de ganado. ¡La guerra!

Mi hombre solía decir que el hombre dispara y Dios lleva las balas. ¡A cada uno su suerte! Los jóvenes que se fueron, algunos ya han muerto. En el nuevo lugar. Y yo sigo aquí con mi bastón. En pie. ¿Que me pongo triste?, pues lloro un rato. La aldea está vacía... Pero hay todo tipo de pájaros... Volando... Hasta un alce pasea por aquí, como si nada... (*Llora*.)

Se lo recordaré todo...

La gente se fue, pero se dejó los gatos y los perros. Los primeros días iba de casa en casa y les echaba leche, y a cada perro le daba un pedazo de pan. Los perros estaban ante sus casas y esperaban a sus amos. Esperaron largo tiempo. Los gatos hambrientos comían pepinos... Tomates...

Hasta el otoño le estuve segando la hierba a la vecina delante de su casa. Se le cayó una valla y

también la clavé. Esperaba a la gente... En casa de la vecina vivía un perrito, lo llamaban Zhuchok. “Zhuchok --le decía-- si te encuentras primero a alguien, llámame”.

Por la noche sueño cómo se me llevan... Un oficial me grita: “Abuela, dentro de un momento vamos a quemarlo todo y a enterrarlo. ¡Sal!”. Y se me llevan a alguna parte, a un sitio desconocido. Incomprensible. No era ni ciudad, ni aldea. Tampoco una tierra...

Me ocurrió una historia... Tenía yo un buen gatito. Vaska. En invierno me asaltaron las ratas y no había modo de librarse de ellas... Se me metían debajo de la manta... El tonel donde guardo el grano; le hicieron un agujero. Vaska fue quien me salvó... Sin Vaska hubiera estado perdida... Con él comía y charlaba... Pero entonces Vaska desapareció... Puede que lo atacaran los perros hambrientos y se lo comieran. Todos andaban famélicos, hasta que se murieron; los gatos también pasaban tanta hambre que se comían a sus crías; durante el verano no, sino con la llegada del invierno. ¡Válgame Dios! Las ratas hasta se comieron a una mujer... Se la zamparon... Las malditas ratas pelirrojas. Si es verdad o no, no sabría decirle, pero eso es lo que contaban.

Merodeaban por aquí unos vagabundos... Los primeros años las cosas en las casas no faltaban... Camisas, jerseys, abrigos... Toma lo que quieras y llévalo a vender... Pero se emborrachaban, les daba por cantar. La madre que los... Uno se cayó de una bicicleta y se quedó dormido en medio de la calle. Y por la mañana sólo quedó de él dos huesos y la bicicleta. ¿Será verdad o mentira? No le sabría decir. Eso es lo que cuentan.

Aquí todo vive. ¡Lo que se dice todo! Vive la lagartija, la rana. Y el gusano vive. ¡Hasta ratones hay! Se está bien, sobre todo en primavera. Me gusta cuando florecen las lilas. Cuando huelen los cerezos.

Mientras los pies me aguantaban, yo misma iba a por el pan: a quince kilómetros sólo de ida. De joven me los hubiera hecho corriendo. La costumbre. Después de la guerra íbamos a Ucrania a por simiente. A treinta y cincuenta kilómetros. La gente llevaba un pud⁷; yo, tres. Ahora sucede que ni en casa puedo andar. Las viejas incluso en verano tienen frío.

Vienen por aquí los milicianos, pasan para controlar el pueblo, y entonces me traen pan. ¿Pero qué es lo que controlan? Vivo yo y el gatito. Éste ya es otro que tengo. Los milicianos hacen sonar la bocina y para nosotros es una fiesta. Corremos a verlos. Le traen huesos al gato. Y a mí me preguntan: “¿Y si aparecen los bandidos? -- “¿Y qué van sacar de mí? --les digo-- ¿qué me pueden quitar? ¿El alma? El alma es lo único que me queda”.

Son buenos muchachos... Se rien... Me han traído pilas para la radio, y ahora la escucho. Me gusta Liudmila Zýkina⁸, pero ahora, no sé por qué, rara vez canta. Se ve que se ha hecho vieja, como yo... A mi hombre le gustaba decir... Solía decir : ¡Se acabó el baile, el violín al estuche!

Le contaré como me encontré con el gatito. Mi pobre Vaska había desaparecido... Lo espero un día, lo espero otro... Un mes... En fin, que me había quedado como quien dice más sola que la una. Sin nadie con quien hablar. De modo que un día decido recorrer la aldea, y por los huertos vecinos voy llamando: Vaska, Murka... ¡Vaska! ¡Murka! Al principio había muchos gatos, luego desaparecieron todos Dios sabe dónde... Se exterminaron. La muerte no perdona... La tierra da cobijo a todos...

De modo que iba yo por ahí... Dos días me pasé llamando. Y al tercer día lo veo, sentado junto a la tienda... Nos miramos el uno al otro. Él contento y yo también. Lo único, que no dice palabra. “Bueno, vamos --lo llamo--, para casa”. Pero él que no se mueve. De modo que le pido que se venga conmigo: “¿Qué vas a hacer aquí solo? Se te comerán los lobos. Te harán pedazos. Ven. Que tengo huevos, tocino”. ¿Cómo se lo explicaría? Dicen que los gatos no entienden a los humanos. ¿Y entonces cómo es que entonces éste me entendió? Yo delante y él corriendo detrás. ¡Miau!.. “Te daré tocino”... ¡Miau! “Viviremos juntos”... ¡Miau! “Te llamaré Vaska”... ¡Miau!... Y ya ve, dos inviernos que llevamos juntos...

Por la noche a veces sueño que alguien me llama... La voz de la vecina: “¡Zina!..” Calla un rato, y otra vez: “¡Zina!”.

Si me pongo triste, lloro un rato...

Voy a ver las tumbas. Allí descansa mi madre. Mi hijita pequeña... La consumió el tifus

⁷Medida de peso rusa: 16, 3 kilos.

⁸Célebre intérprete de canciones populares

durante la guerra... Justo después de llevarla al cementerio, después de que le dimos sepultura, de pronto entre las nubes salió el sol. Brillaba que daba gusto. Hasta me dieron ganas de regresar y desenterrarla...

También mi hombre está ahí... Fedia... Me quedo sentada junto a todos los míos. Suspiro un rato. Y hasta hablar con ellos puedo, tanto con los vivos, como con los muertos. Para mí no hay diferencia. Los oigo tanto a unos como a los otros. Cuando estás sola... Y cuando estás triste... Muy triste...

Justo al lado de las tumbas vivía el maestro Iván Prójorovich Gavrilenko. Se ha marchado a Crimea con su hijo.

Algo más allá, Piotr Ivánovich Miuski... El tractorista... Era estajanovista⁹, en un tiempo todos se hacían estajanovistas... Tenía unas manos de oro. Se hizo él mismo los artesanados de madera. Y qué casa; la mejor del pueblo. ¡Una joya! ¡Oh qué lástima me dio, hasta se me subió la sangre cuando la destruyeron... La enterraron. El oficial gritaba: “No padezcas, mujer. La casa ha caído dentro de la “mancha””. Aunque parecía borracho. Me acerqué a él y veo que está llorando. “¡Ve, mujer, vete!” -- me dijo y me echó de allí...

Y luego ya Misha Mijaliov, que cuidaba de las calderas de la granja. Misha murió pronto. Se fue y al poco se murió.

Tras él está la casa del zootécnico Stepán Býjov... ¡La casa se quemó! Por la noche unos granujas la prendieron fuego. Forasteros eran. Stepán no vivió mucho. Lo enterraron en alguna parte de la región de Moguiliiov.

Una segunda guerra... ¡Cuanta gente hemos perdido! Kovaliov Vasili Makárovich, Maksim Nikiforenko...

En un tiempo vivimos con alegría. Durante las fiestas cantábamos, bailábamos. Con el acordeón. Y ahora esto parece una prisión. Cierro, a veces, los ojos y recorro la aldea... Qué radiación ni qué cuentos, cuando las mariposas vuelan y los abejorros zumban. Y mi Vaska cazando ratones. (*Llora*).

Dime, hija mía, ¿has comprendido mi tristeza? Se la llevarás a la gente, pero puede que yo ya no esté. Me encontrarán en la tierra... Bajo las raíces...”

Zinaída Yevdokímovna Kovalenko, residente en la zona prohibida.

Monólogo sobre toda una vida escrita en las puertas

“Quiero dejar testimonio...

Eso era entonces, diez años atrás, y ahora cada día eso se repite conmigo. Está siempre conmigo.

Vivíamos en la ciudad de Prípiat. En la misma ciudad.

No soy escritor. No sabría contarlo. No soy lo bastante inteligente para entenderlo. Ni siquiera con mi formación superior.

De modo que vas haciendo tu vida... Soy una persona corriente. Poca cosa. Igual que los que te rodean; vas a tu trabajo y vuelves a casa. Recibes un sueldo medio. Viajas una vez al año de vacaciones. ¡Una persona normal!

Y un día, de pronto, te conviertes en un hombre de Chernóbyl. ¡En un bicho raro! En algo que le interesa a todo el mundo y de lo que no se sabe nada. Quieres ser como los demás, pero ya es imposible. No puedes. Te miran con otros ojos. Te preguntan: ¿pasaste miedo ahí? ¿Cómo ardía la central? ¿Qué has visto? O, por ejemplo, ¿puedes tener hijos? ¿No te ha dejado tu mujer? En los primeros tiempos todos nos convertimos en bichos raros... La propia palabra Chernóbyl, es como una señal acústica... Todos giran la cabeza hacia ti... ¡Es de allí!

Estos eran los sentimientos de los primeros días. No perdimos una ciudad, sino toda una vida...

⁹Trabajadores que, siguiendo el ejemplo del minero soviético Alekséi Stajánov, superaban con creces la norma de producción.

Dejamos la casa al tercer día... El reactor ardía... Se me ha quedado grabado como un conocido dijo: “Huele a reactor”. Un olor indescriptible. Pero sobre esto ya se ha escrito en los periódicos. Han convertido Chernóbyl en una fábrica de horrores, aunque en realidad parece más bien un *cómic*.

Le contaré sólo lo mío... Mi verdad...

Ocurrió así... Por la radio habían dicho: ¡no se pueden llevar los gatos! ¡Y el gato a la maleta! Pero el animal no quería meterse en la maleta, se escabullía. Nos arañó a todos... ¡Prohibido llevarse las cosas! No me llevaré todas las cosas, pero sí una. ¡Una sola cosa! Tengo que quitar la puerta del piso y llevármela; no puedo dejar la puerta. Cerraré la entrada con tablones...

Nuestra puerta... ¡Aquella puerta era nuestro talismán! Una reliquia familiar. Sobre esta puerta velamos a mi padre. No sé según qué costumbre, no en todas partes lo hacen, pero entre nosotros, como me dijo mi madre, hay que acostar al difunto sobre la puerta de su casa. Lo velan sobre ella, hasta que traen el ataúd. Yo me pasé toda la noche junto a mi padre, que yacía sobre esta puerta... La casa abierta... toda la noche... Y sobre esta misma puerta, hasta lo alto, están las muescas... De cómo iba creciendo yo... Se ven anotadas: la primera clase¹⁰, la segunda. La séptima. Antes del ejército... Y al lado ya: cómo fue creciendo mi hijo... Y mi hija... En esta puerta está escrita toda nuestra vida. ¿Cómo voy a dejarla?

Le pedí a un vecino que tenía coche: “¡Ayúdame!” Y el tipo me señaló a la cabeza, como diciendo tú estás mal de la chaveta. Pero saqué aquella puerta de allí. .. Mi puerta... Por la noche... en una moto... Por el bosque... La saqué al cabo de dos años, cuando ya habían saqueado nuestro piso. Limpio quedó. Hasta me persiguió la milicia: “¡Alto o disparo! ¡Alto o disparo!” Me tomaron por un ladrón, claro. De manera que, como quien dice, robé la puerta de mi propia casa...

Mandé a mi hija con la mujer al hospital. Se les había cubierto todo el cuerpo de manchas negras. Las manchas salían, desaparecían y volvían a salir. Del tamaño de una moneda... Sin ningún dolor... Las examinaron a las dos. Y yo pregunté: “Dígame, ¿cual es el resultado?” -- “No es cosa suya” -- “¿De quién sino, entonces?”

A nuestro alrededor todos decían: vamos a morir... Para el año dos mil los bielorrusos desaparecerán. Mi hija tenía seis años. La acostaba a dormir y ella que me susurraba al oído: “Papa, quiero vivir, aún soy muy pequeña”. Y yo que pensaba que no entendía nada...

¿Usted es capaz de imaginarse a siete niñas calvas juntas? Eran siete en la sala. ¡No, basta! ¡Acabo! Mientras se lo cuento, tengo la sensación, mire, mi corazón me dice que estoy cometiendo una traición... Porque tengo que describirla como si no fuera mi hija... Sus sufrimientos...

Mi mujer llegaba del hospital... Y no podía más: “Más valdría que se muriera, antes que sufrir de este modo. O que me muera yo; no quiero seguir viendo esto”. ¡No, basta! ¡Acabo! No estoy en condiciones. ¡No!

La acostamos sobre la puerta... Encima de la puerta sobre la que un día reposó mi padre. Hasta que trajeron un pequeño ataúd... Pequeño, como la caja de una muñeca grande.

Quiero dejar testimonio: mi hija murió por culpa de Chernóbyl. Y aún quieren de nosotros que no lo recordemos”.

Nikolái Fómich Kalugin, padre.

Monólogo de una aldea sobre como se llama a las almas del cielo para llorar con ellas y comer

Aldea Bély Béreg, del distrito Narovlianski, de la región de Gómel

Hablan: Anna Pávlovna Artiushenko, Eva Adámovna Artiushenko, Vasili Nikoláyevich Artiushenko, Sofia Nikoláyevna Moroz, Nadezhda Borísovna Nikolayenko, Aleksandr Fiódorovich Nikolayenko, Mijail Martýnovich Lis.

¹⁰En la escuela soviética la enseñanza se impartía en diez cursos anuales, desde la primera “clase”, que se inicia a los siete años, hasta la décima. El mismo orden sigue rigiendo en los países de la antigua URSS. Para distinguirlas de nuestros “cursos”, aquí las seguiremos llamado “clases”.

—A visitarnos vienes... Buena chica... Pues no se anunciaba ninguna visita... Ni una señal... Sucede que a veces te pica la palma de la mano, y alguien te da los buenos días. Pero lo que es hoy, ni una señal... Sólo un ruiseñor se ha pasado toda la noche trinando: señal de día soleado. ¡Oy! Nuestras mujeres acudirán al momento. Allí viene volando Nadia...

—Todo lo hemos vivido y padecido...

—¡Oy, no quiero recordar! ¡Miedo me da! Nos vinieron a echar de aquí los soldados. Con todo su arsenal militar. Con los blindados. Un anciano, muy viejo... Ya no se levantaba... Muriéndose estaba. ¿A dónde ir? “Ahora me levanto —decía llorando— y me voy directo a la tumba. Por mi propio pie.” ¿Y qué nos han pagado por las casas? ¿Cuanto? ¡Mire usted qué hermosura! ¿Quién nos va a pagar por toda esta belleza? ¡Era una zona de reposo!

—Aviones, helicópteros; un ruido del infierno. Camiones con remolques... soldados. Vaya, pensé, ha empezado la guerra. Con los chinos, o con los americanos.

—Mi hombre que llega de la reunión y dice: “Mañana nos van a evacuar”. Y yo: “¿Y qué hacemos con la patata? No la hemos recogido. No ha habido tiempo.” En eso que llama a la puerta un vecino y se ponen el mío y él a beber. Y después de beber, la emprenden con el presidente del koljós: “No nos moveremos y punto. Hemos pasado la guerra, y ahora nos vienen con eso de la radiación. Te podrías meter dentro de esta tierra. ¡No nos iremos!”

—Al principio pensábamos que nos moriríamos todos en dos o tres meses. Eso es lo que nos decían. La propaganda. Nos querían asustar. ¡Pero, gracias a Dios, seguimos vivos!

—¡Vivos, gracias a Dios, gracias a Dios!

—Nadie sabe qué hay en el otro mundo. Aquí se está mejor. Lo conocemos más. Como solía decir mi madre: te plantas, te diviertes y haces lo que quieres.

—Vamos a la iglesia, a rezar.

—Otros se marchaban... Recogí tierra de la tumba de mi madre. Y de rodillas le decía: “Perdónanos por abandonarte”. Fue de noche a visitarla, y no tenía miedo. La gente escribía sus nombres en las casas. En las vigas. En las cercas. En el asfalto.

--Los soldados mataban a los perros. A tiros. ¡Pam! - ¡Pam! Después de aquello no puedo escuchar como chilla un animal.

--He trabajado aquí de jefe de brigada. Cuarenta y cinco años... He cuidado de la gente... Hemos llevado nuestro lino a Moscú, a la Exposición; me había mandado el koljós. Volví de allí con una insignia y un diploma. Aquí todo el mundo me trataba con respeto: “Vasili Nikoláyevich, Vasili Nikoláyevich...” ¿En cambio allí, en el nuevo lugar, quién soy? Un viejo inútil. De modo que aquí me moriré. Las mujeres me traerán agua, me calentarán la casa. He tenido piedad de la gente... Las mujeres regresaban por la tarde del campo, cantando; yo, sin embargo, sabía que no iban a recibir nada. Sólo una marca más por la jornada trabajada. Y en cambio, cantaban...

--En la aldea la gente vive junta... En comunidad...

--Sueño a veces que estoy en la ciudad, viviendo con mi hijo. Un sueño. Que espero la muerte, la aguardo. Y a mis hijos les digo: “Llebadme allí donde están nuestras tumbas, quedaros siquiera cinco minutos conmigo junto a nuestra casa”. Y desde arriba veo cómo mis hijos me llevan allí...

--Por envenenada que esté, con toda esta radiación, pero es mi tierra. Ya no hacemos falta en ninguna otra parte. Hasta los pájaros prefieren sus nidos...

--Pues le cuento. Vivía en casa de mi hijo, en un séptimo piso. Me acercaba a la ventana, miraba y, ¡válgame Dios!, me santiguaba. Me parecía oír un relincho. El canto del gallo... Y me entraba una tristeza... Y otras soñaba con mi casa: ato a la vaca y la ordeño largo, largo rato. Me despertaba y no quería levantarme. Aún estaba allá. Unos días en casa del hijo y otros allá.

--Durante el día vivíamos en el lugar nuevo, pero por la noche en casa. En sueños.

--En invierno las noches aquí son largas; a veces nos quedamos pensando: ¿quién más se habrá muerto?

--El mío se pasó dos meses en la cama... Callado, sin contestarme. Como si se hubiera enfadado. Salgo afuera, vuelvo al rato: “¿Cómo estás?” Veo que levanta los ojos a la voz, y ya me siento más tranquila. Que esté en la cama, callado incluso; mientras siga en casa... Cuando una persona fallece, no se puede llorar. Le dañará la muerte; le costará mucho esfuerzo morir. Saqué del armario una vela y se la coloqué entre las manos. Él la tomó; aún respiraba. Los ojos, veo, que se enturbian... Pero yo no lloraba... Sólo le pedí una cosa: “Saluda allí a nuestra hijita y a mi madre”. Recé para reunirme con ellos... De algunos Dios se apiada, pero a mí aún no me ha dado muerte. Sigo viva.

--Pues a mí no me da miedo morirme. Nadie vive dos veces. ¿No caen las hojas? ¿O los árboles?

--¡Amigas! No lloréis. Todos los años íbamos las primeras. Éramos estajanovistas. Hemos sobrevivido a Stalin. ¡La guerra! Si no nos hubiéramos reído, si no nos hubiéramos divertido, hace tiempo que nos habríamos colgado de una soga...

De modo que hablan dos mujeres de Chernóbyl. Y una le dice a otra: “¿Has oído que todos tenemos muchos glóbulos blancos?”. Y la otra le responde: “¡Tonterías! Ayer me corté un dedo y tenía la sangre roja.”

--En casa estás como en el cielo. Pero en otras tierras, hasta el sol brilla de otra manera.

--Pues mi madre me enseñó que hay que tomar el icono y darle la vuelta para que esté así tres días seguidos. Entonces, estés donde estés, seguro que regresas a casa. Yo tenía dos vacas y dos terneras, cinco cerdos, gansos y gallinas. Un perro. Me agarro la cabeza con las manos y ando por el huerto. ¡Y manzanas, cuantas manzanas! ¡Todo se ha echado a perder, maldita sea!

--Limpio la casa, blanqueo el horno... Hay que poner el pan en la mesa, la sal, un plato y tres cucharas... Tantas cucharas como gente en la casa... Cubiertos para todos, para que así regresen...

--Y las crestas de las gallinas eran negras y no rojas. Cosa de la radiación. Tampoco nos salía el queso. Nos pasamos un mes sin nata ni queso. La leche no se cortaba, sino se hacía polvo, un polvo blanco. De la radiación...

--La radiación ésta anduvo por mi huerto. El huerto se quedó todo blanco, blanco-blanco, como si lo hubieran espolvoreado con algo. A trozos... Primero pensé que sería algo que había llegado del bosque...

--No queríamos irnos. ¡Y cómo no queríamos! Los hombres, borrachos. Se tiraban bajo las ruedas. Las autoridades iban de casa en casa y trataban de convencer a la gente. La orden era “¡no llevarse nada!”

--El ganado se pasó tres días sin beber. Y sin comer. ¡Al matadero! Llegó un corresponsal de un periódico. Las mujeres borrachas casi lo matan.

--El presidente (del koljós) y los soldados daban vueltas alrededor de mi casa... Querían asustarme: “¡Sal, que vamos a prender fuego! ¡A ver trae la garrafa de gasolina!” Y yo que corría de un lado a otro, agarrando que si las toallas, que si la almohada...

--Pues durante la guerra, toda la noche los cañones dale que te pego, sin parar. De manera que nos hicimos un refugio en el bosque. Las bombas caían sin parar. Lo quemaron todo; no sólo las casas, sino el huerto, hasta las guindas se quemaron todas.

--Lo único que no haya guerra. ¡La tengo un miedo!

--A la radio Armenia¹¹ le preguntan: “Las manzanas de Chernóbyl se pueden comer? Respuesta: “Sí, pero los restos hay que enterrarlos muy hondo en la tierra”.

--Nos dieron una casita nueva. De piedra era. Pues mire, en siete años no clavamos ni un solo clavo. Tierra extraña. Todo era ajeno. Mi marido no paraba de llorar. Durante la semana trabaja en el tractor, esperando a que llegara el domingo, y el domingo se metía en la cama de cara a la pared y a llorar...

--Nadie más nos engañará; no nos moveremos de aquí. No hay tienda, tampoco hospital. No hay luz. Nos alumbramos con lámparas de queroseno y con teas. Pero no nos quejamos. ¡Porque estamos en casa!..

--En la ciudad, la cuñada iba por el piso tras mis pasos con un trapo y lo limpiaba todo: las manecillas de las puertas, la silla... Todo comprado con mi dinero, todos los muebles, el coche. Con lo que me dieron por la casa, por la vaca. Se acabó el dinero y se acabó la madre.

--Nuestro dinero se lo quedaron los hijos... Y el resto se lo comió la inflación. Puede que con eso te puedas comprar una caja de bombones, aunque, a lo peor no te llega; con todo lo que nos dieron por las propiedades, por las casas...

--Dos semanas estuve andando... Llevando mi vaca... La gente no te dejaba entrar en su casa... Pasaba la noche en el bosque...

--Nos tienen miedo. Somos contagiosos, dicen. ¿Por qué Dios nos ha castigado? ¿Por qué se ha enojado con nosotros? No vivimos como los hombres, según la ley de Dios. Nos matamos los unos a los otros. Por eso.

¹¹Tipo de chistes, de preguntas y respuestas, muy populares en la ex-URSS.

--En verano vinieron mis nietos... Los primeros años no venían. También tenían miedo... Pero ahora nos visitan, y se llevan las cosas; todo lo que les des lo envuelven. "Abuela --me preguntaban--, ¿has leído el libro de Robinson?". Era uno que vivía igual que nosotros. Sin gente. Yo me he traído medio saco de cerillas... Un hacha y una pala... Pero ahora ya tengo tocino, huevos, leche... y todo mío. Sólo hay una cosa que... el azúcar no se siembra. ¡Aunque tierra hay la que quieras! Como si quieres sembrar cien hectáreas. Y nadie que te mande. Aquí no hay nada que moleste al hombre. Ni jefes, ni nada..

--Con nosotros han vuelto también los gatos. Y los perros. Hemos regresado juntos. Los soldados no nos dejaban pasar. Tropas de asalto. De modo que por la noche... Por los senderos del bosque... Por los caminos de los guerrilleros...

--No necesitamos nada del Estado. Ni les pedimos nada. ¡Únicamente que nos dejen en paz! Ni tiendas, ni autobuses. A por pan, vamos andando... Veinte kilómetros. ¡Lo único, que no nos toquen! Ya nos las arreglaremos solos.

--Regresamos como los gitanos. Tres familias... Y nos encontramos todo esto saqueado: la estufa rota, las puertas y las ventanas arrancadas. Los suelos. Las bombillas, los interruptores, los portalámparas; todo fuera. Nada vivo. Con estas manos lo hemos levantado todo de nuevo, con estas manos. ¡¿Cómo, si no?!

--Gritan los gansos salvajes --llega la primavera. Es hora de sembrar. Nosotros, en cambio, nos quedamos con las casas vacías... Sólo los tejados están enteros...

--La milicia nos chillaba. Unas veces venían en coche, pero nosotros nos íbamos corriendo al bosque. Como si fueran los alemanes. Una vez nos atraparon, y un fiscal nos amenazó con meternos en la cárcel... Y yo le digo: "Que me echen un año; lo cumpliré, pero volveré aquí". Lo suyo es chillarnos; lo nuestro, tener la boca cerrada. Yo tengo una medalla, como tractorista de primera, y éste me amenaza con la cárcel...

--Cada día me venía en sueños mi casa. Regreso a casa y ahora labro en el huerto, ahora recojo la cama... Y siempre encuentro algo: un zapato, unos polluelos... Todo anunciaba algo bueno, venturoso. Se ve que estaba escrito que había de volver...

--Por la noche rogamos a Dios, y durante el día a los milicianos. Si usted me pregunta: "¿Por qué lloras?" Pues le diré que lloro y no sé por qué. Estoy contenta de vivir en mi casa.

--Todo lo hemos vivido, lo hemos padecido todo.

--Un día me llegué hasta el médico: "Buen hombre, no me andan los pies. Me duelen las juntas". "Has de entregar la vaca. La leche está envenenada". "De ninguna manera --le digo--, que me duelan las piernas, que me duelan las rodillas, pero la vaca no la entregaré. Es mi sustento".

--Tengo siete hijos. Todos viven en la ciudad. Yo estoy aquí sola. Y si me da la tristeza, me pongo a ver las fotografías... Hablo con ellas. Conmigo misma. Y sigo sola. Hasta la casa la he pintado sola, seis botes me he gastado. Así es como vivo. He criado a cuatro hijos y tres hijas. El marido se me murió joven. Y sigo sola.

--Pues yo un día me encontré con un lobo: él que se planta ahí y yo que no me muevo. Nos miramos el uno al otro... Y él que da un bote hacia un lado... Y echa a correr. Hasta el gorro se me levantó del miedo.

--Cualquier animal le tiene miedo al hombre. Tú no lo toques, que él te dejará en paz. Antes ibas por el bosque, oías unas voces y corrías a su encuentro; pero ahora el hombre huye del hombre. ¡Dios no quiera que te encuentres a nadie en el bosque!

--¡Todo lo escrito en la Biblia, todo se está cumpliendo. Hasta sobre nuestro koljós está ahí escrito... Y de Gorbachov... Que llegará un gran jefe con una mancha y que la gran potencia se desmoronará. Y luego llegará el Juicio Final. Los que vivan en las ciudades todos sucumbirán, y en las aldeas quedará una sola persona. Y el hombre se alegrará de ver la huella de otro hombre. No a otro hombre, sino su huella...

--Y la luz, ya ve, un quinqué. Una lámpara de queroseno. Vaya... Las mujeres ya la han informado. Cuando matamos un cerdo, lo llevamos a la bodega o lo enterramos. La carne está tres días bajo tierra... Hasta el vodka es de nuestro grano.

--Yo tengo dos sacos de sal... ¡No nos moriremos sin el Estado! Leña no falta: el bosque. La casa, caliente. El quinqué da luz. ¡Estamos bien! Tengo una cabra, un cabrito, tres cerdos, catorce gallinas. Tierra, la que quiera; hierba, la que cortes. Agua, en el pozo. ¡Y libres! ¡Estamos bien! Esto no es un koljós, sino una comuna. Vamos a comprar otro potro. Y entonces ya no necesitaremos de nadie. Un caballo...

--No es que hayamos vuelto a casa, sino, como decía asombrado un periodista, a cien años atrás. Segamos con la hoz, la guadaña. Trillamos el grano con cadenas sobre el asfalto mismo.

--Durante la guerra nos lo quemaron todo; vivíamos bajo tierra. En refugios. Mataron a mi hermano, a dos sobrinos. De toda la familia, nos mataron a diecisiete personas. Mi madre no paraba de llorar. Una vieja iba de aldea en aldea pidiendo limosna. “¿Sufres? --le decía a mi madre--. No sufras. Quien ha dado su vida por el prójimo es un hombre santo”. Yo lo puedo dar todo por mi patria... Sólo no puedo matar... Soy maestra, y he enseñado a amar a los hombres. No he enseñado de otro modo: “El bien siempre triunfa”. Los niños son pequeños, de alma pura.

--Chernóbyl... Es la peor guerra de todas las guerras. El hombre no tiene salvación en parte alguna. Ni en la tierra, ni en el agua, ni en el cielo.

--No tenemos televisor ni radio. La radio la desconectaron en seguida. No nos enteramos de ninguna noticia, en cambio vivimos más tranquilos. Sin disgustos. Viene a vernos gente y nos cuentan: guerra en todas partes. Y hasta parece que se ha acabado el socialismo. Vivimos en el capitalismo. Volverán los zares. ¿Será cierto?!

--A veces del bosque nos llega un jabalí que se mete en el huerto, o un alce... Gente, rara vez. Sólo los milicianos...

--Pero, entre usted en mi casa.

--Y en la mía. Hace tanto que en mi casa no entra un invitado...

--Me santiguo y rezo... ¡Dios santo! Dos veces la milicia me ha destrozado el horno... Me han sacado de aquí en tractor... ¡Pues yo, nada, de vuelta a casa! Si dejaran regresar a la gente, hasta de rodillas volvería a sus casas. Han esparcido por el mundo nuestra desgracia. Sólo vienen de vuelta los muertos. A los muertos les dejan regresar. Pero los vivos, de noche. Bosque a través...

--Por la Radunitsa¹² todos no piensan más que en venir aquí. Todos sin falta. Todos quieren saludar a sus difuntos. Y la milicia deja pasar a los que tienen permiso; pero a los pequeños, hasta los dieciocho, se lo tienen prohibido. Vienen y no caben de contento por encontrarse con sus casas... En el huerto, junto a los manzanos... Primero se van a llorar ante sus tumbas y luego cada uno a su casa... Y allí también lloran, y rezan. Ponen velas. Y se abrazan a sus cercas... Como a las cercas de las tumbas... A veces hasta dejan un ramo junto a sus casas... Cuelgan una toalla blanca sobre la portezuela... Y el padre reza una oración: “Hermanos y hermanas. ¡Tened resignación!”

--Llevan al cementerio huevos y bollos. Cada cual lo que tiene... Cada uno se sienta junto a los suyos. Y claman: “Hermana, he venido a verte. Ven a comer con nosotros”. O: “Madre mía. Padre querido. Hermanita”. Los llaman del cielo. Aquellos a los que se les han muerto este año, lloran, y los que hace más tiempo, no lloran. Hablan con ellos, los recuerdan. Todos rezan. Y hasta quien no sabe, reza.

--Sólo de noche no lloro. Por la noche no se puede llorar a los difuntos. En cuanto se pone el sol, dejo de llorar. Protege sus almas, Dios Santo. ¡Que sea suyo el reino de los cielos!

--Quien no labora llora. Mire, una ucraniana vende en el mercado unas manzanas rojas, grandes. Y grita: “¡Compren mis manzanas! ¡Manzanitas de Chernóbyl!”. Y alguien le recomienda: “Mujer, no digas que son de Chernóbyl. Que nadie te las comprará”. -- “¡Pero qué dice! ¡Las compran y cómo! ¡Unos, para la suegra; otros, para su jefe!”

--Anda por aquí uno que ha salido de la cárcel. Con la amnistía. Vivía en la aldea vecina. Se le ha muerto la madre; le han enterrado la casa. De manera que se ha venido aquí. “Mujer, déme un pedazo de pan y un poco de tocino... Que le cortaré leña”. Así vive, de lo que le den.

--El país está hecho un burdel y la gente se viene hasta aquí. Huyendo de los hombres. Y de la ley. Y viven solos. Gente extraña... Sería de cara, no hay bondad en sus ojos. Y cuando se emborrachan, te pueden prender la casa. Por la noche, nos vamos a dormir, pero debajo de la cama, guardamos horcas, hachas. En la cocina, junto a la puerta, el martillo.

--En primavera corría por aquí una zorra con la rabia; cuando cogen la rabia, se vuelven cariñosas, dulces. Pero el agua ni verla. Pones en la calle un balde con agua y no temas. Que ya se irá.

--No hay televisión. No hay cine. Te queda sólo mirar por la ventana. Y rezar, claro. Un tiempo, en lugar de Dios, tuvimos a los comunistas, ahora, en cambio, sólo tenemos a Dios. Y rezamos.

¹²Festividad de los difuntos, de raíces paganas

--Somos gentes de mérito. Yo fui guerrillero. Un año estuve en los bosques. Y cuando los nuestros echaron a los alemanes, me fui al frente. En el Reichstag tengo mi nombre escrito: Artiushenko. Y cuando me quité la guerrera, me puse a construir el comunismo. Y dígame, ¿dónde está hoy este comunismo?

--Esto es el comunismo. Todos hermanos y hermanas...

--En cuanto empezó la guerra, aquel año no hubo ni setas ni bayas. ¿Me creará? La tierra presentía la desgracia. Era el año cuarenta y uno... ¡Cómo lo recuerdo! No he olvidado la guerra. Corrió la voz de que habían traído a nuestros prisioneros: quien reconociera a uno suyo, se lo podía llevar a casa. Y nuestras mujeres echaron a correr a buscar a los hombres. Por la noche regresaron quien con el suyo, quien con otro. Pero hubo un mal bicho. Un hombre como los demás, estaba casado, con dos hijos... Pero se chivó a la "komendatura" que habíamos dado cobijo a unos ucranianos. Vaskó, Sashkó... Al día siguiente se presentaron los alemanes en sus motocicletas... Nosotras que les imploramos, de rodillas les pedimos... Pero se llevaron fuera del pueblo a los muchachos y los mataron con sus metralletas. Nueve hombres eran. ¡Jóvenes, jóvenes, buenos muchachos! Vaskó, Sashkó...

Por lo que Dios más quiera, que no haya guerra. ¡Cómo la temo!

--Las autoridades vienen, gritan un rato, pero nosotros como quien no oye ni ve. Todo lo hemos sufrido, soportado...

--Pues yo no paro de pensar en lo mío... Siempre en lo mío... en las tumbas... Algunos hablan con los suyos a gritos, otros en voz baja. Algunos hasta dicen cosas así: "Ábrete, arena amarilla. Ábrete noche oscura". Del bosque aún puedes esperar, pero de la arena, de la tierra, nadie sale. Por cariñosa que me ponga: "Iván... Iván, ¿dime cómo he de vivir?". Él no me dice nada, ni bueno, ni malo.

--Como no tengo a ninguno de los míos por quien llorar, rezo por todos. Por los de los demás. Voy a las tumbas y hablo con ellas...

No le tengo miedo a nada, ni a los difuntos, ni a las alimañas, a nadie. Viene mi hijo de la ciudad y me riñe: "¿Qué haces aquí sola? ¿Y si alguien te corta el cuello?". "¿Y qué se llevaría de mi casa? Si sólo quedan las almohadas..." En una casa sencilla lo más valioso son las almohadas. Y en cuanto el ladrón se me meta en casa, porque si entra lo hará por la ventana, le doy con el hacha en la cabeza y... Y le sacudo como es debido, con el hacha... Puede que Dios no exista, que sea otro; pero allí arriba, en lo alto, hay alguien... De manera que siga viva...

--Durante el invierno el abuelo colgó en el patio un ternero despedazado. Justo entonces trajeron a unos extranjeros: "Abuelo, ¿qué haces?" -- "Echo afuera la radiación".

--Qué no habrá sucedido. Cuentan que... Un hombre enterró a su mujer, de la que le quedó un crío pequeño. El hombre se quedó solo... Entonces, de la pena, un día se puso a beber... Le quitó toda la ropa mojada al niño y la metió debajo de la almohada. Y en eso se presentó por la noche la mujer, o ella misma o sólo su alma, lavó la ropa, la secó y la puso en su sitio. Una vez la vio... Y en cuanto la llamó, ella va y se desvanece... Se convirtió en aire... Entonces los vecinos le aconsejaron: en cuanto se te aparezca la sombra, cierra la puerta con llave, y puede que tarde en marcharse. Pero la mujer ya no volvió. ¿Qué fue aquello? ¿Quién era eso que vino?

¿No me cree? Entonces contésteme a una cosa: ¿de dónde han salido los cuentos? Puede que lo que se cuenta, en otro tiempo, fuera cierto. Usted que tiene estudios...

--¿Y por qué el Chernóbyl este saltó por los aires? Unos dicen que tienen la culpa los científicos. Que le tiran a Dios de las barbas y que el Señor se ríe de ellos. ¡Y nosotros a sufrir las consecuencias!...

Tranquilos nunca lo hemos estado. Siempre ha habido miedo. Antes de la guerra, se llevaban a la gente... A tres de nuestros hombres los vinieron a buscar en coches negros, se los llevaron directamente del campo, y hasta hoy no han regresado. Siempre hemos vivido con miedo.

--En cambio ahora no hay nada que nos ate. Las cosechas son abundantes. Vivimos como terratenientes...

--Lo único que me queda es la vaca. Pues mire, cogería y la daría, con tal de que no hubiera guerra. ¡Cómo la temo!

--Pues aquí la tienes: una guerra peor de todas las guerras... Chernóbyl...

--El cuco canta, las garzas rascan... Los venados corren. Pero si los habrá en el futuro, nadie lo sabe decir. Por la mañana miro a la huerta y veo que la han revuelto los jabalíes. A la gente la puedes cambiar de lugar, pero al alce o al jabalí no. Tampoco el agua conoce fronteras, pues corre

por la tierra y por debajo de ella...

Una casa no puede estar sin gente. Hasta las fieras necesitan del hombre. Todos buscan al hombre. Hoy ha venido una cigüeña... Y el escarabajo sale de su rincón. Y todo me llena de alegría.

--¡Oy cómo duele, vecinas! ¡Qué dolor! Hay que hablar en voz baja. Hay que llevar el ataúd en silencio... Con cuidado... No vaya ser que le des un golpe con la puerta o la cama; no se debe tocar ni golpear nada. Porque si no, habrá una nueva desgracia, ya puedes esperar otro difunto. Protege, Dios mío, sus almas. ¡Qué de ellos sea el reino de los cielos! Y allí donde los entierran, allí mismo los lloran. Aquí todo son tumbas. Todo esto está lleno de tumbas alrededor. Los volquetes que zumban. Las excavadoras... Las casas se derrumban. Y los enterradores que no paran de trabajar. Han enterrado la escuela, la administración, los baños... El mundo es el mismo, pero las gentes ya no. Y sin embargo no sé si el hombre tiene un alma o no. El padre nos dice y nos promete que somos inmortales. Pero ¿cómo es el alma? ¿Y dónde caben todas en el otro mundo?

El abuelo se estuvo muriendo durante dos días, yo me quedaba callandito junto a la estufa y vigilaba: a ver cuando empezaría a salirle el alma. Fui a ordeñar a la vaca... Entro corriendo en la casa... Lo llamo... Y él que está con los ojos abiertos... Y el alma que se le ha ido... ¿O no pasó nada? Y entonces, ¿cómo nos volveremos a ver?

--El padre dice y nos promete que somos inmortales. De modo que rezamos. Señor, danos fuerzas para sobrellevar las fatigas de nuestra vida..."

Monólogo sobre las lombrices, el manjar de las gallinas. Y sobre que lo que hierve en la olla tampoco es eterno

¿El primer miedo? El primer miedo cayó del cielo... Vino flotando con el agua... En cambio, alguna gente, y fue mucha, estaba tranquila como rocas. ¡Por la cruz se lo juro! Los hombres mayores, se ponían a beber y decían: "Llegamos a Berlín y vencimos". Y lo decían como quien lo graba en la pared...

El primer miedo fue... Por la mañana en el huerto encontramos los topos asfixiados. ¿Quién los asfixió? Por lo común no salen a la luz de debajo tierra. Alguien los echó de allí. ¡Por la cruz se lo juro!

El hijo me llama de Gómel:

--¿Los escarabajos vuelan?

-- No hay escarabajos. Ni larvas se ven por parte ninguna. Se han escondido.

--¿Y lombrices?

--Cualquier lombriz que encuentres es manjar para las gallinas: Pero tampoco las hay.

--Ésa es la primera señal: donde no se ven ni escarabajos ni lombrices, allí la radiación es alta.

--¿Qué es la radiación?

--Mamá, es una especie de muerte. Convenza a papá para que se vayan. Vivirán con nosotros.

--Pero si no hemos plantado la huerta...

--Si todos fueran listos, ¿quién se quedaría de tonto? Que arde, pues que arda. El incendio es algo temporal; nadie los temía entonces. No conocían el átomo. ¡Por la cruz se lo juro!. Y eso que vivíamos pegados a la central atómica; a treinta kilómetros en línea recta, y cuarenta si vas por carretera. Y contentos que estábamos. Te compras un billete y te vas para allá. Pues se abastecían allí como en Moscú... Salchichas baratas, y carne siempre en las tiendas. La que quieras. ¡Buenos tiempos aquellos!

Pero ahora sólo queda el miedo... Cuentan que las ranas y las moscas se quedarán, pero los hombres, no. La vida se quedará sin los hombres. Cuentan cuentos y mas cuentos. ¡Y bobo es a quien les gusta! Pero no hay cuento sin verdad... Es una vieja canción...

Pongo la radio. Y no paran de asustarnos con la radiación. En cambio, nosotros vivimos mejor con la radiación. ¡Por la cruz se lo juro! Mira tú misma: nos han traído naranjas, tres tipos de salchichas, la que quieras... ¡Y eso en el pueblo! Mis nietos han recorrido medio mundo. La nieta menor regresó de Francia; eso era de cuando Napoleón nos vino a invadir de allí... ¡Abuela, he visto piñas americanas! Al segundo nieto, hermano de aquella, se lo llevaron a Berlín para curarlo... Allí de donde Hitler nos vino a invadir... En tanques...

Ahora es un nuevo mundo... Todo es distinto... ¿Será culpa de la radiación o de qué? ¿Y cómo

es? Puede que la hayan enseñado en el cine. ¿Usted la ha visto? ¿Es blanca o cómo? ¿De qué color? Unos dicen que no tiene ni color ni olor; otros, en cambio, que es negra. ¡Como la tierra! Aunque si no tiene color, es como Dios: Dios está en todas partes y nadie lo ve. ¡Nos quieren asustar! Y en cambio, las manzanas cuelgan del árbol y las hojas también, como la patata crece en el campo....

Creo yo que no ha habido ningún Chernóbyl; que se lo han inventado... Engañan a la gente... Mi hermana y su marido se marcharon... No lejos de aquí, a unos veinte kilómetros. Vivieron allí dos meses, y un día viene corriendo una vecina y les dice: “La radiación de vuestra vaca se ha pasado a la mía. La vaca se cae” -- “¿Y cómo es que ha pasado?” -- “Pues porque vuela por el aire, como el polvo. Y se pasa volando.” ¡Cuentos! Cuentos y más cuentos...

En cambio esto que le cuento yo es verdad. Mi abuelo tenía abejas, cinco colmenas. Pues bien, las abejas se pasaron dos días sin salir, ni una. Allí se quedaron, dentro de la colmena. Aguardando. El abuelo que va de aquí para allá por el patio: ¿qué peste será ésta? ¿Qué peste negra? Algo ha pasado en la Naturaleza. Porque resulta que su sistema, como nos explicó un vecino que es maestro, es mejor que el nuestro, son más listas, porque en seguida lo olieron. La radio y los periódicos aún no decían nada, y en cambio las abejas ya lo sabían. Sólo al tercer día salieron a volar....

Y las avispas... Había unas avispas, un avispero junto al zaguán, nadie las molestaba, y aquel día por la mañana desaparecieron. No se las vio ni vivas ni muertas. Y regresaron a los seis días. Eso es cosa de la radiación...

La radiación espanta a los hombres y también a los animales del bosque... Y a los pájaros... Hasta el árbol la teme, lo que pasa es que está callado. No te dirá nada. Qué infortunio para todos. Una pena común. En cambio, los escarabajos de Colorado siguen como estaban, comiéndose la patata, zampándose hasta la última hoja, pues están hechos al veneno.... Como nosotros...

Pero a veces pienso: en cada casa hay algún muerto... Allí en otra calle, al otro lado del río... Todas las mujeres se han quedado ahora sin hombres; los hombres han muerto. En nuestra calle, vive mi abuelo, y por allá hay otro... Dios se lleva antes a los hombres. ¿Por qué razón, me pregunto? Nadie nos lo traduce en palabras. Aunque también, si piensa uno: de quedarse sólo los hombres, tampoco sería bueno...

Y beben, hija mía, beben... De tristeza beben. Porque, ¿quién quiere morir? Cuando alguien muere, ¡sientes una tristeza! Y no encuentras consuelo. Nadie ni nada te puede consolar. Beben y charlan... Se devanan los sesos. ¡Beben, ríen y ¡zas! otro que se ha ido.

Todos sueñan con una muerte llevadera. Pero, ¿cómo merecerla?

Sólo el alma vive, hija mía.

Nuestras mujeres, cariño, están todas vacías, cuenta que a una de cada tres le ha cortado lo que tiene de mujer. Tanto si es joven como si es vieja... No todas han llegado a parir... En cuanto lo pienso... Y todo ha pasado en un suspiro...

¿Y qué más le puedo añadir? Hay que vivir... Y no hay más...

Porque, mire usted... Antes nosotros mismos batíamos la mantequilla, la flor de leche; hacíamos el requesón y el queso. Cocíamos nuestro engrudo de leche. ¿Comen de eso en la ciudad? Cubres con agua la harina y la mezclas y te salen unos pedazos rotos de masa, entonces los hechas en la cazuela con agua hirviendo. Lo pones al fuego lento y lo blanqueas con la leche. Así nos lo enseñó mi madre: “Aprendedlo también vosotros, hijos míos. Porque yo también lo aprendí de mi madre”. Bebíamos jugo de abedul y de arce: “beriózovik y klenóvik”. La judías verdes en vaina las cocíamos en la olla en el horno. Hacíamos jalea de bayas rojas. Y durante la guerra recogíamos ortigas y armuelle... El hambre nos hinchaba el cuerpo pero no nos moríamos... Recogíamos bayas en bosque, setas...

Y ahora ya ve qué vida; todo esto se ha ido al traste. Y nosotros que nos creíamos que todo esto era indestructible; que lo que hierve en la olla es eterno. Nunca me hubiera creído que todo cambiaría. Pero así son las cosas... La leche, prohibida; las legumbres, prohibidas. Nos prohíben las setas, las bayas... La carne está mandado tenerla tres horas a remojo... Y a la patata, cambiarle el agua dos veces cuando la cueces... Pero medirte con Dios es inútil... Hay que vivir...

Nos meten el miedo en el cuerpo de que nuestra agua no se puede beber. ¿pero cómo se puede estar sin agua? Cada persona lleva su agua. No hay nada sin agua. El agua la encuentras hasta en las piedras. Y bien, el agua, ¿puede que sea eterna? Toda la vida está hecha de ella... ¿Y a quién le vas a preguntar? Nadie te dice nada. Hasta a Dios le rezan, pero a él no le preguntan... ¡Porque hay que vivir...!

Anna Petrovna Badáyeva,

Monólogo sobre una canción sin palabras

“Le besaría a usted los pies... Se lo imploro... Encuéntrenos a Anna Sushkó. Vivía en nuestra aldea... En Kozhushkí... De apellido Anna Sushkó... Le daré todos los detalles y usted publíquelo. Es jorobada. Muda desde niña... Vivía sola... De sesenta años... Durante la evacuación la metieron en un coche ambulancia y se la llevaron en dirección desconocida. No sabe ni leer ni escribir, por eso no hemos recibido ninguna carta de ella. A la gente sola y enferma la ingresaban en asilos. La escondían. Pero nadie sabe las direcciones... Publíquelo...

Toda la aldea la tenía lástima. La cuidábamos como a una criatura. Uno le cortaba la leña, otro le traía la leche. Un tercero le hacía compañía por las tardes... Le encendía la estufa...

Durante dos años, después de padecer en diferentes lugares, hemos regresado a nuestras casas. Dígame que la suya está entera. Tiene techo, ventanas. Y lo que esté roto o robado lo arreglaremos entre todos. Denos sólo una dirección, dónde vive la pobre, que iremos a buscarla y la traeremos. La traeremos de vuelta. Para que no se muera de la tristeza... Le besaría los pies... Un alma inocente sufre en algún rincón extraño...

Y otro detalle... Me he olvidado... Cuando algo le duele, entona una canción... Sin palabras... Con sólo la voz... Porque hablar no puede... Cuando algo le duele tararea una canción: a-a-a... Así se queja...!

Maria Volchok, vecina.

Tres monólogos sobre un terror antiguo

Familia K-vy. Madre e hija. Y un hombre, que no abrió la boca (marido de la hija)

La hija:

--Al principio lloraba día y noche. Quería llorar y hablar... Somos de Tadjikistán, de Dushanbé... Hay guerra allí...

No puedo hablar de esto... Espero un niño, estoy embarazada. Pero le contaré...

Entran un día unos en el autobús para comprobar los pasaportes... Gente corriente, sólo que con metralletas. Miran los pasaportes y van echando del autobús a los hombres... Y allí mismo junto a las portezuelas... Disparan... Ni siquiera se los llevan del lugar... Nunca lo hubiera creído. Pero lo he visto... Vi como sacaron a dos hombres, uno joven aún, guapo, que les gritaba algo. En tadjiko, en ruso... Les gritaba que su mujer había parido hacía poco, que tenía tres críos pequeños en casa... Y ellos no hacían otra cosa que reírse; eran también jóvenes, muy jóvenes. Gente corriente, sólo que con ametralladoras. El joven cayó... Les besaba las zapatillas... Todos callaban. Todo el autobús. En cuanto nos pusimos en marcha, ta-ta-ta... Tuve miedo de mirar atrás... (*Llora.*)

No debo hablar de esto... Espero un niño... Pero le contaré... Sólo le pido una cosa: no diga mi apellido; el nombre sí: Svetlana. Hemos dejado parientes allí. Los matarían...

Antes pensaba que nunca más tendríamos guerra. Era un gran país, nuestro país querido. ¡El más poderoso del mundo! Antes nos decían que en la Unión Soviética vivíamos pobremente, con escasos medios, porque habíamos pasado una gran guerra, el pueblo había sufrido; en cambio, ahora teníamos un ejército poderoso y nadie se metería con nosotros. ¡Nadie nos podía vencer!

Así que nos empezamos a matar los unos a los otros... Ahora no es una guerra como la de antes, como recordaba el abuelo. El abuelo llegó hasta Alemania. Ahora el vecino dispara contra el vecino; chicos que han estudiado juntos en la escuela se matan entre ellos, violan a las chicas con las que se habían sentado en la misma clase. Todos se han vuelto locos...

Nuestros maridos callan. Aquí los hombres callan. Y no le dirán nada. Mientras escapaban les gritaban que huían como las mujeres, ¡cobardes! Traidores a la patria. ¿Pero ellos qué culpa tienen?

¿Qué culpa tienen si no pueden disparar? ¿Si no quieren? Mi marido es tadjiko; tenía que ir a la guerra y matar. Él, en cambio, me decía: “Vayámonos de aquí. No quiero ir a la guerra. No necesito para nada un arma”. Allí está su tierra, pero se ha marchado, porque no quiere matar a otro tadjiko, a otro como él.

Pero aquí se siente solo; allá están sus hermanos, que luchan, a uno ya lo han matado. Allí vive su madre. Las hermanas. Llegamos aquí en tren, de Dushanbé¹³, sin vidrios, con un frío terrible, sin calefacción. No disparaban contra nosotros, pero por el camino nos tiraban piedras contra las ventanillas; se rompieron los cristales. “¡Rusos, largo de aquí! Invasores. Basta de robarnos”. Y él, un tadjiko, tenía que oír todo esto.

Nuestros hijos también lo oían. Nuestra hija estudiaba en la primera clase¹⁴, estaba enamorada de un niño. Un tadjiko. Un día viene de la escuela y me pregunta: “Mamá, ¿yo qué soy, tadjika o rusa?” Y no hay modo de poderse lo explicar...

No debo hablar de eso... Pero le contaré...

Allí los tadjikos del Pamir luchan con los tadjikos de Kuliab. Todos son tadjikos, tienen un solo Corán, la misma fe, pero los de Kuliab matan a los del Pamir, y los del Pamir matan a los de Kuliab. Primero se reunían en las plazas, gritaban y rezaban. Yo quería comprender y también fui allí. Y pregunté a los viejos: “¿Contra quién están?”. Y me contestaron: “Contra el Parlamento. Nos han dicho que este Parlamento es mala gente”.

Luego la plaza se quedó vacía y empezaron a disparar. Y al instante el país se convirtió en algo distinto, desconocido. ¡Oriente! En cambio, hasta entonces creíamos que vivíamos en nuestra tierra. Según las leyes soviéticas. Han quedado allí tantas tumbas rusas, y nadie para llorar a los muertos... En los cementerios rusos sueltan a pacer el ganado... Las cabras. Los ancianos rusos recorren los basureros, en busca de alguna cosa.

Yo trabajaba en la maternidad, de enfermera. Una noche que estaba de guardia, una mujer que daba a luz paría con dificultad, gritaba... En eso entra corriendo una auxiliar... Con guantes sin esterilizar, la bata tampoco... ¡¿Qué ha pasado!? ¡¿Qué sucede!? ¡Para que alguien entre así en una sala de partos!. “¡Chicas, bandidos!” --grita. En eso entran unos con máscaras negras, armados. Y se lanzan contra nosotras: “¡Dadnos las drogas! ¡Queremos alcohol!” -- “¡No tenemos drogas, tampoco hay alcohol!”. El médico a punta de fusil, contra la pared -- ¡A ver! Y en eso que la mujer que estaba de parto, lanzó un grito de alivio. Un grito de alegría. Y la criatura rompió a llorar, justo acababa de aparecer... Me incliné sobre el recién nacido, ni siquiera hoy recuerdo si fue niño o niña. Aún no tenía ni nombre ni nada. Y estos bandidos que se vienen contra nosotros y nos preguntan: quién era, si de Kuliab o del Pamir. No si era niño o niña, sino de Kuliab o de Pamir. Nos quedamos calladas... Y éstos que gritan: “¡¿Quién es?!”. Seguimos calladas. Entonces agarraron a aquella criatura, que llevaría unos cinco, o diez minutos en este mundo, y lo tiran por la ventana... Soy enfermera y he visto más de una vez la muerte de un niño... Pero eso... No debo recordar esto...
(Llora.)

¿Cómo se puede vivir así? ¿Como dar a luz después de una cosa así? **(Llora.)**

Después de aquel suceso en la maternidad, se me cubrieron las manos de eccema. Se me hincharon las venas... Y me entró una apatía que... Ni quería levantarme de la cama... **(Llora.)** Me dirigía al hospital y daba media vuelta. Yo misma esperaba un bebé... No podía dar a luz allí... Vinimos aquí. A Belarús... A Narovlia... Una ciudad tranquila, pequeña... Y ya no me pregunte más... Se lo he contado todo... **(Llora.)**

Espere... Quiero que sepa una cosa... Yo no temo a Dios. A mí me dan miedo los hombres...

Al principio preguntábamos a la gente de aquí: “¿Dónde está esa radiación?” --”Allí donde estéis allí hay radiación”. ¿Entonces qué, es todo el país? **(Llora.)**. Todo lleno de casas vacías... La gente se ha marchado... De miedo...

A mí, en cambio, no me da tanto miedo como allí. Nos hemos quedado sin patria, no somos de ninguna parte. Los alemanes¹⁵, todos se han marchado a Alemania; los tártaros¹⁶, cuando les

¹³Capital de Tadjikistán.

¹⁴La escuela, en la que se estudia de la primera a la décima clase, se empieza a los siete años.

¹⁵Alemanes del Volga, colonos llegados a Rusia en los tiempos de Catalina la Grande, represaliados durante la invasión nazi. La mayoría ha emigrado tras la “perestroika”.

dejaron, se marcharon a Crimea; a los rusos, en cambio, nadie los quiere.

¿En qué confiar? ¿Qué esperar? Rusia nunca ha protegido a los suyos, porque es un país grande, infinito. Si he de serle sincera, yo no siento que mi patria sea Rusia; nos hemos educado de otro modo: nuestra Patria era la Unión Soviética.

Y ahora, ya lo ve, ya ni sabes cómo salvar tu alma. Al menos aquí no hay tiros; menos mal. Nos han dado casa, mi marido tiene trabajo.

Hasta escribí a unos conocidos. Ayer llegaron. A quedarse para siempre. Llegaron de noche y tenían miedo de salir del edificio de la estación. Con los niños agarrados, se pasaron la noche sobre las maletas. Esperando la mañana. Y luego miran y ven que la gente anda por la calle, ríe y fuma... Les indicaron la calle donde vivimos y los acompañaron hasta la misma puerta.

No había modo que recobraran la calma, porque allí se desacostumbra uno a la vida normal, a la vida común y corriente. Luego se dirigieron a una tienda y vieron que había mantequilla, crema de leche y allí mismo, sin salir de la tienda --me lo han contado ellos--, compraron cinco botellas de crema y se la bebieron al momento. La gente los miraba como si se hubieran vuelto locos... Cuando la verdad es que no habían visto la mantequilla ni la crema de leche en dos años. Allí no compras ni el pan... Allí hay guerra... Es algo que no se puede explicar a una persona que no ha visto hoy lo que es una guerra...

Allí tenía el alma muerta... ¿A quién hubiera dado a luz allí, con el alma muerta? Aquí hay poca gente. Las casas están vacías... vivimos junto al bosque... Tengo miedo cuando hay mucha gente. Como en la estación... Como en la guerra... (*Rompe a llorar entre sollozos y se queda callada.*)

La madre:

-- Sólo le hablaré de la guerra. Sólo le puedo hablar de la guerra... ¿Por qué hemos venido aquí? ¿A la tierras de Chernóbyl? Porque de aquí ya no nos echarán. De esta tierra no. Porque ya no es de nadie. Sólo es de Dios... Los hombres la han abandonado...

En Dushanbé trabajaba de segundo jefe de estación, también había otro segundo, un tadjiko. Nuestros hijos crecieron y estudiaron juntos, nos sentábamos en la misma mesa durante las fiestas: en Año Nuevo, el Primero de mayo... Juntos bebíamos vino, comíamos “plov”¹⁷. Él se dirigía a mí diciéndome: “Eres mi hermana. Mi hermana rusa”. Y en esto que llega un día --trabajábamos en el mismo despacho-- se para delante de mi mesa y me grita:

--¿Cuándo te largarás a tu Rusia!? ¡Ésta es nuestra tierra!

En aquel momento pensé que iba a perder la razón. Pero me levanté de un salto y le dije:

--¿La chaqueta que llevas de dónde es?

--De Leningrado --me contestó sin pensar por la sorpresa.

--¡Quítate esta chaqueta rusa, miserable! --y le arranco la chaqueta--.

¿Y esta gorra? ¿No decías que te la habían traído de Siberia? Bien orgulloso que estabas de ella. ¡Pues ahora quítatela, maldito! ¡A ver, tu camisa! ¡Los pantalones! ¿O no es de una fábrica de Moscú? ¡Pues también son rusos!

Lo hubiera dejado en calzoncillos. Era un tipo enorme; yo le llegaba a los hombros. Lo cierto es que, en aquel instante, no sé cómo, pero me sentí con fuerzas suficientes para quitárselo todo. La gente se arremolinó a nuestro alrededor. Y el hombre se puso a chillar:

--¡Déjame en paz, te has vuelto loca!

--¡Nada de eso, dame todo lo mío, todo lo que es ruso! ¡Me llevaré todo lo mío! --creí que perdía la chaveta--: ¡Quítate los calcetines! ¡Los zapatos!

Trabajábamos día y noche... Los convoyes iban repletos. La gente huía... Muchos rusos dejaban sus casas... ¡Miles de personas! ¡Decenas de miles! ¡Centenares de miles! Era otra Rusia más. Un día, a las dos de la madrugada, después de dar la salida al expreso de Moscú, vi que en la sala se habían quedado dos niños de Kurgán-Tiubé, que perdieron el tren. Los encerré en la sala, los

¹⁶Deportados en masa de Crimea a Asia Central por Stalin, en 1944, acusados, como otros pueblos, de colaborar con los nazis.

¹⁷Plato de arroz con diversos ingredientes de carne y verduras según la región, parecido a la paella incluso en su forma de preparación.

escondí. En eso que se me acercan dos. Con fusiles.

--Chicos, ¿pero qué hacéis aquí? -- y mientras tanto, el corazón en un puño.

--Tú misma tienes la culpa, has dejado las puertas abiertas.

--He ido a dar la salida al tren. No he tenido tiempo de cerrarlas.

--¿Qué niños son estos?

--Son de aquí, de Dushanbé.

--¿No serán de Kurgán? ¿De Kuliab?

--No, no. Son de los nuestros.

Los tipos se fueron. Pero ¿y si hubieran entrado en la sala? ¡Los hubieran matado a todos, y a mí de propina, una bala en la frente! Allí sólo reina un poder, el del hombre armado. A la mañana los subí al tren de Ástrajan; les dije a las chicas que los metieran en el vagón de las sandías, y con las puertas bien cerradas. **(Primero calla. Luego llora durante largo rato.)**

¿Hay algo más pavoroso que el hombre? **(Calla de nuevo.)**

Incluso aquí, cuando iba por la calle, a cada momento miraba por los lados; me parecía que a mis espaldas alguien ya estaba a punto de... Que me estaba esperando. Porque allí no había día en que no pensara en la muerte. Cada día salía de casa con toda la ropa limpia, con la blusa y la falda, la ropa interior, recién lavadas. ¿Y si de pronto me matan?

Ahora, en cambio, ando sola por el bosque y no le tengo miedo a nadie. En el bosque no hay gente, ni un ser viviente. Voy paseando y me pregunto: ¿será cierto o no lo que me ha sucedido? A veces, das con algún cazador: con su escopeta, el perro y el dosímetro. También son gente armada, pero es otra cosa, no persiguen a los hombres. Si oigo algún tiro, sé que están cazando cornejas o alguna liebre. **(Calla.)**

Por eso aquí no tengo miedo... No puedo tenerle miedo a la tierra, al agua... A quien temo es al hombre... Allí en el mercado por cien dólares te puedes comprar una ametralladora...

Recuerdo a un muchacho. Era tadjhiko... Perseguía a otro chico... ¡Quería dar caza a otro hombre! Por la manera de correr, de respirar, en seguida comprendí que quería matarlo... Pero el otro se escabuyó... Huyó... En eso que el primero regresa, pasa a mi lado y me pregunta: “Oiga, ¿dónde puedo beber agua por aquí?” Y me lo pregunta como si tal cosa, con toda normalidad. En la estación teníamos un bidón con agua, y le indiqué dónde estaba. Entonces lo miro a los ojos y le digo, le digo: “¿Por qué os perseguís los unos a los otros? ¿Por qué os matáis?” El muchacho hasta sintió vergüenza: “No hable tan alto”. Pero cuando van juntos, son otros. De haber sido tres y hasta dos, me hubieran puesto contra el paredón. Con una sola persona aún se puede hablar...

De Dushanbé llegamos a Tashkent, y de ahí debíamos dirigirnos a Minsk. No había billetes. No hay billetes y punto. Lo tienen bien montado; hasta que no los untas no subes al avión; se meten con todo, que si el peso, que el tamaño; esto está prohibido, esto no se puede llevar. Dos veces me mandaron a la báscula, por poco no caigo en la cuenta, le di a uno dinero bajo mano... Entonces me dice: “A buenas horas te despiertas, a qué tanto discutir.” Y todo arreglado. Llevábamos un contenedor; dos toneladas, y nos lo hicieron descargar. “Vienen ustedes de una zona caliente; a lo mejor llevan armas. Hashish...” Dos días nos estuvieron mareando. De modo que fui a ver al jefe y allí en la recepción di con una buena mujer que me aclaró las cosas: “No va usted a conseguir nada, y si se pone a reclamar un trato justo lo único que conseguirá es que tiren su contenedor al campo y que allí la desvalijen hasta el último trapo”. ¿Qué hacer? Nos pasamos una noche en vela, sacaron para ver todo lo que llevábamos: ropa, colchones, la nevera, dos sacos de libros. “¿No serán libros de valor?” Miraron -- “Que hacer” de Chernyshevki, “Tierras roturadas” de Shólojov¹⁸-- y se nos rieron en la cara. “¿Cuántas neveras llevan?” -- “Una, y además nos la han roto”. ¿Por qué no pidieron una declaración de carga? --¿Y quién nos la iba a dar?. Es la primera vez que huimos de una guerra...”

Hemos perdido dos patrias a la vez: nuestro Tadjikistán y la Unión Soviética.

Me voy a andar por el bosque y pienso en mis cosas. Los demás, todos están delante de la tele, a ver qué pasa por allí. ¿Qué sucede? Pero yo no quiero saberlo.

Hubo una vida... Otra vida... Se me consideraba una persona importante; hasta tengo un grado militar: teniente coronel de las tropas de ferrocarriles. Aquí he estado parada, hasta que encontré un trabajo de mujer de la limpieza en el Ayuntamiento. Friego suelos...

¹⁸Obras clásicas de la época soviética.

Una vida ha quedado atrás. Y para otra ya no me quedan fuerzas.

Unos aquí se compadecen de nosotros, otros están descontentos: “Los refugiados roban las patatas. Las desentierran por la noche.”

En la otra guerra, como recordaba mi madre, la gente se compadecía más de los demás.

Hace poco encontraron en el bosque un caballo salvaje. Estaba muerto. En otro lugar, una liebre. No los habían matado, sino que estaban muertos. Y ha cundido el temor. Pero un día se encontraron a un vagabundo muerto y el hecho pasó casi desapercibido. No sé por qué razón, pero en todas partes la gente se ha acostumbrado a ver personas muertas...

Lena M. -- de Kirguistán. En el umbral de la puerta, como para una fotografía; junto a ella se sentaban sus cinco hijos y el gato Metelitsa, que se trajeron consigo.

Nos fuimos como si se tratara de una guerra. Agarramos las cosas, el gato nos siguió los pasos hasta la estación, de modo que nos llevamos también el gato. Viajamos en tren doce días; durante los últimos dos días sólo nos quedaron unos botes de col agria y agua hervida. Quien con una estaca, quien con un martillo, hicimos guardia junto a la puerta. Y le diré lo siguiente... Una noche nos asaltaron unos bandidos. Casi nos matan. Hoy te pueden matar por un televisor o por una nevera.

Viajamos como quien huye de la guerra, aunque en Kirguistán, allí donde estábamos, entonces aún no había tiros. Hubo sus matanzas, salvajes, aún en tiempos de Gorbachov en la ciudad de Osh... entre kirguises y usbekos. Pero la cosa se calmó algo... Aunque en el ambiente aún había un no sé qué... por las calles... Le diré la verdad, había miedo... Nosotros éramos rusos y hasta aquí todo está claro, pero es que hasta los propios kirguises tenían miedo de eso... En sus colas por el pan, nos gritaban, eso sí: “¡Rusos, largaros a vuestra casa! ¡Kirguistán para los kirguises! -- y nos echaban de la cola. Y algo más en kirguís, bueno algo así como con el poco pan que tienen, aún tenían que repartirlo con nosotros. Entiendo mal su lengua, he aprendido unas cuantas palabras, para regatear en el mercado y comprar algo.

Antes teníamos una Patria, ahora ya no la tenemos. ¿Quién soy yo? Mi madre era ucraniana, mi padre, ruso. Nací y me crié en Kirguistán, me he casado con un tártaro. ¿Entonces mis hijos, qué son? ¿Qué nacionalidad tienen?

Nos hemos mezclado todos, llevamos muchas sangres mezcladas. En el pasaporte tengo a los hijos inscritos como rusos; pero nosotros no somos rusos. ¡Somos soviéticos! Aunque el país en el que yo nací ya no existe.

No existe ni el lugar que nosotros llamábamos nuestra patria. Ahora somos como los murciélagos.

Tengo cinco hijos: el mayor va a la octava clase; la pequeña, al jardín infantil. Los he traído aquí. Nuestro país no existe, pero nosotros sí.

Yo he nacido allí, allí he crecido. Construí una fábrica, trabajé en ella. “Vete a tu tierra, porque aquí todo esto es nuestro”. No dejaban que me llevara nada, salvo los hijos. “Aquí todo es nuestro”. ¿Y lo mío dónde está? La gente huye. Se pone en marcha. Todo gente rusa. Soviética. Pero sobran en todas partes. En ninguna parte les espera nadie...

Yo en otro tiempo fui feliz. Todos mis hijos son fruto del amor. Así los fui pariendo: un niño, otro, luego un tercero, después una niña, y otra niña... No voy a seguir hablando... Me pondré a llorar... ***(Pero añade unas palabras más.)***

Vamos a vivir en Chernóbyl. Ahora esto es nuestra casa. Chernóbyl es nuestra casa, nuestra patria... ***(De pronto sonrío.)*** Aquí los pájaros son iguales que en todas partes. Hasta hay un monumento a Lenin...

(Y ya junto a la valla, despidiéndose.) Por la mañana temprano oigo en la casa vecina unos martillazos y veo que alguien quita las tablas de las ventanas. Me encuentro a una mujer: “¿De dónde son?” -- “De Chechenia.” Y no dice nada, sólo llora...

La gente me pregunta... Se asombra, no lo entiende: “¿Quieres matar a tus hijos?” ¡Dios mío, dónde hallaré fuerzas para cargar con todo lo nos depara el día de mañana! Yo no los mato, los salvo...

Ya me ve, con cuarenta años y todo el pelo blanco. No lo entienden..... Uno hasta me hizo la pregunta sin miramientos: ¿habría yo llevado a mis hijos dónde hubiera la peste y el cólera? Qué

peste ni qué colera... Este miedo de aquí yo no lo conozco. Y no lo tengo en mi memoria...

Monólogo sobre que el hombre se esmera sólo en la maldad y sobre qué sencillo y abierto se muestra a las palabras simples del amor

“He huido... He huido del mundo... Durante un tiempo vagabundé por las estaciones; las estaciones me gustan, porque hay mucha gente y uno está solo. Luego me vine aquí. Aquí estoy a mis anchas...

Mi propia vida la he olvidado... No me pregunte por ella... Lo que he leído en los libros lo recuerdo, también lo que me han contado otra gente; pero mi vida la he olvidado. Era muy joven... Y llevo un gran pecado... No hay pecado que el Señor no llegue a perdonar si es sincero el arrepentimiento que uno muestra...

El hombre no puede ser feliz. No debe serlo. Vio el Señor que Adán estaba solo y le dio a Eva. Para que fuera feliz y no para que pecara.

El hombre, en cambio, no consigue eso de ser feliz... Yo, por ejemplo, no puedo con los atardeceres... La oscuridad... Este tránsito como el de ahora... El paso del día a la noche... Hasta hoy no logro comprender dónde he estado... Ya ve...

Y me da igual: puedo vivir y puedo no vivir. La vida del hombre es como la yerba, que crece, se seca y se arroja al fuego.

Me ha entrado el gusto de pensar... Aquí puedes morir igual de una fiera que por culpa del frío. En decenas de kilómetros no hay ni un alma.

Expulso los demonios con el ayuno y la oración. El ayuno es para la carne y la oración para el alma. Pero nunca estoy solo, el creyente nunca puede estar solo. Voy de aldea en aldea...

Antes encontraba macarrones, harina... Aceite.. conservas... Ahora algo consigo junto a las tumbas. Lo que les dejan a los difuntos: comida, bebida. A ellos no les hace falta. Y no se enfadan conmigo...

En el campo recojo algún cereal silvestre. En el bosque, setas, bayas. Aquí estoy a mis anchas...

En los libros he leído... El padre Serguéi Bulgákov dice: “Dios, sin duda, ha creado el mundo, o sea que el mundo no puede en modo alguno no salir bien”, y es necesario “soportar con valor y hasta el final la historia”. Ya ve...

Y otro dice... No recuerdo el nombre... Me acuerdo de la idea: “El mal no es en esencia una sustancia, sino la ausencia del bien; del mismo modo que las tinieblas no son más que la ausencia de luz.”

Aquí es sencillo dar con libros; es fácil encontrarlos. Un botijo de barro vacío no lo encuentras, como tampoco darás con cucharas o tenedores, pero los libros siguen ahí. No hace mucho me encontré un Pushkin... Un volumen... “La idea de la muerte mi alma acaricia”. Esto lo recuerdo. Ya ve... “La idea de la muerte”...

Aquí estoy solo. Pensando en la muerte.

Me he aficionado a pensar... el silencio ayuda a prepararte... El hombre vive entre la muerte, pero no comprende qué es la muerte...

Estoy solo... ayer eché a una loba y sus lobeznos de la escuela; allí se habían instalado.

¿Es verdadero el mundo grabado en la palabra? Ésta es la pregunta. La palabra se halla en medio entre el hombre y el alma... Ya ve...

Y le diré más: las aves, los árboles, las hormigas... ahora me resultan más cercanos que antes. También pienso en ellos. El hombre da pavor. Y es extraño... Pero aquí uno no tiene ganas de matar a nadie... Pesco, tengo una caña. Ya ve... Pero a los animales no les disparo... Ni pongo trampas... No tengo ganas de matar a nadie...

El príncipe Myshkin¹⁹ decía: “¿Acaso es posible ver un árbol y no ser feliz?”. Pues eso... Me gusta pensar. En cambio, el hombre acostumbra más a quejarse, pero no piensa...

¿Para qué observar el mal? Que te solivianta, está claro... El pecado tampoco es algo físico. Es

¹⁹El personaje central de *El idiota* de F. Dostoyevski.

necesario reconocer lo no existente. Ya lo dice la Biblia: “Para el iniciado será otra cosa, para los demás es parábola”. Tomemos un ave... U otro ser vivo... No podemos entenderlos, porque ellos viven para sí y no para los demás. Ya ve... Dicho en una palabra, a nuestro alrededor todo es pasajero...

Todo lo vivo anda sobre cuatro patas, mira a la tierra y a la tierra tiende. Sólo el hombre se yergue sobre el suelo y alza manos y cabeza hacia el cielo. Hacia la oración... Hacia Dios... La anciana reza en la iglesia: “Señor, perdona nuestros pecados...” Pero ni el científico, ni el ingeniero ni el militar no se reconocen pecadores. Pues piensan: “No tengo nada de qué arrepentirme. ¿Por qué debo arrepentirme?”. Ya ve...

Mis oraciones son sencillas. Rezo en silencio...

¡Señor, llévame a tu lado! ¡Escúchame! ¡El hombre sólo se esmera en la maldad. Pero qué sencillo y abierto se muestra a las palabras simples del amor.

Hasta en los filósofos la palabra es algo aproximado respecto a la idea que han captado. La palabra responde de modo absoluto a lo que llevamos en el alma sólo en la oración, en la idea hecha plegaria. Es algo que noto físicamente. Señor llévame a tu lado. ¡Escúchame!

Y el hombre también...

Yo temo al hombre. Y a la vez siempre quiero encontrarlo. A un buen hombre... Ya ve...

Pero aquí viven sólo o bandidos o gentes como yo... Mártires.

¿El apellido? No tengo papeles. Se los quedó la milicia... Me pegaron: “¿Qué andas dando tumbos por ahí?” “Yo no voy dando tumbos, sino purgo mi pena”. A lo que ellos me respondían con más golpes. Golpes en la cabeza...

De manera que escriba usted: Nikolái, siervo de Dios... Ahora un hombre libre...

CORO DE SOLDADOS

Artiom Bajtiárov, soldado, Oleg Leóntievich Vorobéi, liquidador²⁰, Vasili Iósifovich Gusinóvich, conductor-explorador, Guenadi Víktorovich Demeniou, miliciano, Vitali Borísovich Karbalévich, liquidador, Valentín Komkov, soldado y conductor, Eduard Borísovich Korotkov, piloto de helicóptero, Ígor Litvín, liquidador, Iván Aleksándrovich Lukashuk, soldado, Aleksandr Ivánovich Mijalévich, dosimetrista, Oleg Leonídovich Pávlov, capitán, piloto de helicóptero, Anatoli Borísovich Rybak, jefe de unidad de guardia, Víktor Sankó, soldado, Grigori Nikoláyevich Jvórost, liquidador, Aleksandr Vasílevich Shinkévich, miliciano, Vladímir Petróvich Shved, capitán, Aleksandr Mijáilovich Yasinski, miliciano²¹

“Nuestro regimiento se puso en marcha a la señal de alarma. Sólo en Moscú, en la estación de Bielorrusia nos informaron adónde nos llevaban. Un muchacho, creo que de Leningrado, protestó. Lo amenazaron con llevarlo ante el tribunal militar. Así lo dijo el capitán ante la formación: “O a prisión o al paredón”.

Yo experimentaba otros sentimientos. Completamente al revés. Quería hacer algo heroico. ¿Puede que fuera una reacción infantil? Pero gente como yo resultamos ser la mayoría, y en nuestra unidad servían chicos de toda la Unión Soviética. Rusos, ucranianos, kazajos, armenios... Nos sentíamos alarmados y, por alguna razón, alegres.

De modo que nos trajeron allí... Llegamos a la central misma. Nos dieron una bata blanca y un gorrito blanco. Una venda de gasa. Limpiamos el territorio. Un día trabajábamos abajo escarbando y arrancando restos, y un día arriba, sobre el techo del reactor. En todas partes con una pala. A los que se subían al techo, los llamaban cigüeñas. Los robots no lo aguantaban; las máquinas se volvían locas. Nosotros, en cambio, trabajábamos. Y nos sentíamos muy orgullosos de ello...”

²⁰Denominación que se daba a los encargados de “liquidar” las consecuencias del accidente de Chernóbyl.

²¹ citados en orden alfabético ruso.

“Llegamos al lugar... Había una señal de “Zona prohibida”. Yo no he estado en la guerra, pero tenía la sensación de vivir algo parecido... Algo que te brotaba de alguna parte de la memoria... ¿De dónde? Algo relacionado con la muerte...

Por los caminos nos encontrábamos perros asilvestrados, gatos. A veces se comportaban de manera extraña, no reconocían a los hombres, huían de nosotros. Yo no llegaba a comprender qué les pasaba, hasta que nos ordenaron que disparáramos contra ellos... Las casas selladas; la maquinaria abandonada... Era curioso ver aquello. No había nadie, sólo nosotros, los milicianos, de patrulla.

Entrás en una casa, ves las fotos que cuelgan, pero ni un alma. Los documentos tirados por el suelo: carnés del “komsomol”, carnés de identidad, diplomas de honor... De una casa nos llevamos prestado el televisor por un tiempo, en alquiler; pero no he notado que nadie se llevara nada a casa.

En primer lugar, tenías la impresión de que la gente iba a regresar de un momento a otro... Y en segundo lugar, era algo que tenía que ver con la muerte...

Algunos se llegaban hasta el bloque, al lado mismo del reactor. Para fotografiarnos... Queríamos fanfarronear en casa... Había miedo y a la vez una curiosidad insuperable: ¿qué será eso? Yo, por ejemplo, no quise ir, tengo la mujer joven, no me arriesgué; en cambio otros se echaban dentro doscientos gramos de vodka y se iban para allá... Ya ve... (*Tras un silencio.*)

La calle de un pueblo, el campo... La carretera... Todo aquello sin un alma. Una carretera hacia ninguna parte. Los cables en los postes hacia ninguna parte. Al principio aún se veía luz en las casas, luego cortaron la corriente...

Pasamos con el coche por un pueblo y por la puerta de una escuela sale corriendo a nuestro encuentro un jabalí. O ves salir una liebre. En todas partes, en las casas, en las escuelas, en los clubes de los pueblos: animales salvajes en lugar de personas. Los carteles aún colgados: “Nuestra meta es la felicidad de toda la humanidad”, “El proletariado mundial vencerá”, “Las ideas de Lenin vivirán eternamente”. Era un retorno al pasado. En las oficinas de los koljoses veías las banderas rojas, banderines que parecían recién estrenados, montones de diplomas con los perfiles de los líderes... En las paredes, imágenes de los líderes; sobre las mesas, los líderes en estatuas de yeso... Un monumento militar... Un cementerio en el campo... Casas levantadas de cualquier manera, establos grises de hormigón, talleres de tractores... Tumbas y caídos...

Como si una tribu guerrera, tras levantar precipitadamente el campamento, hubiera salido huyendo.

Entre nosotros comentábamos, nos preguntábamos los unos a los otros: ¿y esto había sido nuestra vida? Fue la primera vez que la veíamos con otros ojos, como desde fuera... La primera vez... Una impresión de órdago... Como un mazazo en la cabeza... Ya ve...

Mire, un buen chiste: el período de semidesintegración de una tarta ucraniana es de treinta y seis horas. Pues eso...

¿Y en cuanto a mí qué?... Pues que necesité tres años... tres años y les devolví el carné... Mi carné rojo... Lo que pasó es que en la zona me liberé... Chernóbyl me hizo añicos la sesera... Y me convertí en un ser libre...”

“Una casa abandonada. Cerrada. Un gatito en la ventana. Pensé que era de barro. Me acerco y está vivo. Se había comido todas las flores de los tiestos. Los geranios. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿O se lo olvidaron?

En la puerta, una nota: “Querido buen hombre: no busques objetos de valor. No los hay ni los hemos tenido. Haz uso de todo, pero no lo destroces. Regresaremos.” En otras casas he visto inscripciones con pintura de diferentes colores: “Perdónanos, casa nuestra”. Se despedían de la casa como de una persona. Escribían: “Nos vamos por la mañana”, o “nos vamos por la tarde”, anotaban la fecha, incluso la hora y los minutos. Notas sobre hojas de cuadernos escolares... “No maltrates al gato. Las ratas se lo comerán todo.” Con letra de niño: “No mates a nuestra Zhulka. Es buena... (*Cierra los ojos.*)

Lo he olvidado todo... Sólo recuerdo que estuve allí, pero no me acuerdo de nada más. Lo he olvidado todo. No puedo contar el dinero. Me ocurre algo con la memoria... Ni siquiera los médicos lo comprenden... Voy de un hospital a otro... Y esta imagen que me taladra la cabeza: te acercas a una casa y piensas: está vacía. Abres la puerta y ves sentado a un gato... Bueno, y las notas de los

niños...”

“Nos alistaron. Las órdenes eran las siguientes: no permitir el paso a las aldeas desalojadas a los habitantes locales. Nos apostábamos en barreras cerca de los caminos, construíamos refugios, torres de vigilancia. Nos llamaban, Dios sabe por qué, “guerrilleros”. Eran tiempos de paz. Y nosotros, en cambio, de guardia... Con uniforme militar... Los campesinos no comprendían por qué, por ejemplo, no se podían llevar de su casa un balde, un jarro, la sierra o el hacha. Labrar las huertas. ¿Cómo poder explicárselo? Y lo cierto es que, a un lado del camino se encontraban los soldados, sin dejar pasar a nadie, y al otro pacían las vacas, rugían las cosechadoras y los camiones con el grano.

Ves unas mujeres en corro que lloran: “Chicos, dejadnos pasar... ¿No veis que es nuestra tierra... Nuestras casas...” Y nos traen huevos, tocino, *samogón*²²... Lloraban por su tierra envenenada. Por sus muebles... Sus cosas...

El mundo de las ideas se te volvía del revés. Todo el edificio ancestral crujía. Veías a una mujer ordeñando una vaca y a su lado un soldado, para que la mujer después de ordeñar tirara la leche al suelo. Una abuela llevando un cesto con huevos y a su lado, un soldado para que la mujer los enterrase. Hasta la patata... Que los campesinos plantaban con todo su amor, que recogían a escondidas... Pues nada, a enterrarla. Como la remolacha, la cebolla, la calabaza.

Lo bueno es que todo había crecido como nunca, de manera asombrosa. Pero lo más horrible, lo más incomprensible era que todo... ¡Que todo era tan hermoso! Eso era lo más horroroso... ¡La formidable belleza de todo que se veía alrededor!

Nunca más he visto caras como aquellas. Todos tenían unas caras de locos... Ellos y nosotros...”

“Yo soy hombre de armas; a mi me dan una orden y yo la cumplo... Pero también se han dado actos heroicos. Y se animaba a ello. Intervenían consejeros políticos. La radio, la televisión. Cada uno reaccionaba de manera diferente: unos querían que les hicieran entrevistas, salir en los periódicos. Para otros se trataba de un trabajo más, unos terceros... Yo me encontraba con ellos y estos hombres vivían con el sentimiento de que estaban realizando un acto heroico. Nos pagaban bien, pero el tema del dinero parecía no plantearse. Mi sueldo es de cuatrocientos rublos, y allí cobraba mil (rublos soviéticos, de entonces). Luego nos lo echaron en cara: “Allí recogiendo el dinero a capazos, y ahora que habéis vuelto que si coches, que si muebles sin hacer cola.” Duele, está claro. Porque aquello también fue algo heroico...”

Antes de viajar allí, me invadió el miedo. Por poco tiempo. Pero allí el miedo se esfumaba. Si lo hubiera podido ver ese miedo... Órdenes. Trabajo. Tareas. Yo tenía ganas de ver el reactor desde arriba, desde un helicóptero: ¿qué es lo que había pasado allí en realidad? ¿cómo se veía aquello? Pero estaba prohibido.

En la tarjeta me han apuntado veintiún roentgen, pero no estoy convencido de que esto sea así. El principio era de lo más simple: llegas de un vuelo al centro de distrito Chernóbyl (es, por cierto, una ciudad pequeñita, nada que ver con algo grandioso, como me lo imaginaba yo), y allí está el dosimetrista; el hombre realizaba las medidas del umbral a diez-quinze kilómetros de la central. Estas mediciones luego se multiplicaban por la cantidad de horas que volábamos al día. Pero yo de allí me dirigía con el helicóptero al reactor: ida y vuelta, el pasillo en las dos direcciones, y hoy allí subía a ochenta roentgen, y mañana alcanzaba los ciento veinte... Por la noche me pasaba dando vueltas sobre el reactor dos horas... Realizábamos filmaciones con rayos infrarrojos: así se decía que se detectaban los trozos del grafito diseminado... Durante el día no se los podía ver...

He hablado con científicos. Uno decía: “Podría hasta lamer este helicóptero suyo y no me pasaría nada”. Y otro: “Pero, chavales, ¿qué hacéis sin trajes de protección? ¿O es que queréis dejaros aquí la vida? ¡Cubriros el cuerpo! ¡El helicóptero!”

Nos cubrieron los asientos con planchas de plomo, nos recortaron unos chalecos de plomo, pero resulta que el plomo protege de unos rayos pero de otros no. Volábamos de la mañana a la

²²vodka casero, destilado clandestinamente en casa.

noche. No había en esto nada de fantástico... Era un trabajo... Un trabajo duro...

Por las noches nos poníamos a ver la televisión, justamente entonces era el campeonato mundial de fútbol. Y hablábamos, por supuesto, también de fútbol...

Empezamos a pensar en aquello... Cómo se lo diría para no mentirle... Seguramente, pasados unos tres años. Cuando te cuentan que si uno se ha puesto enfermo, que si otro... Te enteras de que aquel se ha muerto... Que otro se ha vuelto loco... Un tercero se ha suicidado... Entonces empezamos a preocuparnos. Pero creo que entenderemos algo de todo esto dentro de unos veinte o treinta años.

Y sin embargo el Afgán²³ (estuve allí dos años) y Chernóbyl (y allí tres meses) son los periodos más importantes de mi vida...

A los padres no les dije nada de que me habían mandado a Chernóbyl. Mi hermano compró por casualidad el periódico "Izvestia" y se encontró con mi retrato. Se lo llevó a mi madre y: "¡Aquí lo tienes, todo un héroe!". Mi madre se echó a llorar..."

"Durante el viaje ¿sabe usted lo que yo veía? En los arcones de la carretera... Bajo los rayos del sol... Un finísimo brillo... Brillaba algo cristalino... Unas partículas finísimas... Nos dirigíamos hacia Kalínkovich, pasando por Mózyr. Y había algo que reverberaba... Lo comentamos entre nosotros. En el campo, donde la gente estaba trabajando, enseguida descubrimos unos agujeros quemados en las hojas, sobre todo en la de los guindos. Recogíamos pepinos, tomates y en sus hojas descubríamos los agujeros... Lanzábamos maldiciones, pero nos los comíamos.

De modo que me fui para allá. Aunque podía no haber ido. Me presenté voluntario. Durante los primeros días no me encontré con nadie que se mostrara indiferente; eso fue luego cuando apareció el vacío en los ojos, cuando la gente se empezó a acostumbrar. ¿Sacarte una medalla más? ¿Alguna ventaja? ¡Bobadas! Yo personalmente no necesitaba nada. Un piso, coche... ¿Qué más? Ah, una dacha..., todo lo tenía.

Lo que funcionaba era la pasión por el riesgo... Allí van los hombres de verdad, a hacer algo de verdad. ¿Y el resto? ¿Qué se queden en sus casas, bajo las faldas de sus mujeres... A uno que la mujer está a punto de parir, otro que si tiene un niño pequeño. El tercero que le ha salido una llaga... Entre maldiciones, pero nos poníamos en marcha.

Luego regresamos a casa. Me quité de encima todo aquello, toda la ropa que llevaba, y la tiré a la basura. Pero la gorra se la regalé a mi hijo pequeño. Tanto me la pidió que... No se la quitaba para nada.

Al cabo de dos años el diagnóstico fue: tumor en el cerebro...

El resto lo acabará de escribir usted. No quiero seguir hablando..."

"Justo había regresado de Afganistán. Quería hacer mi vida. Casarme. Me quería casar cuanto antes. Y en eso que me llega la orden de alistarme, era una nota con una franja roja: "servicio especial". En el curso de una hora preséntese en la dirección señalada. Mi madre se puso a llorar al momento. Creyó que me llamaban de nuevo a la guerra.

¿A dónde nos llevaban? ¿Para qué? No sabíamos nada. En Slutsk nos cambiaron la ropa; nuevo uniforme y allí descubrimos que nos mandaban al centro de distrito Jóniki. Llegamos a Jóniki, allí la gente aún no sabía nada. Nos llevaron más lejos, a un pueblo, donde se celebraba una boda: los jóvenes se besan, suena la música, beben *samogón*. Una boda normal y corriente. Y en eso que nos dan la orden de arrancar el suelo a la altura de la bayoneta...

El nueve de mayo --el día de la Victoria--, vino un general. Nos formaron, nos felicitaron con motivo de la fiesta. Y uno de la formación se atrevió a preguntar: "¿Por qué nos ocultan cual es el grado de radiación? ¿Qué dosis recibimos?" Ya ve, hubo uno que se decidió a preguntar. Pues bien, cuando se fue el general, lo llamó el capitán de la unidad y le soltó una buena: "¡Eres un provocador! ¡Un alarmista!" Al cabo de un par de días nos dieron como unas máscaras antigás, pero nadie las usaba. Nos mostraron dos veces los dosímetros, pero no nos dejaron usarlos.

Cada tres meses nos dejaban ir a casa un par de días. Con un sólo encargo: comprar vodka. Yo

²³Forma popular de llamar a la guerra de Afganistán.

me llegué a cargar dos mochilas llenas de botellas. Me recibieron llevándome en volandas.

Antes de volver a casa, nos llamaba a todos el tipo de la KGB, quien nos aconsejaba muy persuasivamente: que no le contáramos a nadie lo que habíamos visto.

Al regresar del “Afgán”, sabía que había sobrevivido. Pero en Chernóbyl era del todo al revés: eso te mataría justo cuando volvieras...”

“¿Qué recuerdo? ¿Qué se me ha grabado en la memoria?

Me pasaba el día yendo de una aldea a otra en.. coche... Con los dosímetros... Y ni una sola mujer me ofreció ni una manzana...

Los hombres pasaban menos miedo; te traían *samogón*, tocino... Y te invitaban: “vamos a comer”. Por un lado te resultaba incómodo negarte, pero, por otro, comer cesio puro tampoco daba mucha alegría. De modo que tomabas un trago y dejabas la comida.

En una aldea, a pesar de todo, lograron sentarme a la mesa... Había cordero asado... El dueño, cuando ya estaba borracho, me confesó: “Era un cordero joven. Pero lo tuve que matar porque no podía ni mirarlo. ¡Valiente monstruo! Hasta me da no sé qué comerlo”. Después de aquellas palabras, me eché un latigazo de *samogón* que ni le cuento...”

“Han pasado diez años... Hasta parecería que no aquello había sucedido; sino fuera por la enfermedad, me habría olvidado...”

¡Servir a la Patria! ¡Servir a la Patria es un deber sagrado! Me entregaron una muda, calcetines, botas, galones, una gorra, pantalones, chaqueta, cinto, mochila y ¡en marcha! Me dieron un volquete. Llevaba hormigón. Y a por todas... Saldremos de ésta....

Éramos jóvenes. Solteros. No nos llevábamos las mascarillas... No, recuerdo a uno... Un conductor mayor... Siempre llevaba la máscara... Nosotros, en cambio, no. Los guardias de circulación no las llevaban. Nosotros al menos estábamos dentro de la cabina; pero ellos se pasaban ocho horas en medio de aquel polvo radiactivo.

A todos nos pagaban bien: tres pagas más la comisión de servicio. Le dábamos... Sabíamos que el vodka ayudaba... Te quitaba el stress. No es por casualidad que durante la guerra te daban la famosa ración oficial de cien gramos. De manera que el cuadro normal era ver a un guardia borracho multando a un chófer tan borracho como él...

No escriba usted sobre las maravillas del heroísmo soviético. Lo hubo, es verdad. ¡Y qué maravillas! Pero primero hay que hablar de la chapuza general y del caos, y luego de las proezas. ¡Eliminar esta trонера! ¡Hacer callar una ametralladora a pecho descubierto²⁴!... Pero el que una orden así nadie la puede dar, sobre esto nadie escribe nada.

Nos mandaban allí como quien lanza arena al reactor. Cada día colgaban un nuevo “parte de combate”: “Han trabajado con valor y entrega” “Resistiremos, venceremos...”

Por aquella hazaña me dieron un diploma y mil rublos...”

“Al principio fue el asombro... La sensación de que se trataba de un juego... Pero era una guerra de verdad... Una guerra atómica... Algo desconocido: ¿qué temer y qué no temer, de qué protegerse y de qué no? Nadie sabía nada... Una auténtica evacuación...”

Las estaciones... ¡Lo que sucedía en las estaciones! Ayudábamos a meter a los niños por las ventanillas de los vagones... Poníamos orden en las colas... Colas para los billetes en las cajas, para yodo en las farmacias. En las colas la gente se insultaba con los peores insultos, se peleaba... Reventaban las puertas de los quioscos y de las tiendas de bebidas. Rompían los cristales, arrancaban las rejas. Los evacuados...

La gente vivía en los clubes, en las escuelas, en las guarderías. La gente andaba medio hambrienta. El dinero se acababa en un santiamén. Las tiendas vacías...

No olvidaré a las mujeres que nos lavaban la ropa. No había lavadoras, no se les ocurrió, no las trajeron. Se lavaba a mano. Eran todas mujeres mayores. Con las manos llenas de ampollas, de

²⁴Referencia a célebres y heroicas hazañas bélicas durante la Gran Guerra Patria.

llagas... La ropa no sólo estaba sucia, habría allá decenas de roentgen... “Muchachos, comed algo...” “Dormid un rato” “Muchachos, ¿no veis que aún sois jóvenes?”... “Cuidaros”. Les dábamos pena y lloraban...

¿Estarán aún vivas?

Cada veintiséis de abril, los que estuvimos allí nos reunimos. Recordamos aquel tiempo. Habías sido un soldado en la guerra, te necesitaban.

Lo malo se olvidó, pero esto quedó en la memoria. Quedó el hecho de que sin ti no podían hacer nada...

Nuestro sistema es por lo general militar, funciona a la perfección en situaciones límite.

Allí, por fin, eres libre e imprescindible. ¡La libertad! ¡Y el ruso, en momentos así, muestra lo grande que es! ¡No hay otro igual! Nunca seremos como los holandeses, o como los alemanes. No tendremos asfalto irrompible ni céspedes cuidados. ¡Pero héroes siempre los habrá!”...

“Me dijeron de ir y fui. ¡Hay que hacerlo! Era miembro del partido. ¡Comunistas, adelante! Ésta era la situación. Trabajaba en la milicia. Sargento mayor. Me prometieron una “estrella” más. Eso ocurría en abril del ochenta y siete... Había que pasar sin falta un control médico; pero a mí me mandaron sin más. Alguien se rajó, como se suele decir, trajo un certificado de que tenía una llaga de estómago y a mí me mandaron en su lugar. Con sello de urgente.

Ya entonces empezaron a correr los chistes. Al momento... Llega el marido a casa del trabajo y se queja a su mujer. “Me han dicho que mañana o me voy a Chernóbyl o entrego el carné del partido”. -- “Pero si tú no eres miembro del partido” -- le dice su mujer. “Pues por eso, a ver dónde encuentro yo un carné”.

Nos dirigimos allí como si fuéramos militares; de nuestro grupo se organizó al principio un brigada de picapedreros. Construimos una farmacia. En seguida me sentí débil, algo somnoliento. Y me fui a ver al médico. “Todo normal. Es el calor”. Al comedor nos traían del koljós carne, leche, requesón, y de eso comíamos. El médico esa comida ni la tocaba. Nos preparaban la comida y él apuntaba en el registro que todo estaba en orden, pero él no analizaba las muestras. Nosotros nos dábamos cuenta de eso. Ésta era la situación. Y no le prestábamos ninguna importancia. Llegó la época de la fresa. Las colmenas llenas de miel...

Comenzaron a aparecer los merodeadores. Nosotros tapiábamos ventanas y puertas. Las tiendas aparecían asaltadas; las rejas de las ventanas, rotas, harina, azúcar, caramelos por el suelo... Latas tiradas aquí y allá... De una aldea desalojaron a los habitantes, en cambio a cinco-diez kilómetros no, allí los dejaron. Las cosas de la aldea abandonada fueron a parar a la suya.

Ésta era la situación. Estamos un día de guardia y en eso que llega el presidente del koljós con la gente del lugar, ya los habían instalado en otro pueblo, les dieron casas, pero regresaban a sus tierras, para recoger el cereal, para sembrar. Se llevaban el heno en pacas. En las pacas encontrábamos máquinas de coser, motos.

Economía de trueque: ellos te daban una botella de *samogón* y tú les dejabas llevarse el televisor. Vendían y cambiaban tractores, sembradoras. Una botella... diez botellas... El dinero no lo quería nadie... (*Se ríe*). Como en el comunismo...

Para todo había una tarifa: un bidón de gasolina -- medio litro de *samogón*; un abrigo de piel de astracán -- dos botellas; una moto -- depende del regateo...

Al medio año acabé el servicio; de acuerdo con los períodos establecidos, éste era de medio año. Luego mandaban un relevo. Nos retuvieron un tiempo, porque de las repúblicas bálticas se negaron a venir.

Ésta era la situación. Pero yo sé muy bien que se lo robaron todo; se llevaron todo lo que se podía levantar y llevar. Toda la zona la han trasladado aquí. Busque usted en el mercado, en las tiendas de segunda mano, en las dachas... Tras los alambres sólo quedó la tierra... Y las tumbas.. Nuestra salud... Y nuestra fe... Mi fe.”

“Llegamos al lugar. Nos cambiamos de uniforme. “La avería se ha producido hace tiempo -- nos tranquiliza el capitán--. Hace tres meses. Ya no hay peligro”. Y el sargento: “Todo en orden; lo único, que os lavéis las manos antes de comer.”

Trabajé de dosimetrista. En cuanto oscurecía, a nuestro vagón-barracón de guardia se llegaban los muchachos con sus camiones. Dinero, cigarrillos, vodka... Con tal de que les dejases meter

mano en los trastos confiscados. Empaquetaban los fardos. ¿A dónde los mandaban? Seguramente a Kíev... A Minsk... A los mercadillos... Lo que quedaba lo enterrábamos. Ropa, botas, sillas, acordeones, máquinas de coser... Lo enterrábamos en hoyos que llamábamos fosas comunes.

Regresé a casa. Voy al baile. Me gustó una chica.

Me presento. Soy tal. ¿Cómo te llamas?

--Para qué. Si ahora eres de los de Chernóbyl. ¡¡Cualquiera se atreve a tener un hijo tuyo!!"

"Yo tengo mis recuerdos.... El cargo oficial que me dieron allí fue el de jefe de unidad de guardia... Algo así como director de la zona del apocalipsis. (*Se ríe*). Escríbalo así.

Paramos un coche de Prípiat. La ciudad ya había sido evacuada, no quedaba gente. "Los documentos". No hay documentos. La caja estaba cubierta con una lona. Levantamos la lona: veinte juegos de te, lo recuerdo como si fuera hoy, muebles, televisores, alfombras, bicicletas...

Redacto un parte.

Traían carne para enterrarla en las fosas. En las canales faltaban los lomos. Los habían cortado.

Redacto otro parte.

Por las aldeas vacías corrían cerdos asilvestrados. En las oficinas de los koljós y en los clubes rurales colgaban pancartas: "¡Pan para la Patria!", "¡Gloria al pueblo soviético trabajador!" "¡La hazaña del pueblo es inmortal!"

Fosas comunes abandonadas. Una losa agrietada con los apellidos: capitán Borodín, el teniente mayor... Largas columnas, como los versos: los apellidos de los soldados... Maleza, ortigas y cardos.

Una huerta cuidada. Tras el arado su dueño, y en cuanto nos ve:

--Muchachos, no me digáis nada. Ya hemos firmado: en primavera nos vamos.

--¿Para qué entonces está usted arando la huerta?

--Es para el otoño...

Comprendo al hombre, pero he de levantar acta..."

"Mi mujer cogió el niño y se marchó. ¡La muy perra! Pero yo no me voy a colgar como Vanka Kótov... ¡Tampoco me tiraré desde un séptimo piso! ¡La muy perra! Cuando llegué de allí con una maleta de dinero... Compramos un coche. Y ella, la muy perra, vivía conmigo. No tenía miedo (*De pronto se pone a cantar*)

Mil unidades de roentgen no bastarán
para arrugar un miembro ruso...

Una buena copla. Es de allí. ¿Quiere un chiste? (*Y se pone a contarle al instante*).

El marido regresa a casa... Vuelve del reactor... La mujer le pregunta al médico: "¿Qué debo hacer con mi marido?" -- "Lavarlo, abrazarlo y desactivarlo".

¡La muy perra! Me tiene miedo... Se ha llevado al crío... (*Inesperadamente en tono serio*.) Los soldados trabajaban... Junto al reactor... Yo los trasladaba al empezar y al acabar el turno. Yo llevaba, como los demás, un contador-acumulador. Al acabar el turno los recogía y los entregaba en la primera sección... La secreta... Allí apuntaban los datos, los apuntaban se diría que en nuestras cartillas, pero los roentgen que nos tocaban a cada uno era un secreto militar. ¡Los muy perros! Pasado un tiempo, te decían: "¡Stop! ¡No puedes seguir trabajando!" Y ésta era toda la información médica. ¡Ni siquiera al partir nos dijeron cuanto! ¡Los muy perros!

Ahora andan a la greña por el poder. Por las carteras... Están de elecciones...

¿Quiere otro chiste? Después de Chernóbyl se puede comer de todo; pero has de enterrar tu mierda en una caja de plomo.

¿Cómo nos iban a curar? No nos hemos traído ningún documento. Hasta hoy los ocultan, o los han destruido debido a que son especialmente secretos. ¿Cómo ayudar a nuestros médicos? Ahora tendría un informe médico: ¿Cuanto? -- Tanto. ¿Cuanto me habrán metido? Se lo hubiera enseñando a mi... La muy perra...

Pero todavía le demostraré que nosotros podemos sobrevivir en cualquier situación. Nos

casaremos y tendremos hijos.

Mire, ésta es la oración del liquidador: “Dios mío, si has hecho que no pueda hacerlo, haz entonces que no quiera”. ¡Que se vayan todos a tomar por el c!..”

“Nos hicieron firmar que mantendríamos el secreto... He callado... Justo después de la mili me dieron la invalidez de segundo grado. A los veintidós años. Me he llevado lo mío... Llevábamos el grafito en cubos... Diez mil roentgen... Usábamos palas corrientes, cambiando hasta treinta veces al día los filtros de las máscaras, que nosotros llamábamos “bozales”. Llenábamos los sarcófagos. Una tumba gigantesca, en la que está enterrado un hombre, el operador Valeri Jodemchuk, que quedó atrapado bajo las escombros después de la primera explosión... Una pirámide del siglo XX...

Nos quedaban aún tres meses de servicio. Cuando regresamos a la unidad ni siquiera nos cambiaron la ropa. Íbamos con las mismas chaquetas, con las botas que usamos en el reactor. Hasta el día mismo de licenciarnos...

¿Y si me hubieran dejado hablar, a quién se lo podía haber contado? Trabajaba en la fábrica. El jefe del taller me decía: “Para de estar enfermo, porque te voy a echar”. Me echaron. Fui a ver al director. “No tiene usted derecho. He estado en Chernóbyl. Os he salvado. Si no fuera por mí...” -- “Nosotros no te mandamos”.

Por las noches me despierta la voz de mi madre: “Hijo, ¿por qué callas? Si no duermes, estás en la cama con los ojos abiertos... Hasta la luz te has dejado encendida...” Pero he seguido callado. Conmigo nadie puede hablar de manera que yo le pueda contestar con mis palabras. A mi manera... Nadie puede entender de dónde he venido... Ni yo tampoco lo puedo explicar...”

“Ya no temo a la muerte... Mi propia muerte. Pero no tengo claro cómo voy a morir... Vi morir a un amigo. Se hizo grande, se hinchó... Como un tonel... Y mi vecino... También estubo allí. Un operador de grúa. Se volvió negro, como el carbón, y se secó hasta el tamaño de un niño. No tengo claro cómo voy a morir... Y sin embargo lo que sí sé seguro es que con mi diagnóstico no duras mucho. Al menos sentir el momento...

Una bala en la frente y listo... También he estado en el Afgán... Allí la cosa era más fácil... Una bala y...

Conservo un recorte de periódico... sobre el operador Leonid Toptunov. Era quién estaba de guardia aquella noche en la central y apretó el botón rojo de emergencia unos minutos antes de la explosión. El botón no funcionó... Lo trataron en Moscú. “Para salvarlo, hace falta un cuerpo” -- decían los médicos. Le quedó solamente un único punto no irradiado en la espalda.

Lo enterraron, como a los demás, en el cementerio Mitinski. Envolvieron el ataúd por dentro con papel de estaño... Y encima de él, medio metro de planchas de hormigón con capas de plomo. Su padre iba a verlo allí. Se quedaba allí y lloraba. Y la gente que pasaba le decía: “¡Tu hijo de perra es el que voló la central!”

Estamos solos. Somos unos extraños. Hasta nos entierran aparte, no como a los demás. Como unos extraterrestres llegados del cosmos...

¡Mejor hubiera sido morir en el Afgán! Se lo digo sinceramente, a veces me vienen unas ideas. Allí la muerte era algo normal. Algo comprensible...”

“Desde arriba... Desde el helicóptero... Cuando volaba bajo junto al reactor, observaba... Gamos, jabalíes salvajes... Se los veía escuálidos, somnolientos... Se movían como en cámara lenta... Se alimentaban de la hierba que allí crecía, no entendían... No entendían que tenían que largarse de allí... Irse con la gente...

¿Ir o no ir? ¿Volar o no volar? Soy comunista, ¿cómo podía no volar? Dos pilotos se negaron; que si las esposas eran jóvenes, que no tenían aún hijos, les echaron en cara su gesto, los castigaron. ¡Se les acabó la carrera! Hubo hasta un juicio de camaradas. Un juicio de honor. Era, a ver si me entiende, como una apuesta: el no puede, en cambio yo sí que iré...

Ahora pienso de otro modo... Después de nueve operaciones y de dos infartos... No los juzgo, los comprendo. Unos muchachos jóvenes. Pero yo hubiera ido igual. Eso es seguro. Éste no ha podido, pero yo sí que podré. ¡Aquello era cosa de hombres!

Desde lo alto sorprendía la cantidad de maquinaria: helicópteros pesados, de tamaño medio... El MI - 24 es un helicóptero de combate... ¿Qué se podía hacer con un helicóptero de combate en Chernóbyl? O en un caza MI - 2? Los pilotos... Todos eran jóvenes... Todos con el Afgán a sus espaldas... Los ánimos... Los muchachos ya habían pasado el Afgán, hartos estaban de todo. Allí se encontraban en el bosque junto al reactor, cargándose de roentgen. Eran las órdenes.

No había hecho falta haber enviado aquella cantidad de gente, para que se irradiara. Lo que hacían falta eran especialistas y no material humano.

Un edificio destruido, montones de cascotes caídos... y una cantidad gigantesca de pequeñas figuras humanas. Había una grúa de Alemania Federal pero muerta; llegó allá y se quedó. Los robots se morían... Nuestros robots, creados por el académico Lukachev, se hicieron para explorar Marte... Y los robots japoneses. Al parecer, se les quemaban todas las entrañas por la alta radiación. En cambio, los soldaditos, corriendo con sus trajes y sus guantes de goma, éstos funcionaban...

Antes de partir nos avisaron, nos dijeron que, en interés del Estado, no desveléis lo que habéis visto. Pero, salvo nosotros, nadie más sabe lo que allí pasó. No lo entendíamos todo, pero sí lo vimos todo...”

CAPÍTULO SEGUNDO LA CORONA DE LA CREACIÓN

Monólogo sobre viejas profecías

“Mi niña... Mi niña no es como los demás... Y cuando crezca me preguntará: A Por qué no soy como el resto?”

Cuando nació... No era un bebé, sino un saquito vivo, cosido por todos lados, sin una rendija, sólo con los ojos abiertos. En la cartilla médica hay escrito: “Niña, nacida con una patología compleja múltiple: aplasia del ano, aplasia de la vulva, aplasia del riñón izquierdo”... Así suena en lenguaje médico, pero en palabras normales es: sin pipí, sin culito y con un solo riñón...

La llevé a operar al día siguiente, al segundo día de haber nacido... Abrió los ojos, hasta pareció sonreír, aunque al principio pensé que quería llorar... ¡Dios bendito, había sonreído! Los niños como ella no viven, se mueren en seguida. Ella no murió, porque la quiero.

En cuatro años, cuatro operaciones. Es el único niño en Belarús que ha sobrevivido con una patología tan compleja. La quiero mucho (*Se queda callada*).

Ya no puedo parir a nadie más. No me atrevo. Al salir de la maternidad, mi marido por la noche me besa, pero yo tiemblo toda: no debemos... Es pecado... El miedo...

Oí como los médicos comentaban entre ellos: “Esta niña, más que con buena estrella, ha nacido estrellada. Si algo así se mostrara por la televisión, ni una madre daría a luz”. Eso decían de nuestra niña... ¡¿Cómo podemos amarnos después de esto?!

Fui a la iglesia. Se lo conté todo al padre. Y él me dice que debemos rezar por nuestros pecados. Si en nuestra familia nadie ha matado a nadie...)De qué soy culpable?

Primero quisieron evacuar nuestro poblado, pero luego lo borraron de las listas: al Estado se le acabó el dinero. Fue entonces cuando me enamoré. Me casé. Yo no sabía que aquí no podíamos amarnos.

Hace muchos años, mi abuela me había leído en la Biblia que llegaría un tiempo en que en la tierra habría de todo en abundancia, todo florecería y fructificaría, los ríos se llenarían de peces, y de fieras, los bosques; pero que el hombre no podría sacar provecho de ello. Como tampoco podría dar a luz a sus semejantes y prolongar su inmortalidad. Y yo escuchaba aquellas viejas profecías como un cuento de terror. No lo creía.

Cuente a todo el mundo lo de mi niña. Escríbalo. A los cuatro años canta, baila, recita versos de memoria. Tiene un desarrollo intelectual normal, no se distingue en nada de los demás niños, sólo que juega a otros juegos. No juega a las “compras”, ni a la “escuela”, sino juega con sus muñecas al “hospital”, les pone inyecciones, les coloca el termómetro, les prescribe un gota a gota; la muñeca se le muere y ella la cubre con una sábana blanca.

Ya van para cuatro años que vivimos con ella en el hospital; no se la puede dejar allí sola, tampoco sabe que lo normal es vivir en casa. Cuando me la llevo por un mes o dos a casa, la niña me pregunta: “¿Volveremos pronto al hospital?” Allí están sus amigos, allí viven y crecen.

Le han hecho un culito... Le están formando una vulva... Después de la última operación se le detuvo del todo la emisión de orina, no consiguieron colocarle el catéter; para eso aún le hacen falta varias operaciones. Pero nos aconsejan que en adelante la intervengan en el extranjero.)De dónde vamos a sacar las decenas de miles de dólares, dígame, si mi marido gana ciento veinte dólares al mes?

Un profesor nos aconsejó en secreto: “Con una patología como ésta, su niña presenta un gran interés para la ciencia. Escriban a las clínicas extranjeras. Esto les ha de interesar.”

De manera que escribo... (*Se esfuerza por no llorar.*)

Escribo que cada media hora he de exprimir la orina con las manos; la orina sale a través de unos orificios puntuales en la zona de la vulva. Si no le hago esto se le parará su único riñón.)Dónde hay en el mundo otro niño al cual cada media hora se le ha de expulsar la orina con las manos?)Y cuánto tiempo se puede resistir algo así?

Nadie conoce los efectos de las pequeñas dosis sobre el hombre, sobre un organismo infantil. Tomen a mi niña, aunque sea para los experimentos... No quiero que muera... Estoy dispuesta a que mi niña se convierta en una rana de laboratorio, en un conejito de Indias, con tal de que viva (*Llora*). He escrito decenas de cartas... ¡Oh, Dios mío!

Ella de momento aún no comprende, pero un día querrá saber y me preguntará: ¿por qué no es como los demás?) Por que no la puede amar un hombre? ¿Por qué no podrá tener hijos? ¿Por qué a ella no le pasará lo mismo que le ocurre a una mariposa.. a un pájaro... a todos, menos a ella?

Yo quería... Tenía que demostrar... que... Quería recibir unos documentos... Para que cuando creciera supiera que ni mi marido ni yo tenemos la culpa... Que no es por nuestro amor... (*De nuevo se esfuerza por no llorar*).

He luchado cuatro años... Con los médicos, con los funcionarios... He llamado a los despachos más importantes... Y sólo al cabo de cuatro años me han entregado un certificado médico confirmando la relación entre las radiaciones ionizantes (en pequeñas dosis) y su terrible patología. Cuatro años me lo estuvieron negando: “Su niña es un inválido infantil”. ¿Cómo un inválido infantil? Es un inválido de Chernóbyl. He estudiado mi árbol genealógico: nunca hubo nada igual entre mis antepasados, todos vivían ochenta y noventa años; mi abuelo vivió hasta los noventa y cuatro.

Los médicos se justificaban: “Nos han dado instrucciones. Casos como éste hemos de diagnosticarlo como una dolencia común. Dentro de veinte o treinta años, cuando se complete el banco de datos sobre Chernóbyl, empezaremos a relacionar las enfermedades con la radiación ionizante. Pero de momento la ciencia y la medicina saben poco del fenómeno.” Pero yo no puedo esperar veinte o treinta años.

Quería denunciarlos... Llevar a juicio al Estado... Me llamaban loca, se reían de mí, diciéndome que niños así ya nacían en la Grecia antigua. Un funcionario me soltó a gritos: “Mírala: quiere las prebendas de Chernóbyl. ¡El dinero de Chernóbyl!” No sé cómo no perdí el conocimiento en aquel despacho...

Había algo que no podían comprender... No querían entender... Yo tenía que saber que mi marido y yo no teníamos la culpa... Que no era por nuestro amor... (*No puede contenerse más. Lloro.*)

La niña crece... Es una niña... No quiero que ponga su apellido... Hasta nuestros vecinos... Los de nuestra escalera, no lo saben todo. Le pongo un vestidito, le hago la trenza: “Su Katia es tan guapa” --me dicen.

Pues lo que es yo, yo miro tan raro a las embarazadas... Como de lejos... De reajo... No las miro, sino las observo a hurtadillas... Se mezclan en mí diversos sentimientos: el asombro y el horror, la envidia y la alegría, y hasta un deseo de venganza. Un día me descubrí pensando que las miro con el mismo sentimiento con que observo la perra preñada de los vecinos... A una cigüeña en su nido...

Mi niña...

Larisa Z., madre.

Monólogo sobre el paisaje lunar

“De pronto empecé a dudar, ¿qué es mejor, recordar o olvidar? Pregunté a los amigos. Unos lo han olvidado, otros no quieren recordar, porque no podemos cambiar nada, ni siquiera podemos marcharnos de aquí...”

Qué es lo que recuerdo... Durante los primeros días después del accidente, desaparecieron de las bibliotecas los libros sobre las radiaciones, sobre Hiroshima y Nagasaki, hasta los que trataban de los rayos X. Corrió el rumor de que había sido una orden de arriba, para que no cundiera el pánico. Hasta contaban una broma así: si Chernóbyl hubiera saltado por los aires en tierras de los papúas, todo el mundo se hubiera dado un gran susto, menos los propios papúas. Ni una sola recomendación médica, ninguna información. Quien pudo se consiguió pastillas de yoduro sódico (en las farmacias de nuestra ciudad no estaban a la venta, era imposible conseguirlas si no era bajo mano y por una fortuna). Sucedió que alguna gente se tragaba un puñado de estas pastillas y luego se bebía un vaso de alcohol. Para acabar en una ambulancia camino de urgencias.

Luego se empezó a hablar de ciertos indicios claros, todos estaban atentos a aquellas señales: mientras en la ciudad o en el pueblo hubiera gorriones o palomas, en aquel lugar se podía vivir. Un día un taxista me comentaba sin salir de su asombro: ¿por qué los pájaros caían como

ciegos contra el cristal delantero? ¿O es que se habían vuelto locos? Aquello era lo más parecido a un suicidio...

Recuerdo un día que regresaba de un viaje de trabajo. Era la visión de un auténtico paisaje lunar... A ambos lados de la carretera, hasta tocar el horizonte, se extendían los campos cubiertos de dolomita blanca. Habían arrancado y enterrado la capa superior contaminada de la tierra, y en su lugar lo habían cubierto todo con arena de dolomita. No parecía la Tierra... Esta visión me persiguió durante largo tiempo.

Quise incluso escribir un relato. Me imaginé qué pasaría aquí, qué habría dentro de cien años: algo parecido a un hombre o a alguna cosa que avanzaba a saltos con sus cuatro patas, lanzando hacia atrás sus largos cuartos traseros y levantando las rodillas; una criatura que por la noche lo veía todo con su tercer ojo, y que con su única oreja, clavada en la cresta de la cabeza, oía incluso el correr de una hormiga. Sólo habían quedado las hormigas, todos los demás habitantes del cielo y de la tierra habían muerto...

Mandé el relato a una revista. Me respondieron que no se trataba de una obra literaria sino el retrato de una pesadilla. Me había faltado talento, por supuesto. Pero en aquella respuesta tengo la impresión de que había otra razón. Se me ocurrió pensar: ¿por qué no se escribe nada sobre Chernóbyl? ¿Por qué nuestros escritores tratan tan poco el tema de Chernóbyl; siguen escribiendo sobre la guerra, los campos de trabajo, pero de esto nada. ¿Cree usted que es una casualidad?

Si hubiéramos vencido la catástrofe de Chernóbyl, se hablaría y se escribiría más sobre ella. O si la hubiéramos comprendido. No sabemos cómo extraer un sentido de este horror. No somos capaces. Porque no se lo puede comparar ni con nuestra experiencia humana, ni con nuestro tiempo humano...

Así pues, ¿qué es mejor? ¿Recordar o olvidar?

Yevgueni Aleksándrovich Brovkin, profesor de la Universidad Estatal de Gómel.

Monólogo sobre un testigo al que le dolía una muela cuando vio a Cristo caer y gritar de dolor.

“Entonces yo pensaba en otra cosa... Le parecerá extraño... Justamente por entonces me estaba separando de mi mujer.

De pronto me vienen a ver, me entregan una citación y me dicen que abajo me espera un coche. Un “cuervo” cerrado de aquellos. Como en el treinta y siete²⁵. Se te llevaban por la noche. Recién salido de la cama, aún calentito. Luego este esquema dejó de funcionar. Las esposas no abrían la puerta, mentían, que si el marido estaba de viaje de trabajo, o de vacaciones, o en el pueblo de sus padres. Les intentaban hacer entrega de la citación, pero ellas no la tomaban. Empezaron a detener a la gente en el trabajo, en la calle, durante la hora de la comida en los comedores de las fábricas.... Fue como en el treinta y siete...

Entonces yo estaba como loco... Me había engañado mi mujer; todo lo demás me parecía una nimiedad. Me dirigí a aquel “cuervo”... Me acompañaban dos tipos de civil, pero con modales militares, uno a cada lado; se notaba que tenían miedo de que me escapara.

Cuando me subí al coche, no sé por qué me acordé de los cosmonautas americanos que volaron a la Luna; uno de ellos después se hizo sacerdote y otro, según dicen, se volvió loco. Había leído que les pareció que allí había ciudades, alguna huella humana.

Me pasaron por la cabeza algunos recortes de periódico. Que nuestras centrales atómicas eran completamente seguras, que se podrían construir en la Plaza Roja. Más seguras que un *samovar*. Que se parecían a las estrellas, y que “sembraríamos” toda la tierra de estas centrales...

Pero a mí me había dejado mi mujer... Sólo era capaz de pensar en eso... He intentado varias veces acabar con mi vida... Los dos fuimos a la misma guardería, estudiamos juntos en la escuela... En el mismo instituto... (*Calla. Enciende un cigarrillo.*)

²⁵Alusión a las purgas estalinistas.

Ya le he avisado... No oirá nada heroico, nada digno de la pluma de un escritor. Se me ocurrió pensar que, como no estábamos en tiempo de guerra, ¿por qué entonces tenía que arriesgar mi vida? ¡Y más aún si alguien se acuesta con mi mujer! ¿Por qué de nuevo me tiene que tocar a mí, y no a él?

Si he de serle sincero, yo no vi héroes allí. Locos sí los vi, gente a la que le importaba un rábano su vida. Pero temeridad, la que usted quiera, y sin que hiciera ninguna falta.

Yo también tengo diplomas y cartas de agradecimiento... Pero eso era porque yo no tenía miedo de morir. ¡Un comino me importaba! Hasta era una salida. Me hubieran enterrado con todos los honores... Y a cuenta del Estado...

Allí te sumergías al instante en un mundo fantástico, una realidad donde se unían el fin del mundo y la edad de piedra. En mi fuero interno todo esto estaba a flor de piel... En carne viva...

Vivíamos en el bosque. En tiendas. A veinte kilómetros del reactor. Haciendo de guerrilleros. “Guerrilleros” llamaban a aquellos que enrolaban en los ejercicios militares. De edades comprendidas entre los veinticinco y los cuarenta; muchos con estudios superiores, técnicos... Yo, por cierto, soy profesor de historia.

En lugar de fusiles nos dieron palas. Cavábamos los basureros, las huertas. Las mujeres de los pueblos nos miraban y se santiguaban. Llevábamos guantes, mascarillas, trajes de protección... El sol caía a plomo... Y aparecíamos en sus huertos como demonios. La gente no comprendía por que les cavábamos todas las huertas, les arrancamos los ajos, las coles, cuando los ajos parecían normales como también las coles. Las viejas se santiguaban y preguntaban a gritos: “Soldados, ¿qué es esto? ¿El fin del mundo?”

En una casa, con el horno encendido, freían tocino. Acercabas el dosímetro y aquello no era un horno sino un reactor en miniatura. “Sentaos, muchachos, a la mesa” -- nos invitan. Nos llaman. Nos negamos. Nos imploran: “Ahora os daremos vodka. Sentaos. Explicadnos qué pasa”. ¿Qué les vas a explicar? Si encima mismo del reactor los bomberos pisoteaban el combustible aún blando; hasta emitía luz, y ellos sin saber qué era aquello. ¿Y de dónde narices lo íbamos a saber?

Vamos una unidad. Con un solo dosímetro para todos. Cuando en cada lugar hay distintos niveles de radiación: uno de nosotros trabaja donde hay dos roentgen, y otro donde hay diez. Por un lado, la más elemental falta de derechos, como en un penal de presos, y por otro, el miedo. Pero yo no tenía miedo. Todo aquello lo miraba como si no fuera conmigo...

Un día vino en helicóptero un grupo de científicos. Con trajes de goma, botas altas, gafas de protección... como quien va a la Luna... Una abuela se acerca a uno de ellos y le suelta: “¿Tú quién eres? -- “Soy un científico” -- “¿Con que un científico? Miradlo, cómo se ha disfrazado. Todo enmascarado. ¿Y nosotros qué?” Y se lanzó sobre él con un palo.

Más de una vez me ha pasado por la cabeza la idea de que llegaría un día en que se abriría la caza del científico, como en la Edad Media con los médicos a los que se daba caza y se ahogaba.

He visto a un hombre ante cuyos ojos enterraron su propia casa... (*Deja de hablar.*)

Enterraban casas, pozos, árboles... enterraban la tierra. La cortaban y la envolvían en grandes capas... Ya le he avisado... Nada de heroísmo...

Un día regresábamos tarde por la noche, porque hacíamos jornadas de hasta doce horas. Sin días de descanso. Para descansar teníamos la noche. O sea que íbamos en un blindado. Y en una aldea vacía vemos a un hombre. Nos acercamos y era un muchacho joven con una alfombra al hombro... No lejos hay un coche... Frenamos. El portaequipajes, lleno de televisores y teléfonos cortados. El blindado se da la vuelta y a toda velocidad hace papilla al coche. Se quedó como un acordeón. Nadie pronunció ni una palabra...

Enterrábamos el bosque. Serrábamos los árboles a metro y medio, los envolvíamos en plástico y los arrojábamos a una fosa. Por la noche no me podía dormir. Cierro los ojos y algo negro se menea y da vueltas... Como si estuviera vivo... Capas vivas de tierra... Con sus escarabajos, arañas, lombrices... No sabía el nombre de nada de eso, cómo se llaman... Eran sólo escarabajos, arañas. Hormigas. Las había grandes y pequeñas, amarillas y negras. De todos los colores. No sé de qué poeta he leído que los animales son otros pueblos. Y yo los exterminaba a decenas, a centenares, a miles, sin saber siquiera cómo se llamaban. Destruía sus hogares, sus secretos. Enterraba... enterraba...

Leonid Andréyev, un autor que me gusta mucho, tiene una leyenda sobre Lázaro. Se trata de un hombre que ha franqueado el límite de lo prohibido. Es ya un ser extraño, ya nunca más será igual al resto de los hombres, aunque Cristo lo hubiera resucitado...

¿Puede que basta? Usted, yo lo comprendo, tiene curiosidad por esto; todos los que no han estado allá sienten curiosidad. En cambio, aquello era este mismo mundo, el mundo de los humanos. Porque uno no puede vivir todo el tiempo con el miedo en el cuerpo; el hombre no puede; pasa cierto tiempo y empieza una vida normal y corriente.

(Se anima y sigue contando.) Los hombres bebían vodka. Jugaban a las cartas. Cortejaban a las mujeres. Concebían hijos. Hablaban mucho de dinero. Pero allí no se trabajaba por dinero. Pocos serían los que lo hacían sólo por dinero. Trabajaban, porque había que hacerlo. Les decían: a trabajar. Y no hacían más preguntas. Algunos aspiraban a ascender. Otros se hacían el listo, o robaban. O confiaban conseguir las ventajas prometidas: recibir un piso sin esperar su turno y escapar del barracón donde vivían, meter al hijo en una guardería, comprar un coche...

Uno sí se acobardó; tenía miedo a salir de la tienda, dormía con el traje de goma. ¡Un cobarde! Lo echaron del partido. El hombre gritaba: “¿Quiero vivir!”. Y todos esos tipos andaban mezclados.

Me encontré allí con mujeres que se presentaban voluntarias. Querían venir sin falta. Las rechazaban explicándoles que se necesitaban conductores, mecánicos, bomberos; pero ellas se negaban a entender. Y toda aquella gente, mezclada... Miles de voluntarios y un “cuervo”, un coche especial que vigilaba los soldados de la reserva. Regimientos de estudiantes. Ingresos de dinero para los damnificados... Centenares de personas que, sin pedir nada a cambio, ofrecían su sangre, su médula. Y al mismo tiempo, uno podía comprarlo todo por una botella de vodka. Un diploma de honor, un permiso...

Un presidente de koljós que se trae un cajón de vodka para la unidad de dosimetrías pidiendo que no apuntaran su aldea en la lista de evacuados, y otro, también con su cajón de vodka, pero para que los evacuaran. Al tipo ya le habían prometido un piso de tres habitaciones en Minsk. Nadie comprobaba las mediciones de las dosis.

En fin, el caos ruso de siempre. Así vivimos... Algunas cosas las daban de baja y luego las vendían... Por un lado, te da asco, pero, por otro: ¡que os parta un rayo!..

También mandaron a estudiantes. Los chicos arrancaban las hierbas del campo. Recogían heno. Había varias parejas jovencísimas. marido y mujer. Aún andaban cogidos de la mano. Algo insoportable de ver.

¡Lo fuerte es que se trataba de lugares preciosos! De una hermosura... Y esa misma belleza era la que hacía de aquel horror algo aún más pavoroso. El hombre debía abandonar aquellos lugares. Huir de allí como un malvado. Como un criminal.

Cada día traían la prensa. Yo sólo leía los titulares: “Chernóbyl: tierra de héroes”, “El reactor ha sido derrotado”, “Y sin embargo, la vida sigue”. Había entre nosotros comisarios políticos, que daban charlas políticas. Nos decían que debíamos vencer. ¿A quién? ¿Al átomo? ¿A la física? ¿Al cosmos?

Para nosotros la victoria no es un acontecimiento, sino un proceso. La vida es lucha. Es superarse. De allí esa fascinación por las inundaciones, los incendios, las catástrofes. Es la necesidad de encontrar un lugar en el que poder actuar, para “dar muestras de valor y heroísmo”. Y luego izar la bandera.

El comisario político nos leía los artículos de los periódicos en los que se hablaba del “alto grado de consciencia y la esmerada organización”, y que a los pocos días de la catástrofe sobre el cuarto reactor ya ondeaba la bandera roja. Como una llama. Al mes se la zampó la elevada radiación. E izaron una nueva bandera. Y al cabo de un mes, otra... Yo intentaba imaginarme mentalmente a los soldados encaramándose a aquel techo... Como los condenados a muerte...

¿Paganismo soviético, me dirá usted? ¿Víctimas propiciatorias? Pero lo grave del asunto es que si aquella bandera me la hubieran entregado a mí yo también me habría subido allí. ¿Por qué? No se lo diré. Entonces no me daba miedo morir... Mi mujer ni siquiera me mandó una carta... En medio año, ni una carta. *(Se queda callado.)*

¿Quiere un chiste? Un detenido huye de la cárcel. Y se esconde en la zona de los treinta kilómetros. Lo atrapan. Lo llevan a los dosimetrías. El tipo “arde” de tal manera que no lo pueden llevar ni a la cárcel, ni al hospital ni a ninguna parte donde hubiera hombres. ¿Por qué no se ríe? *(Se ríe.)*

Llegué allí cuando los pájaros estaban en sus nidos, y me marché con las manzanas caídas sobre la nieve... No logramos enterrarlo todo... Enterrábamos la tierra en la tierra... Con los escarabajos, las arañas, las larvas... con todos esos diferentes pueblos... con todo ese mundo... Mi

impresión más fuerte de allí... son esos seres...

No le he contado nada... Sólo pedazos...

Leonid Andréyev, del que le he hablado, tiene un relato. Un hombre que vivía en Jerusalén un día vio cómo junto a su casa conducían a Cristo. El hombre lo vio todo y lo oyó, pero entonces le dolía una muela. Ante sus ojos Cristo cayó al suelo con la cruz auestas, cayó y lanzó un grito de dolor. El hombre que veía todo esto no salió de su casa a la calle porque le dolía una muela. Al cabo de dos días, cuando dejó de dolerle la muela, le contaron que Cristo había resucitado y entonces el hombre pensó: AY yo que podía haber sido testigo del hecho, pero como me dolía la muela..."

¿Será posible que siempre ocurra igual?

Mi padre luchó en la defensa de Moscú en el cuarenta y dos. Pero no comprendió que había participado en un gran acontecimiento hasta pasados decenas de años. Por los libros, las películas. Él, en cambio, recordaba: "Estaba metido en una trinchera. Disparaba. Quedé enterrado por una explosión. Los enfermeros me sacaron de allí medio vivo". Y ya está...

En cuanto a mí, entonces me había dejado mi mujer..."

Arkadi Filin, liquidador.

Tres monólogos sobre los "despojos andantes" y sobre "la tierra hablante"

El presidente de la Sociedad recreativa de cazadores y pescadores de Jóiniki, Víktor Iósifovich Verzhikovski, y dos cazadores, Andréi y Vladímir, que no quisieron dar sus apellidos.

--La primera vez, maté una zorra... De niño... La segunda, un alce hembra... Me juré que nunca más mataría un alce hembra. Tienen unos ojos tan expresivos...

--Eso nosotros, los hombres, que tenemos uso de razón. Los animales, en cambio, simplemente viven. Como los pájaros.

--En otoño los gamos se vuelven muy sensibles. Si además el viento sopla desde donde está el hombre, ya estás listo, no te dejará acercarse... Las zorras también son listas...

--Por aquí andaba un tipo... En cuanto bebía te soltaba una conferencia. Había estudiado en la facultad de filosofía, luego fue a parar a la cárcel. En la zona prohibida te encuentras a alguien y éste nunca te contará la verdad. Rara vez. Pero éste era un tipo sensato.... "Chernóbyl --decía-- ha pasado para que haya filósofos". A los animales los llamaba "despojos andantes", y al hombre "tierra hablante". "Tierra hablante" porque comemos tierra, es decir crecemos de la tierra.

--La zona te tira... Y cómo, se lo digo. Quien ha estado allá... Notará cómo tira...

--Bueno, chicos, a ver si ponemos orden...

--Habla, habla, presidente. Que nosotros echaremos un pitillo.

--De manera que ésta es la cosa... Me llaman al comité de distrito y me dicen: "A ver, cazador en jefe: en la zona han quedado muchos animales domésticos: gatos, perros... En evitación de epidemias, me dicen, es necesario liquidarlos. De modo que ¡manos a la obra!" Al día siguiente los reúno a todos, a todos los cazadores. Y les informo de que si esto y si lo otro... Nadie quiere ir, porque no nos han dado ningún medio de protección.

Me dirigí a defensa civil, y éstos, que ellos no tienen nada. Ni una sola máscara. De manera que tuve que llegarme hasta la fábrica de cemento y cogirme sus máscaras. Con una peliculilla así de fina. Para el polvo del cemento... Pero respiradores no nos dieron.

--Nos encontramos allí con unos soldados. Con máscaras, con guantes, y en tanquetas; nosotros, en cambio, en camisa y con una venda en la nariz. Y con estas mismas camisas y botas regresamos a casa. A nuestras casas.

--Apañé dos brigadas... Dos brigadas... Veinte hombres cada una... Para cada una, un médico veterinario y una persona de la estación sanitaria. Además teníamos un tractor con pala y un volquete. Lo doloroso es que no nos dieron medios de protección; no pensaron en la gente...

--Pero nos dieron premios -- treinta rublos. Y eso que entonces la botella de vodka valía tres rublos. De modo que nos desactivamos... Dios sabe de dónde salieron aquellas recetas: una cucharilla de excrementos de ganso por botella de vodka. Dejarlo macerar dos días y luego ya se lo puede uno beber... Para que el asunto... Me refiero a la cosa de los hombres...

No sabe la cantidad de coplas que hubo. ¿No se acuerda? Montones. "Es tan coche el

“Zaporózhets”²⁶, como macho el kieviano. Ponte primero plomo en los huevos y serás padre luego.”
Ja-ja...

--Recorrimos la zona durante dos meses; en nuestro distrito evacuaron la mitad de las aldeas. Decenas de pueblos. Babchin, Tulgóvichi... La primera vez que fuimos, nos encontramos a los perros junto a sus casas. De guardia. Esperando a la gente. Se alegraban de vernos, acudían a la voz humana. Los liquidábamos a tiros en las casas, en los cobertizos, en las huertas. Los sacábamos a la calle y los cargábamos en el volquete. No era agradable, claro. Los animales no podían entender por qué les disparábamos. Resultaba fácil matarlos... Eran animales domésticos... No temían ni a las armas ni al hombre... Acudían a la voz humana...

--Y en eso que pasa una tortuga... ¡Dios santo! Junto a una casa vacía. En las casas había acuarios... Con sus peces...

--A las tortugas no las matábamos. Si las aplastas con la rueda delantera de un jeep, la concha aguanta. No revienta. Le pasé a una por encima de lo borracho que estaba, claro. En los patios se veían las jaulas abiertas de par en par... Los conejos sueltos... Las nutrias sí estaban encerradas, y las soltábamos cuando había agua cerca: un lago o un río. Y se iban nadando. Todo aparecía tirado, por las prisas... La gente se marchaba por un tiempo...

Porque, ¿como sucedió todo? De pronto llega la orden de evacuación: “para tres días”. Los pequeños, a lavarse: “Vamos al circo”-- les decían. Los niños lloraban. Pero la gente pensaba regresar... Se lo diré en una palabra: aquello era como en la guerra. Los gatos se te quedaban mirando a los ojos; los perros aullaban, trataban de meterse en los autobuses. Todo tipo de perros. Callejeros y pastores. Los soldados los echaban a golpes. A patadas. Muchos corrieron largo rato tras los coches... En fin, una evacuación... ¡Dios no quiera verlo!

--De manera que así es la cosa... Los japoneses, ya ve, tuvieron su Hiroshima, y ahora mírelos, están delante de todos. En el primer lugar del mundo. O sea que...

--Tienes la oportunidad de pegar unos tiros y además contra algo que corre, que está vivo. El instinto. La pasión. Tomamos un trago y en marcha. En el trabajo nos lo contaban como día de labor. O sea que la jornada pagada. Claro que por un trabajo como aquel podían haber añadido algo más. Treinta rublos de premio... Con ese dinero... Con eso, en los tiempos de los comunistas...

--De manera que ésta es la cosa... Primero las casas estaban precintadas. Con sellos de plomo. Los sellos, ni tocarlos. Pero, en eso que ves un gato detrás de la ventana. ¿Cómo lo agarras? Pues lo dejas en paz. Hasta que aparecieron los merodeadores, que arrancaron las puertas, rompieron ventanas, ventanillas... Y lo desvalijaron todo. Primero desaparecieron los magnetófonos, los televisores... Las prendas de piel... Y luego lo limpiaron todo... Sólo quedaron las cucharas de aluminio, tiradas por el suelo...

Y los perros que quedaron con vida se instalaron en las casas... Entrabas, y se te tiraban encima... Entonces dejaron de confiar en el hombre... Entro un día en una y veo acostada en medio de un cuarto una perra, y los cachorros a su vera. ¿Que te da pena? Desagradable lo era, como no...

Yo lo compararía... De hecho, era como en la guerra, actuábamos como las tropas de castigo. Según el mismo esquema. Llevábamos a cabo una operación militar. Actuábamos del mismo modo: llegábamos, rodeábamos el pueblo, y los perros, en cuanto oían el primer tiro, salían corriendo. Huían al bosque. Los gatos son más listos, y les resulta más fácil esconderse. Un gatito se metió en una olla de barro... De manera que lo tenías que sacar de ahí... Hasta de debajo de las estufas... Una sensación desagradable... Tú, que entras en la casa, y el gato que te pasa como una bala entre las piernas, y tú detrás de él con la escopeta... Se los veía delgados, sucios. La piel hecha trizas.

En los primeros tiempos había muchos huevos; aún quedaban gallinas. Los perros y los gatos se comían los huevos; se acabaron los huevos, y se comieron a las gallinas. También las zorras comían gallinas; las zorras ya vivían en los pueblos, junto con los perros. Y en cuanto desaparecieron las gallinas, los perros se comieron a los gatos. Había veces que encontrábamos cerdos en los cobertizos... Los soltábamos... En los sótanos había algunas reservas: pepinos, tomates... Los abríamos y se lo dábamos a los cerdos. A los cerdos no los matábamos...

--Un día una vieja... Estaba sola en el pueblo... Se encerró en su casa: tenía cinco gatos y tres perros... No los quería entregar... Nos cubrió de maldiciones. Se los arrancamos a la fuerza. Le

²⁶automóvil de pequeñas dimensiones.

dejamos un gato y un perro. ¡Cómo nos maldijo! Nos dijo de todo: “¡Bandidos! ¡Carceleros!”

--Las aldeas estaban vacías. Sólo quedaron los hornos. ¡Aquello parecía Jatyn!²⁷ Y en medio de aquel Jatyn vemos a dos viejas. Sin una gota de miedo. ¡Y pensar que otro se hubiera vuelto loco!

--¡Ja-ja-ja!.. “Al pie de la colina va arando un tractor, y sobre la colina, va ardiendo un reactor, y si no nos vienen a avisar los suecos, hasta hoy estaríamos arando”. ¡Ja-ja-ja!..

--De modo que así es la cosa... En cuanto al olor... No había manera de comprender: ¿de dónde venía aquel olor en los pueblos? En una aldea, Masály se llamaba... a seis kilómetros del reactor... Olía como en un despacho de rayos X. Olía a yodo... A algún ácido...

Tenías que disparar a bocajarro... La perra, tirada en medio del cuarto y los cachorros a su vera... Se me lanzó encima y la tumbé de un tiro... Los cachorros te lamían las manos, pedían caricias, tonteaban...

Debías disparar a bocajarro... Había un perrito... Un perro de lanas, negrito... Hasta hoy siento pena por él. Llenamos todo un volquete entero, hasta arriba... Y los llevamos a la fosa común... La verdad es que era un simple agujero profundo; aunque las instrucciones eran que no se cavara hasta alcanzar las aguas subterráneas y que el fondo se cubriera con un plástico. Había que buscar un lugar elevado... Pero las órdenes, como comprenderá, no se cumplían: no había plástico, no se perdía tiempo buscando el lugar...

Los animales, si no estaban muertos del todo, sino sólo malheridos, chillaban... Lloraban... Estábamos arrojándolos del volquete a la fosa, y en eso veo que aquel perro de lanas negro se encarama... Sale del hoyo... Y resulta que ya no nos quedaban cartuchos... No había con qué rematarlo... Ni un cartucho... De manera que lo empujaron de vuelta al hoyo y así como estaba lo cubrieron de tierra...

Hasta el día de hoy me da pena.

Había muchos menos gatos que perros. ¿Puede que se fueran con sus amos? ¿O puede que se escondieran mejor? Otro perrillo faldero... Blancuzco...

-- Es mejor tirar de lejos, para no verles los ojos.

--Más vale apuntar bien, para no tener que rematarlos luego.

--Eso nosotros, los hombres, que entendemos algo; ellos, en cambio, sólo viven... “Despojos andantes”...

--A los caballos... Los llevaban al matadero... Y los animales lloraban...

--Yo diría más... Todo animal tiene alma. No es verdad que los animales no tengan consciencia, que no piensen. Un gamo herido, por ejemplo... Lo ves tumbado... Y te pide piedad con los ojos, y tú en cambio lo rematas. En los últimos instantes ves que tiene una mirada que entiende, unos ojos casi humanos. Te odia. O te implora: ¡yo también quiero vivir! ¡Quiero vivir!

--¡Eso para que aprendas! He de decirle que el tiro de gracia es mucho peor que matar. La caza es un deporte, un deporte más. No sé por qué nadie se mete con los pescadores y en cambio todos echan pestes de los cazadores... ¡Es injusto!

--La caza y la guerra son la principal ocupación del hombre. Del hombre de verdad...

--Pues yo no se lo pude confesar a mi hijo... El niño... ¿Dónde he estado? ¿Qué he hecho? El crío hasta hoy piensa que papá se fue a defender su país. ¡Que fue a luchar! Por la tele pasaron imágenes de carros, soldados. Muchos soldados. Y mi hijo me pregunta: “Papá ¿has estado ahí de soldado?”

--Una vez vino con nosotros un cámara de la televisión... ¿Os acordáis? Con su cámara. El tipo lloraba. Todo un hombre... Y lloraba... Quería filmar sin falta un jabalí de tres cabezas...

--¡Ja-ja-ja! La zorra que ve que por el bosque corre Kolobok²⁸ y le pregunta: “Kolobok, ¿dónde vas rodando?” -- “No soy Kolobok, sino un erizo de Chernóbyl”. Ja-ja-ja... Como decían: “¡Átomos para la paz: calor en cada hogar!”

--El hombre, le he de decir, muere igual que los animales. Yo lo he visto... Y muchas

²⁷Pueblo bielorruso conocido por la destrucción y el exterminio totales a los que lo sometieron los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

²⁸Cuento popular ruso en el que Kolobok, un pan redondo, se encuentra en su rodar a diversos animales.

veces... En Afganistán... Me hirieron en el vientre... Estaba yo tirado bajo el sol. Un calor insoportable... ¡Y una sed! “Voy a morir como un perro” --pensé entonces. Y le diré, y te desangras igual que ellos... Igual... Y duele...

--Un miliciano que vino con nosotros, pues eso... Que se volvió loco. Le dieron lástima unos gatos siameses. Que valen mucho, decía. En el mercado... Que eran bonitos... Pues ya ve, se fue de la azotea...

--Una vez vimos una vaca con un ternero... No les disparamos. Tampoco a los caballos. Tenían miedo de los lobos, pero no del hombre. Aunque el caballo se sabe defender mejor. Primero, por culpa de los lobos, cayeron las vacas. La ley de la selva.

--El ganado de Belarús se lo llevaban y lo vendían en Rusia. Terneras con leucemia. Qué se le va hacer. A venderlas más baratas.

--Los que más pena daban son los viejos... Se acercaban al coche y te decían: “Échale una mirada a mi casa, joven”. Las llaves te las ponían en las manos: “Llévate el traje, la gorra”. Les daban una miseria... “¿Cómo está mi perro?” Al perro lo habían matado de un tiro; la casa ya la habían desvalijado. La verdad es que nunca volverían a sus casas. ¿Cómo se lo ibas a decir? Yo no acepté ninguna llave. No quería engañarlos. Otros sí. “¿Dónde has guardado el *samogón*? ¿En qué sitio?”. Y el viejo se lo contaba... A veces te encontrabas bidones enteros; bidones grandes, de los de la leche.

--Nos pidieron que cazáramos un jabalí para una boda. ¡Un encargo! El hígado se te deshacía en las manos... De todos modos te lo encargan... Para una boda... Un bautizo...

--También cazábamos para los científicos. Una vez cada trimestre: dos liebres, dos zorras, dos gamos. Todos infestados. Pero, de todos modos, hasta para nosotros cazamos, y comemos de eso. Al principio teníamos miedo, pero ahora ya nos hemos acostumbrado. Algo hay que comer; porque lo que es todos no cabremos en la Luna. O en algún otro planeta.

--No sé quien se compró un gorro de zorro en el mercado y se quedó calvo. Un armenio se compró un fusil barato sacado de una fosa y se murió. Medio mundo asusta al otro medio.

--Pues lo que es a mí ni en el alma ni en la cabeza nada de nada. Murka o Shárik²⁹, qué más da. A mí me mandan disparar y disparo... Es un trabajo...

--He hablado con un chófer que sacaba casas de ahí. Se las llevaban. Aunque aquello ya no era una escuela, ni una casa, ni una guardería, sino elementos inventariados para la desactivación. Se las llevaban, ¡y cómo! Me encontré con él, no sé si en los baños o junto al quiosco de cerveza. No me acuerdo fijo. Pues eso, el tipo me contaba que se presentaban con un KamAZ³⁰ y en tres horas desmontaban una casa. Y al llegar a la ciudad los interceptaban. Las deshacían en pedazos. Toda la zona se ha vendido para hacer dachas. Y les pagaban, además de la comida y la bebida.

--Entre nuestra gente los hay que arrasan con todo... Cazadores rapaces. Pero a otros lo que les gusta es simplemente dar un paseo por el bosque. A la caza de pequeñas piezas. De aves...

--Pues yo le diré lo siguiente... Con la cantidad de gente que ha salido malparada, y no hay nadie que responda de ello. Encerraron al director de la central atómica y al poco lo soltaron. En el sistema de antes era muy difícil decir quién tenía la culpa. Si le dan una orden de arriba, ¿qué se supone que debe usted hacer? Investigarían alguna cosa... He leído en el periódico que los militares sacaban de allí plutonio. Para las bombas atómicas... Por eso es que reventó... Si lo planteamos a lo bruto, la pregunta sería la siguiente: ¿por qué Chernóbyl? ¿Por qué esto nos ocurrió a nosotros? ¿Y no a los franceses o a los alemanes?

--Se me ha clavado en la memoria... Ya ve qué cosas. Qué lástima: a nadie le quedó ni un solo cartucho. Ni uno solo para rematarlo... A aquel perrillo... Veinte personas éramos... Y ni un cartucho al acabar el día... Ni un cartucho...”

²⁹Nombres típicos de gatos y perros.

³⁰Camión de gran tonelaje.

Monólogo sobre que no sabemos vivir sin Chéjov y sin Tolstói.

“¿Por qué rezo? Pregunteme: ¿por qué rezo? No rezo en la iglesia, sino sola... ¡Quiero amar! ¡Amo! ¡Rezo por mi amor! Y en cambio. (*Interrumpe la frase. Veo que no quiere hablar.*) ¿Recordar? Puede que lo que haga falta es apartar los recuerdos de uno. Alejarlos... Yo no he leído libros así... Ni he visto películas... En el cine he visto la guerra. Mis abuelos recuerdan que ellos no vivieron su infancia, sino vivieron la guerra. Su infancia es la guerra, y la mía, Chernóbyl. Soy de allí.

Por ejemplo usted escribe; pero lo que es yo ningún libro me ha ayudado, me ha hecho entender. Ni en el teatro ni en el cine. Yo me intento aclarar sin ellos. Yo sola. Todas las penas las padecemos nosotros mismos, pero no sabemos qué hacer con ellas. Esto no puedo entenderlo con la razón.

Mi madre, sobre todo, no sabía qué decir. Da clases en la escuela de lengua y literatura rusa y siempre me ha enseñado a vivir como mandan los libros. Y de pronto resulta que no hay libros para esto... Mi madre se sintió perdida... Ella no sabe vivir sin los libros. Sin Chéjov, sin Tolstói.

¿Recordar? Quiero y no quiero recordar... (*Parece que o bien atiende a su voz interior, o bien discute consigo misma*). Si los científicos no saben nada, si los escritores no saben nada, entonces les ayudaremos con nuestra vida y nuestra muerte. Así lo cree mi madre. Yo quisiera no pensar en esto, yo quiero ser feliz. ¿Por qué no puedo ser feliz?

Vivíamos en Prípiat, junto a la central atómica, allí nací y crecí. En un gran edificio de paneles prefabricados, en el quinto piso. Las ventanas daban a la estación. Era el veintiséis de abril. Fueron dos días, los últimos dos días en nuestra ciudad. Prípiat ya no existe. Lo que ha quedado de ella ya no es nuestra ciudad.

Aquel día un vecino estaba en el balcón con unos prismáticos, observaba el incendio. En cambio, nosotros... Las chicas y los chicos... Volábamos a la central en nuestras bicis; los que no tenían bici, nos tenían envidia. Y nadie nos riñó. ¡Nadie! Ni los padres, ni los maestros.

A la hora de comer, en la orilla desaparecieron los pescadores; todos regresaban negros; así no te pones moreno en todo un mes en Sochi³¹. ¡Un moreno nuclear! El humo que se levantaba de la central no era negro, ni amarillo, sino azul. Pero nadie nos riñó. Seguramente nuestra educación era tal que el peligro sólo podía deberse a una guerra, es decir explosiones aquí y allá... Pero aquello era un incendio común y corriente, y lo apagaban unos bomberos comunes y corrientes...

Los chicos bromeaban: “Formad largas filas para el cementerio. Los más altos se morirán primero”. Yo era pequeña. No recuerdo el miedo; me acuerdo de muchas cosas extrañas. Una amiga me contó que su madre y ella enterraron por la noche en el patio el dinero y los objetos de oro, tenían miedo de olvidarse del lugar. A mi abuela, en su fiesta de jubilación, le regalaron un *samovar* de Tula; y no sé por qué lo que más le preocupaba era este *samovar* y las medallas del abuelo. Y la vieja máquina de coser “Singer”.

Nos evacuaron... La palabra --“evacuación”-- la trajo mi padre del trabajo: “Nos mandan de evacuación”. como en los libros sobre la guerra... Ya nos habíamos subido al autobús, cuando papá se acordó de que se había olvidado algo. Se fue corriendo a casa. Y regresó con sus dos camisas nuevas. Estaban en la percha... Era algo extraño.

Los soldados no parecían de este planeta: iban por las calles con unas batas blancas y máscaras.

“¿Qué va a ser de nosotros?” -- se dirigía a ellos la gente .

“¿Por qué nos lo preguntan a nosotros? --contestaban furiosos--. Allí tienen los “Volgas”³² blancos, allí están los que mandan”.

Viajamos en autobús. El cielo era de un espléndido azul. ¿Adónde vamos? En bolsas y redes, los pasteles de Pascua, huevos pintados. Si aquello era la guerra, yo por los libros me la imaginaba de otro modo. Explosiones aquí y allá... Bombardeos... Avanzábamos lentamente. Nos lo

³¹Ciudad balneario a orillas del mar Negro.

³²Marca de coche, entonces muy usada por los funcionarios.

impedía el ganado. Llevaban a las vacas y a los caballos por la carretera... Olía a polvo y a leche...

Los conductores no paraban de jurar y gritaban a los pastores: “¿Qué hacéis en medio de la carretera, la madre que os?!... ¡Estáis levantando polvo radiactivo! Id por el campo, por los prados”.

Y los otros, también entre blasfemias, les contestaban a modo de justificación que les daba pena pisar el cereal y la hierba verdes.

Nadie se creía que ya no volveríamos. Porque una cosa así nunca había sucedido antes. Me daba un poco vueltas la cabeza y me picaba la garganta. Las mujeres mayores no lloraban, lloraban las jóvenes. Mi madre lloraba...

Llegamos a Minsk... Pero los asientos en el tren los compramos a la revisora por el triple de su precio. Las mujeres trajeron a todo el mundo té, pero a nosotros nos dijo: “Denme sus tazas y vasos”. Tardamos en comprender... ¿Qué pasa, es que faltan vasos? ¡No! Nos tenían miedo... “¿De dónde son?” -- “De Chernóbyl”. Y la gente se apartaba poco a poco de nuestro compartimento, no dejaban acercarse a los niños, les prohibían que corrieran a nuestro lado.

Llegamos a Minsk, y fuimos a casa de una amiga de mamá. Hasta hoy a mi madre le da vergüenza recordar cómo, con nuestra ropa y con los zapatos “sucios”, nos metimos por la noche en una casa ajena. Pero nos recibieron bien, nos dieron de comer. Sentían compasión por nosotros. Pasaron a vernos unos vecinos. “¿Tenéis invitados? ¿De dónde?” -- “De Chernóbyl”. Y ellos también dieron marcha atrás...

Pasado un mes, a mis padres les permitieron ir a casa para ver cómo estaba. Mis padres recogieron una manta de invierno, mi abrigo de otoño y la colección completa de la Correspondencia de Chéjov, los libros que más quería mi madre. La abuela... Nuestra abuela... No podía comprender por qué no se trajeron un par de botes de mermelada de fresas que tanto me gustaba; pero si estaba en los botes, bien cerrados con tapas... En la manta descubrieron una “mancha”... Mamá lavó la manta, la limpió con la aspiradora; no había nada que hacer. La dieron a la tintorería... Aquello “ardía”... Aquella “mancha”... Hasta que no la cortaron con unas tijeras. Todas las cosas más usuales y familiares: la manta, el abrigo... Pero yo ya no podía dormir bajo aquella manta... Ni ponerme el abrigo... No teníamos dinero para comprar uno nuevo, pero yo no podía... ¡Odiaba aquellas cosas! ¡Odiaba mi abrigo! ¡No es que lo temiera, sino, entiéndame bien, lo odiaba! ¡Todo eso me podía matar! Tenía un sentimiento de animadversión... Es algo que no puedo entender con la razón...

En todas partes se hablaba de la catástrofe: en casa, en la escuela, en el autobús, en la calle. La comparaban con Hiroshima. Pero nadie lo creía. ¿Cómo se puede creer en algo que no se comprende? Por mucho que te esfuerces, por más que lo intentes comprender, es que no puedes. Recuerdo que cuando nos marchábamos, el cielo estaba de un azul espléndido...

En cuanto a la abuela... No se acostumbró al nuevo lugar. “ñoraba su tierra. Poco antes de morir pedía: “¡Quiero un poco de acedera!”. Pero prohibieron comer acedera durante varios años; es la que más radiación acumula. La llevamos a enterrar a su aldea natal, a Dubróvnik... Aquello ya era la zona, rodeada de alambradas. Había unos soldados armados. Dejaron pasar sólo a los mayores... A papá y a mamá... A los parientes... A mí no me dejaron: “Los niños no pueden pasar.” Y comprendí que nunca podría ir a ver a mi abuela... Comprendí...

¿Dónde se puede leer sobre algo así? ¿Dónde ha sucedido algo parecido? Mamá me confesó: “¿Sabes? Odio las flores y los árboles”. Se asustó de sus propias palabras...

En el cementerio... Sobre la hierba... Pusieron un mantel, colocaron la comida, el vodka... Los soldados al regresar lo comprobaron todo con el dosímetro y lo tiraron todo a la basura... La hierba, las flores... todo “crepitaba”. ¿Adónde hemos llevado a nuestra abuela?

Tengo miedo... me da miedo amar... Tengo novio, ya hemos entregado los papeles al registro. ¿Ha oído usted hablar de los “hibakusi” de Hiroshima?... Son los supervivientes de Hiroshima... Sólo pueden casarse entre ellos. Aquí no se escribe nada sobre esto; de esto ni se habla. Pero nosotros existimos... Somos los “hibakusi” de Chernóbyl. Mi novio me llevó a su casa; me presentó a su familia. A su madre, una buena persona. Trabaja en una fábrica, de economista. Es activista social. Va a todos los mítines anticomunistas. Pues bien, esta buena madre, cuando se enteró que soy de una familia de Chernóbyl, de los evacuados, me preguntó asombrada: “Cariño, ¿pero tú puedes tener hijos?” Ya hemos entregado los papeles... Él suplicaba: “Me iré de casa. Alquilaremos un piso”. Pero a mí no me salen de la cabeza las palabras de su madre: “Cariño, para algunos parir es pecado”. Amar es pecado...

Antes salí con otro chico. Un pintor. También queríamos casarnos. Todo fue bien hasta que

ocurrió algo. Entro yo un día en su taller y oigo como grita por el teléfono: “¡Qué suerte has tenido! ¡No te imaginas la suerte que has tenido!” Por lo general era una persona tranquila, hasta algo flemático, ni un signo de exclamación en sus palabras. ¡Y de pronto! ¿Qué es lo que había pasado? Su amigo vivía en una residencia de estudiantes. El muchacho se asomó a la habitación de al lado y vio a una chica colgada. Se había atado a la ventanilla. Se ahorcó con una media. Su amigo la descolgó. La bajó... Y el mío casi no podía hablar y temblaba: “No te puedes ni imaginar lo que ha visto! ¡Qué ha sentido! La ha llevado en sus brazos... Le ha tocado la cara... Tenía espuma blanca en los labios... Vamos, a lo mejor llegamos a tiempo de verla...” Sobre que la muchacha había muerto ni una palabra, ni un solo lamento. Lo único que quería era verla y recordarla... Y luego pintarla... Y en aquel instante recordé cómo me preguntaba sobre el color del humo en el incendio de la central, si había visto a los perros y gatos acribillados a balazos, y cómo se los veía tirados en las calles. ¿Cómo lloraba la gente? ¿Había visto cómo se morían?

Después que aquel día... Ya no podía seguir con él... Responder... (*Tras un silencio.*) No sé si quiero volver a encontrarme con usted. Tengo la sensación de que usted me mira igual que él. Sólo me observa. Para recordar. Como si se tratara de un experimento. No puedo librarme de esta sensación... Ya nunca podré librarme...

¿Y usted sabría decirme sobre quién recae este pecado? El pecado de parir un hijo... Antes nunca había oído estas palabras...”

Katia P.

Monólogo de cómo San Francisco predicaba a los pájaros

“Es mi secreto. Nadie más lo sabe. Sólo he hablado de esto con mi amigo...”

Soy operador de cine. Y viajé al lugar teniendo muy presente lo que nos habían enseñado: uno se convierte en un verdadero escritor sólo en la guerra, y todo eso... Mi autor predilecto es Hemingway, y el libro preferido, *Adiós a las armas*. Llegué a ese lugar. Vi la gente trabajando en sus huertas; los tractores, las sembradoras, en los campos. ¿Qué debía filmar? Ni idea. Ni una explosión por ninguna parte...

La primera filmación fue en un club rural. En el escenario había un televisor, reunieron a la gente. Escuchaban a Gorbachov: todo va bien, todo está bajo control. En aquel pueblo, en el que estábamos filmando, se llevaba a cabo una desactivación. Estaban lavando los tejados. Pero ¿cómo se puede lavar un tejado, si la casa tiene goteras? Había que arrancar la tierra a la profundidad de una pala, cortar toda la capa fértil. Más abajo sólo queda arena amarilla.

Tenemos, por ejemplo, una abuela que, siguiendo las indicaciones del consejo rural, tira la tierra, pero le saca el estiércol. Lástima no haberlo filmado...

Fueras a donde fueras, te decían: “Vaya, las cámaras. Ahora os traeremos a los héroes”. Los héroes, un viejo con su nieto, condujeron durante dos días seguidos todo el ganado de un koljós cercano a Chernóbyl.

Después de la filmación, el zootécnico me llevó a una zanja gigantesca; allí es donde habían enterrado a todas aquellas vacas. Pero no se me ocurrió filmar aquello. Me coloqué de espaldas a la zanja y me puse a filmar en la mejor tradición de los documentales soviéticos: los tractoristas leen el periódico *Pravda*. El título en letras gigantes “La Patria no os abandonará”. Hasta tuve suerte: miro y veo una cigüeña que se posa en el campo. ¡Todo un símbolo! Por terrible que sea la desgracia que nos caiga encima, ¡venceremos! La vida sigue...

Caminos rurales. Polvo. Yo ya había comprendido que no era simple polvo, sino polvo radiactivo. Guardaba la cámara para que no se ensuciara; había que cuidar la óptica del aparato. Era un mayo seco, muy seco. Cuanta porquería tragamos, no sé. Al cabo de una semana se me inflamaron los ganglios. En cambio economizábamos película como si fueran municiones; porque el Primer Secretario del Comité Central, Sliunkov debía presentarse en el lugar. Nadie te decía de antemano en qué lugar iba a aparecer, pero nosotros mismos lo adivinamos. El día anterior, por ejemplo, cuando recorrimos una carretera, la columna de polvo se levantaba hasta el cielo, y al siguiente ya la estaban asfaltando, y qué asfalto: ¡dos o tres capas! La cosa estaba clara: aquí es

donde se espera que aparezca la comitiva. Luego estuve filmando a estas autoridades, que no se salían para nada del asfalto recién colocado. Ni un centímetro fuera. También esto aparecía en la grabación; pero no lo incluí en el guión.

Nadie comprendía nada: esto es lo más terrible. Los dosimetristas dan unas cifras, en cambio en los periódicos aparecen otras. ¡No puede ser! Y entonces es cuando poco a poco te empieza a llegar algo... En casa he dejado a un niño pequeño, a mi mujer, a la que quiero... ¡Qué estúpido he de ser para encontrarme aquí! Bueno, me darán una medalla... Pero mi mujer me dejará...

La única salvación era el humor. Se contaban chistes sin parar: En una aldea abandonada se ha instalado un vagabundo y en el lugar se han quedado cuatro mujeres. Y les preguntan: “¿Qué tal se porta vuestro varón?” -- “El garañón este aún tiene redaños para llegarse hasta otra aldea”.

Si uno intenta ser sincero hasta el final... Chernóbyl... Pero, ves la cinta de la carretera... Un riachuelo que corre, simplemente el correr del agua... Y en cambio ocurre algo como esto... Sólo cuando se murió una persona que me era cercana había notado algo parecido ... Brilla el sol... Vuelan los pájaros... Cae la lluvia... Y el hombre, que ha muerto... ¿Comprende? Quiero captar como quien dice otra dimensión, transmitir cómo esto estaba en mí entonces...

Un día veo un manzano en flor y me pongo a filmar... Zumban los abejorros, resplandece una luz nupcial... Y de nuevo: la gente trabajando, los jardines en flor... Tengo en mis manos la cámara, pero hay algo que no puedo entender... ¡Algo que no va! La exposición es normal, el cuadro es hermoso, pero algo ocurre... Y de pronto caigo: no noto el olor. El jardín está en flor, ¡pero no huele a nada! Sólo después me enteré que el organismo reacciona así ante las altas radiaciones: se bloquean algunos órganos. Mi madre tiene setenta y cuatro años, y la mujer, recuerdo, que se quejaba de que había perdido el olfato. Pues bien, pensé, ahora me ocurre a mí lo mismo. Entonces pregunté a los del grupo, éramos tres: “¿Cómo huele el manzano?” -- “No huele a nada”. También les pasaba algo... Las lilas no olían... ¡Las lilas!

De pronto tuve la sensación de que todo lo que me rodeaba no era de verdad. Que me encontraba en un decorado... Y que no podía entender aquello, que no me veo capaz. Además nunca había leído nada sobre una cosa así...

Un recuerdo de infancia... Una vecina que había sido guerrillera me había contado cómo durante la guerra su unidad intentaba salir de un cerco. La mujer llevaba en brazos a un niño, de un mes; iban por una ciénaga, alrededor el enemigo... El niño lloraba... Podía delatarlos, los hubieran descubierto, a toda la unidad... Y lo ahogó. Pero lo contaba de manera enajenada; como si no hubiera sido ella sino otra mujer la que lo había hecho y como si el niño no fuera suyo. ¿Por qué se acordó de esto? No lo recuerdo. Me acuerdo muy claramente de otra cosa, de su horror: ¿qué es lo que había hecho? ¿Cómo había podido? Yo tenía la impresión por su relato de que toda la unidad de guerrilleros salía del cerco por este niño, para salvar al niño. Y entonces descubrí que para que estos hombres sanos y fuertes siguieran con vida tuvieron que ahogar a aquel niño. ¿Cual es entonces el sentido de la vida? Después de aquello no tenía ganas de vivir. A mí, un crío, me resultaba incómodo mirar a aquella mujer, porque me enteré de aquello... ¿Y ella, cómo me podía mirar? (*Se queda callado un rato*).

Por esta razón no quiero recordar... Recordar aquellos días en la zona. Me invento diversas explicaciones... No quiero abrir esa puerta... Allí quería comprender dónde era yo de verdad y dónde no lo era. Ya tenía hijos. Un niño. Cuando nació mi hijo dejé de tener miedo a la muerte. Se me abrió el sentido de mi vida...

Estoy por la noche en un hotel... Me despierto: un rumor monótono tras la ventana y unos incomprensibles destellos azulados. Abro las cortinas: por la calle pasan decenas de coches militares con cruces rojas y luces de alarma. En completo silencio. Experimenté algo parecido a un shock. De la memoria emergían escenas de las películas... De la infancia... Somos hijos de la posguerra y nos gustaban las películas bélicas... Pues eso, escenas de esas... La sensación... Como si todos los tuyos se hubieran marchado de la ciudad y tú te has quedado solo, y debes tomar una decisión. ¿Y qué sería lo más correcto? ¿Simular que no estás vivo? ¿O qué? ¿Y si tienes que hacer algo, qué es ese algo?

En Jóniki, en el centro de la ciudad, colgaba un cuadro de honor. Los mejores hombres del distrito. Pero quien se metió en la zona contaminada y sacó de allí a los niños de la guardería fue un chófer borracho y no quien aparecía en el cuadro de honor. Todos se convirtieron en lo que de verdad eran.

Y otra cosa de la evacuación. Primero se llevaron a los niños. Los recogieron en los grandes

autobuses “Ikarus”. Y de pronto me descubro a mi mismo filmando aquello como lo había visto en las películas de guerra. Y al mismo tiempo noto que no sólo yo, sino también la gente que participa en toda aquella acción se comporta de manera parecida. Se comporta del mismo modo que en otro tiempo... ¿Recuerda, en “Vuelan las cigüeñas”, este filme que todos queremos: “una lágrima breve en los ojos y palabras escuetas de adiós”?..

Resultaba que todos nosotros buscábamos una forma de comportamiento que nos resultara ya conocida. Nos esforzábamos en sintonizar con algo.

Esto me ha quedado en el recuerdo. Una niña agita la mano hacia su madre queriéndole decir que todo está en orden, que ella es una niña valiente. ¡Venceremos!..

Entonces pensé que llegaría a Minsk y que allí también estarían evacuando a la gente. Pensé en cómo me despediría de los míos, de mi mujer y mi hijo. Y me imaginaba también este gesto: ¡Venceremos!

Somos guerreros. Mi padre, en todo el tiempo que recuerdo, llevó ropa militar, aunque no lo era. Pensar en el dinero era de burgueses; preocuparte por tu propia vida, no patriótico. El estado normal era el hambre. Ellos, nuestros padres, sobrevivieron al desastre, por tanto también nosotros debíamos superarlo. No había otra manera de convertirse en un hombre de verdad. Nos han enseñado a luchar y a sobrevivir en cualquier circunstancia. A mí mismo, después del servicio militar, la vida civil me resultaba insulsa. Salíamos por la noche a la ciudad en busca de emociones fuertes.

De niño leí un libro genial, *Los depuradores*, he olvidado el autor. Allí daban caza a terroristas y a espías. ¡Era emocionante! ¡La pasión de la caza! Así estamos hechos. Si cada día significa trabajar y comer bien, ¡la cosa resulta insoportable, incómoda!

Nos alojaron en la residencia de una escuela técnica, junto con los liquidadores. Unos chicos jóvenes. Nos distribuyeron vodka, una maleta entera. Para echar fuera la radiación. Y de pronto nos enteramos que en la misma residencia se había instalado una unidad de sanidad. Todo chicas. “¡Vaya jolgorio vamos a montar!” --se decían los muchachos. Dos fueron a por ellas, pero al momento regresan con unos ojos así-i-í de grandes...

La escena es la siguiente: van por el pasillo unas muchachas. Bajo las chaquetas se ven unos pantalones y unos calzoncillos con cintas, las prendas les llegan al suelo, les cuelgan y ninguna se avergüenza de ello. Todo lo que llevaban era viejo, “PU” ¡prendas usadas! y de otra talla. Y les cuelga como en una percha. Algunas van en zapatillas, otras calzadas con unas botas destrozadas. Y, además, sobre las chaquetas llevan uniformes especiales impermeabilizados, impregnados de no sé qué compuesto químico... Algunas no se lo quitaban ni para dormir. Daba pánico verlo... Y no eran ni siquiera enfermeras; las sacaron de la facultad, del departamento militar³³. Les aseguraron que sería para un par de días, pero cuando llegamos nosotros, ya llevaban un mes. Nos contaron que las llevaron al reactor, y allí se hartaron de ver quemaduras; de las quemaduras sólo se lo he oído contar a ellas. Aún las estoy viendo ahora, recorriendo la residencia como sonámbulas...

En los periódicos se decía que, por fortuna, el viento había soplado en otra dirección. No hacia la ciudad... Es decir, no en dirección a Kíev... Aún nadie sabía que... La gente no caía en la cuenta que soplaba hacia Belarús... En dirección a mí y a mi Yúrik. Aquel día yo paseaba con mi hijo por el bosque, mordisqueando uva de gato. ¡Dios santo! ¡¿Cómo es que nadie me avisó?!

Luego, después de la expedición, regreso a Minsk. Voy en el trolebús al trabajo. Y me llegan fragmentos de conversación. Hablaban de que unos muchachos habían ido a filmar a Chernóbyl, y que uno de los cámaras murió allí mismo. Se quemó. Yo me pregunto: “¿quién habrá sido?”. Sigo escuchando: un joven, con dos hijos. Oigo un nombre: Vitia Gurévich. Tenemos un cámara que se llama así, un chico muy joven. Pero, ¿con dos hijos? ¿Y cómo es que lo ocultaba? Nos acercamos a los estudios de cine y en eso alguien corrige: no es Gurévich, sino Gurin, y se llama Serguéi. ¡Dios santo! ¡Pero si soy yo! Ahora me río, pero entonces, cuando iba del metro a los estudios de cine, me moría de miedo al pensar que al abrir la puerta... No me salía de la cabeza una idea absurda: “¿De dónde habrán sacado mi fotografía? ¿En la sección de personal?” ¿Dónde había nacido aquel rumor?

³³En todas las carreras universitarias había una “cátedra militar”, un departamento de instrucción militar, en el que se adiestraba a los estudiantes en el arte de la guerra. Así todo estudiante, al acabar la carrera, adquiría, además del título, un grado militar.

Y además te encontrabas con que aquello no casaba: por un lado, las proporciones descomunales de los hechos, y por el otro, el número de víctimas. En la batalla de Kursk³⁴, por ejemplo. Hubo miles de muertos... En eso la cosa está clara. Pero aquí, los primeros días se hablaba de tan sólo siete bomberos... Luego unos cuantos más... Y sólo más tarde nos empezaron a llegar unas explicaciones demasiado abstractas para nuestro entendimiento: “dentro de varias generaciones”, “eternamente”, la “nada”. Empezaron a correr rumores sobre pájaros de tres cabezas, historias de gallinas que atacaban a picotazos a las zorras, de erizos calvos...

Y luego... Luego resulta que otra vez alguien tiene que ir a la zona. Un cámara se trajo un certificado médico de que tenía úlcera de estómago, otro se largó de permiso... Me llaman: “¡Tienes que ir!” -- “Pero si acabo de volver” -- “Compréndelo: tú ya has estado allí. A ti ya te da igual. Y además: ya tienes hijos. Ellos, en cambio, son jóvenes”. ¡Maldita sea! ¡¿Y si quiero tener cinco o seis hijos?! En fin, que me presionan: pronto vendrá una remodelación y tú contarás con un buen as. Te subirán el sueldo... En una palabra, no sabes si llorar o reír. Una historia que llevo metida en el rincón más negro de la conciencia...

En una ocasión estuve filmando a gente que había estado en los campos. Son gente que evita el contacto. Y yo estoy de acuerdo con ellos. Hay algo de antinatural en eso de reunirse y recordar la guerra. Personas que han sufrido juntas la humillación o que han conocido a qué puede llegar un hombre allí; en lo hondo de su subconsciente; son seres que huyen el uno del otro.

Allí en Chernóbyl descubrí, sentí algo de lo que no quería hablar. Por ejemplo, que todas nuestras ideas humanistas son relativas... En situaciones extremas el hombre en realidad no tiene nada que ver con como lo describen en los libros. A hombres como los que aparecen en los libros, yo no los he visto. No me he encontrado a ninguno. Todo es al revés. El hombre no es un héroe. Todos nosotros somos vendedores de apocalipsis. Los grandes y los pequeños.

Me vienen a la memoria algunos fragmentos... Cuadros... Un presidente de koljós quiere sacar en dos camiones a toda su familia con sus cosas, con los muebles; y el responsable del partido exige un coche para él. Pide justicia. En cambio yo desde hace varios días soy testigo de que no hay modo de sacar de allí a los niños, el grupo de la casa-cuna. No hay transporte. En cambio éstos no tienen bastante con dos camiones para empaquetarlo todo, hasta los botes de tres litros con las mermeladas y los encurtidos. Vi como los cargaban, esos camiones. Y no los filmé.

(De pronto se echa a reír.) En una tienda compramos salchichas y conservas, y luego nos dio miedo comer aquello. Nos lo llevamos en bolsas. También era lástima tirarlo.

(Ahora ya en serio). El mecanismo del mal funcionará incluso en el apocalipsis. Eso es lo que comprendí. La gente sigue yendo con sus chivateos, sigue haciendo la pelota a los de arriba para salvar su televisor o su abrigo de piel. Incluso ante el fin del mundo el hombre seguirá siendo el mismo, igual que es ahora. Siempre.

Me siento algo culpable por no haber conseguido para mi grupo de filmación ninguna ventaja. Uno de nuestros chicos necesitaba un piso. Voy al comité de sindicatos: “Ayúdennos --les digo--, nos hemos pasado medio año en la zona. Algún privilegio nos ha de corresponder.” -- “De acuerdo --nos responden--, pero tráigannos los certificados que lo acrediten. Necesitamos los papeles con sus sellos”. Pero, cuando se nos ocurrió ir al comité del partido, allí sólo quedaba una mujer, Nastia, pasando la bayeta por los pasillos. Todos se habían largado. En cambio tenemos a un director de cine que tiene todo un fajo de documentos: dónde ha estado, qué ha filmado... ¡Un héroe!

Tengo en la memoria un gran filme, una larguísima película que no he filmado. De muchos capítulos... *(Calla.)*

Todos somos vendedores de apocalipsis...

Entramos con unos soldados en una casa de pueblo. Allí vive sólo una vieja.

--Bueno, abuela, vámonos.

--Vámonos, pues.

--Recoge entonces tus cosas, abuela.

La esperamos en la calle. Fumamos un pitillo. Y en eso que sale la mujer llevando encima un icono, un gato y un hatillo. Eso es todo lo que se lleva consigo.

--Abuela, el gato no puede ser. No está permitido. Tiene el pelo radiactivo.

--Eso sí que no, hijos míos, sin el gato no me marchó. ¿Cómo lo voy a abandonar? Dejarlo

³⁴Una de las grandes batallas de la Gran Guerra Patria (1943).

solo. Si es mi familia.

Pues bien, a partir de aquella mujer... Y de aquel manzano en flor... A partir de aquello empezó todo... Ahora sólo filmo animales... Ya le he dicho, he descubierto el sentido de mi vida.

En una ocasión mostré mis filmaciones de Chernóbyl a unos niños. Y me lo echaron en cara: ¿para qué? Está prohibido. No hace falta. Y así viven, sumidos en el miedo, rodeados de rumores; tienen alteraciones en la sangre, se les ha destruido el sistema inmunológico. Pensaba que vendrían cinco o seis personas. Pero la sala entera se llenó. Las preguntas eran de lo más diverso, pero una se me grabó en la memoria. Un chico, con voz entrecortada, rojo de vergüenza, al parecer uno de esos niños callados, poco habladores, preguntó: “¿Y por qué no se pudo ayudar a los animales que se quedaron allí?” Aquel chaval era ya un hombre del futuro. No le pude contestar...

Nuestro arte sólo se refiere a los sufrimientos y al amor del hombre, pero no tiene presente todo lo vivo. ¡Sólo el hombre! No nos rebajamos hasta ellos, a los animales, a las plantas... A este otro mundo... El hombre, con Chernóbyl, ha retado al resto del mundo...

He buscado... He preguntado... Me contaron que en los primeros meses después del accidente, cuando se discutía la idea de evacuar a la población, se propuso el proyecto de trasladar, junto con las personas, también a los animales. ¿Pero cómo? ¿Cómo se podía trasladarlos a todos? Es posible que de alguna manera se lograra trasladar a los que andan por el suelo, Pero ¿y aquellos que viven dentro de la tierra: a los escarabajos, a los gusanos? ¿Y los que viven arriba? ¿En el aire? ¿Cómo se puede evacuar un gorrión o a una paloma? ¿Qué hacer con ellos? No tenemos manera de transmitirles la información necesaria. Esto es también un problema filosófico. Se está produciendo una reestructuración³⁵ de nuestros sentimientos...

Quisiera hacer una película... “Los rehenes”... Sobre los animales. ¿Recuerda la canción: “Iba por el mar una isla pelirroja”. Un barco se hunde, la gente se sube a los botes. Pero los caballos no saben que en los botes no hay sitio para los animales...

Será una parábola actual. La acción transcurre en un planeta lejano. Un cosmonauta en escafandra. A través de los auriculares oye un ruido. Y ve que hacia él avanza algo enorme. Algo inmenso. ¡¿Un dinosaurio?! Sin comprender aún de qué se trata, el hombre dispara. Al cabo de un instante, de nuevo algo se acerca a él. Y también se lo carga. Y pasado otro momento aparece un rebaño. El hombre organiza una matanza. Cuando en realidad lo que pasa es que se ha producido un incendio y los animales trataban de salvarse, corriendo por la senda en la que se hallaba el cosmonauta. ¡Eso es el hombre!

Allí se había producido en mí algo insólito. Me he acercado a los animales... A las aves... Ahora me resultan más cercanos que antes... Se ha reducido la distancia con ellos... Sigo viajando a la zona... Todos estos años... De una casa abandonada, de una casa humana saqueada, sale corriendo un jabalí... aparece un alce hembra... Eso es lo que filmo. Quiero hacer un filme... Verlo todo a través de los ojos de los animales...

“¿Qué estas filmando, sobre qué? --me preguntan--. Mira a tu alrededor. ¿O es que no ves que hay guerra en Chechenia?...”

En cambio, San Francisco predicaba a las aves. Hablaba con los pájaros de igual a igual. ¿Tal vez los pájaros hablaban con él en su lengua y no fue él quien se rebajó hasta ellos? Él comprendía su lenguaje secreto.

¿Recuerda en Dostoyevski cómo un tipo le daba de latigazos a un caballo en sus ojos sumisos? ¡Un loco de atar! No en los lomos, sino en sus ojos sumisos...”

Serguéi Gurin, operador de cine.

³⁵ “perestroika”-- en ruso.

Monólogo sin nombre -- un grito...

“¡Déjennos en paz, por lo que más quieran! ¡Hemos de vivir aquí! Ustedes charlan con nosotros y luego se marchan, ¡pero nosotros hemos de vivir aquí!

Éstas son las cartillas médicas... Delante de mí las tengo... Cada día... Las tomo en las manos... ¡Cada día!

| | |
|---------------------|--|
| Ania Budái | -- nacida en 1985 -- 380 rem ³⁶ . |
| Vítia Grinkévich | -- nacido en 1986 -- 785 rem. |
| Nastia Shablóvskaya | -- nacida en 1986 -- 570 rem. |
| Aliosha Plenin | -- nacido en 1985 -- 570 rem. |
| Andréi Kotchenko | -- nacido en 1987 -- 450 rem... |

¿Dicen que esto no puede suceder? ¿Y cómo viven con este tiroides? Pero, ¿acaso en alguna parte ha habido un experimento semejante? Yo leo... Veo... Cada día... ¿Puede ayudarnos? ¡No! ¿Entonces para qué viene? ¿Nos pregunta? ¿Nos importuna? Yo no quiero comerciar con su desgracia. ¡Filosofar! ¡Déjennos en paz, por el amor de Dios! ¡Que nosotros hemos de vivir aquí!

Arkadi Pávlovich Bogdankévich, practicante rural.

Monólogo a dos voces --de hombre y de mujer

Los maestros Nina Konstantínovna y Nikolái Prózorovich Zharkov. Ella es filóloga, él da clases de formación laboral.

Ella:

--Oigo hablar tan a menudo de la muerte que no voy ver a los difuntos. ¿Nunca ha escuchado las conversaciones de los niños sobre la muerte? En la séptima clase³⁷ discuten y me preguntan: ¿da miedo o no la muerte? Si hasta hace poco a los pequeños les interesaba de dónde venían. ¿De dónde vienen los niños? Ahora lo que les preocupa es qué pasará después de una bomba atómica. Han dejado de querer a los clásicos; yo les leo de memoria a Pushkin y veo que sus miradas son frías, ausentes... A su alrededor ha surgido otro mundo... Leen ciencia-ficción; esto los atrae, les gusta leer cómo el hombre se aleja de la Tierra, opera con el tiempo cósmico, vive en distintos mundos. No pueden temer a la muerte del mismo modo como la temen los mayores, como yo, por ejemplo; la muerte les preocupa como algo fantástico...

Reflexiono... Pienso en ello... La muerte que te rodea te obliga a pensar mucho. Doy clases de literatura rusa a unos niños que no se parecen a los que había hará unos diez años. Ante los ojos de estos críos, constantemente entierran algo o a alguien... Lo sumergen bajo tierra... Casas y árboles... Lo entierran todo... Cuando están en formación, estos niños caen desmayados, cuando se quedan de pie unos quince o veinte minutos les sale sangre de la nariz. No hay nada que les pueda asombrar ni alegrar. Siempre somnolientos, cansados. Las caras, pálidas, grises. Ni juegan ni hacen el tonto. Y si se pelean, si rompen sin querer un vidrio, los maestros hasta se alegran. No los riñen, porque no se parecen a los niños. Y crecen tan lentamente. Les pides en una clase que te repitan algo y el crío no puede; la cosa llega a que a veces pronuncias una frase para que la repita después y no puede.

“¿Pero dónde estás? ¿Dónde?” -- los intentas sacar del trance...

Pienso... Pienso mucho... Como si dibujara con agua sobre un cristal; sólo yo sé que estoy dibujando, nadie lo ve, nadie lo adivina, nadie se lo imagina...

³⁶Rem: *roentgen equivalent man* -- unidad de radiación absorbida; equivalente biológico de un roentgen.

³⁷A los catorce años.

Nuestra vida gira en torno a... En torno a Chernóbyl... ¿Dónde estabas entonces, a qué distancia vivías del reactor? ¿Qué has visto? ¿Quién ha muerto? ¿Quién se ha marchado? ¿A dónde? Durante los primeros meses, recuerdo, de nuevo se llenaron los restaurantes, se oía el bullicio de las fiestas... “Se vive una vez...” “Si hemos de morir, que sea con música...” Todo se llenó de soldados, de oficiales...

Ahora Chernóbyl está cada día con nosotros... Un día murió de pronto una joven mujer embarazada. Sin diagnóstico alguno; el forense no anotó diagnóstico alguno. Una niña se ahorcó. De la quinta clase. Sin más ni más... Una niña pequeña... Y el mismo diagnóstico para todos; todos dicen: Chernóbyl.

Nos echan en cara: “Estáis enfermos por culpa de vuestro miedo. Debido al miedo. A la radiofobia.” Entonces que me expliquen por qué los niños enferman y se mueren. Los niños no conocen el miedo, aún no lo entienden.

Recuerdo aquellos días... Me ardía la garganta, y notaba un peso, una extraña pesadez en todo el cuerpo. “Esto es hipocondría --me dice la médico--. Todos se han vuelto aprensivos, porque ha ocurrido lo de Chernóbyl” -- “¿Qué hipocondría? Me duele todo, no tengo fuerzas”. Mi marido y yo no nos atrevíamos a decírnoslo, pero empezaron a dejarnos de responder las piernas. Todos los de nuestro alrededor se quejaban; nuestros amigos, toda la gente... Ibas por la calle y te parecía que de un momento a otro te ibas a caer al suelo.

Los escolares se tumbaban sobre los pupitres, se desmayaban en medio de la clase. Y todos se volvieron terriblemente tristes, de mal humor, en todo el día no veías una cara contenta, o que alguien de tu alrededor le sonriera a otro. Desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche los niños permanecían en la escuela; estaba estrictamente prohibido jugar en la calle y correr.

A los escolares les dieron ropa nueva. A las chicas: faldas y blusas, a los chicos, trajes; pero con aquella ropa se marchaban a casa y adónde iban con ella es algo que no sabíamos. Según las instrucciones, las madres debían lavar esta ropa cada día, para que los niños vinieran a la escuela con todo limpio. Para empezar, repartieron un solo traje, por ejemplo, una falda y una blusa, pero sin otras prendas de recambio, y en segundo lugar, las madres ya cargaban con las tareas de la casa: las gallinas, la vaca, los cerdos, y tampoco entendían para qué hacía falta lavar aquella ropa cada día. La suciedad significaba para ellos unas manchas de tinta, o de barro, de grasa y no la acción de no sé qué isótopos de corta duración.

Cuando intentaba explicarles algo a los padres de mis alumnos, tenía la impresión de que no me entendían mejor que si de pronto se presentaba ante ellos un chamán de una tribu africana. “¿Pero qué es esto de la radiación? De modo que ni se oye ni se ve... A-a-a... Pues a mi el sueldo no me llega a fin de mes... Los últimos tres días estamos a patata y leche... A-a-a...” También la madre me deja por imposible. Porque le digo que la leche no se puede beber... Como tampoco se puede comer la patata. Han traído a la tienda carne china en conserva y alforfón. Pero ¿con qué dinero comprarlo?

Daban ayudas funerales, funerales las llamaban... Las daban para los enterramientos. Compensaciones por vivir en aquel lugar... Calderilla... Que no llegan ni para pagar dos latas de conservas...

Las instrucciones están hechas para la gente instruida, para determinado nivel cultural... ¡Pero no lo hay! Las instrucciones no están hechas para nuestra gente. Además de que no resulta nada fácil explicar en qué se distinguen los “rem” de los roentgen...

Desde mi punto de vista... Yo a esto lo llamaría fatalismo, un ligero fatalismo... Por ejemplo, durante el primer año no se podía consumir nada de las huertas, pero de todos modos comían de ellas y se hacían provisiones para el día de mañana. ¡Además, con aquella maravillosa cosecha! Prueba decir que los pepinos y los tomates no se pueden comer... ¿Qué es eso de que no se puede? El gusto es normal... Éste los come y no le duele el estómago... Tampoco “arde”, se ilumina, en la oscuridad... Nuestros vecinos se pusieron un parque nuevo hecho de una madera del lugar; lo midieron y el umbral era cien veces mayor del permitido. Pues bien, nadie quitó aquel parque, y siguieron viviendo con él. Ya se arreglará todo, se venía a decir; no se sabe cómo, pero todo volverá a la normalidad por sí mismo, sin ellos, sin su participación.

En los primeros tiempos, algunos comestibles se llevaban a los dosimetristas, para comprobarlos; resultado: dosis diez veces superiores a la norma, pero luego lo dejaron correr. “Ni se oye ni se ve. ¡Lo que no inventarán estos científicos!” Todo seguía su curso: araron los campos, los sembraron y recogieron la cosecha... Se había producido un hecho impensable, pero la gente

siguió viviendo como antes. Y los pepinos de tu huerto, a los que debías renunciar, resultaron ser más importantes que Chernóbyl.

Los niños se quedaron todo el verano en la escuela; los soldados lavaron el edificio con detergente, retiraron alrededor la capa superior de la tierra...¿Y al llegar el otoño qué? Pues en otoño mandaron a los colegiales a recoger la remolacha. Mandaron a los campos incluso a los estudiantes de las escuelas técnicas. Los mandaron a todos. Chernóbyl era menos terrible que dejar la cosecha en el campo sin recoger...

¿Quién tiene la culpa? Dígame, ¿quién tiene la culpa, si no es nosotros mismos?

Antes no nos dábamos cuenta de este mundo que nos rodea, un mundo que era como el cielo, como el aire, como si alguien nos lo hubiera regalado para toda la eternidad, y como si no dependiera de nosotros. Allí estaría para siempre.

Antes me gustaba tumbarme sobre la hierba en el bosque y contemplar el cielo; me sentía tan bien que hasta me olvidaba de cómo me llamaba. ¿Y ahora? El bosque está hermoso, lleno de bayas, pero ya nadie las recoge. En el bosque en otoño es raro oír una voz humana. El miedo está en las sensaciones, a un nivel subconsciente... Sólo nos han quedado el televisor y los libros... La imaginación... Los niños crecen dentro de casa... Sin el bosque, los ríos. Sólo pueden mirarlos. Son unos niños completamente distintos. Y yo me presento ante ellos: “Hora sombría. Delicia de la vista...” Con mi Pushkin de siempre, un Pushkin que antes me parecía eterno...

A veces me asalta un pensamiento sacrílego: y si de pronto toda nuestra cultura no es más que un baúl lleno de viejos manuscritos. Todo lo que yo amo...

Él:

--¿Sabe? Hemos tenido una educación militar... Se nos había preparado para repeler y liquidar un ataque nuclear. Debíamos enfrentarnos a una guerra química, biológica, atómica... Pero no expulsar radionúclidos de nuestro organismo... Esto no se puede comparar con una guerra, no es exacto, y sin embargo todos lo comparan.

Yo de niño he sufrido el bloqueo de Leningrado³⁸. Y no se puede comparar. Allí vivíamos como en el frente, bajo un interminable bombardeo. Y estaba el hambre, varios años de hambre, un estado en el que el hombre desciende al puro instinto animal. Aquí, en cambio, sales ¡y, ahí lo tienes: en el huerto todo crece a placer! Es algo incomparable. Pero quería decirle otra cosa... He perdido el hilo... Se me ha ido...

¡Eso mismo! Cuando empieza un bombardeo ¡Que Dios te proteja! Te puedes morir en aquel momento, no en cierto lapso de tiempo, sino en aquel mismo instante. Y en invierno, el hambre. Quemábamos los muebles, en casa quemamos todo lo que era de madera, todos los libros; si no recuerdo mal, hasta quemamos los trapos viejos. Miras a un hombre andando por la calle y de pronto ves que se sienta; pasas al día siguiente y compruebas que sigue allí sentado, es decir que se ha quedado congelado; allí estará una semana o hasta la primavera. Hasta que llegue el calor. Y es que a nadie le quedan fuerzas suficientes para arrancarlo del hielo; en raras ocasiones si una persona se caía en la calle, alguien se le acercaba y le ayudaba. La gente pasaba de largo. Todos se arrastraban pasando de largo. Recuerdo que la gente no andaba sino se arrastraba, tan lentamente se movían. ¡Esto no se puede comparar con nada!

...Cuando explotó el reactor aún vivía con nosotros la madre, mi madre, y la pobre me decía: “Hijo mío, tu y yo ya hemos vivido lo peor. Hemos sobrevivido al bloqueo. Y ya no hay nada que pueda ser más horroroso”.

Nos preparábamos para una guerra, para una guerra atómica, construíamos refugios atómicos. Nos queríamos proteger del átomo, como si fuera la metralla de un proyectil. Pero esto está en todas partes... en el pan, en la sal... Respiramos radiación, comemos radiación. El hecho de que pudiéramos quedarnos sin el pan y la sal, de que pudiéramos comérselo todo, hasta llegar a cocer en agua un cinturón de cuero para tan sólo catar su olor, para saciarnos con su olor, todo esto es algo que yo podía comprender. Pero esto no... ¿Que todo estuviera envenenado?

Ahora lo importante es dejar claro cómo hemos de vivir. Los primeros meses reinó el miedo;

³⁸Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes mantuvieron más de 900 días cercada la ciudad de Leningrado (hoy San Petersburgo).

sobre todo los médicos, los maestros, en una palabra, la intelectualidad, toda la gente instruida, lo dejaban todo y huían. Se largaban de aquí. Pero estaba la disciplina militar... ¡Entrega el carné del partido!.. Y no dejaban irse a nadie...

¿Quién tiene la culpa? Para responder a la pregunta de cómo hemos de vivir se ha de saber quién es el culpable. ¿Quien, dígame? ¿Los científicos o el personal de la central? ¿El director? ¿Los trabajadores del turno de guardia? Pero, ¿por qué, dígame, no luchamos contra el automóvil, que también es una creación de la inteligencia humana, pero sí luchamos contra el reactor? ¡¿Exigimos que se cierren todas las centrales atómicas y que se dé a juicio a todos científicos atómicos?! ¡Y los maldecimos! El saber, el saber en sí mismo nunca es culpable. Hoy los científicos también son víctimas de Chernóbyl. Yo quiero vivir después de Chernóbyl, y no morir después de Chernóbyl. Quiero comprender...

Ahora las reacciones de la gente son diferentes; quieras o no, han pasado diez años, pero todo se sigue midiendo por el rasero de la guerra. La guerra duró cuatro años... O sea que, calcule, dos guerras llevamos... Le voy a enumerar las diferentes reacciones: “Todo ha quedado atrás”, “Ya se arreglará todo de alguna manera”. “Han pasado diez años. Ya no hay peligro”. “¡Nos vamos a morir todos! ¡Pronto todos nos vamos a morir!” “Quiero irme al extranjero”. “Han de ayudarnos”. “¡Al diablo con todo! Hay que vivir”. Me parece que las he enumerado todas. Esto es lo que oímos cada día.

Desde mi punto de vista, somos material para una investigación científica... Un laboratorio internacional... De nosotros, los bielorrusos, de los diez millones de personas, más de dos millones viven en tierras contaminadas. Un diabólico y gigantesco laboratorio... Todo está listo para anotar los datos, para hacer experimentos. Nos vienen a ver de todas partes... Escriben tesis doctorales... De Moscú, de Petersburgo... Del Japón, de Alemania, de Austria... Se están preparando para el futuro... (*Una larga pausa en la conversación*).

¿Qué estaba pensando? Me he puesto de nuevo a comparar... He creído que podía hablar de Chernóbyl, y que en cambio sobre el bloqueo no puedo.

Un día recibí una invitación de Leningrado, una invitación al encuentro “Los niños del bloqueo de Leningrado”. Fui a aquel encuentro, pero no pude pronunciar ni una palabra. ¿Narrar simplemente el miedo? Eso es poco... Simplemente sobre el miedo... En casa nunca recordábamos el bloqueo; mamá no quería que recordáramos el bloqueo. Pero de Chernóbyl hablamos... Aunque, no... (*Calla*). Entre nosotros no hablamos; el tema surge cuando viene alguien a vernos: algún extranjero, los periodistas, los familiares que no viven aquí.

¿Por qué no hablamos de Chernóbyl? ¿En la escuela? ¿Con los alumnos?

En Austria, en Francia, en Alemania, donde los niños viajan a curarse, se habla sobre el tema. Y yo les pregunto a los chicos: ¿qué es lo que os preguntan, qué les interesa? Pero ellos a menudo no recuerdan ni las ciudades, ni el pueblo, ni los apellidos de la gente que los ha alojado; enumeran los regalos, los platos que les han gustado. A uno le han regalado un magnetofón, en cambio, a otro, no. Regresan vestidos con unas ropas que no se han comprado con su dinero, ni con el dinero ganado por sus padres. Se diría que hubieran ido a una exposición. A unos grandes almacenes... Y no dejan de esperar a que los vuelvan a invitar. Allí los enseñan y los llenan de regalos. Y los chicos se acostumbran a esto. Se han acostumbrado. Para ellos ya se ha convertido en un modo de vida, y en la idea que tienen de ella. Pero después de estos grandes almacenes llamados extranjero, después de esta exposición de objetos caros, hay que volver a la escuela. A las clases.

Y cuando entro en la clase veo que ante mí tengo a unos observadores... A niños que observan, pero que no viven. Les tengo que ayudar... tengo que explicarles... Los llevo a mi taller, allí están mis esculturas de madera. Las esculturas les gustan. Y yo les digo: “Esto se puede hacer de un pedazo de madera cualquiera. Prueba tú mismo”. ¡A ver si despiertan! A mí esto me ayudó a superar el bloqueo, fui saliendo de él durante años...

A menudo nos quedamos callados. Ni gritamos ni protestamos. Aguantamos, como siempre hemos hecho; aguantamos. Pero también, porque aún no hemos encontrado las palabras. Porque nos da miedo tocar este tema... No lo sabemos hacer... Es una experiencia insólita, como son insólitos los interrogantes.

El mundo se ha partido en dos: estamos nosotros, la gente de Chernóbyl, y están ustedes, el resto de los hombres. ¿Lo ha notado? Ahora entre nosotros nadie pone el acento en “yo soy bielorruso” o “soy ucraniano”, “soy ruso”... Todos se llaman a sí mismos habitantes de Chernóbyl. “Somos de Chernóbyl”, “yo soy un hombre de Chernóbyl”. Como si se tratara de un pueblo

distinto... De una nueva nación...

Monólogo de cómo una cosa completamente desconocida se va metiendo dentro de ti

“Las hormigas corren por el tronco... Alrededor retumba la maquinaria militar. Soldados. Gritos, maldiciones. Juramentos. El zumbido de los helicópteros. Y mientras tanto ellas corren por el tronco... Yo regresaba de la zona, y de todo lo visto durante aquel día sólo me ha quedado esta escena en el recuerdo... Nos habíamos detenido en un bosque, encendí un pitillo junto a un abedul. Estaba cerca de él, me apoyé en el árbol. Las hormigas corrían por el tronco justo delante de mi cara; sin oírnos, sin prestarnos la más mínima atención... Nosotros desapareceremos y ellas ni lo notarán. ¿Y yo? Yo nunca las había percibido tan de cerca...

Al principio todos hablaban de “catástrofe”, luego de “guerra nuclear”. He leído sobre Hiroshima y Nagasaki, he visto documentales. Es pavoroso, pero algo comprensible: una guerra nuclear, el radio de la deflagración... Esto también podía imaginármelo. Pero lo sucedido con nosotros no te cabía en la cabeza.

Nosotros nos vamos yendo... Y tú notas que una cosa completamente desconocida destruye todo el mundo anterior, te va entrando, se va metiendo dentro de ti.

Recuerdo una conversación con un científico: “Esto es para miles de años --me explicaba--. El uranio se desintegra en doscientas treinta y ocho semidesintegraciones. Si lo traducimos en tiempo, significa mil millones de años. Y en el caso del torio, son catorce mil millones de años”. Cincuenta... Cien.. Doscientos años... Vale ¿Pero más? Más allá de esta cifra mi mente no podía imaginar. Dejaba de comprender qué es el tiempo. ¿Dónde estoy?

Escribir sobre esto ahora, cuando no han pasado más que diez años... ¿Escribir? ¡Me parece que no tiene sentido! No aclararás, ni descubrirás nada. De todos modos nos inventaremos algo que se asemeje a nuestra vida... Lo he probado... No salió nada... Después de Chernóbyl ha quedado el mito de Chernóbyl. Los periódicos y las revistas compiten a ver quien escribe algo más terrible, y estos horrores les gustan sobre todo a aquellos que no los han vivido. Todo el mundo ha leído sobre las setas del tamaño de una cabeza humana, pero nadie las ha encontrado. Porque lo que se debe hacer no es escribir, sino anotar. Documentar los hechos. Enséñeme una novela fantástica sobre Chernóbyl... ¡No la hay! ¡La realidad es aún más fantástica!

Tengo un cuaderno de notas especial... He apuntado en él conversaciones, rumores, chistes. Es lo más interesante, y para esto no pasa el tiempo. ¿Qué ha quedado de la Grecia Antigua? Los mitos de la Grecia Antigua...

Éste es mi cuaderno:

De las conversaciones:

“Por la radio, ya va el tercer mes: la situación se estabiliza, la situación se estabiliza, la situación se estabiliza...”

“Al instante resucitó el olvidado léxico estalinista: “agentes de los servicios secretos occidentales”, “enemigos jurados del socialismo”, “complots de espías”, “operaciones de desestabilización” “golpe por la espalda”, “socavar la unión indestructible de los pueblos soviéticos”. Todo el mundo no para de hablar de espías y terroristas infiltrados, y en cambio ni una palabra de medidas profilácticas a base de yodo. Toda información no oficial se interpreta como un ataque de la ideología enemiga.

“Ayer el redactor eliminó de mi reportaje el relato de la madre de uno de los bomberos que estuvo apagando aquella noche... el incendio del reactor atómico. El hombre murió de una irradiación aguda. Después de enterrar a su hijo en Moscú, los padres regresaron a su aldea, que al poco evacuarían. Pero al llegar el otoño, lograron volver a escondidas, bosque a través, a su huerto y recogieron un saco de tomates y de pepinos. La madre se mostraba contenta: “prepararemos unos

veinte botes”. ¡Qué fe en la tierra!.. En la secular experiencia campesina... Ni siquiera la muerte de su hijo había alterado su mundo habitual...

“¿Qué pasa, o escuchas Radio “Svoboda”³⁹? -- me soltó el redactor. Yo no le respondí. “En el periódico no quiero gente que difunda el pánico. Tú escribe sobre los héroes...”

Pero ¿no se había abandonado ya la vieja idea del enemigo omnipresente? El enemigo es invisible, está en todas partes. El mal con nuevo rostro...”

“Han llegado unos instructores del comité central. Su itinerario era: del hotel en coche al comité regional del partido, y vuelta atrás al hotel, también en coche. Estudian la situación a partir de los recortes de los periódicos locales. Mochilas enteras de bocadillos traídos de Minsk. Preparan el té con agua mineral. También traída de afuera. Me lo ha contado la responsable de guardia del hotel en el que se alojaban. La gente no cree lo que dicen los periódicos, la televisión y la radio; buscan la información en la conducta de las autoridades. Es la más de fiar.”

“El cuento más popular de la zona: el mejor remedio contra el estroncio y el cesio es la “Stolíchnaya”⁴⁰”.

“¿Qué hacer con el niño? Tengo ganas de agarrarlo y salir corriendo. Pero llevo el carné del partido en el bolsillo. ¡No puedo!”

“En las tiendas de los pueblos de pronto han aparecido productos antes imposibles de encontrar. He oído la intervención del secretario regional del partido: “Os vamos a dar una vida paradisíaca. Lo único que tenéis que hacer es quedaros y trabajar. Os llenaremos las tiendas de salchichón y de alforfón. Tendréis todo lo que había en las tiendas especiales”. Es decir, lo que antes estaba en las tiendas del comité regional. La actitud hacia el pueblo es la siguiente: que se conforme con el salchichón y el vodka.

Aunque, ¡maldita sea! Antes nunca había visto que en una tienda rural hubiera tres clases de salchichón. Hasta yo mismo le he comprado a mi mujer unas medias de importación...”

“Los dosímetros se pusieron a la venta un mes y luego desaparecieron. No se puede escribir sobre esto. ¿Cuántos y qué radionúclidos nos han soltado? Sobre esto tampoco. Prohibido también decir que en las aldeas sólo han quedado los hombres. Han evacuado a las mujeres y a los niños. Durante el verano entero, los hombres se han lavado ellos mismos la ropa, han ordeñado y cavado los huertos. Bebían, claro está. Se peleaban. Porque un mundo sin mujeres... Todo esto me lo han tachado. “No olvide que estamos rodeados de enemigos. Tenemos muchos enemigos al otro lado del océano” -- me dijo de nuevo en tono amenazante el redactor. Y por eso sólo tenemos cosas buenas y ninguna mala. Pero donde se forman los convoyes de trenes especiales alguien ha visto a las autoridades con sus maletas...”

“Junto a un puesto de la milicia, me para una anciana y me dice: “Cuando vayas por allí échale un vistazo a mi casa. Es época de recoger la patata, pero los soldados no me dejan”. Los han evacuado. El hombre está en el vacío, sin nada suyo. La gente se abre paso a sus aldeas a través de los controles militares... Por las sendas de los bosques... Por las ciénagas... Durante la noche... Los persiguen, les dan caza. En coches, en helicópteros. “Como con los alemanes” --comparan los viejos”.

“He visto al primer merodeador. Un muchacho joven, con dos chaquetas de piel encima. Quería demostrar a la patrulla militar que de este modo se curaba del reuma. Pero cuando le apretaron las tuercas, confesó: “La primera vez da algo de miedo, pero luego te acostumbras. Te tomas un trago y andando”. Es decir, tras vencer al instinto de conservación. Porque en un estado normal esto es imposible. Así es como los nuestros se lanzan a la hazaña. Y de igual modo, al

³⁹Emisora de radio norteamericana con programas en las diferentes lenguas de la antigua URSS.

⁴⁰Una marca rusa de vodka.

delito.”

“Entramos en una casa campesina abandonada. Sobre un mantel blanco hay un icono... “Para Dios” -- comentó alguien...”

En otra casa, la mesa estaba cubierta con un mantel blanco... “Para los hombres” -- dijo alguien...”

“Viajé a mi aldea pasado un año. Los perros se habían asilvestrado. Di con nuestro Rex. Lo llamo y no se acerca. ¿No me había reconocido? ¿O no me quiere reconocer? Estaría ofendido.”

“Durante las primeras semanas y meses, todo el mundo se quedó callado. Nadie decía nada. Sumidos en la postración. Había que marcharse; pero hasta el último día, nada. La mente es incapaz de hacerse cargo de lo que estaba sucediendo. No recuerdo conversaciones serias; sólo chistes: “ahora todas las tiendas están llenas de radioaparatos”; “los impotentes se dividen en radioactivos y radiopasivos”. Pero luego de pronto desaparecieron hasta los chistes...”

En el hospital:

“--Se ha muerto el niño, y eso que ayer me había invitado a caramelos.”

En una cola por azúcar:

“--¿Han visto cuantas setas este año?

--Están contaminadas...

--Pareces bobo... ¿Y quién te obliga comerlas? Las recoges, las secas y las llevas al mercado en Minsk. Te puedes hacer millonario.”

“¿Se nos puede ayudar? ¿Y cómo? ¿Trasladar a la gente a Australia o a Canadá? Según dicen, conversaciones de este género circulan de vez en cuando en las alturas”.

“Para levantar las iglesias se buscaba el lugar consultando literalmente al cielo. Los hombres de iglesia tenían visiones. Se realizaban ceremonias sagradas que precedían a la construcción del templo. En cambio, las centrales nucleares se construían igual que una fábrica. Que una granja de cerdos. Se cubría el tejado de asfalto. Y el tejado se derretía...”

“¿Lo has leído? Cerca de Chernóbyl han pescado a un soldado huido. Se había construido un refugio y se ha pasado un año junto al reactor. Se alimentaba con lo que encontraba en las casas abandonadas; aquí un trozo de tocino, allá un bote de pepinos marinados. Ponía trampas a los animales. Huyó porque los “abuelos⁴¹” lo tundían “a muerte”. Decidió salvarse huyendo a Chernóbyl...”

“Somos fatalistas. No tomamos ninguna iniciativa porque estamos convencidos que las cosas irán como han de ir. ¿Nuestra historia? A cada generación le tocó su guerra... Cuánta sangre... ¿Así, cómo podemos ser de otro modo? Somos fatalistas...”

“Han aparecido los primeros perros lobos, nacidos de lobas y perros huidos al bosque. Son más grandes que los lobos, no se paran delante de los banderines, no temen la luz ni al hombre, no responden a la “vaba” (grito de los cazadores que imitan a la llamada del lobo). Y también los gatos salvajes se reúnen ya en grupos y atacan al hombre. Se vengan de nosotros. Se les ha borrado el recuerdo de cómo obedecían y servían al hombre. En todo esto se está borrando la frontera entre lo real y lo irreal...”

“Algún día se descubrirán los restos de unos enterramientos insólitos. Cementerios para animales; en lenguaje científico: “biosepulturas”. Modernos túmulos funerarios. En ellos descansan miles de perros, gatos, caballos fusilados... Y sin un solo nombre...”

⁴¹La vieja práctica de las novatadas y humillaciones en el servicio militar a las que se ven sometidos los nuevos reclutas por parte de los remplazos anteriores, los “abuelos”, ha sido en la URSS y es en Rusia de una crueldad difícil de imaginar; violencia impune de la que este caso es un buen ejemplo.

“Ayer mi padre cumplió ochenta años. Toda la familia se reunió alrededor de la mesa. Yo lo miraba y pensaba: cuantos sucesos acumulados en una sola vida: el GULAG, Auschwitz y Chernóbyl. Todo esto ha sucedido en el período de una sola generación. A él, en cambio, le gusta ir a pescar... De joven, la madre se dolía de su carácter mujeriego: “No se le escapaba ni una falda en toda la región”. Pero ahora descubro como mi padre baja la mirada cada vez que se cruza con una mujer joven y hermosa...”

“La zona es un mundo aparte... Otro mundo en medio del resto de la tierra... La inventaron los hermanos Strugatski⁴², pero la literatura no ha superado la realidad...”

De los rumores:

Cerca de Chernóbyl están construyendo campos de concentración en los que encerrarán a los que les ha caído encima la radiación. Allí los tendrán, los estudiarán y los enterrarán.

De las aldeas cercanas a la central se llevan a los muertos en autobuses y directo al cementerio; los entierran a miles, en fosas comunes. Como durante el bloqueo de Leningrado...

Poco antes de la explosión, varias personas vieron, al parecer, una extraña luminiscencia sobre la central. Alguien incluso la fotografió. En la película se ha descubierto que era como un cuerpo extraterrestre que levitaba...

En Minsk han lavado los trenes y los vagones de mercancías. Van a evacuar toda la capital a Siberia. Allá ya se están reparando los barracones que han quedado de los campos de concentración estalinistas. Empezarán por las mujeres y los niños. A los ucranianos ya los están evacuando...

Los pescadores cada vez se encuentran con más peces anfibios, que pueden vivir en el agua y en tierra. Por la tierra andan sobre las aletas, como si fueran patas.

No se trató de una avería, sino de un terremoto. Ocurrió algo en la corteza terrestre. Y se produjo una explosión geológica. En esto han intervenido fuerzas geofísicas y cósmicas. Los militares ya lo sabían todo de antemano, podían haber avisado, pero como todo lo llevan en el más riguroso secreto...

En los ríos y lagos ahora se capturan lucios sin cabeza ni aletas. Sólo queda el tronco... Algo parecido empezará a pasarles a los hombres. Los bielorrusos se convertirán en humanoides.

Por culpa de la radiación los animales del bosque están enfermos. Merodean tristes y tienen los ojos mustios. A los cazadores les da miedo y lástima disparar contra ellos. Y los animales han dejado de temer al hombre. Los zorros y los lobos entran en los pueblos y se acercan cariñosos a los niños.

La gente de Chernóbyl tiene hijos, pero en lugar de sangre a estos niños les corre por las venas un líquido amarillo. Hay científicos que demuestran que el mono se hizo tan inteligente por haber vivido bajo la radiación. Los niños que nazcan dentro de tres o cuatro generaciones, todos serán Einsteines. Esto es un experimento cósmico que están realizando con nosotros...

Anatoli Shimanski, periodista.

⁴²Arcadi y Borís Strugatski -- los más célebres y destacados autores rusos de ciencia ficción.

Monólogo sobre la añoranza de un papel y de un argumento

“Se han escrito ya decenas de libros. Gruesos tomos. Comentarios diversos. Y sin embargo el suceso supera igualmente todo género de reflexión filosófica. En cierta ocasión oí o leí que Chernóbyl se nos plantea ante todo cómo un problema de autoconocimiento. Y estuve de acuerdo, pues coincide con lo que siento. Sigo confiando en que alguien muy inteligente me lo explique todo. De igual modo cómo me ilustran en todo lo referente a Stalin, a Lenin, al bolchevismo. O cómo nos machacan sin parar: “¡El mercado! ¡El mercado! ¡El mercado libre!” En cambio, nosotros... Nosotros, que nos hemos formado en un mundo sin Chernóbyl, vivimos, en cambio, con Chernóbyl.

Yo de hecho soy un especialista profesional en cohetes, experto en combustible de propulsión. He trabajado en Baikonur⁴³. Los programas “Cosmos” e “Intercosmos” representan una gran parte de mi vida. ¡Una época maravillosa! ¡Conquistemos el cielo! ¡Conquistemos el Ártico! ¡Las tierras vírgenes! ¡El cosmos! Todo el pueblo soviético voló con Gagarin al cosmos, se lanzó al espacio... ¡Todos nosotros! ¡Hasta hoy sigo enamorado de él! ¡Un maravilloso hombre ruso! ¡Con una espléndida sonrisa! Hasta su muerte parece fruto de un guión. Todos, soñando con volar, con flotar en el aire, con la libertad... ¡Fue un tiempo maravilloso!

Por circunstancias familiares, me trasladé a Belarús y aquí seguí trabajando. Cuando llegué... Me sumergí en este espacio de Chernóbyl, y este ambiente sometió mis sentimientos a un serio correctivo. Era imposible imaginar algo parecido, aunque siempre he estado en contacto con la técnica moderna, con la técnica del cosmos... De momento cuesta pronunciar... Es imposible imaginar... Algo... (*Se queda pensativo.*)

Un instante atrás me parecía haber cazado el sentido... Hace un instante... Me siento impelido a filosofar. Hables con quien hables de Chernóbyl, a todo el mundo le da por filosofar.

Pero mejor le cuento de mi trabajo. ¡Lo que no habremos hecho! Estamos construyendo una iglesia... La iglesia de Chernóbyl, en honor al Icono de la Madre de Dios “Gloria a los caídos”. Recogemos donaciones, visitamos a los enfermos y a los moribundos. Escribimos una crónica. Estamos construyendo un museo...

En un principio pensé que, con mi corazón, no podría trabajar en un lugar como éste. Pero me dieron una primera misión: “Toma este dinero y repártelo entre treinta y cinco familias. Entre treinta y cinco viudas, cuyos maridos han muerto”. Todos habían sido liquidadores. Había que ser justos. Pero, ¿cómo? Una viuda tenía una niña pequeña, que estaba enferma; otra viuda tenía dos niños, una tercera mujer era ella la que estaba enferma, otra vivía en un piso de alquiler y aún había otra más que tenía cuatro hijos. Por la noche me despertaba pensando: “¿Cómo hacer para que nadie salga perjudicado?” Pensaba y contaba el dinero, contaba y pensaba. Y no pude resolverlo. Repartimos el dinero por igual, siguiendo el orden de la lista.

Pero mi gran obra es el museo. El museo de Chernóbyl (*Calla.*)

Aunque a veces me parece que lo que habrá aquí no es un museo sino una oficina de pompas fúnebres. ¡Yo trabajo en el servicio de sepelios! Esta mañana, aún no había tenido tiempo de quitarme el abrigo, que se abre la puerta y desde el umbral una mujer que, más que sollozar, chillaba: “¡Quédense con su medalla, con todos los diplomas! ¡Quédense con las compensaciones! Pero devuélvanme a mi marido!” Se pasó largo rato gritando. Y al irse me dejó la medalla, los diplomas. Pues bien, allí se quedarán, en el museo, en la vitrina... La gente los verá... Pero los gritos, sus gritos no los ha oído nadie más que yo, y cuando hable sobre estos documentos lo recordaré.

Ahora se está muriendo el coronel Yaroshuk... Un químico-dosimetrista. Era un tipo enorme y ahora está paralizado en la cama. La mujer le da la vuelta como a una almohada... Le da de comer con la cuchara... Además tiene piedras en los riñones, habría que deshacerle los cálculos, pero no tenemos dinero para costear la operación. Somos muy pobres, subsistimos con las donaciones. El Estado, en cambio, se porta como un sinvergüenza, ha abandonado a esta gente. Cuando el coronel se muera, pondrán su nombre a una calle, a una escuela o a una unidad militar; pero esto, cuando se

⁴³Centro espacial de la antigua URSS, situado en Kazajstán. Base de lanzamiento de naves espaciales.

muera... El coronel Yaroshuk... Había recorrido a pie toda la zona, determinando los límites de los puntos máximos de contaminación; es decir se había empleado a una persona, en el pleno sentido de la palabra, como si fuera un robot. El hombre era plenamente consciente de ello, pero, de todos modos, se hizo toda la zona, empezando desde la misma central, en círculos de radio creciente y por sectores. Llevando los aparatos de dosimetría encima. “Palpaba” una “mancha” y se movía siguiendo la frontera de la “macha” para marcarla exactamente en el mapa...

¿Y los soldados que trabajaron en el mismo techo del reactor? En la liquidación de las consecuencias de la avería, se destinaron, en total, doscientas diez unidades militares, cerca de trescientos cuarenta mil militares.

A los que limpiaron el tejado les tocó la peor parte de aquel infierno... Les habían dado delantales de plomo, pero la emisión venía de abajo y en esa parte el hombre estaba al descubierto. Llevaban las botas de faena más corrientes... Permanecían de un minuto y medio a dos al día, subidos al tejado... Y luego, cuando los licenciaban, les entregaban un diploma y un premio: cien rublos. Y desaparecían en los espacios infinitos de nuestra patria. Sobre el tejado, rastrillaban el combustible y el grafito del reactor, pedazos de cemento y del encofrado... Eran veinte o treinta segundos para cargar unas parihuelas y otros tantos para arrojar la “basura” desde el techo. Sólo que aquellas parihuelas especiales pesaban cuarenta kilos. De manera que imagínese: el delantal de plomo, las máscaras, esas parihuelas y todo a una velocidad endiablada...

En el museo de Kíev hay una maqueta del grafito del tamaño de una gorra; dicen que si fuera de verdad pesaría dieciséis kilos, así de denso y pesado es.

Los manipuladores teledirigidos a menudo se negaban a ejecutar las órdenes que se les daba o hacían algo completamente distinto, pues sus circuitos electrónicos quedaban destrozados bajo el efecto de los altos campos electromagnéticos. Los “robots” más fiables eran los soldados. Los bautizaron con el nombre de “robots verdes” (por el color del uniforme militar).

Por el techo del reactor destruido han pasado tres mil seiscientos soldados. Aquellos hombres dormían en el suelo; todos contaban como en los primeros días echaban la paja sobre el suelo en las tiendas de campaña. Y recogían esa paja de los almiarés cercanos al reactor.

Eran muchachos jóvenes... Ahora también ellos se están muriendo; pero comprenden que sin ellos no lo hubieran hecho... Además eran personas de una cultura especial. La cultura de la hazaña. Unas víctimas.

Hubo un momento en que existió el peligro de una explosión termonuclear, y entonces se impuso la necesidad de soltar el agua de debajo del reactor. Para que el uranio y el grafito fundidos no cayeran allí dentro, donde junto con el agua podrían alcanzar la masa crítica. Y provocar, por tanto, una explosión de hasta tres o cinco megatones. Entonces no sólo hubiera perecido la población de Kíev y de Minsk, sino no se hubiera podido vivir en una zona enorme de Europa. ¿Se imagina?! Una catástrofe europea.

De modo que ésta era la misión: ¿a ver quien se zambullía en aquel agua y abría allí el pestillo de la compuerta de desagüe? Les prometieron coche, piso, dacha y mantener a los familiares hasta el fin de sus días. Se pidió voluntarios. ¡Y aparecieron! Y los muchachos se tiraron, se zambulleron muchas veces y abrieron aquella compuerta... Y les dieron siete mil rublos para todo el equipo. Aunque se olvidaron de los coches y de los pisos prometidos. ¡Pero es que además no lo hicieron por eso! No lo hicieron por razones materiales. Lo que menos importaba era lo material (*Se emociona*).

Esta gente ya no existe... Sólo quedan sus documentos en nuestro museo... Los apellidos... Pero si ellos no lo hubieran hecho... Nuestra disposición al sacrificio... En eso no tenemos rival...

Un día me discutí con uno... El hombre me quería demostrar que una actitud como aquella se explicaba por el poco valor que le damos a la vida. Que era cosa de nuestro fatalismo asiático. Una persona que sacrifica su vida, me venía a decir, no se percibe a si misma como una personalidad única, irrepetible, como un ser que ya no volverá a existir nunca más. Es la añoranza de un papel. Hasta entonces era una persona sin texto, un figurante. Un ser que no tenía un guión, que sólo servía de telón de fondo. Y aquí de pronto se convierte en el personaje principal. La añoranza de un sentido. ¿Qué es nuestra propaganda? ¿Nuestra ideología? Le proponen a uno morir para dar un sentido a su vida. Lo encumbran. ¡Le dan un papel! Un gran valor a su muerte, porque tras la muerte llega la eternidad. Esto es lo que me quería demostrar.

¡Pero yo no estoy de acuerdo! ¡Categoricamente no! Sí, es verdad, se nos ha educado para ser soldados. Así nos han enseñado. Siempre en estado de movilización, siempre dispuestos a realizar

algo imposible.

Mi padre, cuando yo, después de la escuela, quise ingresar en una universidad civil, se quedó de piedra. “¿Yo, un militar de carrera, y tú llevarás un traje chaqueta? ¡Tu deber es defender la patria!” Estuvo varios meses sin hablarme, hasta el día en que entregué mis papeles en un centro militar.

Mi padre luchó en la guerra; ya ha muerto. Siempre viviendo con lo puesto, sin fortuna alguna, como toda su generación. Tras su muerte no quedó nada, ni casa, ni coche, ni tierras... ¿Qué tengo yo de él? Su macuto de campaña; se lo dieron antes de la guerra finlandesa, y dentro de él, sus condecoraciones ganadas en combate. Y además conservo en una bolsa las trescientas cartas de mi padre desde el frente, empezando desde el cuarenta y uno; mi madre las guardó. Esto es todo lo que me ha quedado de él... ¡Y sin embargo, a mí me parece un capital de un valor incalculable!

¿Ahora entiende cómo veo nuestro museo? Allí tiene un bote con tierra de Chernóbyl... Un puñado de tierra... Allí, un casco de minero... También de allí... Enseres campesinos de la zona... En este lugar no se puede dejar entrar a los dosimetristas. ¡Todo esto aúlla! ¡Pero todo aquí debe ser auténtiquísimo! ¡Nada de maquetas! Es necesario que nos crean. Y sólo se puede creer en lo verdadero, porque hay demasiadas mentiras en torno a Chernóbyl. En el pasado y en el presente. Todo se ha llenado de fundaciones, de estructuras comerciales...

Ya que escribe un libro así, debe usted ver nuestro material en video, que es único. Lo vamos recogiendo a migajas. ¿La crónica de Chernóbyl? Cuento que no existe. No nos la dejan filmar. Todo está bajo secreto. Y si alguien lograba grabar algo, al instante, nuestros bien conocidos órganos competentes te retiraban este material y te devolvían las cintas borradas. Tampoco tenemos la crónica de cómo evacuaron a la gente, cómo se sacó el ganado. Estaba prohibido filmar la tragedia, sólo se grababa el heroísmo. A pesar de todo se han editado álbumes sobre Chernóbyl, pero ¡cuantas veces les han destrozado las cámaras a los operadores de cine y de televisión! ¡Cuantas los han machacado en los despachos de arriba!..

Para contar honestamente lo que pasó en Chernóbyl hacía falta valor; aún ahora lo necesitas. ¡Créame! Pero tiene que verlas... Estas imágenes... Las caras negras, como el grafito, de los primeros bomberos. ¿Y sus ojos? Son los ojos de una gente que ya sabe que nos va a dejar. En un fragmento se ven las piernas de una mujer que a la mañana siguiente de la catástrofe se fue a trabajar a un huerto cercano a la estación nuclear. Anduvo campo a través, por la hierba cubierta de rocío... Sus piernas parecen un cedazo, todas perforadas hasta las rodillas. Esto hay que verlo, ya que escribe usted un libro así...

Yo llego a casa y no puedo tomar en mis brazos a mi hijo pequeño. He de tomarme cincuenta o cien gramos de vodka para poder tomar a mi niño en brazos...

Hay toda una sección del museo dedicada a los pilotos de helicóptero... El coronel Vodolazhski... Héroe de Rusia; está enterrado en tierra bielorrusa, en la aldea Zhúkov Lug. Cuando superó la dosis límite, debieron haberlo evacuado inmediatamente, pero se quedó e instruyó a otros treinta y tres equipos de pilotos. Realizó personalmente ciento veinte vuelos, arrojó doscientas o trescientas toneladas de carga; la temperatura en la cabina alcanzaba los sesenta grados. Imagínese lo que pasaba abajo cuando se arrojaban los sacos de arena... La radiación alcanzaba los mil ochocientos roentgen a la hora. Los pilotos llegaban a sentirse mal en el aire. Para hacer un lanzamiento ajustado, para acertar en el objetivo --en la boca ardiente-- sacaban la cabeza de la cabina y apuntaban a ojo. No había otro modo de hacerlo...

En las sesiones de la comisión gubernamental... Se informaba simplemente, como si tal cosa: “Para esto hay que perder dos o tres vidas. Y para esto, una vida”. Así de sencillo, como si tal cosa...

Murió el coronel Vodolazhski. En su cartilla de dosis acumuladas sobre el reactor los médicos le apuntaron... siete rems. ¡Cuando en realidad fueron seiscientos!

¿Y los cuatrocientos mineros que taladraron el túnel debajo del reactor? Hacía falta abrir un túnel para inyectar nitrógeno líquido en la base y congelar una almohadilla de tierra: así se dice en el lenguaje técnico. De otro modo el reactor se hubiera desplomado en las aguas subterráneas... Mineros de Moscú, de Kíev, de Dnepropetrovsk... No he leído nada sobre ellos. Y en cambio, aquellos muchachos, desnudos, a cincuenta grados de temperatura, empujaban a cuatro patas las vagonetas... Había allí dentro cientos de roentgen...

Ahora se están muriendo... ¿Pero si ellos no lo hubieran hecho? Yo creo que son unos héroes y no víctimas de una guerra, una guerra que como si no la hubiera habido. Lo llaman avería,

catástrofe. Cuando fue una guerra... Los monumentos de Chernóbyl parecen militares.

Hay cosas que no está permitido comentar: el pudor eslavo. Pero usted lo debe saber. Con el libro que está escribiendo... A las personas que trabajan en un reactor o en sus inmediaciones, por norma general, se les daña... es un síntoma similar al que se da entre los técnicos de armas estratégicas. Se trata de algo bien sabido... Por regla general les queda afectado el sistema genito-urinario. Pero del tema no se habla en voz alta... No está bien visto...

En una ocasión acompañé a un periodista inglés; el hombre preparó unas preguntas muy interesantes. Justamente sobre este tema; le interesaba el aspecto humano del problema. ¿Qué le ocurre después de todo eso a la persona en casa, en la vida cotidiana, en la vida íntima? Y lo bueno es que no obtuvo ninguna respuesta sincera. Por ejemplo, pidió que reunieran a algunos pilotos de helicóptero... para charlar entre hombres... Se presentaron unos cuantos, algunos ya jubilados a los treinta y cinco, cuarenta años. A uno lo trajeron a pesar de tener una pierna rota; se le había producido una fisura típica de la gente mayor; es decir, en su caso por el efecto de la radiación, los huesos se reblandecen. Pero lo trajeron...

El inglés les hace sus preguntas: ¿como os va ahora con la familia, qué tal con vuestras jóvenes esposas? Los pilotos permanecen callados. Ellos han venido a contar cómo realizaban hasta cinco vuelos al día. Y éste ¿qué les pregunta?.. ¿Sobre sus mujeres? De estos temas... Entonces el tipo que se pone a sonsacarles uno a uno... Pero ellos, como un solo hombre: la salud es normal, el Estado valora su gesta y en casa reina el amor y la concordia... Y ni uno solo... Ni uno se sinceró...

Los pilotos ya se habían marchado, pero yo noto que el inglés está deprimido.

“¿Entiendes ahora por qué nadie os cree? --me dice--. Os engañáis a vosotros mismos”.

El caso es que el encuentro se había realizado en un café, donde servían dos atractivas camareras. Las chicas ya estaban recogiendo las mesas y el inglés va y les pregunta:

“¿Al menos ustedes me podrían contestar a unas cuantas preguntas?”

Y las dos muchachas le pusieron las cartas boca arriba. Él les pregunta:

“¿Queréis casaros?”

“Sí, pero sobre todo no aquí. Todas soñamos con casarnos, pero con un extranjero, para dar a luz un niño sano”.

Entonces el inglés se anima y se atreve a ir más allá:

“Pero, a ver, ¿tienen ustedes amigos? ¿Cómo son? ¿Ellos os satisfacen? ¿Entienden a lo que me refiero?”

“Mire, ahora estaban con ustedes unos pilotos. Unos tipos de dos metros. Con todas sus medallas. Pues bien, estos tipos son buenos para las tribunas, pero no para la cama”.

El periodista fotografió a aquellas chicas, y a mí me repitió la misma frase:

“¿Entiendes ahora por qué nadie os cree? Os engañáis a vosotros mismos”.

Fuimos con él a la zona. La estadística ya se sabe: en torno a Chernóbyl hay ochocientas fosas. El hombre esperaba encontrarse con unas instalaciones técnicas fantásticas; cuando lo que hay son unas zanjas de lo más corriente. Y en ellas, el “bosque anaranjado”, los árboles talados alrededor del reactor en ciento cincuenta hectáreas (a los dos días de la avería los pinos y los abetos se pusieron rojos y luego de color naranja). Yacían allí miles de toneladas de metal y acero, pequeñas tuberías, trajes de trabajo, construcciones de hormigón...

El periodista me mostró una foto de una revista inglesa. Una vista panorámica. Desde arriba... Miles de máquinas, tractores, aviones... Coches de bomberos, ambulancias...

La fosa más grande se halla junto al reactor. Quería fotografiarla ahora, pasados diez años... Le habían prometido una buena suma de dinero por la foto. De modo que damos vueltas y más vueltas, y un director nos manda a otro: unas veces te dicen que no tienen el mapa; otras, no nos dan permiso.

Dimos vueltas hasta no poder más de agotamiento, cuando de pronto se me ocurrió: comprendí que la fosa ya no existía, que ya no existía en la realidad, sino sólo en los listados. Hacía tiempo que lo habían robado todo y repartido por los mercados, convertido en piezas de recambio para los koljoses y en leña para la casa. Lo habían robado todo y se lo habían llevado. El inglés no podía comprenderlo. ¡No me creyó! ¡Cuando le dije toda la verdad, el hombre no me creyó!

Y hasta yo ahora, cuando leo incluso el artículo más valiente, no me lo creo. Constantemente del subconsciente me viene la idea: “¿Y si de pronto también esto es mentira? ¿O algún cuento?”. Recordar la tragedia se ha convertido en un lugar común... ¡En un tópico! ¡O en un espantajo! **(Concluye en tono desesperado. Calla.)**

Todo lo llevo al museo... Cargo con todo... Pero hay días en que se me ocurre pensar: “¡Lo mando todo al diablo! ¡Me largo!” ¿Cómo se puede soportar todo esto, dígame?

Un día tuve una conversación con un sacerdote joven.

Estábamos junto a la tumba recién cubierta de Sasha Goncharov... Uno de los muchachos que estuvieron en el tejado del reactor... Nevaba. Hacía viento. Un tiempo infernal. El sacerdote oficia el funeral. Lee la oración. Con la cabeza descubierta.

“Cualquiera diría que no nota usted el frío?” -- le pregunté más tarde.

“Así es --me contestó--; en momentos como éste soy todopoderoso. Ninguna otra ceremonia religiosa me transmite tanta energía como los funerales”.

Lo recuerdo ahora: eran las palabras de un hombre que siempre se encuentra cerca de la muerte.

Más de una vez les he preguntado a los periodistas extranjeros que vienen a vernos, muchos de ellos nos han visitado ya varias veces: ¿por qué vienen, por qué piden que les manden a la zona? Sería estúpido pensar que es sólo por dinero o para hacer carrera.

“Nos gusta esto --confesaban--. Aquí recibimos una potente carga de energía”.

Una respuesta inesperada, ¿no es cierto? Para ellos, seguramente, nuestros hombres, sus sentimientos, su mundo es algo nunca visto, algo hipnotizante... Pero no he podido aclarar qué es lo que más les atrae: ¿nosotros mismos? ¿O lo que se puede escribir sobre nosotros? ¿O entender, a través de nosotros?

¿Qué es eso de dar continuamente vueltas alrededor de la muerte?

Chernóbyl... Ya no tendremos otro mundo más que éste... Al principio, cuando arrancaban la tierra de debajo los pies, soltábamos este dolor nuestro sin más; pero ahora te invade la evidencia de que no hay otro mundo: que no hay adónde ir. La sensación de asentamiento trágico en esta tierra de Chernóbyl... Una visión del mundo radicalmente distinta.

De la guerra había regresado la generación “perdida” ¿Recuerda a Remarque? Pero con Chernóbyl vive la generación “desconcertada”. Vivimos en el desconcierto... Lo único que no ha cambiado es el sufrimiento humano... Nuestro único capital... ¡Un tesoro que no tiene precio!

...Llego a casa... Después de todo eso... Mi mujer me escucha... Y luego me dice con voz queda: “Te quiero, pero no te daré a mi hijo. No se lo daré a nadie. Ni a Chernóbyl, ni a Chechenia... ¡A nadie!” También en ella ya se ha instalado este miedo...”

*Serguéi Vasílievich Sóbolev,
vice-presidente de Asociación republicana
“Escudo para Chernóbyl”.*

CORO DEL PUEBLO

Clavdia Grigórievna Barsuk, esposa de un liquidador; Tamara Vasílievna Beloókaya, médico; Yekaterina Fiódorovna Bobrova, evacuada de la ciudad de Prípiat; Andréi Burtys, periodista; Iván Naúmovich Berguéichik, pediatra; Yelena Ilínichna Voronkó, habitante del poblado rural Braguin; Svetlana Góvor, esposa de liquidador; Natalia Maksímovna Goncharenko, evacuada; Tamara Ilínichna Dubikóvskaya, habitante del poblado rural Narovlia; Albert Nikoláyeovich Zaritski, médico; Aleksandra Ivánovna Kravtsova, médico; Eleonora Ivánovna Ladutenko, radiólogo; Irina Yúrievna Lukashévich, comadrona; Antonina Maksímovna Larivónchik, evacuada; Anatoli Ivánovich Polischuk, hidrometereólogo; Maria Yákovlevna Savélieva, madre; Nina Jantsévich, esposa de liquidador.

“Hace tiempo que no veo a mujeres embarazadas felices... Mamás felices...”

Mire, una que ha dado a luz ahora mismo. Ha vuelto en sí... Y llama: “¡Doctor, enséñemelo! ¡Tráigamelo!” Le palpa la cabecita, la frente, todo el cuerpo... Cuenta los dedos... de los pies, de las manos... Quiere estar segura: “Doctor, ¿mi niño ha nacido normal? ¿Todo está bien?” Se lo traen para que le dé de comer. Tiene miedo: “Vivo no lejos de Chernóbyl... He ido allí a ver a mi madre... Me cayó encima aquella lluvia negra...”

Te cuentan sus sueños: unas veces, una ternera que ha nacido con ocho patas, otras un cachorro con cabeza de erizo... Unos sueños tan extraños. Antes las mujeres no tenían sueños así. Yo no los había oído. Y eso que llevo treinta años de comadrona.”

“Enseño lengua y literatura rusa en la escuela.

Sería, creo recordar, a principios de junio; había exámenes. De pronto el director de la escuela nos reúne para anunciarnos: “Mañana venid todos con palas”. Al fin se aclaró que debíamos arrancar la capa superior, la capa contaminada de la tierra en torno a los edificios de la escuela, y luego vendrían los soldados y lo asfaltarían. Preguntamos: “¿Qué medios de protección nos darían? ¿Nos traerían trajes especiales, respiradores?”. Nos contestaron que no. “Tomad las palas y a cavar”. Sólo dos maestros jóvenes se negaron, el resto fue y se puso a cavar. Nos sentíamos deprimidos y a la vez con la sensación de cumplir con nuestro deber; es algo que está en nosotros: estar allí donde hay dificultades, donde hay peligro, defender la patria.

¿O no es esto lo que yo les enseño a los alumnos? Sólo eso: dar un paso adelante, lanzarse al fuego, defender, sacrificarse. La literatura que yo enseñaba no trataba de la vida, sino de la guerra: Shólojov, Serafímóvich, Fúrmanov, Fadéyev, Borís Polevói⁴⁴...

Sólo dos maestros jóvenes se negaron. Pero son de la nueva generación... Ya son otras personas...

Cavamos la tierra de la mañana a la noche. Cuando regresábamos a casa nos pareció raro ver que las tiendas estuvieran abiertas: las mujeres compraban medias, perfumes... Nosotros ya estábamos sumergidos en una sensación de guerra. Mucho más comprensible resultaba comprobar que de pronto se formaran colas para comprar el pan, la sal, las cerillas... Todos se pusieron a secar pan... Este comportamiento me resultó conocido, aunque he nacido después de la guerra. Yo intentaba analizar mis sentimientos y me asombré al descubrir la rapidez con que se había adaptado mi psique; de un modo que no alcanzo a comprender, la experiencia de la guerra me resultó ser familiar. Me podía imaginar como abandonaría la casa, cómo nos iríamos con los niños, qué cosas me llevaría y qué escribiría a mi madre. Aunque alrededor transcurría la vida pacífica de siempre y por la tele daban comedias. Pero nosotros siempre hemos vivido sumidos en el terror; sabemos vivir en el terror, es nuestro medio natural de vida. Y en esto nuestro pueblo no tiene igual...”

“Los soldados entraban en las aldeas y evacuaban a la gente. Las calles de los pueblos estaban a rebosar de maquinaria militar: blindados, camiones con lonas verdes, hasta tanques. La gente abandonaba sus casas en presencia de los soldados; y esto tenía un efecto deprimente, sobre todo para aquellos que han vivido la guerra. Primero culpaban a los rusos: “ellos tienen la culpa; la central es suya...”. Pero luego: “La culpa la tienen los comunistas...”

Todo el tiempo lo comparamos con la guerra. Pero esto es algo más grande... La guerra se puede entender... ¿Pero esto?... La gente enmudeció...”

“Yo es como si no me hubiera ido a ninguna parte... Cada día vivo con mis recuerdos. Voy por las mismas calles, junto a las mismas casas. Era un ciudad tan tranquila...”

Era domingo. Estaba tumbada, tomando el sol. Viene corriendo mamá: “Ha explotado Chernóbyl; la gente anda escondiéndose en sus casas, y tú, hija mía, aquí al sol”. Me reí de ella: de Narovlia hasta Chernóbyl había cuarenta kilómetros.

Por la noche junto a nuestra casa se detuvo un automóvil. Entra una conocida mía con su marido: ella, en bata de casa; él, en chándal de deporte y con unas zapatillas viejas. Habían escapado de Prípiat, bosque a través, por caminos vecinales... En las carreteras la milicia hacía guardia, había controles militares, no dejaban salir a nadie. Lo primero que me dijo a gritos: “¡Hay que buscar cuanto antes leche y vodka! ¡Ahora mismo!” Gritaba y gritaba: “Justo ahora que me había comprado los muebles, una nevera nueva. Me había hecho un abrigo de piel. Lo he dejado todo; lo he envuelto en plástico... No hemos dormido en toda la noche... ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar?” El marido la calmaba. Se pasaban los días delante del televisor, esperando a que saliera Gorbachov. Las autoridades callaban... Sólo después de que se celebraran las fiestas Gorbachov dijo: no se preocupen, camaradas, la situación está bajo control... No es nada grave... Allí la gente

⁴⁴Autores estudiados en el programa escolar por su exaltación del heroísmo y el valor del hombre soviético.

vive, trabaja...”

“Condujeron todo el ganado de las aldeas evacuadas a nuestro centro de distrito, a los lugares de recogida. Las vacas, las ovejas, los cerdos, los animales enloquecidos, corrían por las calles... Quién quería los atrapaba. De la fábrica de productos cárnicos los camiones iban con las canales a la estación Kalínovichi, allí los cargaban para Moscú. Pero Moscú rechazó la carga. Y estos vagones, convertidos ya en sarcófagos, regresaron a nuestra ciudad. Convoyes enteros. Aquí los enterraron. El olor a carne podrida me perseguía por las noches... “¿Es posible que éste sea el olor de una guerra atómica?” -- pensaba yo. La guerra que yo recordaba olía a humo...”

Los primeros días evacuaban a los niños por la noche; para que lo viera menos gente. Ocultaban la desgracia, la escondían. Pero de todos modos la gente se enteraba de todo. Unos sacaban a la carretera bidones con leche, otros cocían pan. Como durante la guerra... ¿Con qué más lo puedes comparar?”

“Reunión del comité ejecutivo regional. Situación de guerra. Todos esperan la intervención del jefe de defensa civil, porque quien había logrado recordar algo sobre la radiación era a partir de algunos retazos del manual de física de la décima clase. El individuo aparece en la tribuna y empieza a decir lo que ya se sabía de los libros y de los manuales sobre la guerra atómica: que después de recibir 50 roentgen un soldado debía abandonar el combate; sobre cómo construir refugios, cómo usar las máscaras antigás, sobre el radio de la explosión.

Viajamos a la zona contaminada en helicóptero. Con el equipo como mandan las normas: sin ropa interior, un mono de algodón, como los cocineros, sobre el traje una película de protección, guantes y una mascarilla de gasa. Todos cubiertos de aparatos colgando. Descendemos del cielo junto a una aldea y vemos a unos chiquillos revolcándose en la arena, como los gorriones... En la boca un guijarro, una rama... sin pantalones... con el culo al aire... Pero las órdenes son que no tratemos con la gente, para no provocar el pánico...

Y ya ve, ahora vivo con esto sobre mi conciencia...”

“De pronto empezaron a aparecer esos programas por la tele. Uno de los temas: una mujer muñe una vaca, lo echa en un bote, el periodista se acerca con un dosímetro militar y lo pasa por el bote... Y le sigue el comentario siguiente: ya ven, te viene a decir, todo es completamente normal, cuando en realidad se encuentran a sólo diez kilómetros del reactor. Te muestran el río Prípiat... La gente bañándose, tomando el sol... A lo lejos se ve el reactor y las volutas de humo que se alzan sobre él... Comentario: como pueden comprobar, las emisoras occidentales siembran el pánico, difunden descarados infundios sobre la avería. Y de nuevo con el dosímetro: ahora junto a un plato de sopa de pescado, luego con una pastilla de chocolate, y después sobre unos bollos en un quiosco al aire libre. Era un engaño. Los dosímetros militares de los que entonces disponía nuestro ejército no estaban preparados para medir alimentos, sólo podían medir la radiación ambiental...”

Un engaño tan increíble, semejante cantidad de mentiras asociadas a Chernóbyl en nuestra conciencia, sólo había podido darse durante la guerra...”

“Esperábamos nuestro primer hijo. Mi marido quería un niño, y yo una niña. Los médicos me habían intentado convencer: “Debe decidirse a abortar. Su marido ha estado en Chernóbyl”. Es conductor y los primeros días lo llamaron a ir allí. Para transportar arena. Yo no le hice caso a nadie.

La criatura nació muerta. Y sin dos dedos. Una niña. Y yo lloraba: “Si al menos tuviera todos los dedos. Era una niña””.

“Nadie entendía que había pasado. Llamé al servicio de reclutamiento. Nosotros, los médicos, siempre estamos en activo. Y me ofrecí voluntaria. No recuerdo su apellido, pero su rango era el de capitán, y me dijo: “Necesitamos gente joven”. Yo intenté convencerle: “Los médicos jóvenes, primero, no están preparados, y segundo, para ellos es más peligroso, el organismo joven es más sensible al efecto de las radiaciones”. Y él me contesta: “Las órdenes son reclutar a jóvenes”.

A los enfermos les empezaron a cicatrizar mal las heridas. Recuerdo aquella primera lluvia radioactiva. “Lluvia negra”, la llamarían luego... Por un lado, la mente no está preparada para nada parecido, y por otro, ¿acaso no somos los mejores? Los más extraordinarios. Vivimos en el país más

poderoso. Mi marido, que es una persona con estudios superiores, es ingeniero, me quería convencer con toda seriedad que se trataba de un acto terrorista. Un sabotaje perpetrado por el enemigo. Entonces eran muchos los que lo creían. Yo, en cambio, recuerdo como, en un tren, hablando con un economista, éste me contaba sobre la construcción de la central atómica de Smolensk. Cuanto cemento, cuanta madera, clavos, arena y demás desaparecían de la obra en dirección a las aldeas vecinas. A cambio de dinero, de una botella de vodka...

En las aldeas, en las fábricas, intervenían los responsables del partido, que viajaban a los lugares, se relacionaban con el pueblo. Pero ninguno de ellos era capaz de responder a preguntas como: ¿qué es esto de la desactivación? ¿cómo proteger a los niños? ¿cuales eran los coeficientes de transmisión de los radionúclidos a las cadenas alimenticias? Sobre las partículas alfa, beta y gama, sobre radiobiología, sobre las radiaciones ionizantes, ya sin hablar de los isótopos.

Para aquellos hombres todo eso eran cosas de otro mundo. Pronunciaban discursos sobre el heroísmo del hombre soviético, los símbolos del valor militar, las añagazas de los servicios secretos occidentales... Cuando un día intenté replicar en una reunión del partido y expresé mis dudas, me amenazaron con retirarme el carné..."

"Hubo muchas muertes inexplicables. Inesperadas... A mi hermana le dolía el corazón... Y cuando oyó lo de Chernóbyl presintió su final: "Vosotros sobreviviréis a esto, yo no". Murió al cabo de varios meses... Los médicos no nos lo pudieron explicar. Con su diagnóstico podía haber vivido muchos más años..."

Contaban que a las ancianas les empezó a salir leche de los pechos, como a las parturientas. El término médico para este fenómeno es "relajación". ¿Pero para los campesinos? Aquello era el fin del mundo... Un castigo de Dios... Algo parecido le pasó a una anciana que vivía sola. Sin marido. Sin hijos. Y le ocurrió que... Iba por la aldea acunando un fardo en los brazos... Cantando una canción de cuna..."

"Me da miedo vivir en esta tierra. Me han dado un dosímetro, ¿y para qué me hace falta? Lavo la ropa, la tengo blanca como la nieve, en cambio el dosímetro pita. Preparo la comida, hago una empanada: también pita. Hago la cama, y pita. ¿Para qué lo quiero? Doy de comer a los niños y lloro. "¿Por qué lloras, mamá?"

Tengo dos niños. Dos chicos. No han ido ni a la casa cuna ni a la guardería, se pasan el tiempo en los hospitales. El mayor, no se sabe si es niño o niña. Calvito está. Lo he llevado a los médicos y a las sanadoras. A los decidores, a los curanderos. Es el más pequeño de la clase. No puede correr, ni jugar; si alguien le da un golpe sin querer, le sale sangre. Se puede morir. Tiene la enfermedad de la sangre; hasta no me sale la palabra. Estoy con él en el hospital y pienso: "Se me va a morir". Luego comprendí que no se puede pensar de esta manera. Lloraba en el lavabo... Ninguna madre en las salas lloraba. Lo hacían en los lavabos, en el water. Y luego salía con la cara alegre.

--Tienes las mejillas más sonrosadas. Te estás curando.

--Mamá, sácame del hospital. Aquí me moriré. Aquí todos se mueren.

¿Dónde puedo llorar? ¿En el lavabo? Si allí hay cola... Y todas son como yo..."

"Por la Radunitsa... El día de los difuntos... Nos dejaron ir al cementerio. A visitar las tumbas, pero cuando queríamos entrar en nuestros patios, la milicia decía que estaba prohibido. Al menos vimos de lejos nuestras casas... Les hicimos la señal de la cruz..."

"Ahora le contaré cómo es nuestra gente. Vea un ejemplo. Eso ocurre en las "zonas sucias"... Los primeros años llenaron las tiendas de alforfón, de carne de cerdo china en lata y la gente se sentía contenta; se felicitaban diciendo: ahora sí que no nos sacan de aquí. ¡Estamos bien! La tierra se había contaminado de manera desigual. En un mismo koljós había campos "limpios" y "sucios", a los que trabajaban en los "sucios" les pagaban más, y todos querían ir allí... Y se negaban a ir a los "limpios"..."

Hace poco me vino a visitar un hermano de Lejano Oriente. "Estáis aquí --me dice-- como las "cajas negras". Sois seres-"cajas". Llevan "cajas negras" todos los aviones, en ellas se graba toda la información sobre el vuelo. Nos creemos que vivimos. Hablamos, andamos, comemos... Amamos... ¡Cuando en realidad estamos escribiendo nuestra información!..."

“Yo soy pediatra. Los niños lo ven todo diferente a los mayores. Por ejemplo, ellos no tienen noción que el cáncer significa la muerte. Es una idea que no se les ocurre. Lo saben todo de sí mismos: el diagnóstico, el nombre de todos los tratamientos y las medicinas. Lo saben mejor que sus madres. Tengo la impresión de que cuando se mueren ponen unas caras de tanto asombro... Están en la cama con unas caras de sorpresa...”

“Los médicos ya me han anunciado que mi marido va a morir. Tiene leucemia. Cáncer de la sangre.

Se puso enfermo al regresar de la zona de Chernóbyl. Al cabo de dos meses. Lo mandaron allí de la fábrica. Llega por la noche del turno y me dice:

--Por la mañana me voy.

--¿Qué vas a hacer allí?

--Trabajar en un koljós.

Recogían el heno en la zona de los cincuenta kilómetros, recogían la remolacha, la patata.

Regresó. Y nos fuimos a ver a sus padres. Le estaba ayudando a su padre a enyesar la estufa. Y allí mismo se cayó. Llamamos a la ambulancia y se lo llevaron al hospital: una dosis mortal de leucocitos. Lo mandaron a Moscú.

Regresó de Moscú con una sola idea: “Me voy a morir”. Se volvió más callado. Yo lo intentaba convencer. Le imploraba. Pero no creía en mis palabras. Le hice una hija, para que me creyera. Por entonces yo no adivinaba mis sueños. Unas veces me llevan al cadalso, otras voy toda de blanco... Me despierto por la mañana y lo miro: ¿cómo me voy a quedar sin él? No se puede pensar mucho en la muerte... Ahogo estos pensamientos... De haber sabido que se pondría enfermo, hubiera cerrado todas las puertas, me hubiera cruzado en la entrada. Y hubiera cerrado la casa con diez candados...”

“Ya hace dos años que mi niño y yo vamos de una clínica a otra. No quiero ni leer ni oír nada de Chernóbyl. Ya lo he visto todo...”

Las niñas, con sus batas de hospital, juegan a las muñecas. Sus muñecas cierran los ojos, las muñecas se mueren.

--¿Por qué se mueren?

--Porque son nuestros hijos, y nuestros hijos no vivirán. Nacerán y se morirán.

Mi Artiom tiene siete años, pero le dan cinco.

El chico cierra los ojos y a mí me parece que se ha dormido. Entonces me pongo a llorar; creo que no me ve.

Pero el niño me dice:

--Mamá, ¿ya me estoy muriendo?

Se duerme y casi no respira. Me coloco a su lado, de rodillas... Junto a la cama.

--Artiom, abre los ojos... dime algo...

“Aún estás calentito...” --me digo.

Abre los ojos y se vuelve a dormir. Y tan callando. Como si se hubiera muerto.

--Artiom, abre los ojos...

Yo no le dejo que se muera...”

“No hace mucho celebramos el Año Nuevo. Preparamos una buena mesa. Todo era nuestro: ahumados, tocino, carne, pepinillos marinados, sólo el pan era de la tienda. Hasta el vodka era nuestro, hecho en casa. Todo nuestro, como se dice en broma, nuestro de Chernóbyl. Con cesio y estroncio de propina. Porque ¿de dónde podemos sacar todo esto? Las tiendas en los pueblos están vacías, y si aparece algo, con nuestras pensiones y salarios, una no puede ni soñar en comprarlo.

Vinieron los invitados. Nuestros buenos vecinos. Gente joven. Un maestro y el mecánico del koljós con su esposa. Bebimos. Comimos. Y luego nos pusimos a cantar. Sin proponérselo, cantamos canciones revolucionarias. Sobre la guerra. “Tiñe el alba con dulzura las murallas del Kremlin” -- mi canción preferida. Y pasamos una buena velada, agradable. Como las de antes.

Le conté la fiesta a mi hijo. Está estudiando en la capital. Es estudiante. Y recibo la siguiente respuesta: “Mamá, me he imaginado la escena... De locos... La tierra de Chernóbyl... Nuestra casa... Brilla el árbol de Año Nuevo... Y una gente sentada a la mesa cantando canciones revolucionarias, canciones de la guerra... Como si en su pasado no hubiera existido ni el GULAG,

ni Chernóbyl...”

Y sentí pánico. No por mí, sino por mi hijo... No tiene ya adonde regresar...”

CAPÍTULO TERCERO

LA ADMIRACIÓN DE LA TRISTEZA

Monólogo sobre lo que no sabíamos: que la muerte puede ser tan bella

Los primeros días la cuestión principal era: ¿quién tiene la culpa? Luego, cuando ya nos enteramos de más cosas, empezamos a pensar: ¿qué hacer? ¿Cómo salvarnos? Y ahora, cuando ya nos hemos resignado a la idea de que la situación se prolongará no un año, ni dos, sino durante muchas generaciones, hemos emprendido mentalmente un regreso al pasado, retrocediendo una hoja tras otra...

Sucedió en la noche del viernes al sábado... Por la mañana nadie sospechaba nada. Mandé al crío al colegio, el marido se fue a la peluquería. Y yo me puse a preparar la comida. Mi marido regresó pronto... Diciendo: “En la central se ha producido no sé qué incendio. Las órdenes son no apagar la radio”.

He olvidado decir que vivíamos en Prípiat, junto al reactor. Hasta hoy tengo delante de mis ojos la imagen: un fulgor de un color frambuesa brillante; el reactor parecía iluminarse desde dentro. No era un incendio como los demás, sino como una luz fulgurante. Era hermoso. No había visto nada parecido en el cine. Al anochecer la gente se asomaba a los balcones. Y los que no tenían se iban a casa de los amigos y conocidos. Vivíamos en un noveno piso, con una vista espléndida. La gente sacaba a los niños, los levantaba en brazos. “¡Mira! ¡Recuerda esto!” Y fijese que eran personas que trabajaban en el reactor... Ingenieros, obreros... Profesores de física... Envueltos en aquel polvo negro... Charlando... Respirando... Disfrutando del espectáculo...

Algunos venían de decenas de kilómetros en coches, en bicicleta, para ver aquello. No sabíamos que la muerte podía ser tan bella. Y yo no diría que no oliera. No era un olor de primavera, ni de otoño, sino de algo completamente diferente, tampoco olor a tierra... Picaba la garganta, y los ojos lloraban solos. No dormí en toda la noche, oía las pisadas de los vecinos de arriba, que tampoco dormían. Arrastraban algo, daban golpes, es probable que empaquetaran sus cosas. Yo ahogaba el dolor de cabeza con “citramon”.

Por la mañana, cuando amaneció, miré a mi alrededor --no es algo que me invente ahora o que lo pensara después-- y fue entonces cuando supe que algo no iba bien, que la situación había cambiado. Para siempre. A las ocho de la mañana por las calles ya circulaban militares con máscaras antigás.

Cuando vimos a los soldados y los vehículos militares por las calles, no nos asustamos, sino al contrario, recobramos la calma. Si el ejército ha venido en nuestra ayuda, todo será normal. En nuestra cabeza aún no cabía que el átomo de uso pacífico pudiera matar... Que el hombre se viera impotente ante las leyes de la física...

Por la radio no paraban de anunciar que la gente se preparara para la evacuación: que nos sacarían de la ciudad para tres días, que lo lavarían todo y harían sus comprobaciones. A los niños les mandaron que se llevaran sin falta los libros. Mi marido, a pesar de todo, guardó en la cartera los documentos y nuestras fotos de boda. Yo, en cambio, lo único que me llevé fue un pañuelo de gasa por si hacía mal tiempo...

Desde los primeros días sentimos sobre nuestra piel que éramos de Chernóbyl, personas de otro mundo. El autobús en que nos evacuaron se detuvo durante la noche en una aldea. La gente dormía en el suelo en la escuela, en el club. No había dónde meterse. Y una mujer nos invitó a ir a su casa. “Vengan, que les haré una cama. Pobre niño.” Y otra mujer, que se encontraba a su lado, la apartaba de nosotros: “¡Te has vuelto loca! ¡Están contaminados!”

Cuando ya nos trasladamos a Moguiliov y nuestro hijo fue a la escuela, al primer día regresó corriendo a casa llorando... Lo sentaron junto a una niña, y la muchacha no quería estar a su lado, porque era radiactivo, como si por sentarse a su lado se pudiera morir. El chico estudiaba en la cuarta clase donde resultó ser el único de Chernóbyl. Todos le tenían miedo y lo llamaban

“luciérnaga”... Me asusté al ver qué pronto se le había acabado la niñez.

Nosotros abandonábamos Prípiat y a nuestro encuentro avanzaban columnas militares... Carros blindados... Y allí sí que tuve miedo. Aunque no me abandonaba una extraña sensación, la impresión de que todo aquello no me ocurría a mí sino a otra gente. Yo lloraba, buscaba comida, dónde pasar la noche, abrazaba y calmaba a mi hijo, pero en mi interior, no era ni siquiera una idea, sino la constante impresión de ser una espectadora.

Sólo en Kíev nos entregaron el primer dinero; pero no se podía comprar nada con él: centenares de miles de personas en movimiento, todo ya lo habían comprado y consumido. Mucha gente tuvo infartos, ataques; allí mismo en las estaciones, en los autobuses.

A mí me salvó mi madre. En su larga vida, mi madre había perdido en más de una ocasión su hogar, quedándose sin nada de lo que había conseguido en su vida. La primera vez, la represaliaron en los años treinta, se lo quitaron todo: la vaca, el caballo, la casa. La segunda vez fue un incendio: sólo logró salvarme a mí.

“Hay que sobreponerse a esto --me calmaba--. Lo importante es que hemos sobrevivido”.

Recuerdo que íbamos en el autobús. Llorando. Y un hombre en el asiento delantero reñía a grandes voces a su mujer: “¡Serás idiota! ¡Todo el mundo se ha llevado al menos alguna cosa, y tú y yo acarreando botes vacíos de tres litros!”. La mujer decidió que, ya que viajábamos en autobús, por el camino le llevaría a su madre los botes vacíos para la salazón. Llevaban a su lado unas enormes redes panzudas, contra las que tropezábamos a cada rato. Y con aquellos botes de vidrio viajaron hasta Kíev.

...Yo canto en el coro de la iglesia. Leo los evangelios. Voy a la iglesia, porque sólo allí hablan de la vida eterna y reconfortan a la gente. En ninguna otra parte escucharás palabras de consuelo, y tienes tantas ganas de escucharlas.

A menudo sueño que mi hijo y yo vamos por las calles soleadas de Prípiat. Un lugar que hoy es ya una ciudad fantasma. Vamos y contemplamos las rosas; en Prípiat había muchas rosas; grandes parterres con rosas... Era tan joven. Mi hijo era pequeño... Y amaba...

Pero todo el miedo lo olvidé... Como si no hubiera sido más que una espectadora...”

*Nadezhda Petrovna Vygóvskaya,
evacuada de la ciudad de Prípiat.*

Monólogo sobre qué fácil es convertirse en tierra

“Me esforzaba por recordar aquellos días... Eran muchas las sensaciones nuevas... El miedo... Como si hubiera irrumpido en un mundo desconocido, como en Marte...”

Soy de Kursk, en el sesenta y nueve nos construyeron una central atómica. En la ciudad de Kurchátov. Íbamos de Kursk allí de compras. A por salchichas. A los trabajadores de la central atómica los abastecían de primera. Recuerdo un gran estanque, donde se pescaba. No lejos del reactor. Después de lo de Chernóbyl lo recuerdo a menudo...

De modo que ésta es la cosa: me entregan la citación y, como persona disciplinada que soy, me presento el mismo día en la oficina de reclutamiento. El comandante hojea mi “causa” y me dice: “A ti nunca te han reclutado para los ejercicios. Pero ahora resulta que hacen falta químicos. ¿No quieres ir a un campamento cerca de Minsk para unos veinticinco días?”. Y yo pensé: “¿Y por qué no? Así descanso de la familia, del trabajo. Pasaré unos días al aire libre.”

El veintidós de junio de mil novecientos ochenta y seis, a las once de la mañana, me presenté con mis cosas, la escudilla y el cepillo de dientes, en el punto de encuentro. Me extrañó comprobar que para ser tiempos de paz fuéramos tantos. Me pasaron por la cabeza algunos recuerdos. De las películas de guerra. Y además, siendo justo aquella fecha, el veintidós de junio... El principio de la guerra⁴⁵ ...

Nos mandaban formar, luego a romper filas, así una y otra vez, hasta la noche. Subimos a los autobuses cuando empezó a oscurecer. Y nos dan la siguiente orden: “Quien lleve alcohol, que se lo beba. Por la noche llegaremos al tren y por la mañana estaremos en la unidad. Os quiero por la mañana frescos como una rosa y sin equipaje sobrante”. Pero, claro... el follón duró toda la noche.

⁴⁵ De la invasión alemana en 1945.

Por la mañana encontramos en el bosque nuestra unidad. Nos hicieron formar de nuevo y nos llamaron por orden alfabético. Reparto de uniformes especiales. Nos dieron un equipo, luego otro y más tarde un tercero. Vaya, pensé, la cosa se pone seria. Y además nos entregan un capote, un gorro, un colchón y una almohada: todo de invierno. Y eso que estábamos en verano; además nos habían prometido soltarnos a los veinticinco días. “¿Pero qué decís, estáis tontos? -- se ríe el capitán que nos conduce--. ¿Veinticinco días? !Os vais a cascar aquí, en Chernóbyl, medio año”. Nos quedamos atónitos. Estábamos furiosos.

Y al instante, con el ánimo convencernos, nos dicen lo siguiente: a quien lo manden a más de veinte kilómetros, recibirá salario doble; a quien a los diez, salario triple, y quien se llegue hasta el reactor mismo, que multiplique por seis. Unos empiezan a calcular que en esos meses pueden volver a casa en su propio coche; otros, en cambio, quieren salir corriendo, pero la disciplina militar...

¿Qué era la radiación? Nadie había oído nada. Yo en cambio justo había hecho unos cursos de defensa civil; allí nos dieron unos datos que tenían treinta años de antigüedad: cincuenta roentgen es una dosis mortal. Nos enseñaron como tumbarnos en el suelo para que la onda explosiva te pasara por encima sin tocarte. La irradiación, la onda térmica... Pero que la contaminación radiactiva del medio ambiente era el factor más letal, ni una palabra.

Tampoco los oficiales de carrera que nos llevaron a Chernóbyl entendían demasiado del asunto. Sólo sabían una cosa: había que tomar cuanta más vodka mejor, porque ayudaba contra la radiación.

Los seis días que pasamos cerca de Minsk, los seis días, nos los pasamos bebiendo. Yo coleccionaba etiquetas de botellas. Primero bebíamos vodka, pero luego, miro y veo que empezaron a correr unas bebidas muy raras: “nitquinol” y otros limpiacristales varios. Como químico, el experimento me resultaba interesante. Después del “nitquinol” se te quedan las piernas como de guata, pero la cabeza se mantiene clara. Te da la orden “¡En pie!”, Y en cambio te caes.

De modo que ésta es la cosa: a mí, un ingeniero químico, a todo un doctor en ciencias químicas, me obligan a abandonar mi empleo de responsable de un laboratorio químico en un importante complejo industrial. ¿Y cómo me utilizan? Me dan una pala. Éste sería prácticamente mi único instrumento. Aquí fue donde nació el aforismo: contra el átomo -- la pala.

Teníamos elementos de protección: respiradores, máscaras antigás, pero nadie los usaba, porque el calor llegaba a los treinta grados. En cuanto te pusieras aquello te morías al instante. Firmamos haber recibido todo aquello como si se tratara de equipo suplementario, pero luego nos olvidamos de aquel material. Y otro detalle más... De los autobuses subimos al tren: en el vagón había cuarenta y cinco asientos, y nosotros éramos setenta. Dormimos por turnos... No sé por qué me ha venido este recuerdo a la cabeza...

¿Qué fue todo esto de Chernóbyl? Coches militares, soldados. Puestos de lavado. Una situación de guerra. Nos alojaron en tiendas de campaña, diez en cada una. Unos habían dejado en casa a sus hijos; otro que la mujer estaba a punto de parir; otro que no tiene piso... Pero nadie se quejaba. Hay que hacerlo, pues se hace. La patria te llama; la patria te lo ordena. Así es nuestro pueblo...

Alrededor de las tiendas, montañas gigantes de latas de conserva. Montblanch enteros. En algún lugar tenía guardadas el ejército estas reservas de emergencia. Por si había guerra. Conservas de carne, de gachas... De pescado... Manadas de gatos... Los había como moscas...

Las aldeas habían sido evacuadas... Oyes como una puerta chirría con el viento y te das la vuelta al instante esperando ver a una persona. Pero en lugar de un hombre, aparece un gato...

Retirábamos la capa superior de la tierra contaminada, la cargábamos en camiones que la transportaban a unas fosas comunes. Yo me creía que una fosa de éstas eran una complicada instalación técnica, resultó ser un simple hoyo que se convertiría en un túmulo. Arrancábamos la tierra y la envolvíamos en grandes rollos. Como una alfombra... Una capa de césped con las hierbas, las flores, las raíces... Con los escarabajos... Con las arañas, las lombrices... Un trabajo de locos. Porque es imposible despellejar toda la tierra, arrancar todo lo vivo. Si no bebiéramos a muerte y cada noche, dudo que lo hubiéramos podido aguantar. Se nos habría ido el coco.

Centenares de kilómetros con la tierra arrancada, estéril. Las casas, los cobertizos, los árboles, las carreteras, las guarderías, los pozos se quedaban como desnudos... Por las mañanas, cuando te ibas a afeitarte, te daba miedo mirarte al espejo, verte la cara. Porque te venían a la cabeza las ideas más disparatadas... Costaba imaginar que la gente pudiera volver allí a vivir... Y sin embargo,

nosotros cambiábamos los tejados, los lavábamos.

Todo el mundo comprendía que nuestro esfuerzo era inútil. Miles de personas. Pero nos levantábamos por la mañana y vuelta a lo mismo.

Te encuentras a un viejo analfabeto y te dice: “Dejad este trabajo, muchachos. Que esto es malo. Sentaos a la mesa. Venid a comer con nosotros.”

Sopla el viento. Corren las nubes. El reactor sigue sin cubrir... Quitamos una capa y al cabo de una semana, de vuelta al mismo lugar; y puedes empezar de nuevo. Pero ya no había nada que arrancar. Solo arena que se deshace... Sólo le vi sentido a una cosa: cuando desde los helicópteros lanzaban una mezcla especial para que se formara una película de polímero; aquello impedía que la tierra se moviera de lugar, pues el viento la levantaba con facilidad. Esto me resultó lógico. En cambio, nosotros seguimos cavando y cavando...

Las aldeas habían sido evacuadas, pero en algunas aún quedaban viejos... ¡Qué ganas de entrar en una de esas casas y sentarte a la mesa... Más que nada por el propio ritual... Al menos media hora de una vida normal, una vida humana... Aunque no se podía comer nada. Estaba prohibido. Y, de todos modos, qué ganas te daban de sentarte a una mesa... En una vieja casa...

Detrás dejábamos sólo los túmulos. Decían que, al parecer, los iban a cubrir después con planchas de hormigón y rodear de alambre de espinos. Allí dejábamos los volquetes, los todoterreno, las grúas con las que habíamos trabajado, pues el metal tiene la propiedad de acumular, de absorber la radiación. Pero cuentan que todo esto desapareció luego en alguna parte. Que lo robaron. Y me lo creo, porque en nuestro país puede ocurrir cualquier cosa.

En una ocasión cundió la alarma: los dosimetristas comprobaron que nuestro comedor se había construido en una zona donde la radiación era mayor que la del lugar adonde íbamos a trabajar. Y nosotros que estábamos instalados allí desde hacía dos meses. Así es nuestra gente. Unos troncos y unas tablas clavadas a la altura del pecho. A esto le llamaban un comedor... Comíamos de pie. Nos lavábamos en un barreño... El water era una larga zanja en medio del campo... Con una pala en las manos... Y a tu lado, el reactor...

Al cabo de dos meses ya empezamos a comprender algo. Y comenzaron a surgir las preguntas: “¿Qué pasa, o es que somos unos condenados a muerte? Nos hemos pasado aquí dos meses, y basta. Ya es hora de que nos sustituyan.”

El general-mayor Antoshkin se reunió con nosotros para una charla, y nos dijo con toda franqueza: “No nos sale a cuenta sustituiros. Os hemos dado un juego de ropa. Y otros dos más. Ahora ya os habéis acostumbrado a esto. Sustituiros nos saldrá caro, será además complicado”. Y hacía hincapié en que éramos unos héroes.

Un día a la semana, a los que habían trabajado bien con la pala, les entregaban un diploma de honor delante de la formación. Al mejor enterrador de la Unión Soviética. Una locura, vamos...

Las aldeas estaban vacías... Vivían allí las gallinas y los gatos. Entrabas en un cobertizo y estaba lleno de huevos. Los freíamos. Los soldados eran unos tipos valientes. Atrapaban una gallina. Encendían una hoguera. Y la botella de *samogón*...

Cada día en la tienda nos liquidábamos a coro una garrafa de tres litros de *samogón*. Unos jugaban al ajedrez, otros tocaban la guitarra. El hombre se acostumbra a todo. Uno se emborrachaba y se metía en la cama, y a otro le daba por ponerse a gritar. Por pelearse. Dos se subieron a un coche borrachos. Y se estrellaron. Los sacaron con un soplete, de entre los hierros aplastados.

Yo me salvé porque escribía a casa largas cartas y llevaba un diario. El jefe de la sección política me pescó y quiso sonsacarme: ¿dónde lo guardas? ¿qué escribes? Hasta convenció a un vecino para que me espicara. El hombre me avisó: “¿Qué escribes?” -- “He escrito una tesis. Ahora trabajo en otra”. El tipo se echó a reír. “Así se lo diré al coronel. Pero tú guarda bien esos papeles”.

Eran buenos muchachos. Ya se lo he dicho, ni un quejica. Ni un cobarde. Créame: nadie nos vencerá nunca. ¡Nunca! Los oficiales no salían de las tiendas. Tumbados en zapatillas de casa. Y bebían. Pues bueno, ¡que les parta un rayo! En cambio, nosotros a cavar. Qué importa que les den más estrellas para sus galones. ¡Un rábano me importa! Ya ve, así es nuestra gente.

Los dosimetristas eran dioses. Todos intentaban hacer buenas migas con ellos. “A ver, se bueno y dime: ¿cuánta radiación tengo?” Un muchacho emprendedor se las ingenió para agarrar un palo y atarle un alambre. Llama a una casa y empieza a pasar su palo por las paredes. Y la vieja que va tras él: “Hijo mío, qué es lo que tengo?” -- “Secreto militar, abuela”. -- “Dímelo, por Dios, hijo mío. Que te daré un vaso de *samogón*”. -- “Bueno, venga el vaso”. -- Se lo zampa y: -- “Todo en orden, abuela”. Y a otra casa...

Hacia la mitad de nuestra estancia por fin nos dieron dosímetros a todos, unas cajitas pequeñas y dentro un cristal. A algunos se les ocurrió una idea: por la mañana llevaban el dosímetro a la fosa y por la noche lo recogían. Cuanta más radiación tenías más pronto te daban un permiso. O te pagaban más. Algunos se los ataban a la bota --había allí una correa-- para que estuviera más cerca del suelo. Un teatro del absurdo. Porque los aparatos esos no estaban cargados. Para que empezaran a contar, había que cargarlos con una dosis inicial de radiación. O sea que nos habían dado esos trastos, esos cachivaches para distraer al personal. Psicoterapia. En realidad resultó ser un artificio de silencio, un trasto que se había pasado tirado cincuenta años en los almacenes. Al final en la cartilla militar nos apuntaron a todos la misma cantidad: multiplicaron la dosis media de radiación por los días de estancia. Y la dosis media la tomaron en las tiendas de campaña donde vivíamos.

No sé si es un chiste o fue verdad. Llama un soldado a su novia. Ella está preocupada: “¿Qué haces allí?” Y el tipo decide echarse un farol: “Acabo de salir del reactor, me he lavado las manos.” Y de pronto, unos pitidos. Se corta la comunicación. El KGB al aparato...

Dos horas para descansar. Te tumbas bajo un arbusto, y ves que las guindas están maduras. Son grandes, dulces; las frotas con la mano y a la boca. Y moras, era la primera vez que veía una morera...

Cuando no había trabajo, nos hacían desfilar. Mirábamos películas. Indias. De amor. Hasta las dos o las tres de la madrugada. Entonces el cocinero se quedaba dormido, y la comida se quedaba cruda.

Nos traían la prensa. Allí escribían que éramos unos héroes. Voluntarios. Se publicaban fotografías. Qué daría por encontrarme con aquel fotógrafo.

No lejos se habían instalado unas unidades internacionales. Tártaros de Kazán. Vi uno de sus juicios de honor. Hicieron pasar a un soldado ante la formación, si se paraba o se apartaba a un lado, le sacudían. A patadas. Era un tipo que entraba en las casas y las limpiaba. Le encontraron una bolsa con trastos. También había lituanos. Al cabo de un mes se amotinaron y exigieron que los mandaran de vuelta a casa.

Una vez realizamos una misión especial: nos ordenaron que laváramos urgentemente una casa en una aldea vacía. ¡Una pesadilla! “¿Para qué?” -- “Mañana se va a celebrar aquí una boda”. Rociamos con mangueras el tejado, los árboles, escarbamos la tierra. Segamos las plantas de la patata, toda la huerta, la hierba del patio. Dejamos todo aquello hecho un erial.

Al día siguiente trajeron a los novios. Se presentó un autobús lleno de invitados. Con música... Un novio y una novia de verdad, no de película. Entonces ya vivían en otro lugar, se habían mudado, pero los convencieron de que vinieran aquí para filmar la escena para la posteridad. La propaganda funcionaba. La fábrica de sueños... Hasta en aquel infierno la propaganda defendía nuestros mitos: podemos sobrevivir en cualquier lugar, hasta en una tierra muerta...

Justo antes de partir, el comandante me mandó llamar: “¿Qué has estado escribiendo?” -- “Cartas a mi mujer” --le contesté--. A lo que le siguió la frase: “Pues al llegar a casa ándate con cuidado...”

¿Qué me ha quedado en el recuerdo de aquellos días? Una sombra de locura... Cómo cavábamos... Y cavábamos... En alguna parte del diario tengo escrito qué es lo que comprendí allí. En los primeros días... Comprendí lo fácil que es convertirte en tierra...”

Iván Nikoláyevich Zhmýjov, ingeniero químico.

Monólogo sobre los símbolos de un gran país

“Ya hacia finales de mayo, algo así como un mes después del accidente, nos empezaron a llegar para su examen productos de la zona, del área de treinta kilómetros. El instituto trabajaba las veinticuatro horas. Como un organismo militar. En toda la república, en aquel momento, sólo nosotros disponíamos de profesionales y de los aparatos necesarios. Nos traían las vísceras de animales domésticos y salvajes. Comprobábamos la leche. Después de las primeras pruebas quedó bien claro que lo que nos llegaba no era carne sino residuos radiactivos.

En la zona pastaban rebaños por el sistema de turnos de guardia. Los pastores realizaban su turno y se marchaban; las ordeñadoras sólo iban a la zona para ordeñar las vacas. Las fábricas lecheras cumplían sus planes de producción. Comprobamos la leche. No era leche, sino residuos

radiactivos. Lo mismo pasaba tanto con la leche en polvo, como con la condensada y la concentrada. Durante mucho tiempo presentamos en las clases a la fábrica de leche Rogachov como una muestra patrón. Y mientras tanto su leche se vendía en las tiendas... Cuando la gente veía en las etiquetas que la leche era de Rogachov, no la compraba; entonces la retiraban del mercado, pero de pronto aparecían unos botes sin etiqueta. No creo que la causa fuera la falta de papel. Se engañaba a la gente. Y la engañaba el Estado.

En nuestra primera expedición a la zona se comprobó que en el bosque el umbral era de cinco a seis veces superior que en el campo abierto y en la carretera. Trabajaban los tractores... Los campesinos cultivaban sus huertos... En algunas aldeas medimos la tiroides a niños y mayores. Resultado: cien, doscientas, trescientas veces por encima de las dosis tolerables.

En nuestro grupo había una mujer. Una radióloga. Le dio un ataque de histeria al ver como los niños jugaban en la arena.

Comprobamos la leche materna: era radiactiva...

Las tiendas seguían abiertas y, como de costumbre en nuestras tierras, las manufacturas y los alimentos se presentaban todos juntos; trajes, vestidos y al lado las salchichas, la margarina. Estaban ahí, a la intemperie, ni siquiera cubiertos con un plástico. Tomamos un salchichón, un huevo... Los pasamos por los rayos X: no eran alimentos, sino desechos radiactivos...

Veías a una mujer joven sentada en un banco junto a su casa, dándole el pecho a su hijo... Una leche con cesio... La Virgen de Chernóbyl...

Y a nuestra pregunta: ¿qué se puede hacer? Nos respondían: “Hagan sus mediciones y miren la tele”. Por la tele aparecía Gorbachov calmando los ánimos: “Se han tomado medidas urgentes”... Yo le creía. Yo, un ingeniero, con veinte años de experiencia, buen conocedor de las leyes de la física. Porque lo que es yo, yo sí sabía que de aquella zona se debía sacar a todo ser viviente. Al menos por un tiempo. Y no obstante, realizábamos a conciencia nuestras mediciones y luego mirábamos la tele.

Nos hemos acostumbrado a creer. Yo soy de la generación de la posguerra y estoy educado en esta creencia. ¿De dónde esta fe? Habíamos salido victoriosos de una guerra monstruosa. Entonces todo el mundo se postraba ante nosotros. ¡Eso sí que era! En la Cordillera de los Andes, sobre las rocas esculpían: ¡¡Stalin!! ¿Qué es esto? Un símbolo. El símbolo de un gran país.

Respecto a su pregunta sobre por qué, a pesar de saber lo que ocurría, callábamos. Pues por lo mismo que no salíamos a protestar a la calle, que no levantábamos la voz. Hacíamos informes, preparábamos documentos explicativos. Pero callábamos y nos sometíamos sin rechistar a las órdenes, por disciplina de partido. Soy comunista. No recuerdo que ninguno de nuestros trabajadores se negara a viajar a la zona. Y lo hacían no por miedo a que los expulsaran del partido, sino por sus convicciones.

Ante todo estaba la certeza de que vivíamos en un mundo hermoso y justo, y de que el hombre estaba por encima de todo, pues representaba la medida de todas las cosas. Para muchos el hundimiento de estas convicciones acabó con un infarto, o un suicidio. Una bala en el corazón, como el académico Legásov... Porque, cuando pierdes la fe, cuando te quedas sin convicciones, ya no eres un participante, sino un cómplice, y para ti ya no hay perdón. Así lo entiendo yo.

Mire, un signo de... En cada central atómica de la antigua Unión Soviética se guardaba en una caja fuerte el plan de emergencia en caso de avería. Un plan tipo. Secreto. Sin disponer de un plan como aquel no se podía obtener el permiso para poner en marcha la central. Mucho antes del accidente, este plan se elaboró justamente sobre la base de la central de Chernóbyl. ¿Qué se debía hacer y cómo? ¿Quién respondía de cada cosa? ¿Dónde se encontraba esto y aquello?... Estaba todo, hasta el menor de los detalles... Y de pronto, allí, en aquella central, se produce un accidente... ¿Qué es esto, una coincidencia? ¿Un suceso místico? Si yo fuera creyente...

Cuando quieres encontrar sentido a algo, notas que te conviertes en una persona religiosa. Yo, en cambio, soy ingeniero. Soy persona de otras convicciones. Y me rijo por otros símbolos...”

*Marat Filípovich Kojánov,
ex ingeniero jefe del Instituto de Energía nuclear
de la Academia de Ciencias de Belarús.*

Monólogo sobre cómo en la vida las cosas terribles ocurren en silencio y de manera natural

“Fue desde el mismo principio... Algo había pasado no se sabe donde. Ni siquiera distinguí el nombre; en alguna parte lejos de nuestro Moguiliov... Mi hermano llegó de la escuela diciendo que a todos los chicos les daban unas pastillas. Se ve que, de verdad, había ocurrido algo... Ay-ay-ay...

El Primero de Mayo todos pasamos maravillosamente el día. Regresamos a casa muy entrada la noche; en mi cuarto el viento había abierto la ventana... Es algo que recordé más tarde...

Yo trabajaba de inspectora en el Servicio para la Protección de la Naturaleza. En la oficina esperábamos algún tipo de instrucciones, pero éstas no llegaban... Entre el personal de la inspección casi no había profesionales, sobre todo en la dirección: eran coroneles retirados, ex funcionarios del partido, jubilados y empleados despedidos. Cuando los sancionaban en su trabajo, nos los mandaban a nosotros. Y ahí los veías, removiendo papeles. Valiente follón armaron después de que nuestro escritor bielorruso Alés Adamóvich interviniera en Moscú; Adamóvich hizo sonar la alarma. ¡Cómo lo odiaron! Algo completamente absurdo. Aquí viven los hijos y los nietos de esta gente, y en cambio ha tenido que ser un escritor y no ellos, quien ha gritado al mundo: ¡Salvados! Una creía que debía haberles funcionado el instinto de conservación. En las reuniones de partido, en los corros, no paraban de hablar de los escritorzuelos. ¡Que se metan en sus asuntos! ¡Se han desmandado! ¡Hay órdenes! ¡La subordinación! ¿Qué entenderá éste? ¡No es ni un físico! ¡Para eso está el Comité Central, el Secretario General!

Tal vez fue entonces cuando comprendí lo que pasó en el treinta y siete. Cómo se produjo...

En aquel tiempo mi idea de la central atómica era idílica por completo. En la escuela, en el instituto, nos enseñaban que eran unas fantásticas “fábricas que producían energía sacada de la nada”, donde trabajaban unas personas en batas blancas que apretaban botones.

Chernóbyl saltó por los aires en un ambiente en el que la mentalidad no estaba preparada para algo semejante. Y por añadidura, no se daba ninguna información. Montañas de papeles con el sello de “ultra secreto”: “Declarar secretos los datos del accidente”, “declarar secretos los informes sobre los resultados de los tratamientos médicos”, “declarar secretos los datos sobre los índices de lesiones radioactivas entre el personal que ha intervenido en la liquidación...”

Corrían rumores: alguien había leído en un periódico, otro había oído que... A un tercero le habían dicho... Algunos escuchaban las radios occidentales; sólo esas emisoras informaban de qué pastillas había que tomar, cómo usarlas. Pero la mayoría de las veces la reacción era: los enemigos se alegran de nuestras desgracias, cuando, por el contrario, todo está bien. El nueve de mayo⁴⁶ los veteranos irán al desfile y... Hasta aquellos que fueron a apagar el reactor, como se supo, vivían rodeados de rumores. Parece ser que agarrar el grafito con las manos es peligroso... Según dicen algunos...

De no se sabe dónde surgió en la ciudad una loca. Iba por el mercado diciendo: “Yo he visto esta radiación. Es azul-azul y palpita...” La gente dejó de comprar leche en el mercado, el quesón... Veías a una abuela con la leche y nadie le compraba. “No tengáis miedo --decía--. Que yo no saco la vaca al campo; yo misma le traigo la hierba”. Salías de la ciudad, y a lo largo de la carretera asomaban unos espantajos: veías una vaca paciendo, cubierta de un plástico, y a su lado una abuela, también envuelta en plástico. No sabías si reír o llorar.

A nosotros también nos mandaron a la zona para realizar pruebas. A mí me enviaron a una explotación forestal. A los madereros no les redujeron las partidas de madera; el plan que había no se cambió. En el almacén pusimos en marcha un aparato, y el chisme marcaba dios sabe qué. Junto a las tablas parece que todo es normal, pero al lado, junto a unas escobas recién hechas, el aparato se pone a cien. “¿De dónde han salido estas escobas?” -- “De Krasnopolie (como se supo más tarde, la zona más contaminada de nuestra región de Moguiliov). Ésta es la última partida. Las demás ya están mandadas”. ¿Y cómo las vas a localizar por las diferentes ciudades?

¿Qué es lo que no quería olvidar de decirle? Algo sintomático... ¡Ah! Ahora recuerdo. Chernóbyl... De pronto surgió una nueva sensación, la desacostumbrada impresión de que cada uno teníamos nuestra propia vida; hasta entonces era como si ésta no hiciera falta. Pero después la gente

⁴⁶Día de la Victoria contra los nazis en 1945. Fiesta nacional en Rusia

empezó a preocuparse por lo que comía, lo que le daba a los niños. Qué resultaba peligroso para la salud, y qué no. ¿Qué hacer: irse a otro lugar, o quedarse? Cada uno debía tomar sus decisiones. En cambio antes, ¿antes cómo se solía vivir? Pues con toda la aldea, con toda la comunidad. Lo que diga la fábrica, o el koljós. Éramos soviéticos. De espíritu comunitario. Yo, por ejemplo, era muy soviética. Mucho. Estudiaba en la universidad y cada verano me iba con mi unidad comunista. Existía un movimiento juvenil así: las unidades de las juventudes comunistas. En ellas trabajábamos y el dinero ganado lo mandábamos a algún partido comunista latinoamericano. Nuestra unidad, en concreto, a Uruguay...

Hemos cambiado. Todo ha cambiado. Hace falta hacer un gran esfuerzo para comprenderlo. Y además notas esta incapacidad de expresarse...

Yo soy bióloga. Mi trabajo de fin de carrera fue el comportamiento de las avispas. Me pasé dos meses en una isla deshabitada. Tenía allí mi nido de avispas. Las avispas, después de pasarse una semana vigilándome, me tomaron por una de su familia. No dejaban acercarse a nadie a menos de tres metros, en cambio a mí, ya a la semana, a diez centímetros. Les daba de comer mermelada con una cerilla en el mismo nido. “No destruyáis los hormigueros, es una buena forma de vida distinta a la nuestra” -- era la frase preferida de nuestro profesor. El nido de avispas está unido a todo el bosque, y yo poco a poco también me convertí en parte del paisaje. Pasa un ratón y se me sienta en el borde de la zapatilla; un ratón silvestre, de campo, pero el animal ya me toma por una parte del paisaje: ayer estaba aquí, hoy estoy, y mañana también estaré...

Después de Chernóbyl... En una exposición de dibujos infantiles vi uno en que una cigüeña camina por un campo negro en primavera... Y una nota: “A la cigüeña nadie le ha dicho nada”. Éstos son mis sentimientos.

Pero también estaba el trabajo. Viajamos por la región, tomando pruebas del agua, del suelo, que llevábamos a Minsk. Nuestras chicas refunfuñaban: “Vaya bollitos calientes llevamos”. Sin protección, sin trajes especiales. Vas en el asiento delantero y a tus espaldas llevas las muestras que “arden”.

Levantábamos actas para el enterramiento de tierras radioactivas. Enterrábamos la tierra en la tierra... Ya ve que extraña ocupación humana... Según las instrucciones, el enterramiento se debía realizar después de una exploración geológica previa, de modo que la profundidad de las aguas subterráneas no se aproximara a menos de cuatro o seis metros, que la profundidad del enterramiento no fuera grande, y las paredes y el fondo de la zanja se habían de cubrir con plástico. Pero esto eran las instrucciones. En la realidad las cosas eran distintas, claro está. Como siempre.

Señalaban con el dedo. “Aquí”. Y el de la excavadora cavaba. “Y bien, ¿a qué profundidad cavamos?” -- “¡El diablo lo sabe! En cuanto aparezca el agua, para allí va todo”. Descargaban directamente en las aguas subterráneas...

Algunos dicen: un pueblo santo y un gobierno criminal. Luego le diré lo que pienso de esto... Sobre nuestro pueblo, sobre mí misma...

Mi viaje de trabajo más importante fue al distrito de Krasnopolie; como ya le he dicho, el más sucio de todos. Para detener el vertido de radionúclidos de los campos a los ríos, se debía actuar, una vez más, según las instrucciones: arar unos surcos dobles, dejar un espacio, y otros dos surcos, y seguir así con estos intervalos. Había que examinar el recorrido de todos los ríos pequeños. Para hacer las comprobaciones.

Hasta el centro del distrito llegabas en el autobús de línea, pero para seguir necesitabas, como es natural, un coche. Voy a ver al presidente del comité de distrito. El hombre está en su despacho, agarrándose la cabeza con las manos. Nadie había retirado el plan de producción, nadie había cambiado el programa de siembra; antes sembraban guisantes, pues seguían sembrando lo mismo, aunque sabían que los guisantes son los que más absorben la radiación, como todas las leguminosas. Y eso cuando por allí llegaban a los cuarenta curies y más. El hombre no está para escucharme. En las guarderías los cocineros y las enfermeras se han esfumado. Los niños tienen hambre. Una operación de apendicitis urgente: hay que llevar al enfermo al distrito vecino en ambulancia; sesenta kilómetros por una carretera que parece una tabla de lavar. Todos los cirujanos se han marchado. ¡¿De qué coche le hablo?! ¡¿De qué dobles surcos?! Le importa un rábano lo que le diga.

Me dirigí entonces a los militares. Unos chicos jóvenes, que se pasaron allí medio año. Ahora todos están perdidamente enfermos. Los chicos pusieron a mi disposición un blindado con su equipaje; aunque no, no era una tanqueta, sino un vehículo de exploración con ametralladora. Me supo muy mal no haberme fotografiado encima de él. Sobre el blindaje. Otra vez me da la vena

romántica. El sargento que mandaba la tanqueta se mantenía en permanente contacto con la base: “¡Halcón! ¡Halcón! Seguimos con la misión”.

Emprendimos la marcha; recorriamos nuestros caminos, nuestros bosques; era nuestro país y, en cambio, nosotros íbamos en una máquina de guerra. Las mujeres salían de sus casas para vernos pasar. Y lloraban. La última vez que habían visto este tipo de vehículos fue durante la Guerra Patria. Se las veía espantadas, asustadas ante la idea de que hubiera empezado la guerra.

Según las instrucciones, los tractores destinados a arar aquellos surcos debían tener la cabina protegida, herméticamente cerrada. He visto un tractor así. La cabina en efecto era hermética. Allí estaba el tractor, pero el tractorista se había tumbado en la hierba, para descansar.

“¿Se ha vuelto usted loco? --le digo--. ¿O no le han dicho nada?”

“Pero, ¿no ve que me tapo la cabeza con la chaqueta?” -- me responde.

La gente no entendía. Se han pasado los años asustando a la gente, preparándolos para una guerra atómica. Pero no para un Chernóbyl...

Aquellos lugares son de una belleza espléndida. Se ha conservado el bosque original, no es replantado, sino el antiguo. Unos riachuelos serpenteantes, el agua del color del te, transparente como el cristal. La hierba verde. La gente se llama a gritos en el bosque. Para ellos era lo normal, igual que salir por la mañana a su jardín... Y tú, en cambio, sabes que todo aquello está envenenado.

Nos encontramos con una mujer.

--Hijos míos, decidme: ¿me puedo tomar la leche de mi propia vaca?

Nosotros, con la mirada clavada en el suelo; nuestras órdenes eran recoger datos, pero no relacionarnos demasiado con la población.

El primero en salir del paso fue el sargento:

--Abuela, ¿cuántos años tiene?

--Ochenta ya tendré, y más. Los papeles se me quemaron durante la guerra.

--Entonces, bébala, abuela.

La gente del campo es la que más pena da, porque han sufrido sin culpa alguna, como los niños. Porque Chernóbyl no lo ha inventado el campesino, que tiene con la naturaleza un trato especial, de confianza y no una relación rapaz, el mismo contacto de hace cien años, o de mil años. Fieles a los designios de Dios... En los pueblos no entendían qué había pasado y querían creer a los científicos, a cualquier persona instruida, como si se tratara de un sacerdote. En cambio no se les decía otra cosa que: “Todo está bien. No pasa nada malo. Lo único que antes de las comidas lávense las manos”.

Y comprendí, aunque no en seguida, sino al cabo de unos años, entonces comprendí que todos nosotros habíamos participado... En un crimen... En un compló... (*Calla.*)

No se puede usted imaginar en qué cantidades se sacaba todo lo que se mandaba allí como ayuda y compensaciones a sus habitantes: café, carnes ahumadas, jamón, naranjas. Cajones, coches, furgones enteros. Porque entonces aquellos comestibles no los había en ninguna parte. Y los vendedores locales, todos los que controlaban, todos esos funcionarios pequeños y medios, se llenaban los bolsillos.

El hombre ha resultado ser peor de lo que creía. Hasta yo misma... He resultado peor... Ahora ya sé lo que soy... (*Se detiene.*). Y lo reconozco, por supuesto... Es algo importante hasta para mí misma...

Mire, otro ejemplo... En un koljós hay, pongamos, cinco pueblos... Tres están “limpios”, y dos, “sucios”. De un pueblo a otro hay de dos a tres kilómetros. A dos les pagan los subsidios “funerales”, a tres no. En una de las aldeas “limpias” se construye un complejo de cría de ganado. Traeremos piensos limpios, dicen. Pero ¿de dónde los van a sacar? El viento arrastra el polvo de un campo a otro. La tierra es la misma. Para construir las instalaciones se necesitan papeles. Una comisión los firma, yo estoy en esta comisión. Aunque todos saben que no se puede aprobar aquello. Que es un crimen. Al final yo encontré una justificación para mí misma: el problema de la limpieza de los piensos no es competencia del inspector de protección de la naturaleza.

Cada uno encontraba alguna justificación. Alguna explicación. Yo he hecho el experimento conmigo misma. Y, en una palabra, he comprendido que en la vida las cosas más terribles ocurren en silencio y de manera natural...”

**Zoya Danílovna Bruk, inspectora
del Servicio para la Protección de la Naturaleza.**

Monólogo sobre que el ruso siempre quiere creer en algo

“¿No me diga que no se ha dado cuenta de que entre nosotros no hablamos del tema? Dentro de decenas de años, al cabo de siglos, éstos serán unos tiempos mitológicos...”

Tengo miedo de la lluvia. Ya ve: se lo debo a Chernóbyl. Me da miedo la nieve... Los bosques... No se trata de una abstracción, de una conclusión racional, sino es una sensación personal. Chernóbyl... Está en mi casa... En el ser que más quiero, en mi hijo, que nació en la primavera del ochenta y seis... Está enfermo. Los animales, hasta las cucarachas saben cuando y cuantas veces han de parir. Los hombres no lo pueden saber; el creador no les ha concedido en don del presentimiento.

No hace mucho publicaron en la prensa que, en el año noventa y tres, en nuestro país, en Bielorrusia, se han practicado doscientos mil abortos. Y la primera causa era Chernóbyl. Ahora ya en todas partes vivimos con este miedo... La naturaleza se diría que se ha coagulado, se ha detenido en actitud de espera. Aguardando.

“¡Desgraciado de mí! ¿Dónde se ha escondido el tiempo?” -- se exclamaría Zaratustra.

He reflexionado mucho. Buscando un sentido...

Chernóbyl es la catástrofe de la mentalidad rusa. ¿No se ha parado a pensar en ello? Por supuesto, estoy de acuerdo con aquellos que escriben que no es el reactor lo que ha explotado, sino todo el sistema anterior de valores. Pero en esta explicación hay algo que me falta...

Quisiera referirme a lo que Chaadáyev fue el primero en señalar: nuestra hostilidad hacia el progreso. Nuestra actitud contraria hacia la técnica, hacia los instrumentos. Observe usted Europa. Empezando desde la época del Renacimiento Europa vive bajo el signo de una relación instrumental con el mundo. Una relación inteligente, racional. Que se traduce en un respeto hacia el artesano, hacia el instrumento que éste sostiene en sus manos.

Hay un relato extraordinario de Leskov: *Una voluntad de hierro*. ¿De qué trata? Del carácter ruso: sobre el “puede que sí” o el “tal vez no”. Éste es el leitmotiv ruso.

El carácter alemán se refleja en su apuesta por el instrumento, por la máquina. Por un lado, tenemos el intento de superar, de encauzar el caos, y por otro, nuestra elementalidad. Vaya usted adonde quiera, por ejemplo a Kizhi. ¿Y qué es lo que oírás? ¿De qué se jacta cualquier guía turístico? ¡Que este templo se ha construido sólo con un hacha, y por si fuera poco sin un solo clavo! En lugar de construir una buena carretera, herremos una pulga⁴⁷. Las ruedas del carro se hundían en el barro, pero, en cambio, hemos logrado atrapar al pájaro de fuego.

Y en segundo lugar. Es el pago por una rápida industrialización. Por el salto. Miremos de nuevo a Occidente. Tenemos un siglo textil, otro de las manufacturas... La máquina y el hombre avanzaban juntos, cambiaban a la par. Se iba formando una consciencia, un pensamiento tecnológico. En cambio, ¿qué ocurre en nuestro país? ¿Qué tiene nuestro campesino aparte de las manos? ¡Hasta el día de hoy! Un hacha, una guadaña y un cuchillo. Y ya está. Sobre ellos se levanta todo su mundo. Bueno, me he dejado la pala...

¿Como habla un ruso con una máquina? ¡Sólo blasfemando! O dándole con el martillo, o a patadas. No la quiere, a la máquina esta, la odia, de hecho la desprecia, porque no entiende muy bien qué tiene entre las manos.

No sé donde he leído que el personal laboral de las centrales atómicas llama al reactor: cazuela, samovar, estufa. Hornillo. Todo esto suena a un exceso de orgullo: freiremos huevos al sol. Entre la gente que trabajaba en la central de Chernóbyl había mucho campesino. Por la mañana trabajaba en el reactor y por la tarde en su huerta, o en la de los padres, en la aldea vecina, donde las patatas todavía se plantan con la pala, y el estiércol se esparce con la horca... Su mente existía en estos dos ámbitos, en estas dos eras: en la de piedra y en la atómica. En dos épocas. Y el hombre, como un péndulo, se movía constantemente de un extremo al otro.

⁴⁷Referencia a otro relato de Leskov.

Imagínese el ferrocarril, una vía férrea trazada por unos brillantes ingenieros; el tren marcha veloz, pero en el lugar del maquinista tenemos a un cochero del pasado. Éste es el destino de Rusia; viajar entre dos culturas. Entre el átomo y la pala.

¿Y la disciplina de la técnica? Para nuestra gente es una parte de la opresión, es un yugo, unas cadenas. Un pueblo elemental, libre. Siempre soñando no en la libertad, sino en hacer lo que se le antoje. Para nosotros la disciplina es un instrumento represivo. Hay algo peculiar en nuestra ignorancia; algo cercano a la ignorancia oriental.

Yo soy historiador. Antes me había dedicado mucho a la lingüística, a la filosofía de la lengua. No sólo pensamos con la lengua, sino también la lengua piensa con nosotros. A los dieciocho años, o quizá un poco antes, cuando empecé a leer el “samizdat”⁴⁸, descubrí a Shalámov, a Solzhenitsyn, y de pronto comprendí que toda mi infancia, la infancia de mi calle --y eso que he crecido en una familia de intelectuales (mi bisabuelo fue sacerdote, mi padre, profesor de la Universidad de Petersburgo)-- está impregnada de la mentalidad de los campos de concentración. Incluso todo el léxico de mi niñez salía del lenguaje de los reclusos. Para nosotros, unos chiquillos, era de lo más natural llamar a nuestro padre “paján”, y a nuestra madre, “majana”⁴⁹. “Para una p... lista no hay culo que resista” -- esto lo entendía yo a los nueve años. Ni una palabra del mundo civil... Hasta los juegos, los dichos y las adivinanzas eran del ambiente de los campos. Porque los reclusos no constituían un mundo aparte, que sólo existía en las cárceles, lejos de nosotros. Todo esto se encontraba a nuestro lado. Como escribía Ajmátova, “medio país encerraba, y el otro medio estaba encerrado” Yo creo que esta mentalidad carcelaria debía chocar inevitablemente con la cultura. Con la civilización, con el sincrociclotrón⁵⁰...

Bueno, claro, y además, hemos sido educados en este peculiar paganismo soviético: el hombre es el amo y señor, es la corona de la creación. Y está en su derecho de hacer con el mundo lo que le plazca. La fórmula de Michurin⁵¹ era: “No podemos esperar que la naturaleza nos conceda sus dones; nuestra tarea es apropiarnos de ellos”. Me refiero a este propósito de inculcar al pueblo unas cualidades, unas propiedades que no tiene. La psicología del agresor. Un reto a la historia, un reto a la Naturaleza.

Ahora todo el mundo se ha puesto a hablar de Dios. ¿Por qué no lo buscaron en el GULAG, en las celdas del treinta y siete, en las reuniones del partido del cuarenta y ocho, cuando aplastaban a los cosmopolitas, en los tiempos de Jruschov, cuando destruían los templos? El subtexto de la actual búsqueda de Dios rusa es falaz y engañoso. Bombardeamos las casas pacíficas de Chechenia... Se está exterminando un pueblo pequeño y orgulloso. Sólo sabemos usar la espada... El Kaláshnikov, en lugar de la palabra... Los restos de los tanquistas rusos abrasados los retiran con palas y horcas... Lo que queda de ellos... Y luego vamos con una vela a la iglesia... Por Navidad.

¿Qué hace falta? Dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿la nación rusa será capaz de realizar una revisión de toda su historia de manera tan global como resultaron capaces de llevar a cabo después de la segunda guerra mundial los japoneses? ¿O los alemanes? ¿Tendremos el suficiente valor intelectual? Sobre esto casi no se habla. Se habla del mercado, de los cupones de la privatización, de cheques... Una vez más, nos dedicamos a sobrevivir. Toda nuestra energía se consume en esto. Pero el alma se deja a un lado...

Entonces, ¿para qué todo esto? ¿Para qué su libro? ¿Mis noches de insomnio? Si nuestra vida no es más que la llama de una cerilla. Aquí pueden haber varias respuestas. Una es el primitivo fatalismo. Y pueden haber grandes respuestas. El ruso siempre quiere creer en algo: en el ferrocarril, en una rana (el nihilista Bazárov⁵²), en la fe bizantina, en el átomo... Y ahora, ya ve, en el mercado...

⁴⁸“Samizdat”, literalmente “autoedición”, reproducción manual o en máquina de escribir de obras prohibidas en la URSS. Alimento espiritual de la disidencia, al margen de las publicaciones oficiales.

⁴⁹En el argot carcelario, el jefe, ya sea hombre o mujer.

⁵⁰Acelerador de partículas atómicas.

⁵¹I. V. Michurin, biólogo soviético, creador de centenares de plantas cultivables de interés agrícola.

⁵²Personaje de la novela *Padres e hijos*, de Iván Turguénev.

Un personaje de Bulgákov en su *Cábala de los beatos*⁵³ dice: “He pecado toda la vida. He sido actriz”. Es la conciencia del carácter pecador del arte. De lo inmoral de su esencia. De este asomarse a las vidas ajenas. Pero el arte es como el suero de un infectado, puede convertirse en la vacuna para otra experiencia.

Chernóbyl es un tema de Dostoievski. Un intento de justificación del hombre. ¿O puede que toda sea muy sencillo: entrar en el mundo de puntillas y detenerse en el umbral?! Este mundo de Dios...”

Aleksandr Revalski, historiador.

Monólogo sobre qué indefensa resulta la vida pequeña en este tiempo grandioso

No me pregunte... No le diré nada... No hablaré de esto...

(*Tras pensárselo.*) No, podría hablar con usted, para comprender... Si usted me ayuda... Lo único que le pido es que no me tenga lástima, no necesito consuelo. No se puede sufrir así tan sin sentido, uno no puede pararse a pensar tanto. ¡Es imposible, imposible! (*Eleva la voz hasta gritar.*)

Esta reserva, este campo de concentración... Este mundo de Chernóbyl... Es algo imposible de abarcar con nuestros conocimientos, con nuestros sentimientos. Pero, ¿entonces cómo podremos descubrirle el sentido? Gritan como un eslogan en las manifestaciones... O escriben en los periódicos: Chernóbyl ha destruido el imperio. Ha sido la prueba que nos ha liberado del comunismo. De las proezas... Hazaña, proeza: palabras inventadas por los gobernantes... Liberado del comunismo. Pero yo no tengo nada más, nada más que esto. Yo he crecido entre estas palabras, entre estos hombres. Todo ha desaparecido; esta vida ha desaparecido. ¿A qué asirse? ¿Con qué salvarte? No tiene sentido sufrir de este modo. Sólo sé una cosa, que ya nunca más seré feliz...

Cuando él regresó de allá.... Se pasó varios años como sumido en un sueño, como en una pesadilla.

Me decía: “Nina, qué bien que tenemos a nuestros dos hijos. Quedarán ellos”.

Y me contaba. Me contaba sin parar.

Y yo lo grababa todo en la memoria...

En medio de la aldea había un charco rojo... Los gansos y los patos lo evitaban.

Los soldados, unos críos, andaban descalzos, desnudos. Se tumbaban en la hierba. A tomar el sol. “¡Levantaos, desgraciados! ¡Que os vais a morir”. Y ellos: “¡Ja-ja-ja!”

La muerte ya estaba en todas partes, pero nadie la tomaba en serio.

La evacuación... Junto a una casa, una mujer, anciana como su viejo hogar, se hinca de rodillas y levanta un icono. Y clama:

“Hijos míos, no me iré de aquí a ninguna parte. No abandonaré este lugar. Quedaros con la calderilla que me han dado. Lo que me han contado por el establo, por la vaca... Pero ¿quién me pagará por mi vida? Mi vida ha sido una noche negra. Durante la guerra me mataron a dos hijos; aquí descansan en sus tumbas... Dos hijos... ¿Y esto qué es, una guerra? ¿Hay guerra ahora? Las nubes blancas pasan... Los manzanos blancos florecen... Nadie nos ha atacado... No hay tiros. Todos son de los nuestros. Nuestra gente”.

Y nadie le puede contestar.

Se encontraba allí un coronel que dirigía las operaciones de evacuación, y alguien más del comité de distrito... La autoridad local. Pero nadie aún sabe que esto es una guerra. Una guerra llamada Chernóbyl.

Yo no le preguntaba nada. Lo comprendía, lo comprendía con el corazón; aunque la verdad es que intervenían otros órganos completamente distintos.

Nuestro saber es la soledad. Es la soledad...

Quisiera preguntarle... Quisiera decirle que me da miedo el arte sobre esto... Sobre este horror... A menudo me parece... A veces me resulta tan insoportable que no quiero saber nada de

⁵³Una de las varias aproximaciones a la vida de Molière, del autor de *El Maestro y Margarita*.

eso. ¡Odio recordar! ¡Lo odio! (*De nuevo brota el grito.*)

En un tiempo... Hubo un tiempo en que yo envidiaba a los héroes... A los que habían participado en los grandes acontecimientos. A los que habían vivido épocas de ruptura, momentos cruciales de la historia... Soñaba. Me imaginaba estar ahí. Me apenaba no haber nacido en tal o cual época. Pero ahora pienso de otro modo; no quiero convertirme en historia, no quiero vivir una época histórica como la de ahora. Del socialismo al capitalismo... Chernóbyl...

¡Mi pequeña vida está indefensa! Los grandes acontecimientos la borrarán sin notarlo. Sin que los pueda ver siquiera. (*Se queda pensativa.*) Después de nosotros quedará sólo Chernóbyl, él quedará en lugar de nosotros. En lugar de la historia.

“Nina, qué bien que tenemos a nuestros dos hijos. Quedarán ellos”.

Contaba y contaba...

Y yo lo grababa todo en la memoria...

Palomas, gorriones... Cigüeñas... Una cigüeña corre, corre por el campo, quiere alzar el vuelo... Pero no puede...

La gente se ha marchado, y en las casas se han quedado a vivir sus fotografías.

Iban por una aldea abandonada y de pronto ven una escena que parece sacada de un cuento: un viejo y una vieja sentados en la entrada de una casa y a su alrededor corriendo un montón de erizos. Son tantos, que parecen una nidada de polluelos. No hay un alma, en el pueblo reina la calma, como en el bosque, y los erizos, que han dejado de tener miedo de la gente, se presentan en el pueblo y piden leche. También vienen zorros, les han contado, y alces.

Uno de los muchachos no pudo más y exclamó: “¡Yo soy cazador!”

“¡Pero, ¿qué dices?! ¡Quita! --protestaron los viejos entre aspavientos--: ¡No se puede matar a los animales! ¡No se puede! Ahora son nuestros parientes.”

Él sabía que iba a morir... Se estaba muriendo... Pero se juró que viviría sólo en la amistad y el amor. Yo tenía dos empleos; con un solo sueldo mío y su pensión no nos bastaba. De modo que me rogó: ¿Por qué no vendemos el coche? No está nuevo, pero algo nos darán por él. Así estarás más en casa. Y yo te veré más rato.”

Llamaba a los amigos... Vinieron sus padres, que se quedaron una larga temporada en casa... Se ve que comprendió algo... Comprendió alguna cosa de la vida que antes no había entendido. Empezó a hablar con unas palabras nuevas...

“Nina, qué bien que tenemos a nuestros dos hijos. Ellos quedarán.”

Un día le pregunté:

--¿Has pensado en nosotros? ¿En qué pensabas allí?

--He visto a un niño nacido a los dos meses de la explosión. Le pusieron de nombre Antón. Pero todos lo llamaban Atómchik.

--¿Pensaste en?..

--Allí todo te daba pena... Hasta las moscas te daban lástima, hasta los gorriones... Querías que todo viviera... Que las moscas volasen, que las avispa picasen, que las cucarachas corrieran...

--Tu...

--Los niños dibujaban Chernóbyl... Los árboles en los cuadros crecían con las raíces hacia arriba... El agua en los ríos era roja o amarilla... Dibujaban algo y al verlo se ponían a llorar...

Quisiera comprender... Pero ¿qué es lo que quiero comprender? Yo misma no lo sé... (*Sonríe de manera imperceptible.*)

Un amigo suyo me ha pedido la mano... Ya cuando estudiábamos, en los años de estudiante me estuvo cortejando. Después se casó con una amiga mía y más tarde se divorció. Me ha pedido la mano: “Vivirás como una reina”. Tiene una tienda, un piso magnífico en la ciudad y otra casa fuera... Me lo pensé... Me lo pensé...

Hasta que un día se presenta borracho, y suelta: “¿Qué, no puedes olvidar a tu héroe?” Ja-ja-ja. “¿Con que él se fue a Chernóbyl y yo me negué? Pues mira ahora: yo sigo vivo, mientras que él es un monumento”. Ja-ja-ja (*Alza la voz hasta gritar.*)

¡Lo eché de casa! ¡¡Lo eché!!

“¡Estúpida! Sigue viviendo con tu sueldo de maestra, con tus treinta dólares”.

Pues bien, vivo... (*Se calma.*)

A veces me vienen ideas extrañas: A veces creo que Chernóbyl me ha salvado, me ha hecho reflexionar... Se me ha ensanchado el alma...

Y él contaba. Y contaba.

Y yo lo grababa en la memoria.

Las nubes pasaban... Los tractores trabajaban en el campo... Las mujeres, con las horcas... Y el dosímetro marcando...

Tras el alambre está la Zona. No hay gente y el tiempo pasa de manera distinta... Y el día resulta largo, muy largo... Como cuando era niño...

Venían a visitarlos artistas. Poetas. Les recitaban versos. Hasta Pugachova actuó ante ellos. En el campo. “Muchachos, si no os quedáis dormidos, os cantaré hasta que amanezca”.

Los llamaba héroes. Todos los llamaban héroes... (*Llora.*)

No se puede sufrir así, tan sin sentido... Sin palabras conocidas... Ni siquiera sin la medalla que le dieron... Allí está, en casa. Se la dejó a su hijo...

Hay una única cosa que sé, y es que ya nunca más seré feliz...

Nina Prójorovna Kovaliova, esposa de un liquidador.

Monólogo sobre la física, de la que todos estuvimos enamorados

“De joven tenía la costumbre de apuntarlo todo. Cuando murió Stalin: qué pasaba en las calles, de qué se hablaba. Y sobre Chernóbyl también lo apunté todo desde el primer día; sabía que pasaría el tiempo y muchas cosas se olvidarían, desaparecerían para siempre, como ha sucedido. Mis amigos, que se encontraron en el centro de los acontecimientos, físicos nucleares, se han olvidado de lo que sintieron entonces, de qué hablaban conmigo. Yo en cambio lo tengo todo apuntado...”

Aquel día... Yo era director de un laboratorio del Instituto de Energía Nuclear de la Academia de Ciencias de Belarús. Aquel día llegué al trabajo... Nuestro centro está en las afueras de la ciudad, en el bosque. ¡Hacía un tiempo magnífico! Era primavera. Abrí la ventana. El aire era limpio, fresco. Me extrañó una cosa: por qué no se acercaban los herrerillos, a los que yo había dado de comer durante el invierno colgando tras la ventana trocitos de salchichón. ¿Habrían encontrado un manjar mejor?

Pero en aquel momento en el reactor de nuestro instituto cundió el pánico: los aparatos de dosimetría mostraban un crecimiento de la actividad; la radiación en los filtros de depuración del aire aumentó en doscientas veces. La potencia de la dosis junto a la entrada era de cerca de tres miliroentgen a la hora. Estaba pasando algo muy serio. Este grado de radiación se considera la máxima permitida en locales peligrosos durante un tiempo de trabajo no superior a las seis horas. La primera hipótesis: en la zona activa se había deshermetizado la envoltura de los elementos refrigeradores. Lo comprobaron: todo estaba en orden. ¿A lo mejor es que habían transportado un contenedor del laboratorio de radioquímica y le habían dado tal trastazo por el camino que habían dañado su envoltura interna y habían contaminado el territorio? ¡Prueba ahora de limpiar la mancha dejada en el asfalto! ¿Qué habría pasado? Y por si fuera poco, por los altavoces anunciaron: se recomienda al personal que no salga del edificio. Entre los edificios todo quedó desierto. Daba no sé qué. Era algo inusual.

Los dosimetristas comprueban mi despacho: “arde” la mesa, “arden” mi ropa, las paredes... Me levanto de la silla, no tengo ganas de quedarme allí sentado. Me lavo la cabeza en el lavabo. Miro el dosímetro: el efecto está a la vista. ¿Será posible que, a pesar de todo, venga de aquí? ¡Un accidente en nuestro instituto! ¿Una fuga? ¿Cómo desactivar ahora los autobuses que nos llevan a la ciudad? ¿Y al personal? Habría que estrujarse los sesos. Yo me sentía muy orgulloso de nuestro reactor; lo había estudiado hasta el milímetro...

Llamamos a la Central Atómica de Ignalinsk, que está al lado. También sus aparatos se han desmadrado. Y ha cundido también el pánico. Llamamos a Chernóbyl... En la central no responde ni un teléfono... Hacia el mediodía la cosa está clara. Sobre todo Minsk se cierne una nube radioactiva. Establecimos que la actividad era yódica. Es decir la avería se había producido en algún reactor...

La primera reacción fue llamar a mi mujer a casa y avisarla. Pero todos nuestros teléfonos del instituto están pinchados. ¡Oh este eterno miedo! Un miedo que te han metido durante decenios. Aunque esta gente allí aún no sabe nada... Mi hija después de sus clases en el conservatorio se va a

pasear con sus amigas por la ciudad. Comen helados. ¿Llamar? Puedo sin embargo tener problemas. No me permitirán trabajar en proyectos secretos... De todos modos, no lo soporto y levanto el auricular.

--Escúchame con atención.

--¿De qué me hablas? -- me preguntó en voz alta mi mujer.

--Más bajo. Cierra las ventanas; mete todos los alimentos en bolsas de plástico. Ponte guantes de goma y pásale un trapo húmedo a todo lo que puedas. El trapo también lo metes en una bolsa y lo tiras cuanto más lejos mejor. La ropa tendida, ponla de nuevo a lavar.

--¿Qué os ha pasado?

--Más bajo. Disuelve dos gotas de yodo en un vaso de agua. Lávate la cabeza...

--¿Qué?...

Pero yo no le dejo acabar y cuelgo. Ya se hará cargo; también ella trabaja en nuestro instituto.

A las quince horas y treinta minutos el asunto se aclaró: un accidente en el reactor de Chernóbyl...

Por la tarde regresamos a Minsk en el autobús del trabajo. Durante la media hora del viaje permanecemos callados o hablamos de otros asuntos. Tememos comentar en voz alta con los amigos lo sucedido. Todos llevamos el carné del partido en el bolsillo...

Delante la puerta de casa había un trapo mojado. O sea que mi mujer lo había entendido todo. Entro en el recibidor, me quito el traje, la camisa, hasta quedarme en calzoncillos. De pronto me invade la rabia... ¡Al diablo con el secretismo! ¡Maldito miedo! Tomo el listín de teléfonos... Las libretas telefónicas de mi hija, de mi mujer... Y me pongo a llamar a todo el mundo.

Digo que trabajo en el Instituto de Energía Nuclear, que sobre Minsk se alza una nube radioactiva... Y seguidamente enumero que es lo que hay que hacer: lavarse la cabeza, cerrar las ventanas... Sacar la ropa húmeda de los balcones y volverla a lavar... Tomar yodo. Cómo tomarlo correctamente... La reacción de la gente era de agradecimiento. Ni preguntas, ni expresiones de miedo. Tengo la impresión de que no me creían o no estaban en condiciones de hacerse cargo de la inmensidad del suceso. Nadie se asustó. Una reacción asombrosa.

Por la noche me llama un amigo. Un físico nuclear, doctor él... ¡Con que despreocupación!.. ¡Qué crédulos éramos! Uno sólo lo comprende ahora... El amigo me llama y, como si tal cosa, me dice que durante las fiestas de mayo tiene intención de visitar a los padres de su mujer, que viven en la región de Gómel, ¡una zona que se encuentra a un paso de Chernóbyl! Que iría con sus hijos pequeños. “¡Una decisión genial! --le grito-- ¡Te has vuelto loco!” Eso, sobre nuestro profesionalismo. Sobre nuestra fe. Cómo le grité. Y él seguramente ni se acuerda que aquel día salvé a sus hijos... (*Después de darse un respiro.*)

Nosotros... Me refiero a todos nosotros... No hemos olvidado Chernóbyl; sencillamente no lo hemos comprendido. ¿Qué podían entender los salvajes de los relámpagos?

En el libro de Ales Adamóvich... Está su conversación con Andréi Sájarov sobre la bomba atómica... “¿Sabe usted qué bien huele después de una explosión nuclear? Huele a ozono” -- comentaba el académico, el “padre” de la bomba de hidrógeno. Unas palabras llenas de romanticismo...

Para mí... Para mi generación...

Perdóneme, por su cara veo la reacción... A usted esto le parece un gesto de admiración ante una pesadilla cósmica... Y no ante el genio humano... Pero esto lo piensa ahora, que la física nuclear se ha cubierto de humillación, de oprobio. En cambio, mi generación...

En el cuarenta y cinco cuando hicieron explotar la bomba atómica yo tenía diecisiete años. Me encantaba la ciencia-ficción, soñaba con volar a otros planetas, y decidí que la energía nuclear nos lanzaría al cosmos. Ingresé en el Instituto de Energía de Moscú y allí me enteré que existía una facultad ultra secreta, la de física energética. Eran los años cincuenta, sesenta... Los físicos nucleares... La elite... Qué entusiasmo. Los humanitarios al desván...

En la moneda de tres cópecs, decía nuestro maestro en la escuela, había tanta energía que con ella podía funcionar un central eléctrica. ¡Se le cortaba a uno el aliento!

Me tragué el libro del norteamericano Smith, que contaba como se inventó la bomba atómica, cómo se realizaron los experimentos, los detalles de la explosión. En nuestro país todo estaba bajo secreto.

Yo leía... Mi imaginación volaba...

La película sobre los científicos atómicos soviéticos, *Nueve días de un año*, la había visto todo

el país.

Los altos sueldos, el secretismo, todo eso le añadía romanticismo... ¡El culto a la física! ¡La era de la física!

Incluso cuando Chernóbyl voló por los aires... Qué lentamente nos desprendíamos de este culto... Cuando llamaron a los científicos... Estos llegaron al reactor en un vuelo especial, pero muchos de ellos no se llevaron consigo ni siquiera la máquina de afeitar; se creían que era algo de pocas horas. De tan sólo unas cuantas horas. Aunque se les había informado que en la central atómica se había producido una explosión. Pero ellos tenían tanta fe en su física; todos ellos pertenecían a la generación que compartía esta fe.

La era de la física se acabó en Chernóbyl...

Ahora ya miran ustedes al mundo de otra manera... Hace poco me he encontrado con esta reflexión de Konstantín Leóntiev⁵⁴: las consecuencias de la depravación fisico-química algún día obligarán a una inteligencia cósmica a intervenir en nuestros asuntos terrestres. En cambio, nosotros, que hemos sido educados en la época de Stalin, no podíamos tolerar la idea de la existencia de unos poderes sobrenaturales. La Biblia la leí más tarde...

Hasta me casé con la misma mujer dos veces. La dejé y volví con ella. Nos encontramos de nuevo en este mundo. ¡La vida es algo asombroso! ¡Es un misterio! Ahora creo... ¿En qué creo? En que el mundo tridimensional ya se ha quedado demasiado estrecho para el hombre actual... ¿Por qué hoy despierta tanto interés la ciencia-ficción? El hombre se desprende de la Tierra... Opera con otras categorías de tiempo, se remite no solo a la Tierra, sino a otros mundos. El Apocalipsis... El invierno nuclear...

En Occidente todo esto ya se ha escrito, como si lo hubieran ensayado antes. Los occidentales se preparaban para el futuro. La explosión de grandes cantidades de armas nucleares dará lugar a colosales incendios. La atmósfera se saturará de humo. Los rayos solares no podrán alcanzar la tierra, y se producirá una reacción en cadena: frío, más frío y más frío.

Esta versión mundana sobre el “fin del mundo” se ha estado introduciendo desde la época de la revolución industrial del siglo dieciocho. Pero las bombas atómicas no desaparecerán ni siquiera cuando se destruya la última ojiva nuclear. Quedarán los conocimientos...

Usted sólo me pregunta, y yo en cambio no paro de discutir con usted. Es una disputa entre generaciones... ¿Lo ve?.. La historia del átomo no es sólo un secreto militar, un enigma, o una maldición... Es nuestra juventud, nuestro tiempo... Nuestra religión...

Han pasado cincuenta años, sólo cincuenta años. Ahora a mí también me parece que son otros quienes gobiernan el mundo, que nosotros, con todas nuestras armas y con nuestras naves cósmicas, somos como niños. Pero aún no estoy convencido del todo de ello.

¡Qué cosa más sorprendente la vida! He amado la física y antes pensaba: nunca me dedicaré a otra cosa que no sea la física; ahora, sin embargo, quiero escribir. Por ejemplo, sobre que el hombre no le sirve a la ciencia, el hombre de carne y hueso, me refiero, que el hombre es para ella una molestia. Otro ejemplo, quiero escribir sobre cómo unos cuantos físicos podrían cambiar el mundo entero. Sobre la nueva dictadura... La dictadura de la física y de las matemáticas... Se me ha abierto una nueva vida...

Todo se va, desaparece, y nuestros sentimientos cambian...

...Antes de la operación... Yo ya sabía que tenía cáncer... Pensaba que sólo me quedaban pocos días de vida, y me resultaba terriblemente odiosa la idea de que me iba a morir. Y, de pronto, me empecé a fijar en cada hoja, en los colores brillantes de las flores, en la claridad del cielo, en el asfalto, de un gris cegador, veo las grietas que tiene y, entre ellas, corriendo las hormigas. No, me digo, no las tengo que pisar. Me dan pena. ¿Por qué tienen que morir? Del olor del bosque me daba vueltas la cabeza... Percibía el olor con más fuerza que los colores. Los vaporosos abedules... Los pesados abetos... ¿Y todo esto lo dejaré de ver? ¡Siquiera un segundo, un minuto más, vivir algo más!

¿Para qué me he pasado tanto tiempo, horas enteras, días, delante del televisor, entre montones de periódicos? Lo principal es la vida y la muerte...”

Valentín Alekséyevich Borisévich, ex director

⁵⁴Pensador y filósofo ruso del s. XIX.

**Monólogo sobre lo que está más allá
de Kolymá, de Auschwitz y del Holocausto**

“Los primeros días... Las sensaciones se mezclaban... Recuerdo las sensaciones más poderosas: el miedo y la humillación. Había sucedido todo aquello y no había información alguna: las autoridades callan, los médicos no dicen nada. En el distrito esperaban órdenes de la región; en la región, de Minsk, y en Minsk, de Moscú. Una interminable cadena y al final de ella todo lo decidían unas cuantas personas. Nos encontrábamos indefensos. Ésta era la sensación principal aquellos días. Una puñado de hombres decidía nuestra suerte. La suerte de millones de personas. Del mismo modo que, también otro puñado de hombres, podía matarnos... No unos maníacos ni unos criminales, sino los más corrientes operadores de guardia de la central nuclear.

Cuando comprendí esto experimenté una fuerte conmoción. Chernóbyl abrió ante nosotros el abismo, algo que está más allá de Kolymá, de Auschwitz y del Holocausto. El hombre, armado de un hacha y un arco, o con los lanzagranadas y las cámaras de gas, no había podido matar a todo el mundo. Pero el hombre con el átomo...

Yo no soy filósofo y no me voy a poner a filosofar. Mejor le cuento una vez más lo que recuerdo...

Recuerdo el pánico de los primeros días: unos salían corriendo a la farmacia y se llevaban el yodo, otros habían dejado de ir al mercado, de comprar allí la leche, la carne, especialmente la de vaca. En nuestra familia aquellos días hacíamos lo posible por no economizar, comprábamos el salchichón más caro, confiando que estaría hecho de una carne buena. Pero al poco nos enteramos que era justamente en el caro donde añadían la carne contaminada; al parecer, con el argumento de que lo compraban menos y de que lo comía menos gente. Nos encontramos indefensos. Aunque esto, como es natural, usted ya lo sabe. Quiero escribir sobre otra cosa. Sobre nosotros, sobre que la nuestra fue una generación soviética.

Mis amigos son médicos, maestros. La intelectualidad local. Teníamos nuestro grupo. Un día nos reunimos en mi casa. A tomar café. Con dos amigas íntimas; una de ellas era médico. Las dos tenían niños pequeños.

La primera comenta:

--Mañana voy a ir a ver a mis padres. Me llevaré a los niños. Si de pronto enferman, no me lo perdonaría el resto de mi vida.

La otra:

--En los periódicos dicen que dentro de unos cuantos días la situación volverá a la normalidad. Han mandado a las tropas. Helicópteros, carros blindados. Lo han dicho por la radio.

La primera:

--Pues a ti también te lo recomiendo: ¡llévate a los niños! ¡Sácalos de aquí! ¡Escóndelos! Esto no es una guerra. Ni siquiera podemos imaginarnos lo que ha pasado.

De punto las dos levantan la voz y la cosa acabó en pelea. Acusándose mutuamente:

--¡Eres una traidora! ¿Dónde está tu instinto de madre? ¡Una fanática es lo que eres!

--¿Qué sería de nosotros si el resto de la gente actuara como tú? ¿Hubiéramos ganado la guerra?

Discutían dos mujeres jóvenes, atractivas, que adoraban a sus hijos. Algo parecía volverse a repetir; un texto se diría que conocido...

Y todos los que estábamos allí, incluida yo, teníamos la sensación de que mi amiga nos contagiaba su alarma. Había que esperar, hasta que dijeran algo. Anunciasen algo. Pero ella era médico y sabía más: “¡No sois capaces de proteger a vuestros propios hijos! ¿Que nadie os amenaza? ¿Entonces por qué tenéis miedo?”

Cómo la odiamos en aquel momento. Nos había estropeado la velada.

Ella se marchó al día siguiente. Nosotros, en cambio, vestimos de gala a nuestros hijos y los llevamos a la manifestación del Primero de Mayo. Tanto podíamos haber ido como no. En nuestra

mano estaba el elegir. Nadie nos obligaba, nadie nos lo exigía. Pero nosotros creímos que era nuestro deber. ¡Cómo iba a ser de otro modo! En aquellos tiempos, para aquella fiesta... Todos teníamos que estar juntos... Salimos a la calle, con la muchedumbre...

En la tribuna se encontraban todos los secretarios del Comité de Distrito, y junto al Primer Secretario, su hija pequeña; la colocaron en un lugar bien visible. La niña llevaba una capa con capucha, aunque brillaba el sol, y el padre con capote militar de campaña. Pero allí estaban... Eso lo recuerdo...

No sólo se ha “contaminado” nuestra tierra, sino también nuestra conciencia. Y también por muchos años.

En estos años he cambiado más que en toda mi vida anterior, en cuarenta años. He pensado mucho...

La gente allí, en la zona, está encerrada, se encuentra en una ratonera. En una trampa. ¿A quién le importa el hombre corriente? Las evacuaciones se han interrumpido. Y ahora estas personas viven como en el GULAG, en el GULAG de Chernóbyl.

Recuerdo qué dura me resultaba cada clase... Los niños esperaban que les hablases. Chernóbyl estaba en todas partes, en todo lo que nos rodeaba, y no teníamos elección: habíamos de aprender a vivir con él... He aprendido de nuevo a hablar, con nuevas palabras... Pero, ¿cómo? ¿Dónde puede uno enterarse de todo eso? ¿Qué leer?

Yo enseñaba con el amor y quería vencer con el amor. Estoy delante de los niños y les digo: amo nuestro pueblo, amo nuestros ríos, nuestros bosques... Que son los más... Los más... No hay nada mejor para mí. Y no los engañaba. Les enseñaba con el amor...

Nos ha ocurrido algo que va más allá de Kolymá, de Auschwitz y del Holocausto; la técnica nos ha conducido al confín de otro mundo. Pero no tenemos conocimientos. Había una cultura antes de Chernóbyl, pero no existe una cultura después de Chernóbyl. Vivimos inmersos en las ideas de la guerra, del hundimiento del socialismo y de un futuro impreciso... Cuando lo que necesitamos es reconsiderar nuestro futuro. De pronto nos hemos quedado sin un gran futuro. Nos faltan nuevos argumentos, nuevas ideas y pensamientos.

¿Dónde están nuestros escritores, nuestros filósofos? ¿Por qué callan? Ya no digo nada sobre que nuestra intelectualidad, los hombres que más han esperado la libertad y que más han hecho para que llegara la libertad, hoy se han visto abandonados, tirados en la cuneta. Una gente empobrecida y humillada.

Yo ni siquiera me puedo comprar los libros más imprescindibles. Cuando los libros son mi vida. De pronto hemos descubierto que no somos necesarios. Aunque no podemos resignarnos a esta idea. En todo momento no me abandona la pregunta: ¿por qué? ¿quién hará nuestro trabajo? Pero esta importante cuestión ya es otro tema... ”

He escrito esta carta para que se sepa la verdad de aquellos días, de aquellas sensaciones. Para dejar constancia de cómo hemos cambiado...

*De una carta de Liudmila Dmítrievna Polénskaya,
maestra rural, evacuada de la zona de Chernóbyl.*

Monólogo sobre la libertad y sobre el deseo de una muerte corriente

“Aquello era la libertad... Allí me sentí un hombre libre... Usted no lo puede comprender, eso sólo lo puede entender alguien que haya estado en la guerra. Esos tipos se ponen a beber, me refiero a los que han combatido, y cuentan... Los he oído yo, y hasta hoy sienten añoranza... Recuerdan aquella libertad, aquella sensación de volar... Ni un paso atrás, era la orden de Stalin. Los batallones de contención⁵⁵. Tú en cambio vas disparando, sobrevives y recibes tus merecidos cien gramos de

⁵⁵Unidades creadas durante la guerra (como en la guerra civil rusa) que “contenían” (a tiros) el posible retroceso de las unidades de choque, frecuentemente formadas, éstas últimas, por batallones de castigo.

vodka, tabaco... Puedes morir mil veces, salir volando en mil pedazos, pero si te empeñas y engañas al diablo, al demonio, a tus jefes, a aquel que lleva un casco ajeno, una bayoneta de otro, al mismísimo Altísimo, ¡puedes salir con vida!

La soledad de la libertad. Yo la conozco, la conocemos los que estuvimos en el reactor. Como en una trinchera de la primera línea... ¡El miedo y la libertad! Vives a todo trapo... Ustedes, los civiles, no lo pueden comprender... ¿Recuerda cómo nos preparaban? No paraban de repetir: vendrá la guerra. Pero nuestra conciencia resultó no estar preparada. Yo no estaba preparado.

En la fábrica se presentaron dos militares. Me llamaron a mí: ¿Sabes distinguir el disolvente de la gasolina? Y yo les pregunto: ¿A dónde me mandáis? -- “¿Cómo que a dónde? De voluntario a Chernóbyl”. Mi profesión militar es especialista en combustible para cohetes. Una especialidad secreta. Se me llevaron directamente de la fábrica, con sólo lo puesto, no me dejaron ni pasar por casa. Se lo pedí: “He de avisar a mi mujer”. -- “Ya se lo comunicaremos”.

En el autobús éramos unas quince personas, oficiales en la reserva. La gente me gustó. Que nos llaman, pues en marcha; que hace falta hacer tal cosa, pues manos a la obra. Nos mandaron al reactor, a subirnos al techo del reactor.

Junto a las aldeas evacuadas se colocaban unas torres; soldados armados sobre las torres. Barreras. Carteles: “El arcén está contaminado. Se prohíbe terminantemente entrar y detenerse”. Árboles grises, rociados de líquido de desactivación. Y no te das cuenta que se te nubla la sesera.

Los primeros días nos daba miedo sentarnos en el suelo, sobre la hierba, no andábamos sino corríamos; en cuanto pasaba un coche nos enfundábamos los respiradores. Acabado el turno de trabajo, nos metíamos en las tiendas de campaña. ¡Ja-ja-ja!

Pero al cabo de un par de meses... Aquello ya era algo normal, ya era tu vida de cada día. Arrancábamos las ciruelas, pescábamos, había unos lucios que ni le digo. Y bremas. Las secábamos para acompañar la cerveza. ¿Seguramente ya se lo han contado? Jugábamos al fútbol. Nos bañábamos. ¡Ja-ja-ja!” (*Se vuelve a reír.*)

Creíamos en nuestra suerte; en el fondo de nuestra alma todos somos fatalistas, y no boticarios. No racionalistas. La mentalidad eslava... ¡Yo confiaba en mi buena estrella! ¡Ja-ja-ja! Y hoy un inválido de segundo grado... Enfermé enseguida. Los malditos “rayos”... Hasta entonces no tenía ni siquiera una ficha en la clínica. ¡Que los parta un rayo! Y no era yo solo... La mentalidad...

Yo, un soldado, he cerrado una casa ajena, he allanado una casa ajena... Es un sentimiento que... Una tierra en la que no se puede sembrar... Una vaca que da con el morro en la verja, pero la valla está cerrada; la casa, bajo candado. La leche le gotea al suelo... ¡Es un sentimiento que!...

En las aldeas que aún no habían evacuado, los campesinos se dedicaban a fabricar *samogón*. Era su manera de ganarse la vida. Y nos lo vendían. Y nosotros que llevábamos los bolsillos llenos: el triple del sueldo te pagaban y las dietas también triples. Luego dictaron una orden: a los que beban los dejarán un segundo remplazo. ¿Entonces, en qué quedamos, era o no una ayuda el vodka? Aunque fuera psicológica... Allí nos lo creíamos a ciegas.

La vida campesina transcurría como de ordinario: se plantaba, se cultivaba y se recogía, y el resto seguía su curso. A aquella gente le importaba un rábano los asuntos de la corte, los líos del poder... Las naves cósmicas, las centrales atómicas y los mítines en la capital... Y no se podían creer que vivían en un mundo distinto, en el mundo de Chernóbyl... ¿Acaso ellos se habían movido de sus lugares?

La gente moría por el impacto de la conmoción... Se llevaban la leña a escondidas. Arrancaban los tomates verdes. Los envasaban. Los botes explotaban y los volvían a hervir. ¿Cómo se puede destruir todo esto, enterrarlo, convertirlo en basura? Que era a lo que justamente nos dedicábamos nosotros. Es decir a destruir su trabajo, el secular sentido de su vida. Nosotros éramos para ellos sus enemigos...

Yo tenía unas ganas locas de ir al reactor. “Calma, no tengas prisa --me decían-- que el último mes antes de acabar verás como nos mandan a todos al tejado”. Estuvimos allí seis meses. Y justo, exactamente al quinto mes nos trasladaron justo al lado del reactor.

Se hacían todo tipo de bromas, aunque también se hablaba en serio que de un momento a otro nos mandarían a atravesar el techo. Y que después de aquello quizá aguantaríamos cinco años... O siete... O diez. La cifra que más se repetía era, no sé por qué, el cinco. ¿De dónde había salido? Pero nada de follones, sin pánico.

“¡Los voluntarios, un paso adelante!” Y toda la unidad daba un paso adelante. Ante el jefe había un monitor, lo enchufa y en la pantalla aparecía el tejado del reactor; pedazos de grafito,

alquitrán fundido. “Mirad aquí, muchachos, ¿veis estos cascotes? Pues limpiad eso. Y aquí, en este cuadrado, abrid un agujero”.

La duración era de cuarenta, cincuenta segundos. Eso decían las instrucciones. ¡Pero era algo imposible! Se necesitaban al menos unos cuantos minutos. Ida y vuelta, hacías una carrera y tirabas la carga. Unos cargaban las parihuelas. Otros arrojaban la carga. Allá abajo, con los demás cascotes, por el orificio. Tirabas los cascotes, pero que no se te ocurriera mirar abajo, estaba prohibido. Algunos se asomaban.

En los periódicos decían: “El aire sobre el reactor está limpio”. Leíamos aquello y nos reíamos, nos sin dedicarles algunas maldiciones. El aire está limpio, y nosotros metiéndonos unas dosis de órdago.

Nos dieron dosímetros. Uno, que medía cinco roentgen, se ponía a cien al minuto; y otro, como una pluma, para doscientos roentgen, también se salía de madre. Cinco años de vida, nos dijeron, y que no podríamos tener hijos. Si en cinco años no cascamos... ¡Ja-ja-ja!.. (*Se ríe.*) Se hacían todo tipo de bromas. Pero sin meter ruido, nada de pánico. Cinco años... Y yo ya he vivido diez... ¡Ja-ja-ja! (*Se ríe.*)

Nos entregaron todos esos diplomas. Yo tengo dos... Con todos esos cromos: Marx, Engels, Lenin... Banderas rojas...

Un chaval desapareció; pensamos que se había largado. Al cabo de dos días lo encontraron entre unos arbustos. Se había colgado. No sabe usted cómo nos sentimos. Ya me comprende... Entonces el responsable político pronunció unas palabras diciendo que esto y aquello, que el muchacho había recibido una carta de casa, que la mujer lo había engañado. Cualquiera sabe... Al cabo de una semana nos soltaban... En cambio a él lo encontraron entre los arbustos...

Teníamos un cocinero, pasaba tanto miedo que no vivía en la tienda, sino en el almacén, donde se escavó un refugio debajo de las cajas de mantequilla y de conservas de carne. Se llevó allí la colchoneta, la almohada... Vivía bajo tierra... Un día vinieron a formar un nuevo equipo para mandarlo al tejado. ¡A ver, que busquen a más gente! Pero todos ya habíamos estado allí. De manera que lo pescaron. Subió una sola vez. Y se ganó el segundo grado de invalidez...

Me llama a menudo. No hemos perdido el contacto, nos ayudamos los unos a los otros, mantenemos vivo el recuerdo, que perdurará mientras nosotros sigamos con vida. Escríbalo así mismo...

Los periódicos mienten... No he leído en ninguna parte cómo nos hacíamos las armaduras... Unas camisas de plomo... Calzoncillos... Nos daban unas batas de goma impregnadas de plomo... Pero los taparrabos nos los hacíamos nosotros, con plomo... Controlábamos el asunto... En una aldea nos enseñaron dos casas de citas clandestinas... Ya comprende, unos hombres lejos de casa, seis meses sin mujeres, es una situación límite... Todos iban. Y las chicas del lugar se dejaban de todos modos; lloraban... decían que pronto nos moriríamos. Esos calzones de plomo... Nos los poníamos encima de los pantalones... Escríbalo...

Y cuántos chistes... Ahí tiene uno. Mandan un robot americano al tejado, trabaja cinco minutos y va y se para. El robot japonés también trabaja cinco minutos y se para también. En cambio, el robot ruso se pone a trabajar y está dos horas. Y en eso que se oye por la radio: “¡Soldado Ivanov, dentro de dos horas puede bajar para un descanso!” Ja-ja-ja! (*Se ríe.*)

Antes de dirigirnos al reactor, el jefe nos dio las instrucciones... Estábamos formados... Y algunos muchachos se amotinaron: “Ya hemos estado allí; deben mandarnos a casa”. Mi campo de trabajo, por ejemplo, es el combustible, la gasolina, en cambio también a mí me mandaron al tejado. Y a pesar de todo, no dije nada. Yo mismo quería ir. En cambio ellos se rebelaron. Entonces el comandante dice: “Sólo irán al tejado los voluntarios; el resto salgan de la formación, que tendrán una charla con el fiscal”. Y los muchachos esos se lo pensaron, hablaron entre ellos y aceptaron. ¿No has prestado el juramento? ¿No has besado la bandera? Pues apechuga... Me parece que ninguno de nosotros dudó que te podían enchironar unos cuantos años. Se filtró el rumor de que te podían caer de dos a tres años.

Si un soldado recibía más de veinticinco roentgen, podían encerrar al jefe de su unidad por irradiar al personal. De manera que nadie tenía más de veinticinco roentgen... Todos recibían menos... ¿Comprende?

Pero la gente me gustaba... Dos se pusieron enfermos y encontraron a un sustituto, él mismo se ofreció: “¡Va, voy yo!” Y eso que aquel día ya había subido una vez al tejado. El tipo se ganó el respeto. Un premio de quinientos dólares. Otro se subió al tejado a perforar el agujero; ya le tocaba

bajar, pero el tipo seguía... Nosotros le hacíamos señas: “¡Baja!”. Pero el hombre, de rodillas, seguía machacando. Había que agujerear el techo en este lugar para introducir un canalón y así poder tirar por ahí los residuos. Hasta que no lo perforó no se levantó. De premio, mil rublos. Con aquel dinero entonces se podía comprar dos motos. Ahora tiene la invalidez de primer grado... Pero cuando era cuestión de vencer el miedo, nos pagaban al momento...

Llegó el último día. Nos subimos a los coches. Y mientras recorrimos la zona, nos pasamos todo el rato dándole a la bocina. Recuerdo como si fuera hoy aquellos días... Estuve presente ante algo... algo fantástico... Me faltan las palabras... Y todas estas expresiones de “gigantesco”, “fantástico” no transmiten lo suficiente aquello. Sentías algo... ¿Como qué? Una sensación que no he experimentado ni siquiera en el amor...”

Aleksandr Kudriaguin, liquidador.

Monólogo sobre que a la vida cotidiana hay que añadirle algo para entenderla

“¿Quiere usted hechos, detalles de aquellos días? ¿O mi historia? Por ejemplo, yo nunca me había dedicado a la fotografía, pero allí de pronto me puse a hacer fotos; por casualidad tenía una máquina de fotos... Pensé que serían para mí. Pero ahora se ha convertido en mi profesión. No podía desprenderme de las nuevas sensaciones que experimenté; no se trataba de vivencias breves, sino toda una historia del alma. ¿Me entiende?

(Habla y coloca sobre la mesa, las sillas, la repisa de la ventana las fotografías; un girasol gigante, del tamaño de la rueda de un carro, un nido de cigüeña en una aldea desierta, un solitario cementerio rural con una tablilla en la entrada que reza: “Alta radiación. Se prohíbe la entrada a pie y en vehículo”; un cochecito en el patio de una casa con las ventanas tapiadas; sobre el coche de niño se sienta una chova como si estuviera en su nido; una bandada de grullas en formación triangular sobre unos campos abandonados...)

Algunos me preguntan: “¿Por qué no usas película de color?” Pues porque las fotos son de Chernóbyl, que significa Negra realidad... Los demás colores no existen...

¿Mi historia? Será comentar esto... *(Señala las fotos.)* Bueno. Voy a intentarlo. Todo está aquí, ¿comprende?... *(De nuevo señala las fotos.)* Por entonces yo trabajaba en una fábrica, y estudiaba en la universidad a distancia, en la facultad de historia. Era tornero de segunda. Nos metieron en un grupo y nos mandaron urgentemente... Como si nos fuéramos al frente.

--¿Adónde vamos?

--Adónde os manden.

--¿Qué vamos a hacer?

--Lo que os manden.

--Pero si somos constructores.

--Pues iréis a construir. A alguna obra.

Construimos locales auxiliares: lavanderías, almacenes, cobertizos. A mí me mandaron a descargar cemento. Qué cemento era, de dónde venía, es algo que nadie comprobaba. Cargábamos y descargábamos. Te pasabas el día dándole a la pala, de manera que a la noche sólo te brillaban los dientes. El hombre de cemento. Gris. Tú mismo y la ropa de trabajo, todo. Por la noche te sacudías la ropa, ¿comprende?, y por la mañana te la volvías a poner.

Nos organizaron algunas charlas políticas. Que si sois héroes, que si esto es una hazaña, que si estamos en primera línea... El léxico era militar... Pero, ¿qué es un rem? ¿Y los curies? ¿Qué es un miliroentgen? A nuestras preguntas el superior no podía contestarnos nada: en la escuela militar no le habían enseñado nada de eso. Mil, micro... Como si fuera chino. “Para qué os hace falta? Vosotros cumplid las órdenes. Aquí sois como soldados”. Seremos soldados, pero no reclusos.

Llegó una comisión. “Bueno --nos tranquilizan--. Aquí todo está normal. El fondo es normal. Porque a unos cuatro kilómetros de aquí, sí que no se puede vivir, van a evacuar de allí a la gente.

En cambio, aquí todo está tranquilo.”

Venía con ellos un dosimetrista. El tipo va y enchufa el cajón que le colgaba del hombro. Y cuando, con un gesto bien amplio, nos pasa el aparato por las botas, de pronto da un salto a un lado: una reacción involuntaria... Y aquí empieza lo más interesante; para usted, como escritora, sobre todo. ¿Cuanto tiempo, se preguntará, recordamos este incidente? Como mucho, unos cuantos días. Ya ve, nuestra gente es incapaz de pensar sólo en ellos, en su propia vida; es incapaz de sentirse a sí misma como un sistema así, cerrado. Nuestros políticos son incapaces de pensar en el valor de la vida, pero la gente tampoco. ¿Me entiende? Estamos hechos de otro modo. De otra pasta.

Por supuesto, todos allí bebíamos y además de veras. Por la noche no quedaba ni uno sobrio. Después de las dos primeras copas, alguien se angustiaba, se acordaba de su mujer, de los niños, o contaría algo de su trabajo... Cubría de mierda a los jefes. Pero luego, después de una o dos botellas... Se hablaba sólo del destino del país y sobre el orden del Universo. Se discutía de Gorbachov y Ligachov⁵⁶. De Stalin. Si éramos o no una gran potencia, si venceríamos o no venceríamos a los americanos. Era el año ochenta y seis... Sobre qué aviones eran los mejores, qué naves espaciales las más seguras. Bueno, Chernóbyl ha volado por los aires, pero los nuestros han sido los primeros en viajar al cosmos. ¿Comprende? Y así hasta quedar roncos, hasta el amanecer. Pero sobre por qué razón no teníamos dosímetros o por qué no nos daban ningún tipo de pastillas preventivas... Por qué no había lavadoras para lavar los trajes cada día y no dos veces al mes. Todo esto se planteaba en último lugar. De pasada. Así estábamos hechos, ¿comprende? ¡Maldita sea!

El vodka se cotizaba más que el oro. Imposible comprarlo. Nos bebimos todo lo bebible de las aldeas cercanas: el vodka, el *samogón*, las lociones, llegamos hasta las lacas y los aerosoles... Sobre la mesa un bote de tres litros de *samogón* o una bolsa llena de botellas de colonia “Shipr”... Y hablar y hablar... Había entre nosotros maestros, ingenieros... Toda una Internacional: rusos, bielorrusos, kazajos, ucranianos...

Conversaciones filosóficas... Sobre que habíamos caído prisioneros del materialismo y que el materialismo nos reducía al mundo de los objetos. Que Chernóbyl era una puerta abierta al infinito. Me acuerdo como discutíamos sobre el destino de la cultura rusa, sobre su inclinación a lo trágico. Sin la sombra de la muerte no se podía entender nada. Sólo sobre la base de la cultura rusa se podría entender la catástrofe... Sólo nuestra cultura estaba preparada para entenderla... Temíamos la bomba del hongo nuclear y mira lo que había pasado... Se sabe cómo se quema una casa, por culpa de una cerilla o por un proyectil... En cambio esto no se parecía a nada... Nos llegaban voces de que era un fuego extraterrestre, que hasta no era fuego sino una luz. Una reverberación. Como una aurora. De un azul brillante. Y que no era humo.

Los científicos, que antes ocupaban el trono de los dioses, ahora se habían convertido en ángeles caídos. ¡En demonios! Y la naturaleza humana seguía siendo, tal como lo había sido en el pasado, un misterio para ellos.

Yo soy ruso; de la región de Briansk. En nuestro país ves a un viejo sentado en el umbral de su casa, la casa se ha torcido, está a punto de derrumbarse, y él en cambio se dedica a filosofar, a organizar el mundo. En cualquier pausa en la fábrica hallarás sin falta a un Aristóteles. O en la cervecería. Como nosotros, filosofando pegados al reactor...

Como caídos del cielo, nos venían a visitar reporteros de los periódicos. Sacaban fotos. Con temas inventados. Uno toma la ventana de una casa abandonada, le colocaba delante un violín. Y llamaba a aquello “sinfonía de Chernóbyl”. Cuando allí no había necesidad de inventar nada.

Yo tenía ganas de grabarlo todo en la memoria: un globo terrestre aplastado por un tractor en medio del patio de una escuela; ropa lavada ennegrecida, colgada desde hace un año en un balcón; fosas comunes abandonadas... La hierba alcanzaba la altura de los soldados de yeso --los monumentos--, y sobre las estatuas, los nidos de los pájaros. Las puertas de una casa aparecen destruidas, por lo que se ve ya la han visitado los merodeadores, pero las cortinas de las ventanas están echadas. La gente se ha marchado, y en la casa se han quedado a vivir sus fotografías... Como quien dice sus almas.

No había nada que no fuera importante, nada intrascendente. Quería recordarlo todo con exactitud y detalle: la hora y el día cuando lo había visto, el color del cielo, mis sensaciones...

⁵⁶Yegor Ligachov, entonces secretario del Comité Central y miembro del Politburó del partido. Contrario a la “perestroika” de Mijail Gorbachov.

¿Comprende? El hombre se había ido para siempre de aquellos lugares. Y nosotros éramos los primeros seres que experimentábamos este “para siempre”. No podías dejar escapar ni el más mínimo detalle...

Las caras de los viejos campesinos, semejantes a iconos... Ellos eran quienes menos comprendían de verdad lo sucedido. Nunca habían abandonado sus casas, su tierra. Aparecían en este mundo, se amaban, conseguían su pan de cada día con el sudor de su frente y prolongaban la especie... Esperaban la llegada de los nietos... Y después de vivir la vida, abandonaban esta tierra volviendo a ella, convirtiéndose en ella.

¡La casa campesina bielorrusa! Para nosotros no es más que una casa, una construcción en la que vivir... Pero para ellos era todo su mundo. Su cosmos. Atraviesas las aldeas vacías... Y te entran unos deseos tan grandes de ver a un ser humano... Ves una iglesia desvalijada... Entramos en ella: olía a cera... Te daban ganas de rezar...

Yo quería recordar todo eso. Y me puse a fotografiarlo... Ésta es mi historia...

No hace mucho enterré a un amigo que estuvo allí. Murió de cáncer en la sangre. Se celebra el funeral. Y, según la costumbre eslava, la gente bebe, come, ya me entiende. Y empiezan las conversaciones, hasta medianoche. Primero sobre él, sobre quien nos ha dejado. Pero, ¿y luego? Luego, de nuevo sobre el destino del país o sobre el orden del Universo. ¿Se irán las tropas rusas de Chechenia o no se irán? ¿Empezará una segunda guerra del Cáucaso, o en realidad ya ha empezado? ¿Qué posibilidades tiene Zhirinovski de convertirse en presidente? ¿Y Yeltsin? Sobre la corona inglesa y la princesa Diana. Sobre la monarquía rusa... Sobre Chernóbyl.

Ahora ya hay diversas conjeturas... Una de ellas es que los extraterrestres ya estaban enterados de la catástrofe y nos han ayudado; otra que se ha tratado de un experimento cósmico y que dentro de un tiempo empezarán a nacer niños con unas facultades geniales. Unos seres insólitos. O puede que los bielorrusos desaparezcan, como en su tiempo desaparecieron otros pueblos: los escitas, los kázaros, los sármatas, los kimerios o los huastecas...

Somos metafísicos... No vivimos en la tierra sino en nuestras quimeras, en las conversaciones. A la vida cotidiana debemos añadirle algo más para comprenderla. Incluso cuando nos encontramos junto a la muerte...”

Victor Latún, fotógrafo.

Monólogo sobre el niño deforme, al que de todos modos voy a querer

“Mi hija me dijo no hace mucho: “Mamá, si doy a luz a un niño deforme, lo querré igualmente”. ¿Se imagina algo así? Estudia en la décima clase y ya tiene estas ideas. Como sus amigas... Todas piensan en eso...”

Unos conocidos nuestros han tenido un niño... Lo esperaban; era su primer hijo. Una pareja joven, guapa. Pero el niño tiene una boca que le llega a las orejas; aunque no tiene orejas... Yo no voy a verlos, no los visito como antes, no puedo. En cambio mi hija, un día sí y otro también, va corriendo a verlos. Le tira esa casa; no sé si se imagina su futuro, o se prepara...

Pudimos marcharnos de aquí, pero mi marido y yo lo sopesamos y decidimos que no. Nos ha dado miedo irnos. Aquí todos somos de Chernóbyl. No nos asustamos el uno del otro, si alguien nos ofrece sus pepinos y las manzanas del huerto o del jardín, lo aceptamos y nos lo comemos, no lo escondemos tímidamente en el bolsillo, o en una bolsa, para luego tirarlo...

Todos tenemos los mismos recuerdos... La misma suerte... En cambio, en todas partes, en cualquier otro lugar, somos unos extraños. Unos apestados. Ya nos hemos acostumbrado a que nos llamen: “gente de Chernóbyl”, “niños de Chernóbyl”, “evacuados de Chernóbyl”...

Pero ustedes no saben nada de nosotros. Nos tienen miedo... Puede ser, incluso, que si no nos dejaran salir de aquí, si se hubiera colocado controles policiales, mucho de ustedes se sentirían más tranquilos. (*Se queda callada.*)

Y no me demuestre lo contrario. No intente convencerme. Yo lo he vivido esto...

Los primeros días... Agarré a mi hija y salí corriendo a Minsk, a casa de mi hermana... Y mi hermana, una persona de mi misma sangre, no me dejó entrar en su casa porque tenía un niño pequeño y lo estaba amamantando. ¿Se lo imagina?

Pasamos la noche en la estación. Me venían unas ideas locas entonces... ¿Adónde huir? Puede que lo mejor sea acabar con una misma, pensaba, para así dejar de sufrir... Eso fue los primeros días... Todos se imaginaban no sé qué terribles enfermedades. Males inimaginables... Y eso también lo pensaba yo, que soy médico. Sólo puedo adivinar lo que les estaba pasando por la cabeza a los demás...

Miro a nuestros hijos: vayan adonde vayan se sienten extraños entre sus compañeros... En los campamentos, donde mi hija pasó un verano, tenían miedo de tocarla. “Erizo de Chernóbyl. Luciérnaga. Da luz por la noche” -- le decían. Al llegar la noche la querían sacar a la calle para comprobar si daba o no luz...

La gente dice que la guerra... La generación de la guerra... Y las comparan... ¿La generación de la guerra? ¡Pero si esa gente era feliz! Vivió la victoria. ¡Salieron vencedores! Esto les infundió una gran energía vital, o dicho en los términos de ahora, una poderosa carga de supervivencia. No tenían miedo de nada. Querían vivir, estudiar, traer niños al mundo.

¿En cambio, nosotros? Nosotros tenemos miedo de todo... Tememos por nuestros hijos... Por los nietos que aún no han nacido... Aún no han nacido y ya tememos por ellos...

La gente sonríe menos, no canta como antes cantaba en las fiestas. No sólo ha cambiado el paisaje, pues donde antes se extendían los campos han crecido de nuevo los bosques, se ha llenado arbustos, sino también se ha alterado el carácter nacional. Todos sufren depresiones... El sentimiento dominante es el de estar condenados.

Chernóbyl es una metáfora. Un símbolo. Como nuestra vida cotidiana, nuestro modo de pensar...

Algunas veces pienso que sería mejor que no escribieran sobre nosotros. Entonces nos tendrían menos miedo. Porque tampoco en casa de un enfermo de cáncer se habla de esta terrible enfermedad. Como tampoco en las celdas de los condenados a cadena perpetua se cuentan los años que les quedan de pena...

*Nadezhda Afanásievna Burakova
habitante del poblado urbano Jóniki.*

Monólogo sobre el soldado mudo

Ya no voy a regresar a lo que es la zona, aunque antes me tiraba... Si veo de nuevo todo esto, si vuelvo a pensar en ello, me pondré enferma y me moriré. ¿Se acuerda de la película sobre la guerra “Ve y mira”^{57*}. No pude terminarla de ver, me desmayé... Allí mataban una vaca... Aparecía una pupila que ocupaba toda la pantalla. Cómo mataban a la gente; yo ya no lo miré.... ¡¡No!! ¡El arte es amor, estoy absolutamente convencida de ello!

No quiero encender la televisión ni leer los periódicos de ahora. Matan y matan... En Chechenia, en Bosnia... Pierdo la razón, se me echa a perder la vista. Es la banalidad del horror... La gente espera que el horror que aparece en la pantalla hoy sea más pavoroso que el de ayer. Si no, ya no da miedo. Nos hemos pasado de la raya...

Ayer iba en el trolebús. Ésta es la escena: un chico no le cede el asiento a un viejo. Y el anciano le reconviene:

--Cuando seas mayor, tampoco a ti te cederán el asiento.

--Yo nunca seré viejo --replica el chaval.

--¿Por qué?

--Porque pronto moriremos todos.

No se habla de otra cosa que de la muerte. Los niños piensan en la muerte. Cuando es algo en lo que se piensa al final de la vida, no cuando ésta comienza.

Veo el mundo en pequeñas escenas... La calle es para mí un teatro, mi casa es un teatro. Nunca me acuerdo de un hecho por entero. Sino los capto en algunos detalles o gestos...

⁵⁷Filme de Elem Klímov, titulado en España *Masacre* (1985), con un guión basado en dos obras de Alés Adamóvich, *El relato de Jatín* y *Tropas de castigo*, y en que se muestra el exterminio de una aldea bielorrusa por las tropas alemanas.

Todo se ha mezclado en mi memoria, todo se ha revuelto. No sé si lo he visto en el cine, en los periódicos... O lo habré oído, visto o vislumbrado en alguna parte.

Veo cómo por una calle abandonada de un pueblo se mueve una zorra que se ha vuelto loca. Se la ve calmada, buenecita. Como un niño... Se acerca cariñosa a los gatos asilvestrados, a las gallinas... Todo está en silencio. Y de pronto en este silencio se oye una extraña voz humana: "Gosha es bueno. Gosha es bueno". Sobre un viejo manzano se balancea una jaula oxidada con la portezuela abierta. Un papagayo domesticado habla consigo mismo.

¿Para qué recojo todo esto, para qué lo guardo? Nunca montaré una obra sobre Chernóbyl. Como no he puesto en escena ninguna obra sobre la guerra. Nunca en mis obras mostraré en escena a un hombre muerto. Ni siquiera un erizo o un pájaro muertos...

En el bosque me acerco a un pino y veo algo blanco... Me había parecido que eran setas, en cambio me he encontrado con unos gorriones con el pecho hacia arriba. Allí, en la zona...

Yo no comprendo qué es la muerte. Ante ella me detengo, para no volverme loca. Para no irme al otro lado... La guerra se debería mostrar de forma tan pavorosa que hiciera vomitar a la gente. Hasta ponerla enferma. Esto no es un espectáculo...

Durante los primeros días... Aún no se había mostrado ni una foto, y yo ya me imaginaba los tejados desmoronados, las paredes derruidas, el humo, cristales rotos. No se sabe adónde se llevan a unos niños callados. Una cadena de coches. Los mayores lloran, pero los niños no. Aún no habían publicado ni una fotografía... Seguramente, si preguntásemos a la gente, veríamos que no disponemos de otra imagen del Apocalipsis: explosiones, incendios, cadáveres, pánico.

Cierta vez, lo que recuerdo de mi infancia... (*Calla.*) Pero de esto, más tarde... Aparte...

Lo que ha pasado es algo diferente... Es otro miedo... No se lo oye, no se lo ve, no huele, no tiene color; en cambio cambiamos física y psíquicamente. Se altera la fórmula de la sangre, varía el código genético, cambia el paisaje... Pensemos lo que pensemos, hagamos lo que hagamos... Por ejemplo, yo por la mañana me levanto, tomo un te... Voy a los ensayos... Con los estudiantes... Y este algo pende sobre mí. Como un signo. Como un interrogante. No tengo con qué compararlo. Los recuerdos de mi infancia no se parecen en nada a esto...

Sólo he visto una buena película sobre la guerra. He olvidado el título. Es un filme sobre un soldado mudo. No abre la boca en toda la película. Lo acompaña una alemana embarazada, preñada por otro soldado ruso. Y nace un niño. La mujer pare en el camino, sobre un carro. El soldado alza a la criatura, la sujeta con las manos, y el niño hace pipí en su fusil... El hombre ríe... Éstas son como si dijéramos sus palabras: su risa. Mira al niño, a su fusil y se ríe... Fin de la película.

En ella no hay rusos, no hay alemanes. Sólo aparece un monstruo: la guerra.

Pero ahora, después de Chernóbyl, todo ha cambiado. También esto. Ha cambiado el mundo, que ahora ya no nos parece eterno, como lo ha sido hasta hace muy poco. De pronto la tierra se ha vuelto pequeña. Nos hemos visto privados de la inmortalidad. Esto es lo que nos ha pasado. Hemos perdido el sentido de la eternidad. En cambio, por el televisor veo como cada día se mata. Gente que dispara. Hoy disparan unos hombres sin inmortalidad. Un hombre mata a otro hombre... Después de Chernóbyl...

Lo recuerdo muy vagamente, como algo lejano... Tenía tres años cuando a mi madre y a mí nos deportaron a Alemania... A un campo de concentración... Recuerdo que todo era bonito. Puede que ésta fuera mi manera de ver las cosas. Una montaña alta... No sé si llovía o nevaba... La gente reunida en un gran semicírculo negro, todos con un número. Un número en el calzado... Muy claramente, con una pintura de un blanco estridente en los zapatos... En la espalda... Por todas partes, números y más números... Y el alambre de espinos. Sobre una torre se alza un hombre con casco, corren unos perros, que ladran muy fuerte. Y ni gota de miedo. Dos alemanes, uno grande, gordo, de negro, y el otro, pequeño, en traje marrón. El que va de negro señala con la mano hacia alguna parte... Del oscuro semicírculo sale una sombra negra y se convierte en una persona. El alemán de negro la empieza a pegar...

Recuerdo a un italiano alto y guapo... Cantaba sin parar...

Escribí unas escenas sobre la guerra. Probé hacer algo con ellos. No me salió nada. Nunca montaré una obra sobre la guerra. No me saldría.

Una vez llevamos a la zona de Chernóbyl un espectáculo alegre: "Pozo, danos agua". Es un cuento. Llegamos a Jotimsk, un centro de distrito. Allí hay un orfanato, una casa para niños huérfanos. No los sacaron de allí.

Durante la representación, al llegar el entreacto, los niños no aplauden. No se levantan. Callan.

Y al acabar la obra. Tampoco aplauden. Ni se levantan. Siguen callados.

Mis estudiantes están desesperados, al borde de las lágrimas. Nos reunimos tras el telón: ¿qué les pasa a estos críos? Lo comprendimos luego: los niños se creían todo lo que pasaba en la escena. En la obra se esperaba que de un momento a otro se produjera un milagro. Los niños normales, los que tienen casa, entendían que aquello era teatro. Éstos, en cambio, esperaban que el milagro ocurriera.

Nosotros, los bielorrusos, nunca hemos tenido nada eterno. Ni siquiera hemos tenido una tierra eterna, siempre alguien nos la arrancaba y borraba las huellas de nuestro pueblo. Y no podíamos vivir en un tiempo ilimitado, como en el Antiguo Testamento: éste ha engendrado al otro, el otro a un tercero... La cadena, los eslabones... No sabemos tampoco qué hacer con esta eternidad, no sabemos vivir con ella. Somos incapaces de entenderla...

Pero finalmente esta eternidad nos has sido dada... Nuestra eternidad es Chernóbyl. Esto es lo que nos ha salido...

¿Y nosotros, qué hacemos? Nosotros, pues nos reímos... La demás gente se compadece de aquel al que se le ha quemado la casa o el cobertizo... Todo ha ardido, y en cambio, al bielorruso se le ocurre decir: “¿Y el montón de ratas que se te han frito?” y a reírse a mandíbula batiente. ¡Esto es un bielorruso!

Pero nuestros dioses no ríen. Nuestros dioses son mártires. Los griegos sí que tenían dioses que reían, unas divinidades alegres. ¿Y las fantasías, me dirá usted, los sueños, los chistes, que también son textos? ¿O no tratan también sobre quiénes somos? Lo malo, sin embargo, es que no sabemos leerlos...

En todas partes sólo oigo una melodía... Que suena y suena... Aunque más que una melodía, más que una canción, es un llanto de plañidera. Es que nuestro pueblo, viene a decir, está programado para soportar cualquier desgracia. Una inacabable espera de la desgracia.

¿Y la felicidad? La felicidad es algo pasajero, casual. El pueblo suele decir: “Una desgracia no es desgracia”, “Con la desdicha no hay palo que valga”, “Así revientes, la desgracia te da en los dientes”, “Cuando en casa reina la desdicha no estás para coplas”. Aparte de los sufrimientos, no tenemos nada más. Ni tenemos otra historia, ni otra cultura que la del dolor.

Y sin embargo, mis estudiantes se enamoran, tienen hijos. Aunque sus niños son callados, endebles.

Después de la guerra regresé del campo de concentración... Sobreviví... Entonces era lo único: sobrevivir. En lugar de beber agua, yo podía comer nieve, durante el verano podía no salir del río, zambullirme cientos de veces. Sus hijos no pueden comer nieve. Hasta la nieve más limpia, la más blanca... (*Se sobrepone de la emoción.*)

De la zona me trajeron un guión. Un cuento actual.

Un viejo y una vieja se han quedado en una aldea. Durante el invierno el viejo muere. La vieja lo entierra ella sola. Se pasa una semana cavando un hoyo en el cementerio. Envuelve al hombre en una pelliza caliente, para que no tenga frío, lo acuesta sobre un trineo de niño y lo lleva al cementerio. Y mientras recorre el camino va rememorando su vida juntos...

Para el funeral, la mujer asa la última gallina. Y al olor de la carne, acude arrastrándose hasta la vieja un cachorrillo famélico. Así la anciana tiene con quien conversar y llorar...

El arte es memoria... Es el recuerdo de aquello que fuimos.

*Lilia Mijáilovna Kuzmenkova,
profesora de la Escuela de Arte y Cultura de Moguiliov,
directora de teatro.*

Monólogo sobre las eternas y malditas preguntas: ¿qué hacer? y ¿quién tiene la culpa?

Yo soy un hombre de mi tiempo, soy un comunista convencido. Ya no se castiga... Reñirnos hoy puede quien quiere... Está de moda reñirnos... Todos los comunistas son unos criminales. Ahora somos responsables de todo, hasta de las leyes de la física. Entonces yo era el Primer Secretario del Comité Regional del partido.

Los periódicos escriben... Son ellos, los comunistas, dicen, los que tienen la culpa: han

construido unas centrales atómicas defectuosas, baratas; querían ahorrar, pero no han tenido en cuenta las vidas humanas. El hombre era para ellos polvo, el estiércol de la historia. ¡A por ellos!...

Las preguntas malditas: ¿qué hacer? ¿quién tiene la culpa? Son preguntas eternas. Constantes en nuestra historia. Y todos arden de impaciencia, ansiando vengarse, pidiendo sangre. ¡A por ellos!

Otros callan, pero yo hablaré... Escriben ustedes... Bueno, no usted en concreto, sino los periódicos: los comunistas engañaban al pueblo, le ocultaban la verdad. Cuando lo cierto es que nosotros debíamos... Recibíamos telegramas del Comité Central, del Comité Regional del partido... Se nos planteó la siguiente tarea: no permitir que cundiera el pánico. El pánico, en efecto, es algo terrible. Sólo durante la guerra se siguieron con el mismo interés los partes del frente, como entonces se seguían las noticias de Chernóbyl. El miedo. Los rumores. La gente se sentía morir no por la radiación, sino por el propio suceso.

Nosotros debíamos... No se puede decir que desde un primer momento se ocultara todo, porque nadie se hacía cargo de las proporciones de lo sucedido. Nos regíamos por las consideraciones políticas más elevadas. Pero si dejamos a un lado las emociones, si nos olvidamos de la política...

Hay que reconocer que nadie se creía lo que había sucedido. ¡Ni los científicos se lo podían creer! Nunca hubo un caso similar... No sólo en nuestro país, sino en todo el mundo...

Allí, los científicos, sobre el terreno, en la misma central, estudiaban la situación y al instante tomaban las decisiones. Hace poco he visto un programa “El momento de la verdad” con Aleksandr Yákovlev, miembro del Politburó, el principal ideólogo del partido entonces. Junto a Gorbachov... ¿Y qué recordaba? Tampoco ellos, allí arriba, se imaginaban todo el panorama...

En una sesión del Politburó, uno de los generales explicaba así las cosas: “¿Y qué, la radiación? En el polígono de pruebas... Después de una explosión atómica... Por la noche nos tomábamos una botella de vino tinto cada uno... Y como si nada”. Hablaban de Chernóbyl como de un accidente, como si se tratara de un accidente común y corriente...

Pero si entonces hubiera anunciado que la gente no puede salir a la calle. ¿Qué pasa, te hubieran dicho, o lo que pretende es sabotearos la fiesta del Primero de Mayo? Te hubieran abierto un expediente... Y fuera del partido... (*Se calma un poco.*)

No es un chiste, sino, creo yo, un hecho real. Sucedió. Cuentan que el Presidente de la Comisión Gubernamental, Sherbina, al llegar a la central, a los pocos días después de la explosión, exigió que lo llevaran directamente al lugar del suceso. Le explicaron que había restos de grafito por todas partes, unos campos de radiación terribles, temperaturas altísimas, que allá no se podía ir. “De qué física me hablan? He de verlo todo con mis propios ojos --gritaba a sus subordinados--. Esta misma noche he de informar al Politburó”. Un estereotipo militar de comportamiento. Tampoco conocían otro... No comprendían que la física era algo que realmente existía... Que había una cosa llamada reacción en cadena... Y que no había orden ni disposición gubernamental que pudiera cambiar esta física. El mundo se fundamenta en ella y no en las ideas de Marx.

Pero si entonces hubiera dicho eso... ¿A ver quien se hubiera atrevido a suspender la manifestación del Primero de Mayo? (*De nuevo empieza a acalorarse.*) En los periódicos escriben... ¡Como si la gente estuviera en la calle y nosotros anduviéramos metidos en los búnkeres subterráneos! ¡Yo me subí a la tribuna, dos horas estuve bajo aquel sol... sin gorro, sin impermeable... Y el Nueve de Mayo, el Día de la Victoria... Desfilé con los veteranos. Sonaba el acordeón. Bailábamos, bebíamos...

Todos éramos parte de este sistema. ¡Creíamos! ¡Creíamos en unos grandes ideales! ¡En la victoria! ¡Venceremos a Chernóbyl! Leíamos con entusiasmo lo que se contaba sobre la lucha heroica por dominar el reactor, que había escapado al control de los hombres...

Porque nuestra gente sin una idea... Sin un gran sueño... Esto también da pavor... Ya ve lo que está pasando ahora... Todo se derrumba... El vacío de poder... Stalin... El archipiélago Gulag... Se ha condenado el pasado... Toda nuestra vida anterior.

¡Pero qué películas las de entonces! ¡Qué canciones más alegres! Y dígame, ¿por qué? Deme una respuesta. ¿Por qué ahora no se hacen películas como aquellas? ¿Ni canciones? Hay que elevar las aspiraciones del hombre, llenarlo de inspiración... Hacen falta ideales... Sólo entonces habrá un estado poderoso. ¡Ideales luminosos! Entonces los teníamos.

En los periódicos... Por la radio, por la televisión no paraban de gritar: ¡queremos la verdad, la verdad! En los mítines: ¡la verdad! Las cosas están mal, muy mal... ¡Muy mal! ¡Pronto moriremos todos!

¿A quién le hacía falta esta verdad? Cuando en la Convención irrumpieron las masas exigiendo

la ejecución de Robespierre, ¿acaso tenían razón? Someterse a la masas, convertirse en masa... Mire a su alrededor... Mire lo que está pasando... (*Calla.*)

Si soy un criminal, ¿por qué, entonces, mi nieta?.. Sangre de mi sangre... También está enferma... Mi hija dio a luz aquella primavera, nos la trajo a casa, a Slávgorod, envuelta en pañales... En el cochecito... Llegó pasadas varias semanas después de la explosión en la central... Los helicópteros sobrevolando la central, los coches militares en las carreteras... Mi mujer me pidió: “Hay que mandarlas con sus parientes. Hay que sacarlas de allí”. Yo entonces era el Primer Secretario del Comité Regional del partido... Y me negué categóricamente: “¿Qué pensará la gente si me llevo a mi hija con su niña pequeña? Cuando sus hijos se quedan...” Y a aquellos que salían corriendo, los que salvaban el pellejo... Yo los llamaba al comité, a mi despacho: “¿Eres comunista o no eres comunista?”. La gente se ponía a prueba. Y si soy un criminal, ¿por qué no cuidé a una criatura de mi sangre? (*Siguen palabras inconexas.*)

Me ha pedido usted que le cuente de los primeros días... En Ucrania se había dado la alarma; en cambio, aquí, en Belarús, todo se mantenía en calma. La siembra se encontraba en su punto álgido. Yo no me escondía, no me encerraba en los despachos, sino me pateaba los campos, los prados. Donde araban, sembraban.

Ha olvidado usted que antes de Chernóbyl llamaban al átomo el trabajador de la paz; nos sentíamos orgullosos de vivir en la era atómica. No recuerdo que se temiera al átomo...

Pero, a ver, ¿qué es un Primer Secretario del Comité Regional del partido? Es una persona corriente, con un diploma universitario normal, lo más frecuente es que fuera un ingeniero o un agrónomo. Algunos, además, habían acabado la escuela superior del partido. Yo sabía de la radiación lo que nos llegaron a decir en los cursos de defensa civil. Allí no escuché ni una palabra sobre el cesio en la leche, ni del estroncio... Pues bien, nosotros llevábamos leche con cesio a las centrales lecheras. Entregábamos partidas de carne... A 40 curies, segábamos la hierba. Cumplíamos los planes... Yo los sacaba adelante. Porque aquí nadie suspendió los planes...

Un rasgo... Sobre cómo éramos entonces... Durante aquellos primeros días la población experimentaba no sólo miedo, sino entusiasmo...

Yo soy una persona que no sabe lo que es el instinto de conservación. (*Tras reflexionar un rato.*) Pero sí tengo un desarrollado sentido del deber...

Pues bien, sobre mi mesa tenía decenas de peticiones que decían: “Solicito que me manden a Chernóbyl”. De voluntarios. Escriban ustedes lo que escriban, había sin embargo algo llamado carácter soviético. Y también el hombre soviético. Sea lo que sea lo que escriban...

Nos venían a ver científicos, que discutían hasta levantar la voz a gritos... Hasta la ronquera. Me acerco a uno y le digo: “¿Le parece normal que nuestros hijos jueguen en una arena radioactiva?” Y él que me contesta: “¡Alarmistas! ¡Ignorantes! ¿Qué saben ustedes de la radiación? Yo soy técnico nuclear. Por ejemplo, imagínese, se produce una explosión atómica. Pues bien, yo, al cabo de veinte minutos me dirijo en mi coche al epicentro. Por un territorio fundido. ¿A qué viene sembrar el pánico?” Y yo me lo creía.

Llamaba a la gente a mi despacho y les decía: “Pero, por lo que más queráis. Si yo me largo. Si vosotros os largáis. ¿Qué pensará la gente de nosotros? ¿Dirán que los comunistas han desertado?” Y si no los convencía con las palabras, con el sentimiento, actuaba de otro modo: “¿Eres patriota o no eres patriota? Si no, deja sobre la mesa tu carné. Fuera del partido”. Algunos se iban...

Empecé a sospechar algo más tarde... Cuando firmamos un acuerdo con el Instituto de Física Nuclear para que inspeccionara nuestras tierras. El caso es que empiezan a practicar análisis. Recogen hierba, muestras de tierra y se lo llevan para allá, a Minsk. Allí realizan los análisis. Y más tarde me llaman: “Por favor, organice usted un transporte para que les devolvamos toda la tierra”. -- “¿Está usted de broma, o qué? Hasta Minsk hay cuatrocientos kilómetros --casi se me cae el auricular--. ¿Devolvernos la tierra?!..”. -- “Pues no, no es ninguna broma --me responden--. Según las instrucciones recibidas, todas estas muestras se deben enterrar en una fosa, en un búnker subterráneo de hormigón armado. Nos han traído muestras de toda Belarús. En un mes se nos han llenado hasta los topes los depósitos”. ¿Lo ha oído usted?

Y entre tanto nosotros aramos y sembramos sobre esta tierra. Sobre ella juegan nuestros hijos... Se nos reclama el cumplimiento del plan de leche y carne. Del cereal se hacía alcohol. Las manzanas, las peras y las cerezas se empleaban para zumos...

La evacuación... Si alguien lo hubiera visto desde arriba, pensaría que había comenzado la tercera guerra mundial... Trasladan una aldea. ¡En cambio a otra la avisan que la evacuarán al cabo

de una semana! Y toda aquella semana sus habitantes se la pasan recogiendo la paja, segando la hierba, labrando en los huertos, cortando leña... Llevando la vida de siempre... La gente no entiende qué pasa... Y al cabo de una semana se los llevan en camiones militares...

Reuniones, viajes de trabajo, una orden tras otra, noches sin dormir... Lo que no llegó a pasar. Junto al comité del partido de Minsk, recuerdo, había un hombre con una pancarta: “Den yodo al pueblo”. Hacía calor. Y él en gabardina...

(Retorna al principio de nuestra conversación.)

Usted lo habrá olvidado... Pero entonces... Las centrales atómicas eran el futuro... Más de una vez intervine... Hice propaganda... Había estado en una central nuclear: un silencio solemne. Todo limpio. En un rincón, banderas rojas y banderines de “Vencedor de la emulación socialista”. Era nuestro futuro...

Yo soy un hombre de mi tiempo... No soy un criminal...

*Vladimir Matvéyevich Ivanov
ex primer secretario del Comité
Regional del partido de Slávgorod.*

Monólogo de un defensor del poder soviético

“Qué está aquí grabando? ¿Quién le ha dado permiso? Nada de fotos... Llévase de aquí su trasto... Guárdelo... Que si no, me lo cargo. Míralos, vienen aquí y... Nosotros ... con nuestras penalidades. Y ustedes, en cambio, mareando a la gente... Soliviantando al personal... Y les sacan lo que no deben. ¡Se acabó el orden! ¡Se acabó! Míralos, vienen aquí y... Con sus magnetófonos...

Pues sí lo defiende. Yo defiende el poder soviético. Es nuestro poder. ¡El poder del pueblo! En los tiempos soviéticos éramos fuertes, todos nos tenían miedo. ¡Todo el mundo nos miraba! Unos temblaban de miedo, otros nos tenían envidia. ¡La p...! ¿Y ahora qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Con la democracia? Nos traen sus “Snickers” y margarina caducada. Tejanos gastados, como a los indígenas, como a unos salvajes que hace dos días que han bajado del árbol... De la palmera...

Qué lastima de país... Y míralos, ahora vienen y... Qué poderío el nuestro... ¡La p...! Hasta que no subió el Gorbachov ese... Al trono... ¡El diablo ese con la mancha! Ese Gorby... Gorby... Que actuaba según sus planes, a las órdenes de la CIA...

¿Y qué me quieren demostrar? Míralos... Fueron ellos los que hicieron saltar por los aires Chernóbyl... Los de la CIA y los demócratas... Lo he leído en la prensa... Si no hubiera explotado Chernóbyl nuestro país no se habría derrumbado. ¡Qué país más poderoso! ¡La p...!

Y vosotros ¿qué me explicáis?... Con los comunistas la barra de pan valía veinte cópecs, y ahora dos mil. Por tres rublos yo me compraba mi botella... Y aun me sobraba para acompañarla con algo... ¿Y con los demócratas? ¡Lo han malvendido todo! ¡Todo hipotecado! Ni nuestros nietos lo acabarán de pagar...

¡No estoy borracho... estoy a favor de los comunistas! Ellos nos defendían, al pueblo llano. ¡Y no me vengán con cuentos! Que si la democracia... El hombre libre... ¡La p...! Porque este hombre libre si se muere no hay ni con qué enterrarlo.

En el pueblo se nos murió una abuela. Vivía sola, sin hijos. Dos días se pasó la pobre en la casa... Con un chaquetón viejo... Bajo los iconos... No pudimos comprarle un ataúd... En su tiempo había sido una estajanovista, de las primeras. Nos pasamos dos días sin salir al campo. Organizamos un mitin. ¡La p...! Hasta que no salió a hablar el presidente del koljós... Al pueblo... Y nos dijo que ahora, cuando se muera alguna persona, el koljós entregará gratis: un ataúd de madera, un ternero o un cerdo y dos cajas de vodka para los funerales. Con los demócratas... Dos cajas de vodka... ¡Gratis! Una botella por barba se convierte en borrachera; media botella es un tratamiento. Para la radiación que tenemos...

¿Por qué no apunta usted esto? Mis palabras... Y apunta sólo lo que le conviene... Marean ustedes a la gente... Los soliviantan... ¿Quiéren hacerse con un capital político? ¿Llenarse los bolsillos de dólares? Aquí es donde vivimos... Y padecemos...

¡Y no hay culpables! ¡Nómbreme a algún culpable, a ver! ¡Estoy a favor de los comunistas! Cuando vuelvan los comunistas no tardarán ni un instante en encontrar a los culpables.. ¡La p...! Míralos, que vienen aquí... Y van grabando...”

(No dio su apellido).

Monólogo sobre cómo dos ángeles se encontraron con la pequeña Olya

“Tengo bastante material... Siete años reuniéndolo: recortes de periódico, mis notas. Dispongo de cifras. Se lo daré todo... Ya nunca abandonaré este tema, pero yo misma no lo puedo escribir. Puedo luchar: organizar manifestaciones, piquetes, conseguir medicinas, visitar a los niños enfermos, pero no escribir. Hágalo usted...”

Estoy tan llena de sentimientos, que no podré dominarlos. Los sentimientos me paralizan. Chernóbyl ya tiene sus Stalker⁵⁸... Sus escritores... Pero yo no quiero formar parte de los que explotan este tema. Si uno escribe honestamente... (*Se queda pensativa.*)

Aquella lluvia caliente de abril... Siete años que recuerdo aquella lluvia... Las gotas corrían como el mercurio. Dicen que la radiación es incolora. Pero los charcos eran o verdes o de un amarillo chillón. Una vecina me informó en voz baja que por Radio “Svoboda” habían informado sobre la avería en la central atómica de Chernóbyl. Yo entonces no le di ninguna importancia. Estaba absolutamente convencida de que si hubiera sido algo serio nos lo hubieran comunicado. Existen unos procedimientos técnicos especiales, señales especiales, refugios antiaéreos. Nos avisarán, pensaba. ¡Estábamos convencidos de ello! Todos pasamos por los cursos de defensa civil. Yo misma llevaba a cabo las lecciones...

Pero por la noche de aquel mismo día, la vecina me trajo unos polvos. Se los dio un familiar, que le explicó cómo tomarlos (trabajaba en el Instituto de Física Nuclear), pero le hizo prometer que no diría ni una palabra. ¡Que callaría como un pez! ¡Como una piedra! Temía sobre todo las conversaciones y las preguntas hechas por teléfono...

Entonces vivía conmigo mi nieto pequeño... ¿Y yo? Yo de todos modos no creía en el peligro. Creo que nadie se tomó aquellos polvos... Éramos muy confiados... No sólo la generación mayor, sino también los jóvenes...

Recuerdo las primeras impresiones, los primeros rumores... Cómo pasaba de un tiempo a otro, de un estado a otro... De allí aquí... Dado que me dedico a escribir, he reflexionado sobre estos tránsitos, me interesaban. Como si en mí hubieran dos personas: una anterior y otra posterior a Chernóbyl. Pero ahora resulta difícil restablecer este “antes” con toda fidelidad. Mi manera de ver las cosas ha cambiado.

He viajado a la zona desde los primeros días... Recuerdo que me paraba en algún pueblo y lo que me impresionaba era ¡el silencio! Ni pájaros ni nada se oía... Ibas por la calle... Y silencio... De acuerdo, las casas se han quedado vacías, la gente no está, se ha marchado, pero todo alrededor estaba callado, ni un sólo pájaro...

Un día llegamos a la aldea Chudiany -- ciento cuarenta y nueve curies... En la aldea Malínovka, cincuenta y nueve curies... La población recibía dosis cientos de veces superiores a las que recibían los soldados que vigilaban las zonas donde se realizaban los experimentos de las bombas atómicas. Los polígonos atómicos. ¡Miles de veces superiores! El dosímetro zumbaba; la aguja se salía de la escala... Y en las oficinas de los koljoses veías colgados unos anuncios firmados por los radiólogos del distrito en los que se aseguraba que las cebollas, las lechugas, los tomates y los pepinos se podían comer. Todo crecía y todos comían.

¿Qué es lo que dicen ahora estos radiólogos del distrito? ¿Los secretarios de los comités de distrito del partido? ¿Cómo se justifican?

En todas las aldeas nos encontrábamos muchas personas borrachas. Incluso las mujeres andaban bebidas; sobre todo las ordeñadoras y las encargadas del ganado.

En aquella misma aldea, Malínovka (distrito de Chérikov) entramos en una guardería. Los niños corren por el patio... Juegan con la arena... La directora nos explica que cambian la arena cada mes. La traen de alguna parte. Se puede usted imaginar de dónde la traen... Los niños se ven tristes... Bromeamos y ellos no sonrían... La educadora se echa a llorar: “No se esfuerzen. Nuestros

⁵⁸ Título y personaje de un filme de A. Tarkovski, un ser que se interna en una zona prohibida donde se producen fenómenos extraños tras la visita de unos extraterrestres. El filme está basado en una novela de los hermanos Strugatski.

niños no sonríen. Y en sueños lloran”.

En la calle nos encontramos a una mujer con un recién nacido. “¿Quién le ha autorizado para dar a luz aquí? Con cincuenta y nueve curies...” -- “Vino una médico radióloga. Me aconsejó que no secara los pañales en la calle”.

Persuadían a la gente para que no se marchara. Que cumpliera el plan... Incluso cuando trasladaron a la población... Evacuaron la aldea... Pero, de todos modos, traían a gente para los trabajos del campo. A recoger la patata...

¿Y qué dicen ahora los secretarios de los comités locales y regionales? ¿Cómo se justifican? ¿De quién según ellos es la culpa?

He guardado muchas instrucciones... Ultra secretas... Se las daré todas... Escriba un libro honesto... Por ejemplo: Instrucciones para el tratamiento de las piezas de pollo contaminadas. En las plantas de elaboración se exigía ir vestido igual que en los territorios contaminados cuando se está en contacto con elementos radioactivos. Con guantes de goma. Batas de goma, botas y demás. Si la pieza contiene tantos curies, se la debe hervir en agua salada, echar el agua al desagüe, y emplear aquella carne en los patés y embutidos. Si tiene tantos curies: emplear para harina de carne o para piensos de animales... De este modo se cumplían los planes de producción de carne.

Los terneros de zonas contaminadas se vendían a bajo precio en otros lugares. En zonas sin contaminar. Los conductores que trasladaban a estos terneros contaban que aquel ganado daba risa: la lana les llegaba al suelo y que tenían tanta hambre que se lo comían todo, los trapos, el papel. ¡Era fácil alimentarlos! Los vendían a los koljoses; pero si alguien quería, se los podía quedar. Llevarse los animales a su establo... ¡Eso es un crimen! ¡¡Un crimen!!

Por el camino nos encontramos con un camión... El coche marchaba lentamente, como en un entierro... Cuando se lleva a un difunto... Lo paramos. Al volante, un chico joven. Le pregunto:

“¿Seguramente te resulta molesto ir tan despacio?”

“No, porque llevo tierra radioactiva”.

Pero, ¡el calor! ¡El polvo!

“¡¿Te has vuelto loco!? -- le grito--. ¡Si aún has de casarte, tener hijos!”

“¿Y dónde más voy a ganar cincuenta rublos por viaje?”.

Por cincuenta rublos con los precios de entonces, te podías comprar un buen traje. Sobre las pagas extras se hablaba más que de la radiación. Pagas extras y unos miserables complementos... Miseros, si los comparamos con el valor de la vida...

Detalles cómicos mezclados con lo trágico...

Dos abuelas sentadas en un banco junto a su casa. Los niños corretean. Medimos la radiación: setenta curies...

--¿De dónde son los niños?

--De Minsk, han venido a pasar el verano.

--¡¿Pero no ven que aquí tienen mucha radiación?!

--¡A qué nos pintas esta radiación! ¡Bien que la hemos visto!

--¡Pero si no se puede ver!

--Pues mira, ¿ves aquella casa a medio construir? Sus habitantes la han abandonado y se han marchado. Por miedo... La otra noche fuimos a verla y miramos dentro... Por la ventana... Y allí estaba, bajo una viga, la radiación esta... ¡Con una cara de mala y los ojos encendidos! ¡Negra, negra!

--¡No puede ser!

--¡Te lo juramos! ¡Por lo más sagrado!

Y se persignan. Se persignan, la mar de alegres. ¿Se ríen de ellas mismas, o de nosotros?

Después de algún viaje, nos reunimos en la redacción. “¿Cómo va todo?” -- nos preguntamos los unos a los otros. “¡Todo va normal!” -- “¿Cómo que normal? Mírate en el espejo. ¡Has regresado con el pelo blanco!”

Empezaron a circular los chistes. Chistes sobre Chernóbyl. El más corto: “Qué buen pueblo fue, el de los bielorrusos”.

¿Alguien le ha contado que estaba rigurosamente prohibido hacer fotografías junto al reactor? Sólo se podían hacer con un permiso especial. Te retiraban las cámaras. Antes de partir, registraban a los soldados, como en Afganistán, no fuera a ser que se filtrara alguna foto. No fuera a ser que quedara alguna prueba. A los cámaras de televisión la KGB les retiraba las cintas. Y se las devolvían veladas. Cuántos documentos destruidos. Cuántos testimonios. Perdidos para la ciencia.

Para la historia. Sería bueno encontrar ahora a los que dieron aquellas órdenes... ¿Que se inventarían ahora? ¿Cómo se justificarían?

Yo nunca los perdonaré... ¡¡¡Nunca!!!

Aunque sea por una sola niña... La niña bailaba en el hospital... Bailaba una “polquita”... Tenía unos nueve años. Bailaba tan bien... A los dos meses me llamó su madre: “¡Olía se está muriendo!” No tuve fuerzas para ir aquel día al hospital. Y luego ya fue tarde. Olía tenía una hermana pequeña. La niña se despertó una mañana y dijo: “Mamá, he visto en sueños cómo llegaban volando dos ángeles y se llevaban a nuestra Olía. Han dicho que allá Olía estará bien. Que no le dolerá nada. Mamá, dos ángeles se han llevado a nuestra Olía...”

Nunca lo podré perdonar...”

Irina Kiseliova, periodista.

Monólogo sobre el poder ilimitado de unos hombres sobre otros

Yo no soy del campo de las humanidades. Soy físico. Lo mío, por tanto, son los hechos, sólo los hechos...

Algún día se habrá de responder por Chernóbyl... Llegará un día en que será necesario responder por todo esto, como por lo sucedido en el treinta y siete⁵⁹. ¡Aunque sea dentro de cincuenta años! Por viejos que sean... Aunque hayan muerto... ¡Son unos criminales! (*Tras un silencio.*)

Hay que conservar los hechos... ¡Que queden los hechos! Porque los pedirán...

...Aquel día, el veintiséis de abril, yo estaba en Moscú. En un viaje de trabajo. Allí me enteré del accidente.

Llamo a Minsk al primer secretario del Comité Central de Belarús Sliunkov: lo llamo una, dos, tres veces, no me ponen con él. Doy con su ayudante (que me conoce bien):

--Le llamo desde Moscú. Póngame con Sliunkov, he de darle una información urgente. ¡De un grave accidente!

Llamo por los canales gubernamentales, y sin embargo las líneas ya están bajo control. En cuanto empiezas a hablar sobre el accidente, el teléfono se corta al momento. ¡Vigilan, por supuesto! Te escuchan. ¿Quiénes van a ser? Los órganos competentes, claro. Aquel Estado dentro del Estado. Y eso que con quien quiero hablar es con Sliunkov en persona, el Primer Secretario del Comité Central...

¿Y yo, quién soy? Yo soy el director del Instituto de Energía Nuclear de la Academia de Ciencias de Belarús. Profesor, miembro de la Academia... Pero también a mí me controlan.

Necesito unas dos horas para que se ponga al aparato el propio Sliunkov. Le informo:

--El accidente es serio. Según mis cálculos (yo ya había hablado con otras personas en Moscú y había hecho mis números), la columna radioactiva se mueve hacia nosotros. Hacia Belarús. Hace falta realizar inmediatamente una operación de profilaxis de yodo para la población y evacuar a todo el mundo que se encuentre cerca de la central. Hay que sacar a toda la población y a los animales en cien kilómetros a la redonda.

--Ya me han informado --dice Sliunkov--. Ha habido un incendio, pero lo han apagado.

Y yo, sin poderme contener:

--¡Esto es un engaño! ¡Un engaño evidente! Cualquier físico le dirá que el grafito arde a unas cinco toneladas por hora. ¡Imagínese cuanto tiempo estará ardiendo!

Tomo el primer tren a Minsk. Paso la noche en blanco. Por la mañana llego a casa. Le mido a mi hijo la tiroides: ¡ciento ochenta micro roentgen a la hora! Entonces la tiroides era un dosímetro ideal.

Se necesitaba yoduro de sodio. Yodo corriente. Para medio vaso de gelatina de dos a tres gotas

⁵⁹Momento álgido de las grandes purgas y de los procesos de Moscú. El 1937 se ha convertido para los rusos en el símbolo del terror estalinista.

para los niños, y para un adulto, de tres a cuatro gotas. El reactor estuvo ardiendo diez días, diez días durante los cuales ya se debía haber hecho esto. ¡Pero nadie nos escuchaba! Ni a los científicos, ni a los médicos. La ciencia estaba en manos de la política; la medicina, atrapada por la política. ¡Faltaría más!

No hay que olvidar en qué atmósfera mental se producía todo aquello, qué éramos entonces, diez años atrás. Funcionaba el KGB; el control secreto. Se interferían las radios extranjeras. Mil tabúes, secretos políticos y militares... Y por añadidura, todos estábamos educados en la idea de que el átomo soviético para la paz era tan poco peligroso como la turba o el carbón. Éramos unas personas prisioneras del miedo y de los prejuicios. En manos de la superstición... Pero, los hechos, sólo los hechos...

Aquel mismo día... El veintisiete de abril decido viajar a la región de Gómel, frontera con Ucrania. A los centros de distrito Braguin, Jóniki, Narovlia; de allí hasta la central hay unas cuantas decenas de kilómetros. Había de conseguir una información completa. Llevarme los aparatos, medir el fondo. Y lo que es el fondo era el siguiente: en Braguin -- treinta mil micro roentgen por hora; en Narovlia -- veintiocho mil... Y en aquella situación, las gentes del lugar estaban sembrando, arando. Se preparaban para la Pascua... Pintaban los huevos, cocían panes de Pascua...

¿Qué radiación? ¿Qué es esto? No nos ha llegado ninguna orden. De arriba nos piden informes: ¿cómo marcha la siembra, a qué ritmo?

Me miraban como a un loco: “¿Pero de qué me habla, profesor?” Roentgen, micro roentgen... Como si les hablara un extraterrestre...

Regresamos a Minsk. En la avenida central, por todas partes venden pastelillos, helados, carne picada, bollos. Bajo la nube radioactiva...

Veintinueve de abril. Lo recuerdo todo con exactitud... Por fechas... A las ocho de la mañana ya me encuentro en la sala de espera de Sliunkov. Intento llegar como sea hasta él. Pero no me recibe. Y así hasta las cinco y media. A las cinco y media del despacho de Sliunkov sale unos de nuestros poetas más famosos. Nos conocemos:

--Hemos estado discutiendo con el camarada Sliunkov sobre los problemas de la cultura bielorrusa.

--Pronto no quedará nadie para crear esta cultura --le replico sin poderme aguantar--; ni para leer sus libros, si ahora mismo no sacamos a la gente de la zona de Chernóbyl. ¡Si no los salvamos!

--¡Pero, ¿qué dice usted?! Si ya lo han apagado todo.

De todos modos, llego hasta Sliunkov. Le describo el cuadro que vi el día anterior. ¡Hay que salvar a la gente! En Ucrania (había llamado) ha empezado la evacuación...

--¿Qué se proponen sus dosimetristas (los de mi instituto) corriendo por toda la ciudad, sembrando el pánico?! Me he asesorado en Moscú, con el académico Ilín. La situación es normal... Y en la central está trabajando una comisión gubernamental. También la fiscalía. Han mandado el ejército, maquinaria militar, para cubrir la brecha...

Sobre nuestra tierra ya se habían precipitado miles de toneladas de cesio, yodo, plomo, circonio, cadmio, berilio, boro, una cantidad incalculable de plutonio (en los reactores RBMK de uranio y grafito, en la versión de Chernóbyl, se extraía plutonio estratégico, con el que se fabricaban las bombas atómicas). En total cuatrocientos cincuenta tipos de radionúclidos. El equivalente a trescientas cincuenta bombas, como las que se lanzaron sobre Hiroshima. Se debía hablar de física. Y en cambio, se hablaba de enemigos. Se buscaba al enemigo.

Tarde o temprano, pero se habrá de responder por esto.

“Un día se pondrá usted a buscar excusas --le replicaba yo a Sliunkov-- diciendo que no era más que un constructor de tractores (había sido director de una fábrica de tractores), y que no entendía nada de radiaciones; pero yo soy físico y sí tengo una idea de las consecuencias”.

Pero, ¿cómo veían ellos todo eso? No se sabe qué profesor, no se sabe qué físicos, ¿y se atreven a dar lecciones al Comité Central? No, no eran una pandilla de criminales. Más bien nos encontramos ante una combinación letal de ignorancia y corporativismo. La piedra angular de su vida, sus hábitos adquiridos en el aparato eran: no te destaques. Dí sí a todo...

Justamente por entonces a Sliunkov lo estaban promocionando para ir a Moscú, para un ascenso. ¡Esta es la cosa! Hubo de producirse, según me parece, una llamada de Moscú... De Gorbachov... En el sentido de que a ver qué hacéis, los bielorrusos, nada de sembrar el pánico. Ya sin vosotros, Occidente está armando un buen jaleo.

Porque éstas son las reglas del juego: si no satisfaces los deseos de tus superiores, no ascenderás en el cargo, no conseguirás tal viaje de descanso, tal “dacha”... De haber seguido viviendo en el mismo sistema cerrado de antes, tras el telón de acero, la gente seguiría instalada hasta hoy pegada a la central. ¡La habrían declarado zona secreta! Tome los casos de Kyshtym o de Semipalátinsk⁶⁰ ...

Un país estalinista. Seguíamos siendo un país estalinista...

En las instrucciones para situaciones de guerra nuclear se dice que, en caso de amenaza de un accidente nuclear, o de un ataque nuclear, es necesario aplicar de forma inmediata una profilaxis a base de yodo a toda la población. ¡En caso de amenaza! ¿Y qué es lo que teníamos aquí? Tres mil micro roentgen por hora... Pero lo que les preocupaba no era la gente, sino su poder... En un país donde lo importante no son los hombres sino el poder... La prioridad del Estado está fuera de toda duda. Y el valor de la vida humana se reduce a cero.

¿O es que no había modo de hacerlo? ¿Sin grandes anuncios, sin generar pánico? Sencillamente con verter los preparados de yodo en los embalses de los que se extraía el agua potable, con añadirlos a la leche. Es verdad que se hubiera notado que el agua no tenía el mismo gusto, y la leche tampoco... En la ciudad se hallaban listos setecientos kilos de preparado. Y allí se quedaron, en los almacenes...

Tenían más miedo de la ira que les podía llegar desde arriba que del átomo. Todo el mundo esperaba una llamada de teléfono, una orden. Pero no hacía nada por su cuenta.

Yo llevaba en mi cartera un dosímetro...¿Para qué lo llevaba? No me dejaban pasar, estaban hartos de mí... en los despachos de arriba... Yo llevaba conmigo el dosímetro y lo acercaba a las tiroides de las secretarías, de los choferes personales, sentados en las salas de espera. La gente se asustaba, pero esto a veces servía de ayuda: me dejaban pasar.

“Profesor, ¿qué hace usted poniéndose histérico? ¿O ahora resulta que sólo usted se preocupa del pueblo bielorruso? De todos modos, de algo se han de morir las personas: del tabaco, en accidentes de tráfico, o de un suicidio”.

Algunos se reían de los ucranianos. Mira cómo se arrastran de rodillas en el Kremlin, mendigando dinero, medicinas, aparatos de dosimetría (no había bastantes dosímetros), en cambio el nuestro (se referían a Sliunkov) en quince minutos informó de la situación: “Todo está en orden. Nos arreglaremos con nuestras propias fuerzas”. Hasta alabaron su gesto: “¡Buena gente, los hermanos bielorrusos!”

¿Cuántas vidas habrá costado esta alabanza?!

Dispongo de información de que ellos (las autoridades) sí que tomaban yodo. Cuando los exploró el personal de nuestro instituto, todos tenían la tiroides limpia. Algo imposible sin el yodo. También a sus hijos los sacaron a escondidas, lejos del desastre. Y cuando iban a visitar las zonas, ellos sí que llevaban máscaras, trajes especiales. Todos los medios que les faltaba a los demás.

Hace ya tiempo que no es ningún secreto que en las afueras de Minsk se mantenía un rebaño especial de ganado. Cada res con su número y adscrita de manera individual. Personal. Campos especiales, invernaderos especiales... Un control especial... Y lo más repugnante... (*Tras un silencio.*) Nadie ha respondido de esto...

Dejaron de recibirme... De escucharme. Los inundaba de cartas. Con notas oficiales. Distribuía mapas, cifras. Los mandaba a todas las instancias. Cuatro carpetas de doscientas cincuenta hojas cada una...

Hechos, sólo hechos...

Por si acaso, hacía dos copias; una la guardaba en mi despacho del trabajo, y otra, en casa. Mi mujer lo escondió. ¿Por qué hacía copias? Vivimos en un país que... Yo mismo cerraba mi despacho. Pues bien, llego de un viaje de trabajo, y las carpetas habían desaparecido...

Pero yo he crecido en Ucrania, mis abuelos eran cosacos. Y tengo un carácter cosaco. Seguí escribiendo. Interviniendo. ¡Había que salvar a la gente! ¡Evacuarlos con toda urgencia! Siempre de viaje de trabajo... Nuestro instituto compuso el primer mapa de las zonas “contaminadas”... Todo el sur aparece en rojo...

⁶⁰ Lugares donde se habían producido accidentes nucleares. En 1957 en la ciudad secreta Cheliábinsk-40, cercana a Kyshtym, en los Urales, una explosión de residuos radiactivos contaminó un extenso territorio. En Semipalátinsk, Kazajstán, se realizaban las pruebas de las bombas nucleares y termonucleares soviéticas.

Pero esto ya es historia. La historia de un crimen.

Del instituto se nos llevaron todos los aparatos de control radiactivo. Los confiscaron. Sin explicación alguna. Me llamaban a casa amenazándome: “¡Deja de espantar a la gente, profesor! Que te vamos a mandar a donde Cristo dio las tres voces. ¿No lo adivinas? ¿Os habéis olvidado del pasado? ¡Pronto os habéis olvidado!” Presionaban a los trabajadores del instituto. Los amedrentaban.

Escribía a Moscú...

Me convoca Platónov, el presidente de nuestra Academia:

--El pueblo bielorruso algún día recordará tu labor, has hecho mucho por él; pero has hecho mal en escribir a Moscú. ¡Muy mal! Me exigen que te retire de tu cargo. ¿Para qué lo has hecho? ¿O es que no entiendes a quién te enfrentas?

Yo tengo los mapas, las cifras. ¿Ellos, en cambio, qué tenían? Podían meterme en un psiquiátrico. Me amenazaron con hacerlo. Podía tener un accidente de automóvil. Me avisaron. Me podían colgar una causa penal. Por propaganda antisoviética. O por un cajón de clavos que el contable del instituto no hubiera anotado...

Pues bien, me abrieron una causa criminal.

Consiguieron lo que querían. Me dio un infarto... (*Calla.*)

Yo lo anotaba todo... Todo está en la carpeta...

Hechos, sólo hechos...

Comprobamos el estado de salud de los niños en las aldeas... De los niños y las niñas... Mil quinientos, dos mil, tres mil miliroentgen... Por encima de los tres mil... Esas niñas... Ya no darán a luz a ningún niño... Tienen los genes marcados...

Un tractor arando un campo... Le pregunto a un funcionario del comité de distrito del partido que nos acompaña:

--¿El tractorista está protegido al menos con una mascarilla?

--No, trabajan sin respiradores.

--¿Qué pasa, no os los han mandado?

--¡Pues claro que los han mandado! Nos han mandado tantos que tendremos hasta el año dos mil. Pero no los hemos repartido. Cundiría el pánico. ¡Y todos saldrían corriendo! ¡Se largarían!

--¿Se da cuenta de lo está haciendo?!

--Para usted es fácil pensar de este modo, profesor. Si lo echan del trabajo, encontrará usted otro. ¿Pero yo, adónde me meto?

¡Qué poder! ¡Un poder ilimitado de unos hombres sobre otros hombres! Esto ya no es un engaño, sino una guerra contra personas inocentes...

Por ejemplo, recorremos el curso del Prípiat. Vemos tiendas de campaña, familias enteras descansando. Se bañan, toman el sol. Estas personas no saben que desde hace varias semanas se están bañando y tomando el sol bajo una nube radioactiva. Estaba terminantemente prohibido hablar con ellos. Pero veo a unos niños... Me acerco y les explico.

Me miran perplejos: “¿Entonces, por qué la radio y la televisión no dicen nada de esto?”

El funcionario que me acompaña... En nuestros viajes solía acompañarnos algún representante del poder local, del comité de distrito; éste era el sistema... El tipo calla... Pero puedo adivinar por su cara qué sentimientos luchan en su fuero interno: ¿informar o no? ¡Porque al mismo tiempo, también le da lástima la gente! Es una persona normal... Aunque yo no sé de qué lado se inclinará la balanza cuando regresemos. ¿Informará o no? Cada uno decidía por su cuenta, en un sentido o en otro... (*Calla durante un rato.*)

Y hoy ¿qué hemos de hacer con esta verdad? ¿Ahora qué? ¿Qué hacer con ella? Si de nuevo salta por los aires todo, se repetirá lo mismo...

Seguimos siendo un país estalinista... Y viven en él hombres estalinistas...”

***Vasili Borísovich Nesterenko, ex director
del Instituto de Energía Nuclear
de la Academia de ciencias de Belarús.***

Monólogo sobre las víctimas y los sacerdotes

“Una persona se levanta temprano por la mañana... Y no se para a pensar en la eternidad, sus pensamientos están en el pan de cada día. Usted, en cambio, quiere que la gente piense en la eternidad. Éste es el error de todos los humanistas..

¿Cómo definir Chernóbyl?

Llegamos a una aldea... Tenemos un pequeño autobús alemán (se lo han regalado a nuestra fundación), los niños nos rodean:

“¡Hola! ¡Hola! Somos niños de Chernóbyl. ¿Qué nos han traído? Dénnos algo”...

¡Dénnos! Esto es Chernóbyl.

De camino hacia la zona nos encontramos con una anciana, con su falda bordada, su delantal y un hato a la espalda.

--¿Adónde vas, abuela? ¿De visita?

--Voy para Marki... A mi casa...

¡Se dirige a un lugar donde hay ciento cuarenta curíes! Ha de recorrer unos veinticinco kilómetros. Tarda un día en ir y otro para regresar. Se traerá de vuelta un bote de tres litros, un bote que se ha pasado dos años colgado en su verja. Pero ha estado en su casa...

Esto es Chernóbyl...

¿Qué recuerdo de los primeros días? ¿Qué pasaba entonces? Aunque, en cualquier caso, habría que empezar por... Si le contara mi vida, habría de empezar por la infancia. Lo mismo ocurre con esto...

Yo tengo mi propia señal para la cuenta atrás. Y recuerdo algo distinto. Recuerdo el Cuarenta aniversario de la Victoria⁶¹. Entonces hubo los primeros fuegos artificiales en nuestro Moguiliiov. Después de la ceremonia oficial, la gente no se fue para su casa, como de costumbre, sino se puso a cantar canciones. De manera completamente inesperada. Recuerdo aquel sentimiento general. Pasados cuarenta años, todos se habían lanzado a hablar de la guerra; por fin la gente asimiló aquello. Porque hasta entonces todos nos dedicábamos a sobrevivir, a recuperarnos, a traer niños al mundo.

Lo mismo ocurrirá con Chernóbyl... Aún hemos de volver a él, y se nos descubrirá con mayor profundidad. Se convertirá en algo sagrado. En un muro de las lamentaciones. Pero de momento no existe la fórmula. ¡No existe la fórmula! ¡No hay ideas! Los curíes, los rems, los roentgen, esto no significa asimilar la realidad. No es filosofía. No es una visión del mundo. Nuestro hombre o lleva un fusil o una cruz. Así ha sido durante toda nuestra historia... Y no ha existido otro hombre... Aún no...

Mi madre trabajaba en el Estado Mayor de la Defensa Civil de la ciudad; fue de las primeras en enterarse: todos los aparatos se pusieron en marcha. Según las instrucciones, que colgaban en cada uno de los despachos, era necesario informar en seguida a la población, repartir las máscaras, los antigás, etcétera.

Se abrieron los depósitos secretos, sus puertas selladas, lacradas; pero todo lo que había allí se encontraba en un estado lamentable; era inservible, no se podía usar. En las escuelas, las máscaras antigás era de un modelo anterior a la guerra y ni siquiera las tallas correspondían a las de los niños.

Los aparatos marcaban un nivel alto de radiación, pero nadie podía entender nada; una cosa así nunca había pasado. Y simplemente se desconectaron los aparatos.

Mi madre contaba: “Si hubiera empezado una guerra, hubiéramos sabido qué hacer. Para eso disponíamos instrucciones. ¿Pero ante algo como esto?”

¿Quién encabezaba nuestra defensa civil? Generales, coroneles retirados para quienes la guerra empieza del siguiente modo: por la radio se emiten las declaraciones oficiales, alarma aérea, bombas de humo, proyectiles incendiarios... No les entraba en la cabeza que estábamos en otra época. Hacía falta que se produjera una ruptura psicológica... Ahora se ha producido... Ahora sabemos que estaremos en casa, tomando el té, celebrando algo... Charlaremos de cualquier cosa, reírnos, mientras la guerra seguirá su curso. Ni siquiera nos enteraremos que ya habremos desaparecido...

⁶¹El año 1985.

Y en cuanto a la defensa civil, pues era un juego al que jugaban unos señores mayores. Unos tipos encargados de la realización de los desfiles, de los ejercicios...

Nos obligaban a dejar el trabajo durante tres días. Sin darnos ninguna explicación. Para realizar ejercicios militares. El juego se llamaba: “En caso de guerra atómica”. Los hombres hacían de soldados y bomberos; las mujeres, de voluntarias de sanidad. Nos entregaban unos monos, botas, bolsas sanitarias, un paquete de vendas y algunas medicinas. ¡Y a ver quién dice nada! El pueblo soviético debe portarse dignamente ante el enemigo. Mapas secretos, planes de evacuación: todo esto se guardaba en cajas fuertes con sellos lacrados. Siguiendo estos planes, en minutos contados, después de sonar la alarma, la gente debía estar movilizada para que la condujeran al bosque, a alguna zona segura... Aúlla la sirena... ¡Atención! Es la guerra...

Se premiaba a los mejores, se entregaban banderas. Y, cómo no, se celebraba un banquete de campaña. ¡Los hombres brindaban por nuestra victoria futura! ¡Y, faltaría más, por las mujeres!

Pues bien, no hace mucho... Ya en estos tiempos... Se declaró una alarma en la ciudad. ¡Atención! ¡Alerta la defensa civil! Ha sido hace una semana... La gente se asustó, pero era un miedo distinto. Y lo importante entonces ya no era que nos estuvieran atacando los americanos, o los alemanes, sino ¿qué ocurrirá en Chernóbyl? ¿Será posible que suceda de nuevo?..

Volvamos al año ochenta y seis... ¿Quiénes éramos? ¿Cómo éramos cuando nos sorprendió esta versión tecnológica del juicio final? Yo. Nosotros. Le hablo de la intelectualidad local; teníamos nuestro grupo. Vivíamos nuestra vida, alejados de todo lo que nos rodeaba. Era nuestra forma de protesta. Teníamos nuestras leyes: no leíamos el periódico “Pravda”, en cambio nos pasábamos de mano en mano la revista “Ogoniok”⁶². Era cuando justo habían aflojado las riendas y nosotros sorbíamos con ansia aquel aire fresco. Leíamos el “samizdat”, que por fin llegó hasta nosotros, a nuestras perdidas tierras. Leíamos a Solzhenitsyn, a Shalámov. Íbamos de una casa a otra de visita, con nuestras interminables conversaciones en la cocina.

Añorábamos algunas cosas. ¿Qué? Pues que en algún lugar vivían actores, estrellas... Yo, por ejemplo, seré Catherine Deneuve... Me pondré algún estúpido trazo, me recogeré el pelo... Era un ansia de libertad... Por aquel otro mundo... Un mundo ajeno... Como forma de libertad...

Pero también esto era un juego... Una manera de huir de la realidad. Alguno de nuestro grupo se estrelló, se alcoholizó, otro ingresó en el partido, para hacer carrera. Nadie creía que los muros del Kremlin un día se pudieran quebrar... Que este muro se derrumbaría... Bueno, si ha de ser así, un pimiento me importa lo que pase por allá, nosotros viviremos aquí... En nuestro mundo ilusorio...

En cuanto a Chernóbyl... Al principio hubo la misma reacción. ¿Y a nosotros qué nos importa? Que las autoridades se rompan los cuernos... Chernóbyl es cosa suya... Y además está lejos. Ni siquiera miramos al mapa. ¿Para qué? No vale la pena. Entonces ya no necesitábamos la verdad... Pero cuando en las botellas de leche aparecieron las etiquetas: “Leche para niños” y “Leche para adultos”... Entonces sí que nos dijimos: ¡aquí está pasando algo! Algo se nos está viniendo encima...

Yo no era miembro del partido, es cierto, pero, de todos modos, era una persona soviética. Apareció el miedo: “¿Qué pasa con los rábanos este año que tienen las hojas como las remolachas?”. Pero aquella misma tarde ponías la tele y te decían: “No se dejen influir por las provocaciones”. Y desaparecían todas las dudas...

¿Y la manifestación del Primero de Mayo? Nadie nos había obligado a ir. A mí, por ejemplo, nadie me obligó. Podíamos elegir. Pero no lo hicimos. No recuerdo otra manifestación del Primero de Mayo tan multitudinaria, tan alegre, como la de aquel año. Había cundido la alarma y querías, como no, cobijarte en el rebaño... Para estar junto a todos los demás. Te daban ganas de criticar a alguien... A las autoridades... Al gobierno.. A los comunistas...

Ahora lo pienso... Busco y busco el punto de ruptura... ¿Dónde se produjo la quiebra? Porque este punto se encontraba en el principio de todo... Y era nuestra falta de libertad... Ya no necesitábamos la verdad... El colmo del librepensamiento era; ¿se pueden comer los rábanos o no? Nuestra falta de libertad... Una carencia que estaba dentro de nosotros...

Yo trabajaba de ingeniero en la fábrica “Khimvoloknó”⁶³; allí teníamos un grupo de especialistas alemanes. Habían venido a instalar su maquinaria. Allí vi cómo se comporta otra

⁶²Una de las primeras publicaciones que recogió el espíritu de la “perestroika”, sobre todo en lo que se refiere a la libertad de expresión.

⁶³Abreviatura de una fábrica de “fibras químicas”.

gente, otro pueblo. Cuando se enteraron del accidente, exigieron al momento que hubiera médicos, dosímetros, que se controlara la comida. Escuchaban su radio y sabían lo que se debía hacer. Por supuesto, no les dieron nada. Entonces hicieron las maletas y se dispusieron a marcharse. ¡Que nos compren los billetes! ¡Mándennos a casa! ¡Nos vamos! Ya que no podéis garantizarnos nuestra seguridad, nos marchamos. Se declararon en huelga, mandaron telegramas a su gobierno... Peleaban por sus mujeres, por sus hijos (vivían en familia). ¡Por su vida!

¿Y nosotros? ¿Nosotros cómo nos comportamos? ¡Miralos, a estos alemanes, siempre tan planchados, tan almidonados, qué histéricos! ¡Miedosos! Midiendo la radiación de la sopa, de las hamburguesas... ¡Qué risa! ¡Nuestros hombres sí que son hombres de verdad! ¡Que machos los rusos! ¡Dispuestos a todo! ¡Luchando con el reactor! ¡Y sin ningún temor por sus vidas! Se suben al tejado fundido a cuerpo descubierto, con guantes de lona (ya lo habíamos visto en la televisión)! ¡Y nuestros hijos van con sus banderines a la manifestación! ¡Con los veteranos de la guerra!... ¡La vieja guardia! (*Reflexiona.*)

Aunque esto era también una variante más de la barbarie: esa falta de miedo por tu propia vida...

Siempre decimos “nosotros” y no “yo”: “nosotros mostramos el heroísmo soviético”, “nosotros les enseñaremos el carácter soviético”. ¡A todo el mundo! ¡Pero ésta soy yo! ¡Y yo no quiero morir!.. Yo tengo miedo...

Es curioso observarse hoy a uno mismo. Descubrir uno sus propios sentimientos. ¿Cómo se han desarrollado? ¿Han ido cambiando? Analizar todo esto. Hace tiempo que me he descubierto enseñándome a ser más atenta con el mundo que me rodea. Con mi entorno. Después de Chernóbyl, esto te sale por ti mismo.

Hemos empezado a aprender a decir “yo”. ¡Yo no quiero morir! Yo tengo miedo... ¿Pero y entonces? Entonces un día enciendo la tele, subo el volumen y veo como entregan una bandera roja a unas ordeñadoras, vencedoras en la emulación socialista. ¡Pero si esto está pasando en nuestras tierras! -- me digo. ¡En un lugar cercano a Moguiliov! ¡En una aldea que resulta que se encuentra en medio de la mancha de cesio! De aquí poco la evacuarán... Y en cambio oigo la voz del locutor: “La población trabaja con total entrega, sin importarle todas la dificultades...”, “...maravillosas muestras de valor y heroísmo”.

¡Y luego que venga el diluvio! ¡Avancemos con paso revolucionario! No, no soy comunista, pero, de todos modos, soy una persona soviética. “¡Camaradas, no prestéis atención a las provocaciones!” -- día y noche retumba el televisor. Y las dudas se disipan... (*Calla.*)

¿Otro café? He de darme un respiro... Ordenar mis pensamientos...

En el futuro nos espera la tarea de comprender Chernóbyl, Chernóbyl como filosofía.

Dos Estados partidos por un alambre de espinos: uno, la propia zona, y el otro, el resto. En los postes podridos que rodean la zona, como si se tratara de cruces, cuelgan manteles blancos... La gente va ahí como a un cementerio... Un mundo después de la era de la tecnología... El tiempo ha empezado a retroceder... Allí están enterradas no sólo sus casas, sino toda una época. ¡La época de la fe! ¡De la fe en la ciencia! ¡En la idea de una justicia social!

El gran imperio se ha hecho pedazos. Se ha desmoronado. Primero Afganistán, luego Chernóbyl... El imperio se ha derrumbado y nos hemos quedado solos.

Me da miedo pronunciarlo, pero amamos Chernóbyl. Significa un cierto sentido para nuestra vida, un sentido que hemos reencontrado... El sentido de nuestro sufrimiento. Como la guerra.

El mundo nos ha descubierto, a nosotros, los bielorrusos, después de Chernóbyl. Ésta ha sido nuestra ventana a Europa. Somos a la vez sus víctimas y sus sacerdotes. Da pánico decirlo...

En la zona... En la misma zona... Allí hasta los sonidos son otros... Entrás en una casa... Y tienes la misma sensación que en el cuento de la Bella Durmiente. Si no lo han desvalijado todo, te encuentras fotografías, muñecas, muebles... Su gente, tienes la impresión que debe estar por ahí cerca...

A veces los encontramos... Pero estos hombres no hablan de Chernóbyl, sino te cuentan cómo los han engañado. Les preocupa saber si recibirán todo lo que les corresponde y si otros no recibirán más que ellos. Nuestro pueblo siempre tiene la sensación de que lo están engañando. En todas las etapas del gran camino. Por un lado, el nihilismo, la negación, y por otro, el fatalismo. No creen a las autoridades, ni a los científicos, o a los médicos, pero tampoco toman ninguna iniciativa. Gente inocente y desvalida. Han hallado el sentido y la justificación de cuanto ocurre en el propio sufrimiento, lo restante parece no tener importancia.

A lo largo de los campos ves letreros con el aviso: “Alta radiación”... Y los campos, que se siguen cultivando... Con treinta curies... Cincuenta... Los tractoristas, en cabinas abiertas (han pasado diez años y hasta hoy no hay tractores con cabinas herméticas), respirando polvo radiactivo...

¡Diez años han pasado! ¡Entonces, ¿quién somos?! Vivimos en una tierra contaminada, aramos, sembramos... Traemos niños al mundo. ¿Cuál es, pues, el sentido de nuestro sufrimiento? ¿Para qué sufrimos? ¿Por qué hay tanto sufrimiento? Ahora discutimos mucho sobre esto. Con mis amigos. Porque la zona no son los rems, ni los curies, ni los micro roentgen. Es el pueblo. Nuestro pueblo...

Chernóbyl representó un respiro para nuestro sistema, un poder que se diría agonizante... De nuevo vino la época de las medidas extremas... La redistribución... El racionamiento. Como antes, que nos metían en la cabeza eso de “si no hubiera habido la guerra”, entonces también surgió la posibilidad de achacarlo todo a Chernóbyl... “De no haber sucedido Chernóbyl...” Y otra vez con los ojos de carnero degollado: ¡Oh que dolor! Denos algo. Por caridad. Para que haya algo que repartir. Y otra vez los pesebres. ¡Un pararrayos!

Chernóbyl ya es un símbolo. Una imagen. Pero también es mi trabajo... Mi labor de cada día... Viajo... Veo... Hubo en un tiempo la aldea patriarcal bielorrusa. La casa bielorrusa. Sin lavabo, sin agua caliente, pero con un icono, un pozo de madera, toallas, manteles bordados. Con su hospitalidad.

Un día entramos en una de esas casas a beber agua, y la dueña saca de un viejo cofre, viejo como ella, una toalla y me la alarga: “Es para ti, en recuerdo de mi casa”...

Hubo un bosque, un campo. Se conservaba la vida en comunidad y unas briznas de la vieja libertad: el pedazo de tierra junto a la casa, su propiedad, la vaca. Pero llegó un día en que de Chernóbyl los trasladaron a “Europa”, a unos poblados de tipo europeo. Es posible construir una casa mejor, más comfortable, pero es imposible reconstruir en un nuevo lugar este enorme mundo al que estaban unidos. ¡Con el cordón umbilical! Ha sido un golpe colosal contra la psique humana. Una ruptura con las tradiciones, con toda la cultura secular.

Cuando te acercas a estos poblados nuevos, éstos aparecen como espejismos en el horizonte. Pintados de colores. Azules claros y oscuros. Y al instante te los imaginas como un milagro, hasta los han llamado “Maiski”, “Sólnechni”⁶⁴.

Las villas europeas son mucho más cómodas que las viejas chozas. Como un futuro ya listo. Pero uno no puede aterrizar en el futuro con un paracaídas... Han convertido a esa gente en etíopes... La gente está sentada en el suelo y espera, aguarda que llegue el avión, el autobús y les traigan la ayuda humanitaria. Pero en ningún caso surge la reacción de alegrarse ante la nueva posibilidad: he escapado del infierno, tengo una casa, una tierra sin contaminar y tengo que salvar a mis hijos, unos niños que llevan a Chernóbyl en la sangre, en los genes. Voy a ser libre...

La gente vive en estas villas como en una jaula. Las casas se desmoronan, se deshacen. Y vive en ellas un hombre privado de libertad. Condenado. Vive sumido en la humillación y el miedo. Un hombre que sueña en el comunismo. Espera...

La zona necesita el comunismo... Allí en todas las elecciones votan a favor de la mano dura, añoran el orden estalinista, la disciplina militar. Que para ellos es sinónimo de justicia. Y hasta viven en un orden marcial: comisarías de la milicia, hombres con uniforme militar, sistema de salvoconductos, racionamiento. Funcionarios que distribuyen la ayuda humanitaria.

En las cajas, en alemán y en ruso, está escrito: “No se puede cambiar. No se puede vender”. Y se venden en todas partes. En cualquier quiosco de venta...

Y otra vez como si se tratara de un juego... Un show publicitario... Llevo una caravana de ayuda humanitaria. Gente de afuera... Extranjeros... Que en nombre de Cristo o por alguna otra razón vienen a vernos. Y rodeados de charcos, de barro, con sus chaquetones y harapos se presenta mi tribu... En botas de lona... “¡No nos hace falta nada! ¡Igualmente se lo robarán todo!” -- veo en sus ojos también estas palabras. Pero al lado mismo, junto a este sentimiento... El deseo de llevarse una caja, un cajón, algo extranjero... Ya sabemos dónde vive tal o cual anciana... Como en una reserva... Y aparece un deseo loco, repugnante... De pronto digo: “¡Ahora os vamos enseñar algo increíble! ¡Encontraremos algo que!.. ¡Que no encontraréis ni en África! ¡No lo hay en ninguna

⁶⁴(Poblado) “de Mayo”, “del Sol”.

parte más del mundo! ¡Doscientos curies -- trescientos curies...”

Noto como están cambiando las abuelas, algunas se han convertido en auténticas “estrellas” de cine. Ya tienen aprendidos los monólogos, hasta las lágrimas les brotan en los momentos apropiados. Cuando aparecieron los primeros extranjeros, callaban, sólo lloraban. Ahora ya han aprendido a hablar. A lo mejor les caen unos chicles para los niños, alguna cajita que otra de ropa... Y todo esto convive hombro con hombro con una filosofía profunda, porque estos hombres tienen su propia relación con la muerte, con el tiempo. Y no abandonan sus chozas, no cambian sus cementerios queridos, por el chocolate alemán. Ni por la goma de mascar...

En el viaje de regreso... Les muestro: “¡Qué tierra más hermosa!”. El sol se está poniendo, tocando el horizonte. Ilumina los bosques, los campos. Y nos dice adiós.

“Así es --comenta uno del grupo alemán que habla en ruso--, hermosa, pero envenenada”.

El hombre lleva un dosímetro.

Y entonces comprendo que aquella puesta de sol me resulta entrañable sólo a mí. Porque es mi tierra.”

*Natalia Arsénievna Roslova,
presidenta del Comité de mujeres de Moguiliov
“Niños de Chernóbyl”.*

CORO DE NIÑOS

Aliosha Belski, 9 años; Ania Bogush, 10 años; Natasha Dvorétskaya, 16 años; Lena Zhudro, 15 años; Yura Zhuk, 15 años; Olya Zvonak, 10 años; Snezhana Zinevich, 16 años; Ira Kudriácheva, 14 años; Yulia Kascó, 11 años; Vania Kovarov, 12 años; Vadim Krasnosólnyshko, 9 años; Vasia Mikúlich, 15 años; Antón Nashivankin, 14 años; Marat Tamártsev, 16 años; Yulia Taráskina, 15 años; Katia Shevchuk, 14 años; Borís Shkirmankov, 16 años.

“Estaba en el hospital. Y sentía tanto dolor... que le pedí a mi mamá: “¡Mamita, no puedo más! ¡Mejor que me mates!”

“Llegó una nube muy negra... Un aguacero... Los charcos se volvieron amarillos... Verdes... Como si les hubieran echado pintura... Decían que era por el polen de las flores... No corríamos por los charcos, sólo los mirábamos.

La abuela nos encerraba en el desván. Se ponía de rodillas y rezaba. Y nos decía: “¡Rezad! Esto es el fin del mundo. Es el castigo de Dios por todos nuestros pecados”.

Mi hermano tenía ocho años, yo seis. Entonces nos pusimos a recordar nuestros pecados: él había roto un bote de mermelada de frambuesa... Yo no le había dicho nada a mi madre de que me había enganchado en una cerca y había roto el vestido nuevo... Lo escondí en el armario...

Mi madre se viste a menudo de negro. Con un pañuelo negro. En nuestra calle cada día entierran a alguien... Oigo la música⁶⁵ y corro a casa para rezar, recito el “Padre nuestro”. Rezo por mi madre y por mi padre...”

“Vinieron a buscarnos unos soldados en coche. Pensé que había empezado una guerra. Pronunciaban unas palabras que no entendía: “desactivación”, “isótopos”...

Por el camino tuve un sueño: ¡Se produce una explosión! ¡Pero yo estoy vivo! No está la casa, tampoco mis padres, no hay ni gorriones ni cuervos siquiera. Me desperté asustado, de un salto... Miré por la ventanilla: a ver si veía aquel terrible hongo.

Recuerdo como un soldado perseguía a un gato... El dosímetro cuando se acercaba al gato se ponía a zumbar como una ametralladora: clic, clic. Tras el gato corrían un niño y una niña... Era su

⁶⁵Los entierros casi siempre se acompañan de una banda de música.

gato... El chico nada, pero la niña gritaba: “¡No se lo daré!” Corría y gritaba: “¡Cariño, huye! ¡Escapa, cielo!” Y el soldado corría detrás, con una gran bolsa de plástico...”

“En casa nos dejamos... dejamos encerrado a mi hámster. Era todo blanco. Le dejamos comida para dos días. Y nos marchamos para siempre...”

“Se nos llevaron en un convoy. Los pequeños berreaban, se habían ensuciado. Era una educadora para veinte niños, y todos llorando: “¡Mamá! ¡¿Dónde está mamá?! ¡Quiero ir a casa!”. Yo tenía diez años y las niñas como yo ayudábamos a calmar a los pequeños. Las mujeres nos recibían en los andenes y hacían la señal de la cruz al tren. Nos traían galletas caseras, leche, patatas calientes...”

Nos llevaron a la región de Leningrado. Allí cuando nos acercábamos a las estaciones, la gente se persignaba y nos miraba desde lejos. Tenían miedo de nuestro tren, en cada estación lo lavaban largo rato. Cuando, en una parada, bajamos del vagón y entramos en la cantina, ya no dejaron entrar a nadie más: “Hay unos niños de Chernóbyl comiendo helados”. La camarera le decía al alguien por teléfono: “Ahora se marcharán y lavaremos el suelo con lejía, herviremos los vasos”. Y nosotros la oíamos.

Nos recibieron unos doctores. Llevaban unas máscaras antigás y guantes de goma... Nos quitaron toda la ropa, todas las cosas, hasta los sobres, los lápices y las plumas; lo metieron todo en bolsas de plástico y enterraron las bolsas en el bosque.

Nos asustamos tanto... Que después, durante largo tiempo, nos pasábamos los días esperando cuando nos empezáramos a morir...”

“Papá y mamá se estuvieron besando y nació yo.

Antes pensaba que nunca me moriría. Ahora en cambio sé que me voy a morir. Un niño estuvo conmigo en el hospital... Vádik Korinkov se llamaba... Me dibujaba pajaritos. Casitas. Y se murió. No tengo miedo de morirme... Te pondrás a dormir mucho, mucho tiempo y nunca te despertarás...

Un día soñé que me había muerto. Oía en sueños como lloraba mi madre. Y me desperté...”

“Quiero contarle cómo mi abuela se despidió de nuestra casa. Le pidió a papá que sacara del desván un saco de grano y lo esparció por el jardín: “Para los pajarillos de Dios”. Recogió en un cesto los huevos y los echó al patio: “Para nuestro gato y para el perro”. Les cortó unos trozos de tocino. De todos los saquitos echó las simientes: de zanahoria, de calabaza, de pepinos, de cebolla... De diferentes flores... Y las esparció por el huerto: “que vivan en la tierra”. Luego le hizo una reverencia a la casa... Se inclinó ante el cobertizo... Recorrió los manzanos y los saludó a cada uno...”

“Yo era pequeño... tenía seis, no, ocho años, creo. Eso mismo, ocho. Lo he contado ahora.

Recuerdo que tenía mucho miedo. Tenía miedo de correr descalzo por la hierba. Mi mamá me asustaba diciéndome que me iba a morir. Tenía miedo de bañarme, de zambullirme en el agua... Miedo de todo. Arrancar las avellanas en el bosque. Coger con las manos un escarabajo... Porque el escarabajo anda por la tierra, y el suelo estaba contaminado. Las hormigas, las mariposas, los moscardones, todo estaba contaminado. El jardín, que estaba blanco... De cristal...

Esperábamos la llegada de la primavera: ¿será posible que de nuevo crezcan las margaritas? ¿Como antes? Todos nos decían que el mundo iba a cambiar... Por la radio, por la tele... Que las margaritas se convertirían en... ¿En qué se iban a convertir? En algo distinto... Y a las zorras les saldría otra... una cola más; los erizos nacerían sin púas; las rosas, sin pétalos... Los hombres parecerían humanoides... Sin cabello, sin pestañas... Sólo tendrían ojos...

Yo era pequeño. Sólo tenía ocho años.

Llegó la primavera. En primavera brotaron las yemas y, como siempre, se abrieron las hojas. Hojas verdes. Florecieron los manzanos. Se pusieron todos blancos. Empezaron a oler los cerezos.

Salieron las margaritas. Que eran como siempre. Entonces corrimos al río, a ver a los pescadores: ¿los gobios siguen teniendo cabeza y cola? ¿Y los lucios? Comprobamos los comederos de los pájaros: ¿habían llegado los estorninos? ¿Y tendrían polluelos?”

“Lo había oído... Los mayores lo comentaban en voz baja... La abuela lloraba... Desde el año en que yo nací (1986) en nuestra aldea no ha habido ni niños ni niñas. Yo soy el único. Los médicos no querían que yo naciera. Pero mi madre se escapó de la clínica y se escondió en casa de la abuela... Y yo nací en casa de la abuela... Todo esto lo oí a escondidas...”

No he tenido ni un hermano ni una hermana. Tengo muchas ganas de tener hermanos.

Oiga, ¿usted es escritora? Dígame, ¿cómo es eso de que yo había podido no existir? ¿Entonces dónde estaría? ¿En algún lugar muy alto, muy alto, en el cielo? ¿O en algún otro planeta?”

“A nuestra ciudad trajeron una exposición de cuadros. Unas pinturas de Chernóbyl... Por el bosque corre un potrillo, sólo tiene patas, son ocho o diez; un ternero con tres cabezas; en una jaula hay unos conejos calvos, en fin como de plástico... La gente pasea por un prado en escafandras... Los árboles son más altos que las iglesias, y las flores son tan grandes como los árboles...”

No pude mirarla hasta el final. Me topé con un cuadro: un niño alarga los brazos, puede que hacia una flor, puede que hacia el sol; pero el niño en lugar de nariz... tiene una trompa. Me entraron ganas de llorar, de gritar: “¡No queremos exposiciones como ésta! ¡No nos traigan cuadros así! Ya sin ellos, toda la gente a tu alrededor habla de la muerte. De los mutantes. ¡No lo quiero!”

Durante los primeros días había gente, venían a verla, pero luego ni un alma. En Moscú, en Petersburgo, los periódicos escribían que la gente iba en masa. En cambio, aquí, la sala estaba vacía.

He viajado a Austria, para curarme. Allí hay gente que puede ponerse en su casa fotografías como aquellas. Un niño con una trompa... O en lugar de brazos, unas aletas. Y mirarla cada día, para así no olvidarse de los que están mal. Pero cuando vives aquí... rodeado de todo esto... Yo prefiero colgar en mi casa un paisaje bonito... No quiero pensar en la muerte...”

“En nuestra aldea desaparecieron los gorriones... Al primer año después del accidente... Se los veía tirados por todas partes: en los jardines, sobre el asfalto. Los recogían con rastrillos y se los llevaban en contenedores junto con las hojas. Aquel año se prohibió quemar las hojas, eran radioactivas. Enterraban las hojas.

Al cabo de dos años, aparecieron los gorriones. Nosotros nos alegramos y nos gritábamos el uno al otro: “Ayer vi un gorrión... Han regresado...”

Desaparecieron los escarabajos del bosque. Y siguen sin aparecer por aquí. A lo mejor, regresan dentro de cien años, o de mil, como dice nuestro maestro. Yo no lo veré...”

“Era primero de septiembre... Cuando empiezan las clases... Pero aquel día no hubo ni un solo ramo de flores⁶⁶. Las flores, ya lo sabíamos, llevaban mucha radiación. Antes de empezar el curso, en la escuela no vinieron a trabajar los carpinteros y los pintores, como antes, sino unos soldados. Los militares segaron las flores, arrancaron la tierra y se la llevaron a alguna parte en unos camiones con remolques. Talaron un gran parque de muchos años. Los viejos tilos.

La abuela Nadia... Siempre la llamaban a las casas cuando alguien se moría. Para hacer de plañidera. Y rezar oraciones. La abuela Nadia decía: “Ni ha caído el rayo... Ni ha llegado la sequía... Ni se desbordado el mar... Allí están, caídos como ataúdes negros”. La mujer lloraba por los árboles, como si fueran personas. Los llamaba: “mi buena encina”, “mi querido manzano”...

Al cabo de un año nos evacuaron a todos, y enterraron la aldea.

Mi papá es chófer, él ha ido allí y nos ha contado. Primero se cava un gran hoyo... De cinco metros... Llegan unos bomberos... Con las mangueras lavan la casa desde la punta hasta los

⁶⁶Los escolares acostumbrar a llevar flores a sus maestros el primer día de clase.

cimientos, para que no se alce el polvo radiactivo. Las ventanas, el techo, el zaguán... Lo lavan todo... Y luego una grúa levanta la casa y la coloca en el hoyo... Muñecos, libros, botes tirados... Una excavadora lo recoge todo... Lo entierran todo con arena, con barro y lo apisonan. En lugar de la aldea queda un campo liso. La nuestra la han sembrado de cereal. Allí está enterrada nuestra aldea. La escuela y el sóviet local...

Allí se ha quedado mi herbario y dos álbumes con sellos; yo había querido llevármelos. Tenía una bicicleta...”

“Tengo doce años y soy una inválida. El cartero trae a nuestra casa dos pensiones, la del abuelo y la mía. Las chicas de la clase, cuando se enteraron que tenía cáncer en la sangre, tenían miedo de sentarse a mi lado... de tocarme...

Los médicos han dicho que me he puesto enferma porque mi padre trabajó en Chernóbyl. Y yo nací después de aquello.

Yo quiero a mi padre...”

“Los soldados lavaban los árboles, las casas, los tejados... Lavaban las vacas del koljós... Y yo pensaba: “¡Pobres animales del bosque! Nadie los lava. Se morirán todos. Tampoco el bosque nadie lo lava. Y también se morirá”.

La maestra nos dijo un día: “Dibujad la radiación”. Yo pinté como cae una lluvia amarilla. Y corre un río rojo...”

“Una noche vinieron a por papá. Y no oí cómo se fue. Estaba dormido. Por la mañana vi a mamá llorando: “Nuestro papá está en Chernóbyl”.

Esperamos su regreso, como si se hubiera ido a la guerra.

Regresó y de nuevo volvió a la fábrica. No contaba nada. Pero yo en la escuela a todos les decía orgulloso que mi papá había vuelto de Chernóbyl, que había sido liquidador, que son los que habían ayudado a liquidar el accidente. ¡Unos héroes eran! Y los demás chicos me tenían envidia.

Al año mi papá se puso enfermo.

Paseábamos por el jardín del hospital... Eso ocurría después de la segunda operación... Fue entonces cuando nos habló por primera vez de Chernóbyl...

Trabajaban no lejos del reactor. Todo se veía tranquilo y en paz, recordaba, hasta parecía bonito. Pero mientras tanto ocurrían cosas. Los jardines florecían. Pero, ¿para quién? Porque la gente se había marchado de los pueblos. Iban un día por la ciudad de Prípiat y en los balcones seguía colgada la ropa, las flores en las ventanas. Bajo un arbusto vieron una bicicleta con la bolsa de lona de un cartero; la bolsa estaba llena de periódicos y cartas. Y sobre ella había un nido de pájaro. Como en el cine, lo he visto...

Ellos “limpiaban” lo que se debía tirar. Arrancaban la tierra, contaminada de cesio y de estroncio. Lavaban los tejados. Pero al día siguiente, todo volvía a “arder”.

“Al despedirnos nos dieron un apretón de manos y nos entregaron un certificado en el que expresaban su agradecimiento por nuestra entrega”... Mi padre recordaba y contaba sin parar. La última vez que regresó del hospital dijo: “Si sobrevivo, adiós a la química y a la física. Dejaré la fábrica... Sólo trabajaré de pastor...”

Mamá y yo nos hemos quedado solos. No iré a estudiar al instituto técnico, como quiere mi madre. Al que fue mi padre...”

“Tengo una hermano pequeño. Le gusta jugar a “Chernóbyl”. Construye un refugio, cubre de arena el reactor...

Aún no había nacido cuando ocurrió aquello”.

“Por las noches vuelo... Vuelo rodeado de una luz brillante... No es algo real, pero tampoco del más allá. Es eso y lo otro y algo aún de más allá también. En sueños sé que puedo introducirme en

este otro mundo, estar en él. ¿O quedarme? La lengua no me responde, respiro con dificultad, pero no tengo necesidad de hablar con nadie. Algo parecido me pasaba siendo más niño. Me invade el fuerte deseo de fundirme con los demás, pero no veo a nadie... Sólo la luz... Una sensación como si pudiera tocarla... ¡Y yo soy enorme! Estoy con los demás, pero ya apartado, separado, solo. En la infancia también veía alguna imagen en color como las veo ahora. En este sueño...

Este sueño me viene a menudo y llega un momento en que no puedo pensar en nada más. Sólo en este sueño. De pronto se abre una ventana... Se produce una repentina ráfaga de viento. ¿Qué es esto? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? Entre yo y alguien más se establece un contacto... Una comunicación...

Pero cómo me molestan estas paredes grises del hospital... Qué débil me encuentro todavía... Me tapo de la luz cubriéndome la cabeza porque me molesta ver... Y yo me alargo, me alargo hacia aquello... He intentado verlo... He empezado a mirar más arriba...

Pero llega mi madre. Ayer colgó en la sala un icono. Susurra algo en un rincón, se pone de rodillas. Todos callan: el profesor, los médicos, las enfermeras. Se creen que yo no sospecho nada... No adivino que pronto moriré... Ellos no saben que por la noche aprendo a volar...

¿Quién ha dicho que es fácil volar?

En otro tiempo escribía versos... Me había enamorado de una chica... Era en la quinta clase⁶⁷ ... En la séptima descubrí que la muerte existe...

He leído en García Lorca: “la oscura raíz del grito”. He empezado a aprender a volar. No me gusta este juego, pero ¿qué le voy a hacer?

Tenía un amigo. Se llamaba Andréi. Le han hecho dos operaciones y lo han mandado a casa. Al medio año le esperaba una tercera operación... El chico se colgó con su cinturón... En la clase vacía, cuando todos se fueron corriendo a hacer gimnasia. Los médicos le habían prohibido correr, saltar...

Yulia, Katia, Vadim, Oksana, Oleg... Ahora Andréi...

“Nos moriremos y nos convertiremos en ciencia” -- decía Andréi.

“Nos moriremos y se olvidarán de nosotros” -- así pensaba Katia.

“Cuando me muera, no me enterréis en el cementerio, me dan miedo los cementerios, allí sólo hay muertos y cuervos. Mejor me enterráis en el campo...” --nos pedía Oksana.

“Nos moriremos...” --lloraba Yulia.

Para mí ahora el cielo está vivo, cuando lo miro... Ellos están allí...”

Una voz humana solitaria

“¡Hace poco yo había sido tan feliz! ¿Por qué? Lo he olvidado... Todo esto se quedó como quien dice en otra vida... No comprendo... No sé cómo he podido vivir de nuevo. He querido vivir. Ya ve, me río, hablo.

Sentía una angustia... Estaba como paralizada. Quería hablar con alguien, pero no con nadie de este mundo... Me iba a una iglesia, allí reina un silencio, como el que a veces descubres en las montañas. Un silencio... Allí puedes olvidar tu vida.

Pero por la mañana me despierto... Y busco con la mano... ¿Dónde está? Su almohada, su olor... Un pequeño pájaro desconocido corre por el alféizar con una campanilla y me despierta. Antes nunca había oído aquel sonido, aquella voz. ¿Dónde está él?

No lo puedo transmitir todo, no me salen las palabras. ¡No comprendo cómo me he quedado en esta vida!

Por la noche mi hija se me acerca y me dice: “Mamá, ya he acabado los deberes”. Y entonces me viene a la mente que tengo hijos. ¿Pero él dónde está? “Mamá se me ha soltado un botón. ¿Me lo coses?”

¿Cómo puedo irme tras él? Encontrarme con él. Cierro los ojos y pienso en él, hasta que me duermo. En sueños él me visita, pero por instante, rápidamente. Y en seguida desaparece. Oigo incluso sus pasos... ¿Dónde desaparece? ¿Dónde está?

⁶⁷A los doce años.

Él no tenía ningunas ganas de morir. Miraba y miraba por la ventana... Al cielo. Yo le colocaba una almohada, otra y otra... Para que estuviera alto. Se estuvo muriendo durante mucho tiempo... Durante todo un año... No podíamos separarnos el uno del otro... (*Calla durante un largo rato.*)

No, no, no tema, ya me he olvidado de llorar... Quiero hablar... Yo no puedo decirme, como otros, que no recuerdo nada. Como se dice a sí misma una amiga mía. Nuestros maridos murieron el mismo año, estuvieron juntos en Chernóbyl. Ella ya está a punto de casarse. No, no, no se lo echo en cara... Es la vida... Hay que seguir viviendo... Tiene hijos... Pero a mí me persigue un extraño pensamiento; un pensamiento que se diría que no es mío, como si lo hubiera leído en alguna parte: yo he visto aquello que los demás aún no han visto. Algo pavoroso se nos ha revelado antes que a los demás...

Se marchó a Chernóbyl el día de mi cumpleaños. Los invitados aún seguían sentados a la mesa; él les pidió excusas por su partida. Me besó. Por la ventana vi que un coche ya lo esperaba en la calle. Era el diecinueve de octubre de mil novecientos ochenta y seis. El día de mi cumpleaños.

Era montador de profesión; viajaba por toda la Unión Soviética, y yo lo esperaba. Así fue durante años. Vivíamos como lo hacen los enamorados: nos despedíamos y nos volvíamos a encontrar. Y entonces...

Sintieron miedo sólo nuestras madres, su madre y la mía, en cambio nosotros no estábamos asustados. Y ahora pienso: ¿por qué? Sabíamos a dónde se dirigía. Al menos, pedirle prestado al chico de los vecinos el libro de física de la décima clase, siquiera hojearlo...

Allí andaba sin gorro. A los demás compañeros al cabo de un año se les cayó todo el pelo, a él en cambio, al revés, le creció una cabellera aún más espesa.

Ninguno de ellos vive ya. Su brigada, los siete hombres, han muerto todos... Eran jóvenes... Uno tras otro... El primero murió al cabo de tres años... Bueno, pensamos, una casualidad... Es el destino... Pero tras él, otro, el tercero, el cuarto... Y entonces el resto se dispuso a esperar su turno...

¡Así vivieron!

Mi marido murió el último... Eran montadores escaladores... Desconectaban la luz en las aldeas evacuadas, se subían a los postes... Recorrían las casas, las calles abandonadas... Siempre en las alturas, arriba...

De unos dos metros de estatura, con noventa kilos de peso, ¿quién podía matar a un hombre así? Durante mucho tiempo no sentimos miedo... (*De pronto sonrío.*)

¡Oh que feliz fui entonces! Regresó... La casa siempre era una fiesta cuando regresaba. Una fiesta... Tengo una camisa de noche, larga, muy larga, preciosa, y me la ponía. Me gustaba la ropa cara, toda mi ropa es buena, pero esta camisa era especial. Era para los días de fiesta... Para nuestro primer día... Para la noche... Conocía todo su cuerpo, palmo a palmo, y lo besaba todo. A veces hasta soñaba que soy una parte de su cuerpo, tan inseparables éramos...

Sin él me sentía sola, me dolía físicamente su ausencia. Cuando nos separábamos, durante un tiempo yo perdía el sentido de la orientación: dónde estaba, en qué calle me encontraba, qué hora era...

Regresó ya con los ganglios linfáticos del cuello inflamados. Lo descubrí con los labios, eran unos bultos pequeños. Pero le dije: “¿se los enseñarás al médico?” Él me tranquilizó: “Ya pasará”. - - ¿Cómo te ha ido allí, en Chernóbyl? -- “Un trabajo como otro”. No hubo ni fanfarronería ni pánico en sus palabras.

Una cosa sí le saqué: “La cosa era igual que aquí”. En el comedor, donde les daban de comer, en la planta baja, donde se atendía a la tropa, servían fideos, conservas... Pero en el primer piso, donde estaban los jefes, había fruta, vino tinto, agua mineral. Manteleros limpios. Y cada uno tenía su dosímetro. En cambio a ellos, ni uno para toda la brigada...

¡Pero qué feliz fui entonces! Hasta nos fuimos de vacaciones al mar. Lo recuerdo: había tanto mar como cielo, estaba por todas partes. Mi amiga y su marido también vinieron. Ella lo recordaba así: “El mar estaba sucio. Todo el mundo tenía miedo de agarrar el cólera”. Algo parecido se había escrito en los periódicos... Pero yo lo recuerdo de otro modo... Envuelto en una luz brillante... Recuerdo que el mar estaba por todas partes, como el cielo, que era azul, azul. Y él a mi lado...

Yo he nacido para el amor... En la escuela las chicas soñaban en su futuro, unas en ir a la universidad, otras, en viajar a unas obras del “komsomol”⁶⁸. Yo, en cambio, lo que quería era

⁶⁸ Expediciones organizadas por el partido en el que se apuntaban los miembros de las juventudes comunistas para ir a trabajar a zonas lejanas e inhóspitas de la URSS.

casarme. Amar apasionadamente a alguien, como Natasha Rostova⁶⁹. Sólo amar. Pero no se lo podía confesar a nadie, porque en aquel tiempo, lo debe usted recordar, estábamos obligados a pensar sólo en las construcciones del “komsomol”. Esto es lo que nos inculcaban. La gente ansiaba ir a Siberia, a la espesura infranqueable de la taigá. Se cantaba, recuerda: “tras la niebla y el olor de la taigá”.

No pude entrar el primer año en la facultad, no conseguí los puntos suficientes, y me fui a trabajar a una central telefónica. Allí es donde nos conocimos... Fui yo quien lo atrapé, le dije: “¡Cásate conmigo! ¡Te quiero tanto!” Me enamoré de él hasta los tuétanos. Un chico tan guapo... Y me sentía como quien vuela. Fui yo quien se lo pedí: “Cásate conmigo”. (*Sonríe.*)

De vez en cuando me pongo a pensar y busco los más diversos consuelos: quién sabe, a lo mejor la muerte no significa el fin de todo, puede que él tan sólo haya cambiado de forma y ahora está en el otro mundo. Trabajo en una biblioteca, leo muchos libros, me encuentro con las personas más diversas... Me entran deseos de hablar sobre la muerte. De comprender. Busco un consuelo. Lo busco leyendo periódicos, libros... Voy al teatro, si la obra trata de esto, sobre la muerte... Me duele físicamente su ausencia, no puedo estar sola...

Él no quería ir al médico. “No noto nada. No me duele nada”. Y entretanto los ganglios linfáticos ya tenían el tamaño de un huevo de gallina. Le metí a la fuerza en un coche y lo llevé a la clínica. Lo mandaron al oncólogo. Un médico lo examinó, llamó a otro. “Mira, otro de Chernóbyl”. Y ya no lo dejaron marchar.

A la semana le operaron: le extirparon por completo la glándula tiroides, la laringe y se lo cambiaron todo por unos tubos... Sí... (*Guarda silencio.*)

Sí... ahora sé que aquellos aún eran tiempos felices... ¡Dios santo! A qué bobadas me dedicaba: iba de tiendas, compraba regalos a los médicos: cajas de bombones, licores de importación... chocolate para las enfermeras... Ellos lo aceptaban. Y él, en cambio, se reía de mí: “A ver si lo comprendes; los médicos no son dioses. Aquí hay quimioterapia y radioterapia para todos... Me la harán sin tus bombones”. Yo, sin embargo, me iba a la otra punta de la ciudad para comprar un pastel inencontrable o un perfume francés. Todo eso entonces sólo se conseguía a través de amistades, bajo mano.

Antes de regresar a casa... ¡Volvemos a casa! Me entregaron una jeringa especial, me enseñaron cómo usarla. Tenía que alimentarlo con aquella jeringa. Aprendí a hacerlo todo. Le cocinaba cuatro veces al día algo fresco, tenía que ser sin falta algo fresco, lo pasaba todo por la trituradora, lo colaba con un cedazo y luego lo introducía en la jeringa. Pinchaba uno de los tubos, el más gordo, que iba al estómago... Pero él dejó de notar los olores, de distinguirlos... Yo le preguntaba: “¿Está bueno?”. Y él no sabía qué contestarme.

Pero, de todos modos, nos escapamos varias veces al cine. Y allí nos besábamos. Estábamos suspendidos de un hilillo finito, finito, y, sin embargo, nos parecía que de nuevo nos hallábamos a salvo, asidos a la vida. Hacíamos lo posible por no hablar de Chernóbyl. No recordarlo. Tema prohibido. No dejaba que respondiera al teléfono. Lo agarraba antes que él. Sus compañeros iban muriendo uno tras otro... Tema prohibido...

Pero una mañana lo despierto, le acerco el batín, y él que no se puede levantar. Ni puede decir nada... Dejó de hablar... Y los ojos, grandes como platos... Entonces fue cuando se asustó de verdad... Sí... (*Calla de nuevo.*)

Aún nos quedaba un año... Se fue muriendo todo aquel año... Cada día se encontraba peor y peor, y ya sabía que sus compañeros también se estaban muriendo... Porque, además, vivíamos con esto... con esta idea... Resultaba además insoportable vivir así porque nadie sabía de qué se trataba.

Decían que era Chernóbyl; escribían que era por Chernóbyl. Pero nadie sabía qué era aquello... Fuimos los primeros en descubrir aquel horror... Ahora todo lo que nos pasa es distinto a lo que les ocurre a los demás: nacemos de otra manera, morimos de otro modo, distinto al de los demás.

Usted me preguntará, ¿como se muere después de Chernóbyl? Un hombre al que amaba, al que quería de una manera que no hubiera podido amar más si lo hubiera parido yo misma, y éste hombre se convertía ante mis ojos en... En un monstruo...

Le extirparon los ganglios, y como ya no los tenía, se trastocó toda la circulación; hasta la nariz se le movió, creció al triple de su tamaño; los ojos parecían otros, se le desplazaron a los

⁶⁹Personaje de *Guerra y paz* de Lev Tolstói.

lados, apareció en ellos un brillo desconocido y una expresión como si no fuera él, sino otro que mirara desde allí. Luego un ojo se cerró por completo...

¿Y a mí, en cambio, que es lo que me asustaba? Lo único que quería yo es que no se viera a sí mismo... Que no se acordara como era. Pero empezó a pedirme... a mostrarme con las manos que le trajera un espejo. Yo hacía como que me iba a la cocina, como si me hubiera olvidado, o me inventaba alguna otra excusa. Así lo engañé un par de días, pero al tercero me escribió en una libreta con letras grandes y con tres signos de exclamación:

“¡¡¡Dame un espejo!!!”

Ya usábamos un cuaderno de notas, una pluma, un lápiz... Nos comunicábamos de esta manera, porque ya no podía hablar ni en susurros, ni siquiera le salía un susurro. Completamente mudo se quedó... Pero yo me fui corriendo a la cocina y me puse a dar golpes a las cazuelas. Como si no lo hubiera leído, como si no me hubiera enterado. Pero me escribió otra vez:

“¡¡¡Dame un espejo!!!”, con todos esos signos de exclamación...

De modo que le llevé el espejo, el más pequeño que tenía. Y él, cuando se vio, se agarró de la cabeza y, fuera de sí, empezó a doblarse una y otra vez sobre la cama. Yo lo intentaba consolar como podía...

“Te pondrás mejor y nos iremos los dos a alguna aldea abandonada... Nos compraremos una casa y viviremos allí, si no quieres vivir en la ciudad, donde hay mucha gente. Allí estaremos solos”.

Y no le mentía, porque me habría ido con él adonde sea, con tal de que siguiera con vida; el resto no importaba. Sólo era él y nada más. No le mentía...

No me acuerdo de todo aquello sobre lo que me quería callar. Aunque hubo de todo... Me he asomado tan lejos, hasta es posible que más allá de la muerte... (*Se detiene.*)

Yo tenía dieciséis años cuando nos conocimos, él era siete años mayor que yo. Estuvimos saliendo dos años. A mí hay un lugar de Minsk que me encanta, está en el barrio de Correos, en la calle Volodarski. Allí, bajo el reloj, nos citábamos. Yo vivía junto a la fábrica textil y tomaba el trolebús número cinco, que no paraba justo frente a Correos, sino seguía un poco más allá, hasta la tienda “Ropa para niños”. Yo casi siempre llegaba un poco tarde, para pasar en el trolebús junto a él y verlo, maravillarme una vez más de aquel muchacho tan guapo que me estaba esperando. Durante aquellos dos años no me daba cuenta de nada, ni del invierno, ni del verano. Él me llevaba a conciertos... A oír a Edita Pieja, mi cantante preferida...

No íbamos a bailar, no íbamos a la glorieta de baile, él no sabía bailar. Nos besábamos, sólo nos besábamos... Él me llamaba “mi pequeña”...

El día de mi cumpleaños, otra vez el día del cumpleaños... Es extraño, pero las cosas más importantes de mi vida me han ocurrido en esta fecha, para no creer luego en el destino. Me encuentro bajo el reloj, hemos quedado a las cinco, pero él no llega. A las seis, disgustada, llorando, me dirijo a la parada, atravieso la calle, miro atrás y, como si lo presintiera, lo veo que corre hacia mí atravesando en rojo, en ropa de trabajo, con botas... No le habían dejado salir antes del trabajo... Así es como me gustaba más: en ropa de caza, con el chaquetón; todo le quedaba bien...

Nos dirigimos a su casa, allí se cambió y decidimos celebrar mi cumpleaños en un restaurante. Pero no llegamos a tiempo al restaurante, ya era de noche, no había mesas libres y untar al conserje con un billete de cinco o de diez rublos (de los de entonces) era algo que ni él ni yo sabíamos hacer. Entonces me propuso una idea brillante: “Vamos a una tienda, compramos una botella de “champán” y un surtido de pasteles, nos vamos al parque y allí lo celebraremos”. ¡Bajo las estrellas, bajo el cielo! ¡Así era él! Y en un banco del parque Gorki nos quedamos hasta el amanecer.

No he tenido otro cumpleaños como aquel. Fue entonces cuando le dije: “¡Cásate conmigo! ¡Te quiero tanto!”. Él se echó a reír: “Aún eres pequeña”. Pero al día siguiente llevamos los papeles al registro civil.

¡Qué feliz era! No cambiaría nada de mi vida, aunque me lo hubiera advertido alguien de arriba, de las estrellas...

El día de la boda él no podía encontrar su pasaporte, revolvimos toda la casa, no lo encontrábamos. Nos inscribieron en el registro en un papel...

“Hija, esto es mala señal” -- me decía mi madre llorando.

Luego su pasaporte apareció en unos viejos pantalones, escondidos en el desván.

¡El amor! Yo hasta no lo llamaría amor, sino un largo enamoramiento. Cómo bailaba por la mañana delante del espejo. ¡Soy hermosa, soy joven y él me ama! Ahora empiezo a olvidar mi cara,

la cara que tenía cuando estaba con él... Ya no veo esa cara en el espejo...

¿Acaso se puede hablar de eso? Decirlo con palabras... Hay secretos... Hasta hoy no comprendo qué era aquello. Hasta nuestro último mes... Me llamaba por las noches... Tenía deseos... Me amaba con más intensidad que antes... Durante el día, cuando lo miraba, no me creía lo que pasaba por la noche. No queríamos separarnos... Lo abrazaba, lo cubría de caricias...

En aquellos momentos recordaba las cosas más alegres... Más felices... Como cuando llegé de Kamchatka con barba, allí se dejó crecer la barba. Mi cumpleaños en el parque sobre el banco... “¡Cásate conmigo!”...

¿Vale la pena hablar de esto?... ¿Se puede? Yo misma me prestaba, como un hombre con una mujer... ¿Qué podía darle, aparte de las medicinas? ¿Qué esperanza? Él no quería morir... Sólo a mi madre no le decía nada. No me hubiera comprendido... Me hubiera criticado... Maldecido. Porque aquello no era un cáncer de los corrientes, una enfermedad a la que también todos temen, sino de Chernóbyl, que es aún más terrible.

Los médicos me explicaron que si las metástasis hubieran atacado el interior del organismo, habría muerto rápidamente, pero se extendieron por fuera. Por el cuerpo... Por la cara... Le empezó a crecer algo negro. No se sabe cómo, le desapareció la barbilla, desapareció el cuello, la lengua se salió afuera. Se le reventaban los vasos, empezaron las hemorragias. “¡Oh --gritaba yo-- más sangre!” Del cuello, de las mejillas, de los oídos... En todas direcciones... Le traía agua fría, le aplicaba paños, no ayudaban... Era algo horroroso. Toda la almohada cubierta... Le colocaba una palangana, del baño... Le salía la sangre a chorros... que caían como cuando se ordeña... Este sonido... Tan suave, tan campesino... Hasta hoy lo oigo por la noche...

Mientras se mantuvo consciente, hacía sonar las palmas: era nuestra señal convenida: ¡Llama! Pide una ambulancia. Él no quería morir... Tenía cuarenta y cinco años...

Llamo la ambulancia, pero los chicos ya nos conocen, no quieren venir. “No podemos ayudarle en nada a su marido”. ¡Aunque sea una inyección! Algún narcótico. Se lo pondré yo misma. He aprendido a poner inyecciones, pero la inyección se queda en un morado y no se deshace.

Una vez logré que me atendieran. Llegó un coche de urgencias. Un médico joven... Se acercó a él y de pronto se tiró hacia atrás, retrocediendo más y más.

“Dígame -- me preguntó--, ¿no será por casualidad uno de los de Chernóbyl? ¿No será de aquellos que han estado allí?”

“Así es” --le contesté.

Entonces él me gritó y no le exagero: “Por el amor Dios, querida, que esto se acabe cuanto antes! ¡Lo antes posible! He visto como muere la gente de Chernóbyl!”

Y mientras tanto mi marido que lo oye todo, estaba consciente... Menos mal que aún no sabe, no adivina que él es el único que queda de su brigada... El último...

En otra ocasión nos mandaron una enfermera de la clínica. Pues bien, la mujer se quedó en el pasillo, ni siquiera entró en el piso. “¡Oh, no puedo!”

¿Y yo sí que puedo? Yo lo puedo todo. ¿Qué más me puedo inventar? ¿Dónde puedo encontrar una salvación? Él grita... Le duele... Se pasa el día gritando...

Entonces encontré una salida: le echaba a través de la inyección una botella de vodka. Así dejaría de sufrir. Perdería el mundo de vista. No se me ocurrió a mí, me lo dijeron otras mujeres... Con la misma desgracia...

Llegaba su madre y me decía: “¿Por qué lo has dejado ir a Chernóbyl? ¿Cómo has podido?” Aunque a mí ni se me pasó por la cabeza que no debía dejarlo ir, como a él seguramente tampoco que podía no haber ido. Porque era otra época, como si fuera en tiempos de guerra.

Una vez le pregunto: “¿Y ahora no te arrepientes de haber ido?” Y él mueve la cabeza diciendo: no.

Y en el cuaderno escribe: “Cuando muera, vendes el coche, las ruedas de repuesto, y no te cases con Tolia (su hermano)”. Yo le gustaba a Tolia.

Hay secretos... Estoy sentada a su lado... Él duerme... Tiene un pelo tan bonito... De modo que cogí y le corté un mechón. Él abre los ojos, mira lo que tengo en las manos y sonríe...

De él me ha quedado su reloj, el carné militar y la medalla de Chernóbyl... (*Tras un silencio.*)

¡Era tan feliz! En el hospital de la maternidad, me acuerdo que antes de dar a luz me pasaba los días esperándolo, miraba por la ventana. No entendía nada de lo que me pasaba: ¿qué será de mí?, ¿cuándo vendrá? Lo único que quería era verlo... No podía dejar de mirarlo, como si presintiera que todo esto algún día se iba a acabar.

Por la mañana le daba de comer y miraba extasiada como comía. Como se afeitaba. Como iba por la calle... Soy una buena bibliotecaria, pero no entiendo como uno puede querer su trabajo. Yo sólo lo quería a él. A él solo. Y no puedo vivir sin él... Grito por las noches... Grito a la almohada, para que no me oigan los niños. Ni por un instante me imaginaba que él no estaba en casa, que ya no estamos juntos.

Mi madre... Su hermano... Me decían, insinuaban... Los médicos, me decían, aconsejaban que lo llevase... En una palabra, que en las afueras de Minsk había un hospital especial donde antes moría gente como él, desahuciada... Los “afganos”... Sin brazos, sin piernas... Y que ahora llevaban allí a los de Chernóbyl. Me intentaban convencer de que así sería mejor, que los médicos estarían siempre a su lado. Me negué, no quise ni oír hablar del asunto. Pero entonces lo convencieron a él y él me lo imploraba: “Llévame allí. No te martirices”.

Yo, en cambio, unas veces pido la baja, otras solicito en el trabajo permiso por mi cuenta, porque no está permitido. Por ley sólo te dan la baja si has de cuidar a un hijo enfermo, y las vacaciones por tu cuenta, que no eran de más de un mes.

El caso es que llenó toda nuestra libreta con sus ruegos. Me obligó a prometerle que lo llevaría allí.

Fui a ver aquello en coche con su hermano. En las afueras de una aldea, Grebionka se llamaba, se levantaba una gran casa de madera, el pozo hecho una ruina. El lavabo, en la calle. Andaban por ahí unas viejecitas todas de negro... Unas religiosas... Ni siquiera bajé del coche. Ni entré en la casa.

Por la noche le digo entre besos: “¿Cómo me has podido pedir una cosa así? ¡Esto no ocurrirá nunca! ¡Nunca haré eso! ¡¡Nunca!!”

Y no paraba de besarlo todo...

Lo más horrible fueron las últimas semanas... Hacíamos pipí durante media hora en un bote de medio litro. No levantaba la vista. Le daba vergüenza. “¿Pero cómo puedes pensar esto?” -- le digo con un beso.

El último día, de pronto, en un instante, ocurrió que abrió los ojos, se sentó, sonrió y dijo: “¡Valia!”

Murió solo... Los hombres mueren solos...

Un día me llamaron de su trabajo: “Le traeremos un diploma”. Yo le pregunté: “Quieren venir a verte tus compañeros. Para entregarte un diploma”. Y él que mueve la cabeza: “¡No, no!” Pero lo vinieron a ver. Le trajeron algo de dinero, un diploma en una carpeta roja con la foto de Lenin.

Cuando la recogí pensé: “¿Por qué razón se está muriendo? En los periódicos escriben que no sólo es Chernóbyl, sino es el comunismo que ha saltado por los aires. Y en cambio, el perfil en la carpeta seguía siendo el mismo...”

Los muchachos quisieron decirle algunas palabras agradables, pero él se cubrió con la manta, sólo asomaba el pelo. Se estuvieron un rato junto a él y luego se fueron. Él ya tenía miedo de la gente. Sólo a mí no me tenía miedo.

Cuando lo enterraron, le tapé la cara con dos pañuelos... Si alguien me pedía de verlo, los levantaba... Una mujer se desmayó... Aunque en un tiempo estuvo enamorada de él, yo tenía celos de ella... “Deja que lo vea por última vez”. “Mira”.

No le he contado que cuando murió nadie quería acercarse a él, la gente le tenía miedo... Pero a los parientes no les está permitido lavarlo, ni vestirlo. Según nuestras costumbres eslavas. De modo que trajeron de la morgue a dos sanitarios. Los chicos pidieron vodka.

“Hemos visto de todo --me confesaron--: gente hecha trizas, con cortes, cadáveres de niños después de un incendio. Pero es la primera vez que vemos algo así... Los de Chernóbyl son quienes tienen una muerte más horrorosa...” (*Se queda callada.*)

Ya había muerto, pero seguía caliente, caliente... No se lo podía tocar...

Paré en casa los relojes... Eran las siete de la mañana... Nuestros relojes siguen en casa parados hasta hoy, no se ponen en marcha. A los relojeros que hemos llamado se quedaban sin saber qué hacer:

“Esto no es un problema mecánico, ni físico, esto es metafísica”.

Los primeros días... Sin él... Dormí dos días seguidos. No podían despertarme. Me levantaba, tomaba agua, ni siquiera comía, y otra vez caía en la cama. Ahora me resulta extraño. Es inexplicable cómo me pude dormir.

A mi amiga, cuando se le moría el marido, éste le tiraba los platos. ¿Cómo es que era tan joven,

tan guapa?

En cambio el mío me miraba, no paraba de mirarme... Un día apuntó en nuestra libreta: “Cuando me muera, quema mis restos. No quiero que tengas miedo”.

¿Por qué lo decidió así? Es cierto que corrían voces de que los de Chernóbyl hasta después de muertos despedían luz... Yo misma he leído que las tumbas de los bomberos de Chernóbyl, que murieron en Moscú y que están enterrados allí, en el cementerio de Mítino, la gente los evita, no coloca a sus muertos cerca de ellos. Los muertos temen a los muertos, ya sin hablar de los vivos.

Porque nadie sabe qué es eso de Chernóbyl. Sólo conjeturas. Presentimientos. Él se trajo de Chernóbyl un traje blanco con el que estuvo trabajando. Unos pantalones, la chaqueta de trabajo... Pues este traje se pasó guardado en el altillo hasta su muerte. Luego mi madre decidió que había que tirar todas sus cosas. Estaba asustada... Yo en cambio hasta aquel traje lo guardé. Una criminal es lo que era. En casa estaban los niños. Un hijo y una hija... Llevamos sus cosas fuera de la ciudad y las enterramos.

He leído muchos libros, vivo entre libros, pero no puedo explicarme nada...

Trajeron una pequeña urna... No daba miedo; toqué lo que había dentro con las manos y había algunas cosas pequeñas, como conchas en la orilla del mar, en la arena; eran los huesos del coxis.

Hasta entonces no toqué sus cosas. No lo oía, no lo sentía, pero entonces se diría que lo abracé.

Por la noche, recuerdo, él ya ha muerto, y yo estoy sentada a su lado. Y de pronto sale como una voluta de humo. La segunda vez que vi este humo yo me encontraba junto a él en el crematorio... Su alma... Nadie la vio, sólo yo... Tuve la sensación de que nos veíamos una vez más.

¡Qué feliz había sido! Él se marchaba de viaje de trabajo y yo contaba los días y las horas para nuestro encuentro. Físicamente no puedo vivir sin él...

Una vez que fuimos a casa de su hermana en el pueblo, por la noche ella me dice mostrándome una habitación: “A ti te he puesto la cama en aquel cuarto y a él en éste”. Nos miramos los dos el uno al otro y nos echamos a reír. Ni siquiera nos imaginábamos que podíamos dormir separados, en habitaciones distintas. Sólo juntos. Yo no puedo sin él...

Me han pedido la mano... Su hermano me pidió la mano... Se parecen tanto... Pero tengo la sensación de si alguien que no sea él siquiera me toca me pondré a llorar sin parar...

¿Quién me lo ha quitado? ¿Con qué derecho? Nos trajeron una orden de alistamiento con una franja roja, el diecinueve de octubre de mil novecientos ochenta y seis... Como si lo llamaran para ir a la guerra...

(Tomamos té. Yo observo las fotografías familiares. Las fotos de la boda. Y cuando ya quiero despedirme, ella me para.)

¿Cómo voy a vivir en adelante? No se lo he contado todo... No hasta el final... He sido feliz... Hasta la locura... Tal vez no valga la pena poner mi nombre... Hay secretos que... Las oraciones se rezan en silencio... En un susurro, para uno mismo... (*Calla.*) No, dé usted mi nombre... Para que lo oiga Dios...

Quiero comprender... Yo también quiero comprender, ¿para qué se nos mandan los sufrimientos? ¿Para qué sirven? En un principio tenía la impresión de que después de todo aquello me aparecería algo negro en la mirada, algo ajeno... ¿Qué me ha salvado? ¿Qué me ha arrojado de nuevo a la vida?

Me ha devuelto a la vida... Mi hijo... Tengo otro hijo... Un hijo suyo... Hace tiempo que está enfermo... Ha crecido pero ve el mundo con ojos de un niño... Con los ojos de un niño de cinco años... Quiero estar con él... Sueño con cambiar de casa e irme a vivir más cerca de él, a Novinki. Allí está nuestra clínica psiquiátrica... Él está allí... Ésta ha sido la decisión de los médicos: para que siga con vida debe estar allí.

Voy a verlo los días de fiesta. Y él me recibe diciendo: ¿Dónde está papá Misha? ¿Cuándo vendrá?”

¿Quién más me va a preguntar eso? Él lo espera....

Lo esperaremos juntos. Yo rezaré susurrando mi plegaria de Chernóbyl... Y él, él mirará al mundo con ojos de niño...”

*Valentina Timoféyevna Panasévich,
esposa de un liquidador.*

A modo de epílogo

“...La oficina turística de Kíev les ofrece un viaje a la ciudad de Chernóbyl y a las aldeas muertas... Pagando, por supuesto. Visiten la Meca nuclear...”

Periódico *Nabat*, febrero de 1996

[Final de *La plegaria de Chernóbyl*]

Traducción de Ricardo San Vicente
Barcelona, mayo de 2001

ÍNDICE

Nota histórica

Una solitaria voz humana

Entrevista de la autora consigo misma sobre la historia omitida

CAPÍTULO PRIMERO

LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Monólogo sobre para qué la gente recuerda

Monólogo sobre de qué se puede conversar con un vivo, y con un muerto

Monólogo sobre toda una vida escrita en las puertas

Monólogo de una aldea sobre como se llaman las almas del cielo para llorar con ellas y comer

Monólogo sobre las lombrices, el manjar de las gallinas.

 y sobre que lo que hierve en la olla tampoco es eterno

Monólogo sobre una canción sin palabras

Tres monólogos sobre un terror antiguo

Monólogo sobre que el hombre se esmera sólo en la maldad

 y sobre qué sencillo y abierto es a las simples palabras del amor

CORO DE SOLDADOS

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CORONA DE LA CREACIÓN

Monólogo sobre viejas profecías

Monólogo sobre el paisaje lunar

Monólogo de un testigo al que le dolía una muela cuando vio caer a Cristo,
 que luego se puso a gritar.

Tres monólogos sobre los “despojos andantes” y sobre “la tierra hablante”

Monólogo sobre que no sabemos vivir sin Chéjov y sin Tolstói.

Monólogo de cómo San Francisco predicaba a los pájaros

Monólogo sin nombre -- un grito...

Monólogo a dos voces --de hombre y de mujer

Monólogo de cómo una cosa nunca vista antes se va metiendo dentro de ti

Monólogo sobre la añoranza del papel y el argumento

CORO DEL PUEBLO

CAPÍTULO TERCERO

LA ADMIRACIÓN DE LA TRISTEZA

Monólogo sobre lo que no sabíamos: que la muerte puede ser tan bella

Monólogo sobre qué fácil es convertirse en tierra

Monólogo sobre los símbolos de un gran país

Monólogo sobre que en la vida las cosas terribles ocurren en silencio y de manera natural

Monólogo sobre que el ruso siempre quiere creer en algo

Monólogo sobre que indefensa resulta la vida pequeña en este tiempo grandioso

Monólogo sobre la física, de la que todos estuvimos enamorados

Monólogo sobre lo que está más allá de Kolymá, Auschwitz y el Holocausto

Monólogo sobre la libertad y sobre el deseo de una muerte corriente

Monólogo sobre que a la vida cotidiana hay que añadirle algo para entenderla

Monólogo sobre el niño deforme, al que de todos modos voy a querer

Monólogo sobre el soldado mudo

Monólogo sobre las eternas y malditas preguntas: ¿qué hacer? y ¿quién tiene la culpa?

Monólogo de un defensor del poder soviético

Monólogo de un defensor del poder soviético

Monólogo sobre cómo dos ángeles se encontraron con la pequeña Olia

Monólogo sobre el poder ilimitado de unos hombres sobre otros hombres

Monólogo sobre las víctimas y los sacerdotes

CORO DE NIÑOS

Una voz humana solitaria

A modo de epílogo